



LA  
PREGUNTA  
Y LA  
RESPUESTA

CHAOS WALKING

PATRICK  
NESS

NUBE DE TINTA

PATRICK NESS

# La pregunta y la respuesta

Traducción de **Ricard Gil Giner**

NUBE **DE TINTA**

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks



@nubedetinta



@somosinfinitoslibros

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*Para Patrick Gale*

Cuando luchas contra monstruos, acabas convirtiéndote en un monstruo,  
y cuando miras largo tiempo un abismo, el abismo acaba mirándote a ti.

FRIEDRICH NIETZSCHE

EL FINAL

—Tu ruido te delata, Todd Hewitt.

Una voz...

En la oscuridad...

Parpadeo y abro los ojos. Todo son sombras y confusión y parece que el mundo esté dando vueltas y me arde la sangre y tengo el cerebro congestionado y no puedo pensar y la oscuridad lo invade todo...

Vuelvo a parpadear.

Un momento...

No, un momento...

Hace un instante, hace un instante estábamos en la plaza...

Hace un instante ella estaba entre mis brazos...

Estaba muriendo entre mis brazos...

—¿Dónde está? —escupo a la oscuridad, notando el sabor de mi sangre, con la voz cascada, y mi ruido se eleva como si se hubiera desatado un huracán, rojo y enfurecido—. ¡¿Dónde está?!

—Aquí soy yo quien hace las preguntas, Todd.

Esa voz.

Su voz.

En algún lugar, entre las tinieblas.

Algún lugar detrás de mí, algún lugar que no puedo ver.

El alcalde Prentiss.

Vuelvo a parpadear y la oscuridad da paso a una gran sala, con una sola luz que procede de una única ventana, un ancho círculo alto y lejano, con un cristal



no transparente, sino coloreado con dibujos del Nuevo Mundo y sus dos lunas en círculo, y la luz que entra me ilumina a mí y nada más.

—¿Qué le han hecho? —digo en voz alta, parpadeando para detener las gotas de sangre fresca que me caen en los ojos. Trato de acercar la mano para retirarlas, pero descubro que tengo las manos atadas detrás de la espalda y me invade el pánico y forcejeo con las ligaduras y se me acelera la respiración y vuelvo a gritar—. ¡¡¿Dónde está?!!

Un puño aparece de la nada y me golpea en el estómago.

Me inclino hacia delante por el impacto y me doy cuenta de que estoy atado a una silla de madera, con los pies ligados a las patas y sin camisa —quedó perdida en lo alto de una colina polvorienta—, y cuando vomito a pesar de tener el estómago vacío, me fijo en que a mis pies hay una alfombra que repite el mismo dibujo del Nuevo Mundo y sus lunas, una y otra vez, extendiéndose hasta el infinito.

Y recuerdo que estábamos en la plaza, en la plaza por donde corrí, la abracé, la llevé en volandas, le pedí que se mantuviera viva, que se mantuviera viva hasta que estuviéramos a salvo, hasta que llegáramos a Puerto y yo pudiera salvarla...

Pero no había ningún lugar seguro, ninguno, solo él y sus hombres, y se la llevaron, la arrancaron de mis brazos...

—No pregunta «¿dónde estoy?». ¿Te das cuenta? —dice el alcalde, moviéndose entre las sombras, desde alguna parte—. Sus primeras palabras han sido «¿dónde está?», y el ruido dice lo mismo. Interesante.

Me palpita la cabeza al compás del estómago y me despierto un poco más y recuerdo que luché contra ellos, luché contra ellos cuando me la quitaron hasta que la culata de un rifle me impactó en la sien y me sumió en la negrura...

Me trago el nudo de la garganta, me trago el pánico y el miedo...

Porque esto es el fin, ¿verdad?

El fin de todas las cosas.

El alcalde me tiene en sus manos.

El alcalde la tiene a ella en sus manos.

—Si le hacen daño... —digo, sintiendo todavía el dolor del puñetazo en el estómago. El señor Collins está plantado delante de mí, medio escondido entre las sombras, el mismo señor Collins que cultivaba maíz y coliflor y se ocupaba de los caballos del alcalde, y que ahora se cierne sobre mí con una pistola en la cartuchera, un rifle colgado del hombro y el puño listo para golpearme otra vez.

—Parece que el daño ya está hecho, Todd —dice el alcalde, deteniendo al señor Collins—. Pobrecita.

Mis puños se contraen contra las cuerdas. Noto que mi ruido está baqueteado, pero sigue elevándose con el recuerdo del arma de Davy Prentiss apuntada hacia nosotros, de ella cayendo entre mis brazos, de ella sangrando y jadeando...

Y entonces mi ruido se vuelve aún más rojo al revivir la sensación de mi puño impactando contra el rostro de Davy Prentiss, de Davy Prentiss cayendo del caballo, con el pie encallado en el estribo, y siendo arrastrado como si fuera basura.

—Bueno —dice el alcalde—, eso explica el misterio del paradero de mi hijo.

Si no lo conociera, diría que suena casi divertido.

Pero me doy cuenta de que esto solo lo distingo por el sonido de su voz, una voz más afilada e inteligente de la que pudiera tener en Prentisstown, y de que la nada que salía de él cuando llegué corriendo a Puerto sigue siendo una gran nada en esta habitación, sea la que sea, y que encaja con la gran nada del señor Collins.

Ellos no tienen ruido.

Ninguno de los dos.

Aquí el único ruido que hay es el mío, y resuena como el cencerro de un ternero herido.

Trato de girar la cabeza en busca del alcalde, pero me duele demasiado el cuello como para moverlo, y solo percibo que estoy sentado bajo el único rayo de sol polvoriento y coloreado, en el centro de una habitación tan grande que apenas distingo las paredes en la lejanía.

Y luego sí que veo una mesita en la oscuridad, pero no está lo bastante cerca para poder discernir lo que hay encima.

Apenas el brillo del metal, centelleando y prometiendo cosas en las que no quiero pensar.

—Todavía piensa en mí como el alcalde —dice la voz, que vuelve a sonar ligera y divertida.

—Ahora hay que llamarlo presidente Prentiss, chico —gruñe el señor Collins—. Harías bien en recordarlo.

—¿Qué le han hecho? —continúo, intentando girarme de nuevo, en todas direcciones, pero el cuello me duele muchísimo—. Si la tocan, yo...

—Llegas a mi ciudad esta misma mañana —me interrumpe el alcalde—, sin ninguna pertenencia, ni siquiera una camisa al hombro, llevando a una muchacha en brazos que ha sufrido un terrible accidente...

Mi ruido aumenta de golpe.

—No fue ningún accidente...

—Un accidente muy grave —continúa el alcalde, y su voz denota aquel primer indicio de impaciencia que percibí cuando nos encontramos en la plaza—. Tan grave que está a las puertas de la muerte, y aquí estás tú, el chico al que hemos dedicado tanto tiempo y tantos esfuerzos en encontrar, el chico que nos ha causado tantos problemas, y que ahora se nos ofrece por voluntad propia, para hacer cualquier cosa que queramos a cambio de que salvemos a la chica y, sin embargo, cuando hacemos precisamente eso...

—¿Está bien? ¿Está a salvo?

El alcalde se detiene y el señor Collins da un paso al frente y me abofetea el rostro. La punzada me recorre lentamente la mejilla y me quedo ahí sentado, jadeando.

Entonces el alcalde entra en el círculo de luz, justo delante de mí.

Sigue vistiendo sus mejores ropas, tan fresco y aseado como de costumbre, como si debajo no hubiera un hombre, sino un témpano de hielo andante y parlante. Hasta el señor Collins luce marcas de sudor y tierra, y arroja el olor que

se podría esperar; pero el alcalde no.

Él siempre te hace sentir como una basura que hay que recoger.

Se me pone delante, se inclina para mirarme a los ojos.

Y luego me pregunta, como si fuera por curiosidad.

—¿Cómo se llama, Todd?

Parpadeo, sorprendido.

—¿Qué?

—¿Cómo se llama? —repite.

Seguro que sabe su nombre. Seguro que puede leerlo en mi ruido...

—Ya sabe cómo se llama —respondo.

—Quiero que me lo digas.

Miro al señor Collins, que sigue ahí plantado con los brazos cruzados, y su silencio no esconde las ganas que tiene de aplastarme contra el suelo.

—Una vez más, Todd —continúa el alcalde, sin inmutarse—, y me gustaría mucho que me respondieras. ¿Cómo se llama la chica del otro mundo?

—Si sabe que es del otro mundo —digo yo—, entonces ya debe de saber cómo se llama.

Y ahora el alcalde sonrío. Sonrío de verdad.

Y yo tengo más miedo que nunca.

—Esto no funciona así, Todd. Funciona de la siguiente manera: yo pregunto y tú respondes. Ahora. ¿Cómo se llama?

—¿Dónde está?

—¿Cómo se llama?

—Dígame dónde está y le diré cómo se llama.

Él suspira, como si lo hubiera decepcionado. Hace una simple seña al señor Collins, que da un paso adelante y me da otro puñetazo en el estómago.

—Es una transacción muy sencilla, Todd —sigue el alcalde, cuando las arcadas me acercan a la alfombra—. Lo único que tienes que hacer es decirme lo que quiero saber y todo terminará. Tú eliges. Te lo digo en serio, no tengo ningún deseo de seguir haciéndote daño.

Respiro con dificultad, me doblo hacia delante, y el dolor en el vientre dificulta que el aire entre en mi interior. Noto que mi propio peso tira de las ataduras de las muñecas y noto la sangre en mi cara, pegajosa y seca, y miro con los ojos nublados desde mi pequeña cárcel de luz en medio de la habitación, una habitación sin salidas...

La habitación donde voy a morir...

La habitación...

La habitación donde ella no está.

Y algo dentro de mí decide.

Si esto es el final, algo dentro de mí decide.

Decide no decirlo.

—Ya sabe cómo se llama —digo—. Máteme si quiere, pero ya sabe cómo se llama.

Y el alcalde se me queda mirando.

Pasa el minuto más largo de mi vida mientras él me observa, me interpreta, comprueba que estoy hablando en serio.

Y entonces se dirige a la pequeña mesa de madera.

Intento ver algo, pero su espalda esconde lo que está haciendo. Oigo que trastea con los objetos que hay encima, y un golpe metálico repica contra la madera.

—«Haré lo que usted quiera» —dice, y reconozco mis propias palabras—. «Sálvela, y haré todo lo que usted quiera.»

—No le tengo miedo —contesto, aunque mi ruido diga lo contrario, al pensar en todo lo que podría haber sobre la mesa—. No tengo miedo a morir.

Y me pregunto si lo digo en serio.

Se vuelve hacia mí, con las manos detrás de la espalda, para que no pueda ver lo que ha cogido.

—¿Porque eres un hombre, Todd? ¿Porque un hombre no tiene miedo a morir?

—Sí —digo—. Porque soy un hombre.

—Si no me equivoco, no cumples años hasta dentro de catorce días.

—Es solo un número. —Me cuesta respirar, mi estómago chasquea por el esfuerzo de hablar—. No significa nada. Si estuviese en el Viejo Mundo, tendría...

—No estás en el Viejo Mundo, chico —replica el señor Collins.

—No creo que se refiera a eso, señor Collins —dice el alcalde, que no deja de mirarme—. ¿No es cierto, Todd?

Miro al uno y después al otro.

—He matado —digo—. He matado.

—Sí, creo que has matado —repite el alcalde—. Llevas pintada en la cara la vergüenza que eso te acarrea. Pero la pregunta es: ¿a quién has matado? —Camina hacia la oscuridad, sale del círculo de luz, y sigue escondiendo el objeto que ha cogido de la mesa cuando se coloca detrás de mí—. ¿O debería decir «a qué»?

—Maté a Aaron —digo, intentando seguirle con la mirada, sin conseguirlo.

—¿En serio?

Su falta de ruido es algo horrible, sobre todo cuando no está a la vista. No es como el silencio de una chica, el silencio de una chica sigue siendo activo, sigue siendo una cosa viva que dibuja una forma en el ruido que retumba a su alrededor.

(pienso en ella, pienso en su silencio, en la necesidad de sentirlo)

(no pienso en su nombre)

Pero con el alcalde, que no sé cómo lo ha hecho, no sé cómo ha conseguido que él y el señor Collins no tengan ruido, es como si no hubiera nada, como si fuera algo muerto, sin más forma ni ruido ni vida en el mundo que una piedra o una pared, una fortaleza que nunca vas a conquistar. Supongo que estará leyendo mi ruido, pero ¿cómo puedo saberlo si ese hombre se ha hecho a sí mismo de piedra?

De todos modos, le muestro lo que él quiere. Coloco la iglesia bajo la cascada en la parte frontal de mi ruido. Coloco la lucha a muerte con Aaron, el esfuerzo y

la sangre. Me muestro luchando contra él y golpeándolo y derribándolo. Me muestro sacando el cuchillo.

Me muestro apuñalando a Aaron en el cuello.

—Ahí hay verdad —dice el alcalde—. Pero ¿es toda la verdad?

—Lo es —digo, aumentando el volumen de mi ruido para bloquear el resto de cosas que podría oír—. Es la verdad.

Sigue teniendo un punto de humor en la voz.

—Creo que me estás mintiendo, Todd.

—¡No! —Hablo prácticamente a gritos—. ¡Hice lo que Aaron quería! ¡Lo maté! Me convertí en un hombre bajo sus propias leyes y ahora usted puede incorporarme a su ejército y haré todo lo que quiera, ¡pero dígame qué han hecho con ella!

Veo que el señor Collins recibe una señal desde detrás y vuelve a acercarse, prepara el puño y...

(no puedo evitarlo)

Me alejo de él con tanta fuerza que arrastro la silla unos centímetros hacia un lado...

(calla)

Y el puñetazo no falla nunca.

—Bien —dice el alcalde, tranquilo y complacido—. Bien. —Vuelve a pasar a la oscuridad—. Deja que te explique un par de cosas —sigue diciendo—. Estás en el despacho central de lo que anteriormente fue la catedral de Puerto y ayer se convirtió en palacio presidencial. Te he traído a mi casa con la esperanza de ayudarte. Ayudarte a ver que te equivocas en esta lucha desesperada que mantienes contra mí, contra nosotros.

Su voz trajina detrás del señor Collins...

Su voz...

Por un segundo parece que no estuviera hablando en voz alta...

Que estuviera hablando dentro de mi cabeza...

Entonces, desaparece.

—Mis soldados llegarán mañana por la tarde —dice, todavía en movimiento—. Pero antes, Todd Hewitt, responderás a mi pregunta y luego serás fiel a tu palabra y me ayudarás en la creación de una nueva sociedad.

Vuelve a entrar en el círculo de luz, se detiene delante de mí, con las manos todavía detrás de la espalda, escondiendo lo que ha cogido antes.

—Pero el proceso que aquí y ahora quiero comenzar, Todd —continúa—, es ese en el cual te das cuenta de que yo no soy tu enemigo.

La sorpresa es tan mayúscula que por un instante el miedo desaparece.

¿No es mi enemigo?

Abro los ojos como platos.

¿No es mi enemigo?

—No, Todd —dice—. No soy tu enemigo.

—Usted es un asesino —le espeto sin pensarlo.

—Soy un general. Ni más ni menos.

Lo miro fijamente.

—Ha matado a gente por el camino. En Farbranch mató a todo el mundo.

—En tiempos de guerra suceden cosas lamentables, pero ahora la guerra ha terminado.

—Vi cómo disparaba contra ellos —digo, y detesto cada palabra de un hombre que carece de ruido de un modo tan sólido que parece una piedra imposible de mover.

—¿Yo, en persona, Todd?

Trago saliva, y el gusto es amargo.

—No, ¡pero la guerra la había iniciado usted!

—Era necesario —dice—. Para salvar un planeta enfermo y agonizante.

La respiración se me acelera, la mente se vuelve más espesa, la cabeza me pesa más que nunca. Mi ruido se enrojece.

—Usted mató a Cillian.

—Y lo lamento profundamente —asegura—. Hubiera sido un buen soldado.

—Mató a mi madre —digo, con la voz cogida (cállate), el ruido lleno de rabia



y de dolor, lágrimas en los ojos que lo estropean todo (cállate, cállate, cállate)—. Mató a todas las mujeres de Prentisstown.

—¿Crees todo lo que oyes por ahí, Todd?

Se produce un silencio, un silencio de verdad, pues incluso mi ruido intenta digerir lo que acaba de oír.

—No tengo ningún deseo de matar mujeres —añade—. Nunca lo he tenido.

Me quedo boquiabierto.

—Por supuesto que sí...

—Ahora no tengo tiempo para darte una clase de historia.

—¡Es un mentiroso!

—Y tú crees saberlo todo, ¿verdad?

Se le enfría la voz y se aleja de mí, y el señor Collins me golpea con tanta fuerza en un lado de la cabeza que casi me tira al suelo.

—¡¡¡Es un mentiroso y un asesino!!! —grito, con los oídos retumbando todavía por el puñetazo.

El señor Collins me pega ahora en el otro lado, duro como un bloque de madera.

—No soy tu enemigo, Todd —repite el alcalde—. Por favor, no me obligues a seguir haciéndote esto.

Me duele tanto la cabeza que no digo nada. No puedo decir nada. No puedo pronunciar la palabra que él desea. No puedo decir nada más sin que me golpeen hasta dejarme sin sentido.

Esto es el fin. Tiene que ser el fin. No me dejarán vivir. No la dejarán vivir.

Tiene que ser el fin.

—Espero que sea el fin —dice el alcalde, con una voz que parece sincera—. Espero que me digas lo que quiero saber y que podamos parar todo esto.

Y entonces dice...

Entonces dice...

Dice:

—Por favor.

Alzo la vista, parpadeando tras la hinchazón que crece alrededor de mis ojos.

La expresión de su rostro es de preocupación, casi de súplica.

¿Qué demonios es esto? ¿Qué demonios?

Y entonces vuelvo a oír el zumbido dentro de mi cabeza...

No es como oír simplemente el ruido de otra persona...

POR FAVOR como si lo dijera con mi propia voz...

POR FAVOR como si saliera de mí...

Me presiona...

En lo más hondo...

Me hace sentir que quiero decirlo...

POR FAVOR...

—Esas cosas que crees saber, Todd —dice el alcalde, retorciendo todavía la voz dentro de mi cabeza—. Esas cosas no son ciertas.

Y entonces lo recuerdo...

Recuerdo a Ben...

Recuerdo que Ben me dijo lo mismo...

Ben, a quien perdí...

Y mi ruido se endurece en el acto.

Y le corta.

El rostro del alcalde pierde la expresión de súplica.

—Muy bien —dice frunciendo un poco el ceño—. Pero recuerda que lo has elegido tú. —Se endereza—. ¿Cómo se llama?

—Ya sabe cómo se llama.

El señor Collins me cruza la cara, escorado hacia un lado.

—¿Cómo se llama?

—Ya lo sabe...

Bum. Otro puñetazo, esta vez desde el otro lado.

—¿Cómo se llama?

—No.

Bum.

—Dime cómo se llama.

—¡No!

¡Bum!

—¿Cómo se llama, Todd?

—¡Váyase a...!

Pero no puedo terminar la frase porque el señor Collins me golpea tan fuerte que mi cabeza retrocede y la silla se desequilibra, y caigo al suelo de costado, arrastrando la silla. Me estampo contra la alfombra, porque con las manos atadas no puedo impedirlo, y mis ojos se llenan de pequeños Nuevos Mundos hasta que ya no hay nada más que ver.

Respiro contra la alfombra.

Las botas del alcalde se acercan a mi cara.

—No soy tu enemigo, Todd Hewitt —dice una vez más—. Dime cómo se llama y todo esto se acabará.

Tomo aliento y me pongo a toser.

Vuelvo a tomar a tomar aliento y digo lo que tengo que decir.

—Es usted un asesino.

Otro silencio.

—Tú lo has querido —dice el alcalde.

Se aleja y noto cómo el señor Collins levanta la silla del suelo, me levanta a mí de paso, con el cuerpo crujiendo contra su propio peso, hasta que vuelvo a estar sentado en el círculo de luz coloreada. Ahora tengo los ojos tan hinchados que apenas veo al señor Collins, aunque está justo delante.

Oigo que el alcalde vuelve a la mesita. Oigo que mueve los objetos que hay en la superficie. Una vez más, oigo el chirrido del metal.

Oigo que se acerca y se coloca a mi lado.

Y después de tanta promesa, aquí está, por fin.

Mi final.

«Lo siento», pienso. «Lo siento mucho.»

El alcalde posa una mano sobre mi hombro y yo intento alejarme, pero la mantiene, presionando con firmeza. No puedo ver lo que sujeta, pero está acercando algo hacia mí, hacia mi rostro, algo duro y metálico y doloroso y listo para hacerme sufrir y acabar con mi vida y dentro de mí hay un agujero en el cual necesito meterme, para alejarme de todo, profundo y negro, y sé que esto es el fin, el fin del tiempo, nunca escaparé de aquí y me matará y la matará a ella y no hay elección, ni vida, ni esperanza, nada.

«Lo siento.»

Y el alcalde me pone una venda en la cara.

Me sorprende lo fría que está e intento zafarme de sus manos, pero sigue presionando con suavidad contra el chichón de la frente y contra las heridas de la cara y la mejilla, su cuerpo está tan cerca que puedo olerlo, un olor a limpio, al aroma de madera de su jabón, y la respiración de su nariz me roza la mejilla, sus dedos tocan los cortes casi con ternura, me pone vendas sobre la hinchazón de los ojos y los cortes del labio, y noto que empiezan a funcionar de manera casi inmediata, noto que la hinchazón disminuye, los calmantes me inundan el cuerpo, y por un instante pienso en lo buenas que son las vendas de Puerto, cómo se parecen a las vendas que llevaba ella, y el alivio llega tan deprisa, tan inesperadamente, que se me contrae la garganta y tengo que tragar saliva.

—No soy el hombre que crees que soy, Todd —me dice el alcalde en voz baja, casi al oído, colocándome otro vendaje en el cuello—. No hice las cosas que crees que hice. Pedí a mi hijo que te trajera aquí. No le pedí que matara a nadie. No pedí a Aaron que te matara.

—Miente —respondo con una voz débil y temblorosa por el esfuerzo que hago para no llorar (cállate).

El alcalde me sigue colocando vendas sobre las heridas del pecho y el estómago, con tanta suavidad que apenas puedo soportarlo, con tanta suavidad que casi parece que le preocupa mi bienestar.

—Claro que me preocupa, Todd —dice—. Ya habrá tiempo para que sepas la verdad.

Se coloca detrás de mí y me pone otra venda alrededor de las muñecas, me coge las manos y me las frota con los dedos.

—Habrá tiempo —repite— para que llegues a confiar en mí. Tal vez incluso para que me llegues a apreciar. Para que algún día, quizá, me consideres como un padre, Todd.

Parece que mi ruido se esté fundiendo con la medicación, el dolor desaparece, yo desaparezco con él, como si por fin me estuviera matando con la cura y no con el castigo.

No consigo quitarme el llanto de la garganta, de los ojos, de la voz.

—Por favor —digo—. Por favor.

Pero no sé qué quiero decir.

—La guerra ha terminado, Todd —continúa el alcalde—. Estamos construyendo un mundo nuevo. Por fin, este planeta hará verdadero honor a su nombre. Créeme cuando te digo que, una vez que lo hayas visto, querrás formar parte de él.

Respiro, sumergiéndome en la oscuridad.

—Podrías ser un líder, Todd. Has demostrado ser muy especial.

Sigo respirando, intento aguantar, pero noto que me estoy dejando ir.

—¿Cómo puedo saberlo? —pregunto por fin, con una voz que es un graznido, un murmullo, algo no del todo real—. ¿Cómo puedo saber si ella está viva?

—No puedes —contesta—. Solo tienes mi palabra.

Y vuelve a esperar.

—Y si lo hago —digo—. Si hago lo que me dice, ¿la salvará?

—Haremos lo que sea necesario.

Sin el dolor, la sensación es casi como si no tuviera cuerpo, como si fuera un fantasma, sentado en una silla, cegado y eterno.

Como si ya estuviera muerto.

Porque ¿cómo sabes que estás vivo si no te duele?

—Somos las elecciones que tomamos, Todd —dice el alcalde—. Nada más y nada menos. Me gustaría que tu elección fuera que me dijeras su nombre. Eso

me gustaría muchísimo.

Bajo las vendas, la oscuridad es todavía mayor.

Solo yo, solo entre las tinieblas.

Solo con su voz.

No sé qué hacer.

No sé nada.

(¿qué hago?)

Pero si hay una oportunidad, si hay siquiera una oportunidad...

—¿Realmente es tan grande el sacrificio, Todd? —pregunta el alcalde, que me oye pensar—. ¿Aquí, al final del pasado? ¿Al principio del futuro?

No. No, no puedo. Diga lo que diga, es un mentiroso y un asesino...

—Estoy esperando, Todd.

Pero tal vez ella esté viva, tal vez él la mantenga con vida...

—Se acerca tu última oportunidad, Todd.

Alzo la cabeza. El gesto abre un poco los vendajes y parpadeo hacia la luz, hacia el rostro del alcalde.

Está tan vacío como siempre.

Es el muro vacío, inerte.

Podría estar hablando con un pozo sin fondo.

Podría ser el pozo sin fondo.

Aparto la mirada. Miro hacia abajo.

—Viola —digo a la alfombra—. Se llama Viola.

El alcalde suelta un largo bufido de satisfacción.

—Bien, Todd. Te lo agradezco.

Se gira hacia el señor Collins.

—Enciéralo.



PRIMERA  
PARTE

TODD EN  
LA TORRE

## EL ANTIGUO ALCALDE

[TODD]

El señor Collins me hace subir a empujones por una escalera estrecha y sin ventanas, subimos y subimos y subimos, doblando en los descansillos, pero sin parar de subir. Cuando creo que mis piernas ya no van a dar para más, llegamos a una puerta. La abre y me empuja con fuerza, y entro a trompicones en la habitación, y caigo sobre el suelo de madera, y tengo los brazos tan rígidos que ni siquiera soy capaz de parar el golpe, y suelto un gruñido al rodar hacia un costado.

Y miro hacia abajo a un desnivel de más de treinta metros.

El señor Collins se echa a reír mientras yo retrocedo a rastras para alejarme del vacío. Me encuentro en una repisa de menos de cinco tablones de ancho, que bordea las paredes de una habitación cuadrada. En el centro hay un agujero enorme con algunas cuerdas que cuelgan por el centro. Alzo la vista para seguirlas por el ancho hueco hasta llegar al conjunto de campanas más grande que he visto nunca, dos de ellas cuelgan de una sola viga de madera, unos trastos enormes, grandes como una habitación en la que podrías vivir, y a los lados de la torre hay unas arcadas talladas para que el son de las campanas pueda oírse.

Pego un salto cuando el señor Collins cierra la puerta de golpe, y pasa el candado con un sonido metálico que no admite grandes esperanzas de huida.



Me levanto y me arrimo a la pared hasta que consigo volver a respirar.

Cierro los ojos.

«Soy Todd Hewitt», pienso. «Hijo de Cillian Boyd y Ben Moore. Mi cumpleaños es dentro de catorce días, pero soy un hombre.»

«Soy Todd Hewitt y soy un hombre.»

(un hombre que ha dicho al alcalde cómo se llama ella)

—Lo siento —susurro—. Lo siento mucho.

Al cabo de un rato, abro los ojos y miro a mi alrededor. En las paredes de este piso de la torre, hay unas pequeñas aberturas rectangulares a la altura de los ojos, tres en cada pared, y una luz tenue brilla por ellas a través del polvo.

Me acerco a la abertura más cercana. Es obvio que estoy en el campanario de la catedral, en lo alto, y la ventana da a la parte frontal de la plaza por la cual entré por primera vez a la ciudad esta misma mañana, aunque parezca que haya pasado ya una vida entera. Está anocheciendo, de modo que he debido de pasar un rato inconsciente antes de que el alcalde me despertara, un rato durante el cual puede haberle hecho cualquier cosa, un rato durante el cual...

(cállate, cállate ya)

Miro a la plaza. Sigue vacía, sigue la quietud de la ciudad silenciosa, una ciudad sin ruido, una ciudad que espera la llegada de un ejército que viene a conquistarla.

Una ciudad que ni siquiera opuso resistencia.

Llegó el alcalde y se la entregaron de inmediato. «A veces, el rumor de un ejército es tan efectivo como el propio ejército», me había dicho, ¿y acaso no tenía razón?

Pasamos tanto tiempo corriendo tan rápido como podíamos, sin pensar en cómo sería Puerto cuando llegáramos, sin decirlo en voz alta, pero esperando que fuera un lugar seguro, esperando que fuera un paraíso.

«Te aseguro que hay esperanza», dijo Ben.

Pero se equivocaba. Porque no habíamos llegado a Puerto.

Habíamos llegado a Nueva Prentiss.

Frunzo el ceño, noto que se me tensa el pecho y miro hacia el oeste, más allá de la plaza, de las copas de los árboles que se extienden hacia las casas y las calles silenciosas y lejanas hasta llegar a la cascada, que cae a peso desde el valle a media distancia, y la carretera zigzagueante que comprime la colina que se erige a uno de los lados, la carretera donde me enfrenté a Davy Prentiss Jr., la carretera donde Viola...

Me doy la vuelta para estudiar la habitación.

Los ojos se están adaptando a la luz que se desvanece, pero no parece que haya nada más que tablones y un ligero hedor. Las cuerdas de las campanas cuelgan a unos dos metros de los laterales. Levanto la vista y veo que están atadas a las campanas para hacerlas sonar. Hago un esfuerzo para mirar por el agujero, pero está demasiado oscuro para ver el fondo con claridad. Probablemente no haya otra cosa que duro ladrillo.

Pero dos metros no es demasiado. No sería difícil saltar y agarrarse a la cuerda para bajar hasta el fondo.

Pero entonces...

—En realidad es bastante ingenioso —me dice alguien desde el rincón más alejado.

Me echo atrás, con los puños en alto y el ruido en aumento. Un hombre se levanta del lugar donde estaba sentado, otro hombre sin ruido.

Con la diferencia de que...

—Si tratas de huir bajando por estas cuerdas que cuelgan tan tentadoramente —continúa—, toda la ciudad se va a enterar.

—¿Quién es usted? —pregunto, con vértigo en el estómago y los puños todavía cerrados.

—Sí —dice—. Ya he visto que no eras de Puerto. —Se adelanta desde el rincón, dejando que la luz le cruce la cara. Veo un ojo morado y un labio partido con una costra que parece recién formada. Es evidente que con él no han gastado

vendas—. Es curioso lo rápidamente que se olvida uno de lo fuerte que suenan —comenta, como si hablara para sí.

Es un hombre pequeño, más bajo que yo, y más corpulento, mayor que Ben, aunque no demasiado, y percibo también en él una cierta debilidad, una debilidad incluso en el rostro. Una debilidad que yo podría atacar y vencer si fuera necesario.

—Sí —afirma—. Supongo que podrías.

—¿Quién es usted? —repito.

—¿Quién soy yo? —responde con suavidad, y a continuación levanta la voz como si estuviera jugando a algo—: Me llamo Con Ledger, chico. Soy el alcalde de Puerto. —Sonríe, deslumbrado—. Pero no el alcalde de Nueva Prentiss. —Sacude un poco la cabeza y me mira al mismo tiempo—. Aplicamos la cura incluso a los refugiados, cuando empezaron a llegar a cientos.

Y entonces me doy cuenta de que su sonrisa no es una sonrisa, sino una mueca de dolor.

—Por el amor de Dios, niño —dice—. Qué ruidoso eres.

—No soy un niño —protesto, levantando los puños.

—No entiendo qué importancia puede tener eso.

Se me ocurren diez millones de cosas para dar respuesta a su pregunta, pero la curiosidad se impone a todas ellas.

—Entonces, ¿existe una cura para el ruido?

—Por supuesto —responde, con una expresión algo crispada, como si masticara algo en mal estado—. Una planta nativa con propiedades neuroquímicas naturales mezclada con un par de sustancias que pudimos sintetizar, y ahí lo tienes. El silencio inunda por fin el Nuevo Mundo.

—No todo el Nuevo Mundo.

—No, claro —dice, girándose para mirar por el rectángulo con las manos recogidas tras la espalda—. La fabricación es muy difícil, ¿sabes? Es un proceso largo y lento. Apenas conseguimos llegar al objetivo a finales del año pasado, y eso fue después de veinte años de intentos. Habíamos fabricado ya una cantidad

suficiente para nosotros y estábamos a punto de empezar a exportarla cuando...

Su voz se va apagando mientras contempla impertérrito la ciudad bajo sus pies.

—Cuando se rindieron —digo, con mi ruido retumbando, profundo y rojo—. Como cobardes.

Se vuelve hacia mí; su sonrisa ha desaparecido del todo.

—¿Y por qué debería importarme la opinión de un niño?

—No soy un niño —repito. ¿Todavía tengo los puños cerrados? Sí, todavía.

—Por supuesto que lo eres. Un hombre sabría cuáles son las elecciones que deben tomarse cuando uno se enfrenta al olvido.

Entorno los ojos.

—No hay nada que usted pueda enseñarme sobre el olvido.

Parpadea un poco al comprobar en mi ruido la verdad de lo que he dicho, como si unos destellos brillantes intentaran cegarlo, y entonces se viene abajo.

—Perdóname —dice—. Yo no soy así. —Se lleva la mano a la cara y la frota, palpando la hinchazón del ojo—. Ayer mismo, yo era todavía el benevolente alcalde de una magnífica ciudad. —Parece que se ría de alguna broma privada—. Pero eso era ayer.

—¿Cuántas personas hay en Puerto? —le pregunto, poco dispuesto a dejar el tema.

Se me queda mirando.

—Niño...

—Me llamo Todd Hewitt. Puede llamarme señor Hewitt.

—Él ha prometido un nuevo principio...

—Todo el mundo sabe que es un mentiroso. ¿Cuántas personas hay?

Suspira.

—Incluyendo a los refugiados, tres mil trescientas.

—El ejército no llega ni a un tercio de eso —digo—. Podrían haber opuesto resistencia.

—Mujeres y niños —se justifica—. Granjeros.

—Las mujeres y los niños combatieron en otras ciudades. Murieron mujeres y niños.

Da un paso adelante, con el rostro enrojecido.

—¡Exacto! ¡Pero las mujeres y niños de esta ciudad no morirán! ¡Porque he firmado la paz!

—Una paz que le ha valido un ojo morado. Una paz que le ha partido el labio.

Me mira un segundo más y luego suelta un breve bufido.

—Las palabras de un sabio —dice— con voz de paleta.

Y se gira para mirar por la abertura.

Y es entonces cuando percibo un *zumbido* grave.

Los signos de interrogación inundan mi ruido, pero antes de que pueda abrir la boca, el alcalde, el antiguo alcalde, dice:

—Sí, me estás oyendo a mí.

—¿A usted? —pregunto—. ¿Y la cura?

—¿Tú darías a tu enemigo derrotado su medicina favorita?

Me lamo el labio superior.

—¿Vuelve el ruido?

—Por supuesto. —Se gira de nuevo hacia mí—. Si no tomas la dosis de medicina diaria, por supuesto que vuelve. —Regresa a su rincón y procede a sentarse lentamente—. Te darás cuenta de que no hay retretes. Pido disculpas por adelantado por lo desagradable de este hecho.

Observo cómo se sienta, tengo el ruido todavía al rojo, me escuece y me acribilla a preguntas.

—Si no ando equivocado, ¿ha sido todo por ti lo de esta mañana? ¿Por ti han vaciado la ciudad, y es a ti a quien el nuevo presidente ha recibido personalmente a caballo?

No respondo. Pero el ruido lo hace por mí.

—¿Quién eres, Todd Hewitt? —dice—. ¿Qué te hace tan especial?

Esa sí que es una buena pregunta, pienso.

La noche cae sin remisión, y el alcalde Ledger cada vez habla menos y se mueve con mayor inquietud, hasta que por fin no puede soportarlo más y empieza a deambular. Durante todo ese rato, el *zumbido* ha ido aumentando de volumen, y ahora, si quisiéramos hablar, tendríamos que gritar para escucharnos.

Me sitúo en la parte frontal de la torre y contemplo las estrellas que van apareciendo a medida que la noche cubre el valle de más allá.

Y pienso e intento no pensar porque cuando lo hago se me revuelve el estómago y me vienen ganas de vomitar, o se me hace un nudo en la garganta y me vienen ganas de vomitar, y se me humedecen los ojos y me vienen ganas de vomitar.

Porque ella está ahí fuera, en algún lugar.

(por favor, que esté ahí fuera, en algún lugar)

(por favor, que esté bien)

(por favor)

—¿Tienes que ser siempre tan ruidoso? —salta el alcalde Ledger. Me vuelvo hacia él, listo para responder, y él levanta las manos en un gesto de disculpa—. Lo siento. Yo no soy así.

Empieza a mover nerviosamente los dedos otra vez.

—Es duro que te quiten la cura de un modo tan abrupto.

Vuelvo a girarme para contemplar Nueva Prentiss en el momento en que las luces empiezan a encenderse en las casas. Apenas he visto a nadie por la calle en todo el día, nadie ha salido, probablemente por orden del alcalde.

—Entonces, ¿todos están pasando por esto? —digo.

—Bueno, cada uno debe de tener su pequeña reserva de medicina en casa — responde el alcalde Ledger—. Tendrán que arrebatársela de las manos, supongo.

—No creo que eso sea un problema cuando el ejército entre en la ciudad.

Las lunas se elevan, encaramándose en el cielo como si no tuvieran ninguna

prisa. Brillan lo suficiente como para iluminar Nueva Prentiss y veo el río que divide la ciudad, en cambio al norte no hay casi nada aparte de campos, vacíos a la luz de luna, y más allá la abrupta elevación de montes rocosos que componen la pared norte del valle. Al norte, se divisa también otra carretera estrecha que sale de las colinas antes de cortar hacia la ciudad, la carretera que Viola y yo no tomamos al salir de Farbranch, la carretera que el alcalde sí tomó para llegar antes que nosotros.

Al este, el río y la carretera principal siguen en dirección a Dios sabe dónde, doblando recovecos y montañas aún más lejanas, con la ciudad extinguiéndose a su paso. Hay otra carretera, no demasiado pavimentada, que se dirige al sur desde la plaza, pasando por otros edificios y casas hasta adentrarse en el bosque y subir a una colina que tiene una muesca en la cima.

Y eso es todo lo que hay en Nueva Prentiss.

Hogar de tres mil trescientas personas, todas ellas escondidas en sus casas, tan silenciosas que podrían estar muertas.

Ninguna de esas personas levanta la mano para salvarse de lo que les espera; tienen la esperanza de que, si son lo bastante mansas, lo bastante débiles, el monstruo no las devorará.

Este es el lugar al que, para llegar, dedicamos todo nuestro tiempo.

Veo movimiento en la plaza, una sombra que centellea, pero no es más que un perro. **A casa, a casa, a casa**, casi puedo oír que piensa. **A casa, a casa, a casa.**

Los perros no tienen los problemas de las personas.

Los perros pueden ser felices en cualquier momento.

Me tomo un minuto para ahuyentar la rigidez que me invade el pecho, la humedad de los ojos.

Me tomo un minuto para dejar de pensar en mi propio perro.

Cuando vuelvo a mirar, veo a alguien que no es un perro.

Tiene la cabeza echada hacia delante y cruza despacio la plaza a lomos de su caballo, cuyos cascos repican contra las baldosas. A medida que se va acercando, y a pesar de que el *zumbido* del alcalde Ledger se ha convertido ya en una molestia tan grande que no sé cómo voy a poder dormir, lo oigo en la distancia.

Ruido.

Por encima del silencio de una ciudad en espera, puedo oír el ruido de un hombre.

Y él puede oír el mío.

*¿Todd Hewitt?, piensa.*

Oigo también la sonrisa que se dibuja en su rostro.

*He encontrado algo, Todd, dice, desde el otro extremo de la plaza, buscándome bajo la luz lunar. He encontrado algo tuyo.*

Yo no respondo. No pienso en nada.

Me limito a mirarlo cuando alarga la mano y sostiene algo en dirección a mí.

Incluso desde tan lejos, incluso a la luz de las lunas, sé lo que es.

El libro de mi madre.

Davy Prentiss tiene el libro de mi madre.



## EL PIE EN EL PESCUEZO

[TODD]

A la mañana siguiente, temprano, instalan ruidosa y rápidamente una plataforma con un micrófono encima junto a la base de la torre del campanario y, al llegar la tarde, los hombres de Nueva Prentiss se congregan ante ella.

—¿Por qué lo hacen? —pregunto, mirándolos desde arriba.

—¿A ti qué te parece? —dice el alcalde Ledger, sentado en un rincón oscuro, frotándose las sienes, y el *zumbido* de su ruido sierra sin parar, caliente y metálico —. Para conocer a su nuevo comandante.

Los hombres no dicen gran cosa, lucen rostros pálidos y sombríos, pero ¿quién puede saber lo que piensan si no tienen ruido? Parecen más aseados que los hombres de mi ciudad, llevan el pelo más corto, la cara afeitada, mejores ropas. Muchos de ellos son rechonchos y fofos, como el alcalde Ledger.

Puerto debía de ser un lugar confortable, un lugar donde los hombres no luchaban a diario por sobrevivir.

Tal vez el problema fuera ese exceso de confort.

El alcalde Ledger suelta un bufido, pero no dice nada.

Los hombres del alcalde Prentiss se han situado sobre sus monturas en puntos estratégicos de toda la plaza, diez o doce de ellos, con los rifles preparados, para asegurarse de que todo el mundo se comporta, aunque la amenaza de la llegada

del ejército parece haber hecho gran parte del trabajo. Reconozco al señor Tate y al señor Morgan y al señor O'Hare, hombres con los que yo me crié, hombres a los que veía haciendo de granjeros, hombres que eran solo hombres hasta que de pronto se convirtieron en algo distinto.

No veo a Davy Prentiss por ninguna parte y mi ruido vuelve a retumbar solo de pensar en él.

Lo más probable es que bajara de la montaña desde el lugar hasta donde le arrastró el caballo y que allí encontrara la mochila. Lo único que quedaba dentro era ropa vieja y el libro.

El libro de mi madre.

Las palabras que mi madre escribió para mí.

Que escribió cuando yo nací. Que escribió justo antes de morir.

«Mi hijo maravilloso, que será testigo de cómo este mundo se vuelve bueno.»

Palabras que me leyó Viola porque yo no sabía...

Y ahora el maldito Davy Prentiss...

—¿Puedes... intentarlo, por lo menos...? —me pide el alcalde Ledger, apretando los dientes. Se detiene y me mira disculpándose—. Lo siento —dice, por millonésima vez desde que el señor Collins nos despertó con el desayuno.

Antes de poder responder, noto un tirón súbito y fortísimo en el corazón, tan sorprendente que casi me quedo sin aliento.

Vuelvo a mirar por la abertura.

Las mujeres de Nueva Prentiss se acercan.

Aparecen a lo lejos, en grupos, bajando por las calles adyacentes, separadas del cuerpo principal de hombres, que se encuentran retenidos por los hombres del alcalde que patrullan a caballo.

Siento su silencio de un modo en que no puedo sentir el de los hombres. Como si fuera una pérdida, un enorme conjunto de dolor contra el sonido del mundo, y debo secarme otra vez los ojos, pero me pego todavía más a la

abertura, para verlas mejor, para verlas a todas.

Para ver si ella está ahí.

Pero no está.

No está.

Tienen un aspecto parecido al de los hombres, la mayoría llevan pantalones y camisas de diferentes cortes, algunas van con faldas largas, pero la mayoría parecen aseadas, acomodadas y bien alimentadas. Algunas van peinadas hacia atrás o llevan el pelo recogido en un moño, otras lo llevan suelto, otras corto, otras largo, y hay muchas menos rubias que las que había en el ruido de los hombres de la tierra de donde vengo.

Y veo que muchas tienen los brazos cruzados y otras muchas lucen una expresión de duda en el rostro.

Hay más rabia ahí que en el rostro de los hombres.

—¿Hubo alguien que se resistiera? —pregunto al alcalde Ledger, sin dejar de mirar—. ¿Hubo alguien que no se rindiera?

—Esto es una democracia, Todd —suspira—. ¿Sabes qué es una democracia?

—Ni idea —respondo, sin encontrar lo que busco.

—Significa que se escucha a la minoría, pero gobierna la mayoría.

Me lo quedo mirando.

—¿Toda esa gente quería rendirse?

—El presidente hizo una propuesta al Consejo electo —dice, tocándose el labio partido—, y prometió que la ciudad no sufriría ningún daño si la aceptábamos.

—¿Y ustedes le creyeron?

Sus ojos me miran centelleantes.

—Tal vez olvidas o bien no quieres recordar que pasamos ya por una gran guerra, una guerra para terminar con todas las guerras, por la época en que tú naciste. Si es posible evitar una repetición...

—Están dispuestos a entregarse a un asesino.

Vuelve a suspirar.

—La mayoría del Consejo, liderada por mí mismo, decidió que era la mejor manera de salvar la mayor cantidad de vidas. —Descansa la cabeza contra el muro—. No todo es blanco y negro, Todd. En realidad, casi nada lo es.

—Pero ¿y si...?

Catacloc. Se abre la puerta y entra el señor Collins, apuntando con una pistola. Mira directamente al alcalde Ledger.

—Levántese —dice.

Miro alternativamente al uno y al otro.

—¿Qué pasa? —pregunto.

El alcalde Ledger se levanta de su rincón.

—Parece que habrá que pagar al flautista, Todd —dice con una voz que intenta parecer ligera, pero oigo que su *zumbido* se acelera a causa del miedo—. Era una ciudad magnífica —me dice—. Y yo era un hombre mejor. Recuérdalo, por favor.

—¿De qué habla? —digo.

El señor Collins lo agarra por el brazo y lo saca por la puerta.

—¡Eh! —grito, siguiéndolos—. ¿Adónde lo lleva?

El señor Collins levanta el puño para pegarme...

Y yo me aparto asustado.

(cállate)

Se echa a reír y cierra la puerta con llave al salir.

Catacloc.

Me quedo solo en la torre.

Y cuando el *zumbido* del alcalde Ledger desaparece escaleras abajo, lo oigo de pronto.

*Marcha, marcha, marcha* a lo lejos.

Me acerco a la ventana.

Ahí está.

El ejército invasor está entrando en Puerto.

Fluye por la carretera zigzagueante como si fuera un río negro, polvoriento y sucio, que hubiera salido disparado del reventón de una presa. Los soldados avanzan en filas de a cuatro o cinco y los que van llegando desaparecen entre los árboles de la falda de la colina, mientras los últimos alcanzan por fin la cima. La multitud los observa, los hombres giran la cabeza desde la plataforma; las mujeres los contemplan desde las calles laterales.

La *marcha, marcha, marcha* se hace más y más ruidosa, y resuena por las calles de la ciudad. Como un reloj cuyo tictac sonara boca abajo.

La multitud espera. Yo espero con ella.

Y entonces, a través de los árboles, por el recodo de la carretera...

Ahí está.

El ejército.

Con el señor Hammar al frente.

El señor Hammar, que vivía en la estación petrolífera de mi ciudad; el señor Hammar, que pensaba cosas malas y violentas que ningún niño debería oír; el señor Hammar, que en plena huida disparaba por la espalda a la gente de Farbranch.

El señor Hammar es el comandante del ejército.

Ahora oigo su voz, grita las órdenes para que ningún soldado pierda el compás.

—El pie —grita al ritmo de la marcha.

—El pie.

—El pie.

—El pie en el pescuezo.

Llegan a la plaza y viran hacia uno de los laterales, se abren paso entre hombres y mujeres como una fuerza imparable. El señor Hammar está tan cerca que veo su sonrisa, una sonrisa que conozco perfectamente, una sonrisa que aporrea, una sonrisa que golpea, una sonrisa que domina.

Y cuanto más se acerca, más certeza tengo.

Es una sonrisa sin ruido.

Alguien, tal vez uno de los hombres a caballo, debió de salir a la carretera para encontrarse con el ejército. Alguien que llevaba la cura. Porque el ejército no emite ningún ruido, a excepción de los pies que marchan y las voces que cantan.

—El pie, el pie, el pie en el pescuezo.

Marchan rodeando el lateral de la plaza hasta la plataforma. El señor Hammar se detiene en una esquina, deja que los hombres se sitúen en formación tras el estrado, de cara a la multitud que se ha girado para verlos.

Empiezo a reconocer a los soldados a medida que se alinean. El señor Wallace. El joven señor Smith. El señor Phelps, el tendero. Hombres de Prentisstown y muchos, muchos otros hombres.

El ejército ha ido creciendo a su paso.

Veo a Ivan, el hombre que tenía un granero en Farbranch, el que me dijo en secreto que había hombres que nos tenían simpatía. Permanece a la cabeza de una de las formaciones y todos los que le dan la razón se sitúan a su espalda, con los brazos atentos y los rifles preparados.

El último soldado se coloca en su sitio mientras suena un cántico final.

—¡¡¡El pie en el pescuezo!!!

Y entonces ya no queda nada más que silencio, un silencio que sopla sobre Nueva Prentiss como si fuera el viento.

Ahora oigo las puertas de la catedral que se abren a mis pies.

Y el alcalde Prentiss sale a la plaza para dirigirse a su nueva ciudad.

—En este momento —dice al micrófono, después de saludar al señor Hammar y subir los escalones de la plataforma—, estáis asustados.

Los hombres de la ciudad le devuelven la mirada, sin decir nada, sin zumbar ni dejar que suene el ruido.

Las mujeres permanecen en las calles adyacentes, también en silencio.

El ejército espera en posición de firmes, listo para cualquier cosa.

Me doy cuenta de que estoy aguantando la respiración.

—En este momento —continúa—, creéis que habéis sido conquistados. Creéis que no hay esperanza. Creéis que he subido aquí para leer vuestra sentencia.

Aunque me da la espalda, gracias a los altavoces repartidos por las esquinas su voz retumba con claridad por toda la plaza, por toda la ciudad, y probablemente por todo el valle y más allá. Porque, en realidad, ¿quién más hay para oírle hablar? ¿Quién más hay en todo el Nuevo Mundo que no esté aquí reunido o, en caso contrario, sepultado bajo tierra?

El alcalde Prentiss habla a todo el planeta.

—Y tenéis razón —dice, y juraría que oigo su sonrisa—. Habéis sido conquistados. Y estoy leyendo vuestra sentencia.

Deja que sus palabras cuajen por un momento. Mi ruido ruge y observo que algunos hombres alzan la vista hacia la torre. Intento acallarlo, pero ¿quiénes son esas personas? ¿Quién es esa gente aseada, acomodada y nada hambrienta que se acaba de rendir?

—Pero no soy yo quien os ha conquistado —continúa el alcalde—. No soy yo quien os ha golpeado ni os ha derrotado ni os ha esclavizado.

Hace una pausa, mira a la multitud. Va completamente vestido de blanco, con sombrero blanco, botas blancas, y su silueta, añadida a las sábanas blancas que cubren la plataforma y al sol de la tarde que brilla con fuerza, es prácticamente cegadora.

—Os ha esclavizado vuestra pereza —concluye—. Os ha derrotado vuestra complacencia. ¡Habéis sido sentenciados —y aquí su voz se eleva de pronto, y pronuncia «sentenciados» con tanta dureza que la mitad de la gente da un brinco — por vuestras buenas intenciones!

Se está animando, y respira con fuerza contra el micrófono.

—Os habéis vuelto tan débiles, tan flojos ante los desafíos de este mundo, que en una sola generación os habéis convertido en un pueblo capaz de rendirse a

causa de un ¡¡rumor!!

Empieza a caminar por el escenario, micrófono en mano. Cada rostro asustado del público, cada rostro del ejército, sigue con la mirada cómo anda arriba y abajo, arriba y abajo.

Yo también miro.

—Permitís que un ejército entre en vuestra ciudad y, en vez de obligarlo a luchar por ella, ¡se la ofrecéis voluntariamente!

Sigue caminando de un lado a otro, y la voz sigue subiendo.

—Ahora ya sabéis lo que hice. Os tomé. Os tomé a vosotros. Tomé vuestra libertad. Tomé vuestra ciudad. Tomé vuestro futuro.

Se echa a reír, incapaz de creerse la suerte que ha tenido.

—Esperaba una guerra —dice.

Muchos se miran los pies, evitan mirarse entre ellos.

Me pregunto si sienten vergüenza.

Espero que sí.

—Pero, en vez de una guerra, encontré una súplica. Una súplica que empezaba así: «Por favor, no nos hagáis daño», y terminaba así: «Por favor, tomad todo lo que queráis».

Se detiene en medio de la plataforma.

—¡¡¡Esperaba una guerra!!! —vuelve a gritar, amenazando con el puño.

Y todos se encogen de miedo.

Si una multitud puede encogerse de miedo, esta lo hace.

Más de mil hombres se encogen de miedo bajo el puño de uno solo.

No veo qué hacen las mujeres.

—Y como no me habéis dado una guerra —dice el alcalde con voz suave—, ahora os atenderéis a las consecuencias.

Oigo que las puertas de la catedral se abren de nuevo y el señor Collins empuja al alcalde Ledger, con las manos atadas a la espalda, a través de las filas de



soldados.

El alcalde Prentiss contempla, con los brazos cruzados, cómo se acerca. Por fin empiezan a surgir murmullos entre la multitud de hombres, más fuertes entre la multitud de mujeres, y los hombres a caballo ondean los rifles para detenerlos. Prentiss ni siquiera se inmuta ante el ruido, como si no se hubiera dado cuenta. Se limita a observar cómo el señor Collins empuja al alcalde Ledger y le obliga a subir las escaleras situadas en la parte posterior de la plataforma.

El alcalde Ledger se detiene en lo alto de las escaleras, y mira a la multitud. La gente le devuelve la mirada, algunos entornan los ojos ante la estridencia del *zumbido* de su ruido, un *zumbido* que, según me doy cuenta, empieza a gritar palabras de verdad, palabras de miedo, imágenes de miedo, imágenes del señor Collins poniéndole el ojo morado o partiéndole el labio, imágenes de él accediendo a rendirse y a ser encerrado en la torre.

—De rodillas —ordena el alcalde Prentiss, y aunque habla en voz baja, aunque habla alejado del micrófono, de algún modo lo oigo tan claro como una campanada en el centro de mi cabeza, y por la manera en que la multitud aguanta la respiración, me pregunto si es así como lo han oído ellos también.

Y sin saber siquiera lo que está haciendo, el alcalde Ledger se arrodilla sobre la plataforma, sorprendido de estar ahí.

La ciudad entera lo contempla.

El alcalde Prentiss espera un momento.

Y entonces se le acerca.

Y saca un cuchillo.

Es un artefacto grande, terrorífico, mortífero, que brilla bajo el sol.

El alcalde lo sostiene por encima de su cabeza.

Se gira muy lentamente, para que todo el mundo vea lo que está a punto de suceder.

Para que todo el mundo vea el cuchillo.

Se me revuelve el estómago y por un segundo pienso...

Pero no es el mío...

No lo es...

Y entonces, desde el extremo opuesto de la plaza, alguien grita:

—¡Asesino!

Una única voz, que sobrevuela el silencio.

Ha venido de las mujeres.

Por un instante, mi corazón da un brinco...

Pero no puede ser ella, claro...

Pero por lo menos hay alguien. Por lo menos hay alguien.

El alcalde Prentiss se acerca tranquilamente al micrófono.

—Vuestro enemigo victorioso se dirige a vosotros —anuncia, casi con educación, como si la persona que ha gritado simplemente no comprendiera—. Vuestros líderes van a ser ejecutados como resultado inevitable de vuestra derrota.

Se gira para mirar al alcalde Ledger, que sigue arrodillado en la plataforma. Su expresión intenta parecer tranquila, pero todo el mundo oye hasta qué punto no quiere morir, lo infantiles que suenan sus deseos, la fuerza con la que su ruido sin cura se derrama por todos los rincones.

—Y ahora sabréis —continúa el alcalde Prentiss, volviéndose hacia la multitud— qué clase de hombre es vuestro nuevo presidente. Y lo que os va a exigir.

Silencio, todavía silencio, a excepción de los gimoteos del alcalde Ledger.

El alcalde Prentiss camina hacia él, con el cuchillo resplandeciente. Un nuevo murmullo empieza a propagarse entre la gente, pues está a punto de llegar el momento que tanto esperaban. El alcalde Prentiss se coloca detrás del alcalde Ledger y vuelve a levantar el cuchillo. Se queda allí plantado, observando a la multitud que los contempla, mirando sus rostros mientras ellos miran y oyen cómo su antiguo alcalde intenta sin conseguirlo contener su ruido.

—¡¡¡Observad vuestro futuro!!! —grita el alcalde Prentiss.

Coloca el cuchillo en un ángulo de ataque, como repitiendo «observad...».

El murmullo de la gente se eleva...

El alcalde Prentiss levanta el brazo...

Una voz, de mujer, tal vez la misma de antes, grita:

—¡No!

Y entonces, de repente, me doy cuenta de que sé perfectamente lo que va a suceder.

Sentado en la silla, en aquella habitación del círculo de cristal coloreado, él me venció, me llevó al borde de la muerte, me hizo saber que iba a llegar...

Y entonces me puso la venda.

Y fue entonces cuando hice lo que él quería.

El cuchillo atraviesa el aire con un siseo y corta las cuerdas de las manos del alcalde Ledger.

Se oye un bufido del tamaño de una ciudad, del tamaño de un planeta.

El alcalde Prentiss espera un instante, y luego, en voz baja, sin acercarse siquiera al micrófono, repite:

—Observad vuestro futuro.

Pero ahí está de nuevo, en el centro de tu mente.

Guarda el cuchillo en un cinturón detrás de la espalda y regresa al micrófono.

Y empieza a poner vendas a la multitud.

—No soy el hombre que creéis que soy —dice—. No soy un tirano que viene a aniquilar a sus enemigos. No soy un demente que viene a destruir incluso aquello que él mismo salvaría. No soy —mira al alcalde Ledger— vuestro verdugo.

Ahora la gente, hombres y mujeres, guarda un silencio tan sepulcral que

parece que la plaza esté vacía.

—La guerra ha terminado —continúa Prentiss—. Y ahora una nueva paz ocupará su lugar.

Señala al cielo. La gente mira hacia arriba, como si el alcalde Prentiss estuviera conjurando algo que fuera a caer sobre ellos.

—Tal vez habréis oído el rumor de que unos nuevos colonos están al llegar —señala.

Se me revuelve el estómago una vez más.

—Os hablo como presidente. El rumor es cierto.

¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede saberlo?

Al oír la noticia, la multitud empieza a murmurar, hombres y mujeres. El alcalde se lo permite y departe alegremente con ellos.

—¡Estaremos listos para recibirlos! —grita—. ¡Seremos una sociedad orgullosa y dispuesta a darles la bienvenida a este nuevo Edén! —Vuelve a alzar la voz—. ¡¡¡Les enseñaremos que han dejado el Viejo Mundo para entrar en el paraíso!!!

Ahora hay un montón de murmullos; todo el mundo habla.

—Voy a quitaros la cura —dice el alcalde.

Y vaya si callan ahora los murmullos.

Prentiss permite que el silencio se consolide, y luego añade:

—Por el momento.

Los hombres se miran entre sí y luego se vuelven otra vez hacia el alcalde.

—Hemos entrado en una nueva era —continúa el alcalde Prentiss—. Os ganaréis mi confianza si me ayudáis a crear una sociedad nueva. Al construir esa sociedad nueva y encarar los primeros desafíos y celebrar los primeros éxitos, os ganaréis el derecho a que se os pueda volver a llamar hombres. Os ganaréis el derecho a que se os devuelva la cura, y ese será el momento en que realmente todos los hombres serán hermanos.

No mira a las mujeres. Y los hombres de la multitud tampoco lo hacen. Las mujeres no necesitan la recompensa de una cura, ¿verdad?

—No será fácil —sigue diciendo—. No voy a engañaros. Pero será gratificante. —Hace un gesto hacia el ejército—. Mis ayudantes ya han empezado a organizaros. Continúa acatando sus instrucciones; os aseguro que nunca serán demasiado onerosas y que pronto veréis que no soy vuestro conquistador. No soy vuestra perdición. No soy... —vuelve a hacer una pausa— vuestro enemigo.

Contempla por última vez a la multitud.

—Soy vuestro salvador —concluye.

Y aun sin oír el ruido, comprendo que la gente se pregunta si hay alguna posibilidad de que esté diciendo la verdad, si en definitiva todo va a salir bien, si tal vez, a pesar de todo lo que habían temido, se habrán librado por fin.

«No os habéis librado», pienso. «Ni de lejos.»

Antes incluso de que la multitud haya empezado a evacuar ordenadamente la plaza después de que el alcalde haya terminado, se oye un chasquido en mi puerta.

—Buenas noches, Todd —dice el alcalde, que ya ha entrado en la cárcel del campanario y mira a su alrededor, arrugando un poco la nariz ante el olor—. ¿Te ha gustado mi discurso?

—¿Cómo sabe que vienen los colonos? —respondo—. ¿Ha hablado con ella? ¿Se encuentra bien?

No responde a mi pregunta, pero tampoco me golpea por haberla formulado. Se limita a sonreír y dice:

—Todo a su debido tiempo, Todd.

Oímos el ruido que sube por las escaleras, al otro lado de la puerta. *Vivo, estoy vivo*, dice, *vivo vivo vivo*, y el alcalde Ledger irrumpe en la habitación, empujado por el señor Collins.

Se detiene en seco al ver a Prentiss.

—Mañana traerán camas nuevas —dice este, sin dejar de mirarme—. Y también instalarán un retrete.

El alcalde Ledger mueve la mandíbula, pero tarda varios intentos en conseguir pronunciar alguna palabra.

—Señor presidente...

El alcalde Prentiss no le hace el menor caso.

—Mañana empezarás también tu primera tarea, Todd.

—¿Tarea? —pregunto.

—Todo el mundo tiene que trabajar —dice—. El trabajo es el camino a la libertad. Yo trabajaré. Y el alcalde Ledger también.

—¿Yo? —se sorprende Ledger.

—Estamos en la cárcel... —digo.

Vuelve a sonreír, y veo que se lo está pasando bien y me pregunto cuánto me va a escocer.

—Duerme un poco —dice, acercándose a la puerta mientras me mira a los ojos—. Mi hijo pasará a recogerte a primera hora de la mañana.

## UNA VIDA NUEVA

[TODD]

Pero no es Davy quien me preocupa cuando al día siguiente me sacan a rastras al frío de la mañana, delante de la catedral. En realidad, a Davy ni siquiera lo miro.

Es el caballo.

**Chico potro**, dice, mientras apoya el peso de un casco a otro y me mira desde lo alto, con los ojos abiertos con aquella locura caballuna, como si yo necesitara un buen pisotón.

—No sé nada de caballos —digo.

—Es una yegua de mi manada privada —replica el alcalde Prentiss, a lomos de su propio corcel, Morpeth—. Se llama Angharrad. Te tratará bien, Todd.

Morpeth está mirando a mi yegua y lo único que piensa es **ríndete, ríndete, ríndete**, cosa que la pone todavía más nerviosa y suma una tonelada de nervios al animal que se supone que debo montar.

—¿Qué pasa? —se burla Davy Prentiss desde la silla de un tercer caballo—. ¿Tienes miedo?

—¿Qué pasa? —digo—. ¿Tu papá todavía no te ha dado la cura?

Su ruido aumenta de inmediato.

—Pedazo de...

—Ya vale, ya vale —interviene el alcalde—. No habéis dicho ni diez palabras,

y ya os estáis peleando.

—Ha empezado él —se queja Davy.

—Y apuesto a que también podría acabar la disputa —dice su padre, mirándome y leyendo el tono rojizo y agitado de mi ruido, repleto de preguntas urgentes sobre Viola, y otras preguntas que querría sacar del pellejo de Davy Prentiss—. Vamos, Todd —me dice, tomando las riendas de su caballo—. ¿Estás listo para liderar a los hombres?

—Es una división sencilla —explica mientras trotamos, a primera hora de la mañana, mucho más rápido de lo que me gustaría—. Los hombres se trasladarán al extremo oeste del valle, frente a la catedral, y las mujeres al este, detrás de ella.

Nos dirigimos al este por la calle principal de Nueva Prentiss, la que comienza en la carretera zigzagueante junto a las cascadas, continúa hasta la plaza mayor, rodea la catedral y desemboca en el valle de más allá. Pequeñas patrullas de soldados desfilan arriba y abajo por los caminos adyacentes, y los hombres de Nueva Prentiss pasan de largo en dirección contraria, acarreando mochilas y otros equipajes.

—No veo a ninguna mujer —dice Davy.

—No, el capitán Morgan y el capitán Tate supervisaron anoche el traslado del resto de las mujeres —explica el alcalde.

—¿Qué piensa hacer con ellas? —pregunto, y mis nudillos se agarran con tanta fuerza al saliente de la silla que se están volviendo blancos.

Me devuelve la mirada.

—Nada, Todd. Serán tratadas con el cuidado y la dignidad que merece su importancia en el futuro del Nuevo Mundo. —Se vuelve de espaldas—. Pero, de momento, es mejor separarlas.

—Hay que poner a esas zorras en su lugar —dice Davy con desprecio.

—No volverás a hablar de este modo delante de mí, David —dice el alcalde,



con una voz tranquila, pero en un tono que deja claro que no está para bromas—. Las mujeres serán respetadas a todas horas y tendrán todas las comodidades. Aunque, aparte de la vulgaridad con que te has expresado, no te falta razón. Todos tenemos nuestro lugar. El Nuevo Mundo hizo que los hombres olvidaran el suyo, y eso significa que deben permanecer separados de las mujeres hasta que todos recordemos quiénes somos, quiénes estábamos destinados a ser. —Su voz suena algo más alegre—. El pueblo lo agradecerá. Ofrezco claridad donde antes solo había caos.

—¿Viola está con las mujeres? —pregunto—. ¿Está bien?

Vuelve a mirarme.

—Hiciste una promesa, Todd Hewitt —contesta—. ¿Tengo que recordártela otra vez? «Sálvela y haré todo lo que usted quiera», creo que fueron tus palabras exactas.

Nervioso, me paso la lengua por los labios.

—¿Cómo puedo saber que está cumpliendo su parte del trato?

—No puedes —dice, mirándome a los ojos, como si viera más allá de cada mentira que pudiera decirle—. Quiero que confíes en mí, Todd; si la confianza necesita pruebas, deja de ser confianza.

Vuelve a girarse hacia la carretera y yo me quedo con las risitas de Davy, de modo que me limito a susurrar «So, chica» a mi yegua. Tiene la piel de color marrón oscuro, con una raya blanca debajo del morro y una crin tan bien cepillada que intento no tocarla para que no se enfade. *Chico potro*, piensa ella.

«Ella», pienso. Ella. Entonces se me ocurre una pregunta que nunca había tenido ocasión de formular. Las ovejas de la granja también tenían ruido, y en cambio las mujeres no tienen ruido...

—Porque las mujeres no son animales —dice el alcalde, leyéndome—. No importa lo que diga la gente sobre lo que yo creo. Simplemente, por naturaleza, carecen de ruido. —Baja la voz—. Cosa que las hace distintas.

Esta parte de la carretera está llena sobre todo de tiendas, esparcidas entre los árboles, cerradas, quién sabe cuándo volverán a abrir, y las casas se extienden desde las calles adyacentes tanto hacia el río a la izquierda como hacia la ladera del valle a la derecha. La mayoría de los edificios, si no todos, están contruidos a buena distancia el uno del otro, y deduzco que es así como se planifica una gran ciudad cuando todavía no has encontrado una cura para el ruido.

Adelantamos a más soldados que marchan en grupos de cinco o diez, a más hombres que se dirigen al oeste con sus pertenencias, y no hay ni rastro de mujeres. Miro los rostros de los hombres que pasan de largo, casi todos mirándose los pies y a la carretera, y no veo a nadie dispuesto a luchar.

—So, chica —vuelvo a susurrar, porque montar a caballo se está convirtiendo en algo tremendamente incómodo para mis partes íntimas.

—Ese es mi Todd —dice Davy, situándose a mi lado—. Siempre quejándose.

—Cállate, Davy —respondo.

—Os dirigiréis el uno al otro como señor Prentiss Jr. y señor Hewitt —nos grita el alcalde desde su posición avanzada.

—¿Cómo? —dice Davy, con el ruido en aumento—. ¡Pero todavía no es un hombre! No es más que...

Su padre le hace callar con una mirada.

—Han descubierto un cadáver en el río a primera hora de la mañana —dice—. Un cadáver con varias heridas terribles y un cuchillo grande clavado en el cuello, un cadáver que lleva muerto no más de dos días.

Me mira fijamente, estudiando mi ruido por enésima vez. Muestro las imágenes que él quiere ver, hago que mis imaginaciones parezcan reales, porque el ruido no es nada más que eso, es todo lo que piensas, no solo la verdad, y si piensas con suficiente fuerza que has hecho algo, bueno, entonces tal vez lo hayas hecho.

Davy se burla de mí.

—¿Mataste al predicador Aaron? No me lo creo.

El alcalde no dice nada y agita las riendas de Morpeth para ponerlo al galope. Davy se echa a reír y enseguida espolea a su caballo.

—Sigue —relincha Morpeth.

—Sigue —relincha el caballo de Davy como respuesta.

**Sigue**, piensa mi yegua, y sale disparada tras ellos, y yo reboto todavía más.

Mientras avanzamos no dejo de buscarla, aunque sé que no tengo ninguna posibilidad de verla. Aun en el caso de que hubiera sobrevivido, estaría demasiado enferma para caminar, y de no estar demasiado enferma para caminar, estaría encerrada con el resto de las mujeres.

Pero sigo buscando...

(porque tal vez ha huido...)

(tal vez me esté buscando...)

(tal vez...)

Y entonces lo oigo.

YO SOY EL CÍRCULO Y EL CÍRCULO SOY YO.

Clara como una campana, en el centro de mi cabeza, la voz del alcalde, entrelazándose con mi propia voz, como si hablara directamente a mi ruido, tan repentino y real que me enderezo y casi me caigo del caballo. Davy parece sorprendido, su ruido se pregunta a qué estoy reaccionando.

Pero el alcalde sigue cabalgando por el camino, como si nada hubiera sucedido.

La ciudad se vuelve menos reluciente cuanto más al este nos alejamos de la catedral, y no tardamos en transitar sobre gravilla. Los edificios también se han vuelto más simples, largas casas de madera colocadas a cierta distancia como ladrillos lanzados en un claro del bosque.

Casas que irradian el silencio de las mujeres.

—Tienes bastante razón —dice el alcalde—. Estamos entrando en el nuevo barrio de las mujeres.

Se me encoge el corazón a medida que pasamos, y el silencio se eleva como una mano que me agarra.

Intento enderezarme sobre el caballo.

Porque es aquí donde ella debería estar, debería estar yendo hacia aquí.

Davy sigue montando a mi lado, con el bigote patético y a medio crecer torciéndose en una fea sonrisa. **Yo te diré dónde está tu puta**, dice su ruido.

El alcalde Prentiss da media vuelta sobre la montura.

Y de él emana un extraño destello de sonido, una especie de grito silencioso y alejado de mí, como si no perteneciera a este mundo, como un millón de palabras pronunciadas a la vez, tan deprisa que juro que noto que el viento me echa el pelo hacia atrás.

Pero es Davy quien reacciona...

Retira la cabeza como si le hubieran golpeado, y debe agarrarse a las riendas del caballo para no caerse, hace girar al animal, tiene los ojos abiertos y desconcertados, la boca abierta, babea un poco.

¿Qué demonios es esto?

—Él no sabe nada, Todd —me dice el alcalde—. Todo lo que diga su ruido sobre ella es mentira.

Miro a Davy, que sigue confundido y parpadea de dolor, y luego otra vez al alcalde.

—¿Significa eso que está a salvo?

—Significa que él no sabe nada. ¿Verdad que no, David?

**No, papá**, dice el ruido de su hijo, que está temblando todavía.

El alcalde Prentiss arquea las cejas.

Veo que Davy aprieta los dientes.

—No, papá —dice en voz alta.

—Sé que mi hijo es un mentiroso —dice el alcalde—. Sé que es un abusón y un bruto y que ignora las cosas que más aprecio. Pero es mi hijo. —Se vuelve hacia la carretera—. Y creo en la redención.

El ruido de Davy se tranquiliza al reemprender la marcha, pero aun así no puede disimular su ira.

Nueva Prentiss se difumina a lo lejos y la carretera queda casi vacía de edificios. Los campos empiezan a aparecer, rojos y verdes, a través de los árboles, en las laderas, con cultivos que reconozco y otros que no. El silencio de las mujeres empieza a calmarse un poco y el valle se convierte en un lugar más amplio, las flores crecen en las zanjas, las ardillas se insultan entre ellas y el sol brilla claro y fresco como si nada más estuviera pasando.

En el recodo del río, rodeamos una colina y diviso una gran torre metálica cuya punta asoma en la cima, alargándose hacia el cielo.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—¿Verdad que te gustaría saberlo? —dice Davy, aunque es obvio que él tampoco lo sabe. El alcalde no responde.

Más allá de la torre, la carretera vuelve a trazar una curva y resigue un largo muro de piedra que surge de los árboles. Un poco más abajo, el muro conecta con una gran arcada con un conjunto de enormes puertas de madera. Es la única abertura visible en la pared larguísima. La carretera que sigue es de tierra, como si hubiéramos llegado al final.

—El primer y último monasterio del Nuevo Mundo —dice el alcalde, deteniéndose ante la arcada—. Construido como refugio contemplativo para nuestros hombres más santos. Lo levantaron cuando todavía existía la fe y podíamos combatir el germen del ruido mediante el sacrificio y la disciplina. — Su voz se endurece—. Fue abandonado antes de haberse terminado.

Vuelve el rostro hacia nosotros. Percibo una extraña chispa de felicidad en el ruido de Davy. El alcalde Prentiss nos lanza una advertencia con la mirada.

—Te estás preguntando por qué he nombrado a mi hijo tu supervisor —me dice.

Me quedo mirando a Davy, que sonrío todavía.

—Necesitas mano dura, Todd —me aclara el alcalde—. Ahora todavía piensas en cómo escapar a la menor oportunidad para intentar encontrar a tu querida Viola.

—¿Dónde está? —pregunto, a sabiendas de que no obtendré respuesta.

—Y no me cabe la menor duda —continúa el alcalde— de que David te proporcionará esa mano dura que tanto necesitas.

El rostro y el ruido de su hijo sonrían con suficiencia.

—Y, a cambio, él aprenderá lo que es el verdadero coraje. —La sonrisa de Davy desaparece—. Aprenderá lo que es actuar con honor, lo que es actuar como un hombre de verdad. Lo que es, en resumen, actuar como tú, Todd Hewitt. —Echa una última mirada a su hijo y vuelve a conducir a Morpeth hacia el camino—. Estaré extraordinariamente ansioso de saber cómo ha ido vuestro primer día juntos.

Sin decir nada más, arranca en dirección a Nueva Prentiss. Me pregunto por qué nos ha acompañado. Seguro que tenía cosas más importantes que hacer.

—Por supuesto que tengo cosas más importantes que hacer —grita el alcalde, sin girarse—. Pero no te subestimes a ti mismo, Todd.

Se aleja al galope. Davy y yo esperamos a que esté lo bastante lejos como para que no pueda oírnos.

Soy yo quien habla primero.

—Cuéntame lo que pasó con Ben o te corto el maldito pescuezo.

—Yo soy tu jefe, chico —dice Davy, saltando del caballo y tirando la mochila al suelo—. Será mejor que me trates con respeto o mi padre...

Pero yo ya he bajado de Angharrad y le he dado un puñetazo en la cara con todas mis fuerzas, apuntando al penoso mostacho. Recibe el golpe, pero me lo

devuelve con una rapidez inusitada. Ignoro el dolor, él también, y caemos al suelo en un pilón de puños y patadas y codazos y rodillazos. Sigue siendo un poco más corpulento que yo y, aunque ya no hay tanta diferencia entre nosotros, consigue inmovilizarme contra el suelo, boca arriba, mientras me presiona la garganta con el antebrazo.

Le sangra el labio y también la nariz, al igual que mi pobre cara, pero eso ahora no me preocupa. Davy busca algo con la mano y saca una pistola de una cartuchera que lleva atada a la espalda.

—Tu padre no va a permitir que me pegues un tiro —le recuerdo.

—No —dice él—, pero de todos modos yo tengo una pistola y tú no.

—Ben te venció —gruño bajo su brazo—. Te detuvo en la carretera. Y nosotros pudimos huir.

—Él no me detuvo —se burla Davy—. Le hice prisionero, ¿sabes? Y lo llevé a mi padre, y mi padre dejó que lo torturara. Que lo torturara hasta la muerte.

Y el ruido de Davy...

No...

No distingo lo que hay en su ruido (es un mentiroso, es un mentiroso), pero me da fuerzas suficientes para empujarlo y deshacerme de él. La pelea continúa. Él me ataca con la culata de la pistola hasta que por fin, de un codazo en la garganta, lo derribo.

—Recuérdalo, chico —dice, tosiendo y agarrando todavía el arma—, cuando mi padre diga esas cosas tan bonitas sobre ti. Fue él quien me ordenó que torturara a Ben.

—Mientes. Ben te venció.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿dónde está? ¿Va a venir a rescatarte?

Doy un paso adelante, con el puño en alto, porque comprendo que tiene razón, ¿verdad? Mi ruido aumenta ante la pérdida de Ben, como si todo estuviera volviendo a suceder.

Davy se ríe, y se aleja de mí a trompicones hasta quedar apoyado contra la enorme puerta de madera.

—Mi padre puede leerte —dice, y acto seguido los ojos se le ensanchan a modo de burla—. Puede leerte como un libro.

Mi ruido aumenta todavía más.

—¡Devuélveme el libro! ¡O te juro que te mataré!

—Tú no me vas a hacer nada, señor Hewitt. —Se levanta, todavía con la espalda contra la puerta—. No querrás poner en peligro a tu querida zorrita, ¿verdad?

Y ahí está.

Saben que me tienen.

Porque no la voy a poner otra vez en peligro.

Mis manos están preparadas para infligir más daño a Davy Prentiss, como lo hicieron cuando él le hizo daño a ella, cuando le disparó...

Pero ahora no lo harán...

Aunque pudieran...

Porque es débil.

Y ambos lo sabemos.

Su sonrisa desaparece.

—Te crees muy especial, ¿verdad? —escupe—. ¿Crees que mi padre te va a dar un regalito?

Cierro los puños, los vuelvo a abrir.

Pero permanezco en mi lugar.

—Mi padre te conoce. Mi padre te lee.

—Él no sabe nada —digo—. Y tú tampoco.

Davy vuelve a la carga con su risa burlona.

—¿Tú crees? —Agarra con la mano el pomo de hierro forjado—. En ese caso, pasa a conocer a tu nuevo rebaño, Todd Hewitt.

Abre la puerta con el peso de su cuerpo y entra en el potrero, luego se aparta para dejarme ver.

A los ciento y pico zulaques que me están mirando a mí.





## LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO MUNDO

[TODD]

Mi primer impulso es dar media vuelta y echar a correr. Correr y correr y correr y no parar jamás.

—Me encantaría verlo —dice Davy, plantado tras las puertas, sonriendo como quien acaba de ganar un premio.

Son muchos los rostros alargados y blanquecinos que me miran, los ojos demasiado grandes, las bocas demasiado pequeñas y dentudas y colocadas demasiado altas en el marco de las caras, y las orejas que no se parecen en nada a las de un hombre.

Y aun así puedes distinguir ahí el rostro de un humano, ¿no es cierto? Aun puedes distinguir un rostro que siente y teme...

Y sufre.

Cuesta discernir quiénes son hombres y quiénes mujeres porque todos llevan el mismo liquen y el musgo que les crece en la piel y les sirve de ropa, pero parece que haya familias enteras de zulaques, y los zulaques adultos protegen a los zulaques niños, y lo que deben de ser maridos zulaques protegen a sus esposas zulaques, abrazados, con las cabezas tocándose entre ellas. Y todos guardan silencio...

Guardan silencio.

—¡Y que lo digas! —exclama Davy—. ¡Es increíble que dieran la cura a estos animales!

Ahora todos lo miran a él, y un extraño chasquido se propaga entre ellos, y las miradas y los gestos de asentimiento se extienden entre la multitud. Davy levanta la pistola y se adentra un poco más en los terrenos del monasterio.

—¿Pensabais intentar algo? —escupe—. ¡Dadme una razón! ¡Adelante! ¡Dadme una razón!

Los zulaques se apiñan todavía más, en pequeños grupos, retroceden y se alejan de él en la medida de lo posible.

—Pasa, Todd —me dice Davy—. Tenemos trabajo que hacer. Permanezco inmóvil.

—¡He dicho que pases! Son animales. No van a hacerte nada. Sigo sin moverme.

—Este mató a uno de los vuestros —dice Davy a los zulaques.

—¡Davy! —grito.

—Le cortó la cabeza con un cuchillo. Serró y serró...

—¡Basta!

Corro hacia él para hacerle cerrar la maldita boca. No sé cómo se ha enterado, pero lo sabe, y ahora mismo le voy a cerrar el pico.

Los zulaques más próximos a las puertas retroceden a mi paso, se apartan tan rápido como pueden, me miran con los rostros asustados, los padres protegen a sus hijos con el cuerpo. Doy un fuerte empujón a Davy, pero él se echa a reír y yo me doy cuenta de que he entrado ya en el recinto del monasterio.

Y ahora veo cuántos zulaques hay.

Los muros de piedra del monasterio rodean una enorme parcela de tierra que contiene un único edificio pequeño, una especie de almacén. El resto se encuentra dividido en campos más pequeños, separados por viejas vallas de madera con las puertas bajas. La mayoría están muy descuidadas y las malas

hierbas y las zarzas se expanden hasta las paredes de la parte posterior, a unos buenos cien metros de distancia.

Pero lo que más destaca son los zulaques.

Cientos y cientos de ellos se esparcen por el terreno.

Tal vez haya más de un millar.

Se dirigen a trompicones hacia la pared del monasterio, se acurrucan tras las vallas podridas, se sientan en grupos o se colocan en fila.

Pero todos me siguen mirando, silenciosos como tumbas, como si mi ruido se derramara por doquier.

—¡Miente! —grito—. ¡No fue así! ¡No fue así en absoluto!

Pero ¿cómo fue en realidad? ¿Qué podría explicar yo?

Porque lo hice, ¿no es verdad?

No sucedió como Davy lo ha contado, pero fue casi tan grave y tan monumental como mi ruido, demasiado grave para disimularlo ante estos ojos que me observan, demasiado grave para condimentarlo con mentiras y confundir la verdad, demasiado grave para no pensar en ello mientras una multitud de rostros de zulaques me miran sin cesar.

—Fue un accidente —digo, con voz insegura, observando los rostros extraños, sin percibir ninguna imagen en el ruido de los zulaques, sin comprender el chasquido que emiten; es decir, sin saber doblemente lo que está sucediendo—. No lo hice adrede.

Pero ninguno de ellos responde. Lo único que hacen es mirar.

Se oye un chasquido y la puerta se abre de nuevo. Nos giramos para mirar.

Es Ivan de Farbranch, el que se alistó en el ejército en vez de enfrentarse a él.

Y tenía razón. Ahora luce uniforme de oficial y comanda a un grupo de soldados.

—Señor Prentiss Jr. —dice, y saluda con un gesto a Davy, que le devuelve el saludo. Ivan se vuelve hacia mí, con una expresión que soy incapaz de

interpretar y una ausencia total de ruido audible—. Me alegro de verle bien, señor Hewitt.

—¿Os conocéis? —pregunta Davy con tirantez.

—Tuvimos contacto en el pasado —responde Ivan, que no deja de mirarme.

Pero yo no le respondo.

Estoy demasiado ocupado levantando imágenes en mi ruido.

Imágenes de Farbranch. Imágenes de Hildy y de Tam y de Francia. Imágenes de la masacre que allí sucedió. La masacre de la que él se libró.

Una expresión preocupada le atraviesa el rostro.

—Hay que ir a donde va el poder —dice—. Es el único modo de permanecer con vida.

Levanto una imagen de su ciudad en llamas, de hombres y mujeres y niños que arden en su interior.

Frunce aún más el ceño.

—Estos hombres permanecerán aquí como guardias. Las órdenes consisten en hacer que los zulaques limpien los campos y asegurarse de que tienen comida y agua.

Davy pone los ojos en blanco.

—A ver, eso ya lo sabíamos...

Pero Ivan ya nos ha dado la espalda y está saliendo por la puerta, dejando tras él a diez hombres armados con rifles. Ocupan sus puestos en lo alto del muro del monasterio, y se disponen a desenrollar unas bobinas de alambre de espino a lo largo de la pared.

—Diez hombres armados con rifles y nosotros dos contra todos los zulaques —digo en voz baja, pero sin poder disimular el ruido.

—No nos pasará nada —comenta Davy. Levanta la pistola ante el zulaque más próximo, probablemente una hembra que lleva a un bebé en brazos y que, de inmediato, protege a su pequeño con el cuerpo—. No les quedan fuerzas para combatir.

Veo el rostro de la zulaque que protege a su hijo.

Está derrotada, pienso. Todos lo están. Y lo saben.

Sé cómo se sienten.

—Eh, meón, fíjate en esto —dice Davy. Levanta los brazos hacia el cielo, captando la atención de todos los zulaques—. ¡Pueblo de Nueva Prentiss! —grita, agitando los brazos—. ¡Voy a leer vuestra perdicióón!

Y se echa a reír y a reír y a reír.

Davy decide supervisar las tareas de limpieza de la maleza de los campos a cargo de los zulaques, porque así será yo quien deberá sacar a paladas el forraje del almacén para que todos ellos coman y a continuación tendré que llenar los abrevaderos para que puedan beber.

Pero no dejan de ser tareas de granja. Estoy acostumbrado. Son las tareas que Ben y Cillian me encargaban a diario. Las tareas de las que tanto me solía quejar.

Me seco los ojos y me pongo al tajo.

Mientras trabajo, los zulaques guardan las distancias en la medida de lo posible. Lo cual, debo reconocer, me parece estupendo.

Porque me he dado cuenta de que no puedo mirarlos a los ojos.

Mantengo la cabeza gacha y sigo dándole a la pala.

Davy me explica que su padre le contó que los zulaques trabajaban como criados o cocineros, pero una de las primeras órdenes del alcalde fue que todo el mundo los encerrara en las casas hasta que pasara el ejército a recogerlos. Lo que hizo ayer anoche, mientras yo dormía.

—La gente los tenía viviendo en los jardines de sus casas —continúa Davy, que contempla cómo le doy a la pala ahora que la mañana ha dado paso a la tarde, y da cuenta de lo que en teoría debía ser el almuerzo de ambos—. ¿Te lo puedes creer? Como si fueran malditos miembros de la familia.

—Tal vez lo eran —contesto.

—Bien, pues ahora ya no lo son —dice él, levantándose y sacando la pistola. Me sonrío—. Y ahora, a trabajar.

Vacíó la mayor parte del almacén de forraje, pero no parece que haya suficiente para todos. Además, tres de las cinco bombas de agua no funcionan y, al atardecer, solo he conseguido arreglar una de ellas.

—Es hora de irse —anuncia Davy.

—Todavía no he terminado.

—Muy bien —dice, caminando hacia la puerta—. Quédate aquí solo, si quieres.

Vuelvo la cabeza hacia los zulaques. Ahora que han terminado las tareas del día, se han alejado de los soldados y de las puertas lo máximo que han podido.

También se han alejado todo lo posible de Davy y de mí.

Los observo y observo a Davy, que se está yendo. No tienen comida suficiente. No tienen agua suficiente. No hay ningún tipo de retrete ni ningún lugar donde ponerse a cubierto.

Tiendo hacia ellos las manos vacías, pero con eso no explico que no quiero hacerles daño. Se me quedan mirando y yo bajo las manos y sigo a Davy al otro lado de las compuertas.

—Qué valiente eres, ¿verdad, meón? —me dice, desatando a su caballo, al que llama Trampa, aunque solo parece responder al nombre de Bellota.

No le hago caso porque estoy pensando en los zulaques. Voy a tratarlos bien. Lo haré. Me ocuparé de que tengan agua y alimento suficiente, y haré todo lo posible por protegerlos.

Lo haré.

Me lo prometo a mí mismo.

Porque eso es lo que ella querría.

—Oh, yo te diré lo que ella querría en realidad —se burla Davy.

Y la pelea vuelve a empezar.

Cuando regreso a la torre, me encuentro con algunas mejoras: un colchón y una sábana para mí en uno de los extremos y lo mismo para el alcalde Ledger, en la otra punta. Este se encuentra ya sentado sobre su colchón, el ruido le tintinea y devora un cuenco de cocido.

El hedor también ha desaparecido.

—Sí —dice el alcalde Ledger—. ¿Y adivinas quién ha tenido que limpiarlo?

Lo han puesto a trabajar de basurero.

—Un trabajo honesto —me dice, encogiéndose de hombros, pero distingo otros sonidos en su ruido grisáceo que me hacen pensar que no lo encuentra honesto en absoluto—. Simbólico, supongo. He pasado de lo más alto a lo más bajo. De no ser tan obvio, sería incluso poético.

Junto a mi cama también hay un cuenco de cocido, y me lo llevo a la ventana para observar la ciudad.

Que se ha puesto a *zumbar*.

A medida que la cura va abandonando el cuerpo de los hombres de la ciudad, empiezas a oír el ruido. Desde el interior de casas y edificios, desde los callejones y desde detrás de los árboles.

El ruido está regresando a Nueva Prentiss.

A mí ya me resultaba difícil pasear por la vieja Prentisstown, y apenas llegó a tener ciento cuarenta y seis hombres. Nueva Prentiss debe de tener por lo menos diez veces más. Y también hay niños.

No sé cómo voy a poder soportarlo.

—Te acostumbrarás —dice el alcalde Ledger, terminándose el cocido—. Recuerda que yo viví aquí veinte años antes de que descubriéramos la cura.

Cierro los ojos, pero solo veo una manada de zulaques, mirándome.

Juzgándome.

El alcalde me da un golpecito en la espalda y señala mi cuenco de cocido.

—¿Te lo vas a comer?

Esa noche sueño...

Con ella...

El sol brilla tras ella y no consigo verle la cara. Estamos en la ladera de una montaña y ella dice algo, pero el rugido de la cascada que tiene detrás es tan potente que pregunto: «¿Qué?», y cuando la alcanzo, no la toco, pero mi mano vuelve manchada de sangre...

—¡Viola! —grito, incorporándome en el colchón, en la oscuridad.

Respiro con dificultad.

Miro al alcalde Ledger. Está tumbado en su colchón, de espaldas a mí, pero su ruido no es un ruido de estar durmiendo, es el ruido grisáceo que emite cuando está despierto.

—Sé que está despierto.

—Sueñas bastante fuerte —dice sin girarse—. ¿Es alguien importante?

—No es asunto suyo.

—Tenemos que superarlo, Todd. Es lo único que podemos hacer cada uno de nosotros. Sobrevivir y superarlo.

Me giro hacia la pared.

No puedo hacer nada. Mientras la tengan en su poder.

Mientras yo no sepa dónde está.

Mientras todavía puedan hacerle daño.

«Sobrevivir y superarlo», pienso.

Y pienso en ella, ahí fuera.

Y murmuro:

—Sobrevivir y superarlo.

Se lo murmuro a ella, donde quiera que esté.

Sobrevivir.





SEGUNDA  
PARTE

EL SANATORIO

5

## VIOLA DESPIERTA

{VIOLA}

—Tranquilízate, mi niña.

Una voz...

En el resplandor...

Parpadeo y abro los ojos. Todo es de un blanco tan puro y reluciente que casi parece un sonido, y contiene una voz, y tengo la cabeza grogui, y me duele el costado, y hay demasiada luz, y soy incapaz de pensar...

Un momento...

Un momento...

Él me llevaba colina abajo...

Apenas hace un instante, me llevaba colina abajo hacia Puerto después de...

—¿Todd? —digo con la voz ronca, llena de algodón y saliva, pero aun así la fuerza al máximo, la obligo a salir a la luz brillante que me ciega los ojos—. ¡¡¿Todd?!!

—Por favor, te he dicho que te tranquilices.

No reconozco la voz, es una voz de mujer...

De mujer.

—¿Quién es usted? —pregunto, e intento incorporarme, extendiendo las manos para sentir qué hay a mi alrededor, para sentir el frescor del aire, la suavidad de...

¿Una cama?

Siento que me invade el pánico.

—¿Dónde está Todd? —grito—. ¡¡¿Todd?!!

—No conozco a ningún Todd, mi niña —dice la voz mientras las formas empiezan a distinguirse, y el brillo se separa en brillos más tenues—, pero tú no estás en condiciones de exigir información.

—Te han disparado —me explica otra voz a mi derecha; es de otra mujer, más joven que la primera.

—Cierra el pico, Madeleine Poole —ordena la primera mujer.

—Sí, enfermera Coyle.

Sigo parpadeando y empiezo a ver lo que tengo delante. Estoy tumbada en una cama blanca y estrecha en una habitación blanca y estrecha. Voy vestida con un camisón blanco y fino, atado a la espalda. Una mujer alta y rolliza, con una bata blanca que tiene una mano azul bordada en el hombro, está plantada delante de mí. Tiene una boca de labios finos y una expresión de confianza. Enfermera Coyle. Detrás de ella, junto a la puerta, sosteniendo un cuenco de agua humeante, hay una chica no mucho mayor que yo.

—Me llamo Maddy —dice, con una sonrisa robada.

—Fuera —le ordena la enfermera Coyle, sin girar siquiera la cara.

Maddy me mira a los ojos al salir, y me manda otra sonrisa.

—¿Dónde estoy? —pregunto a la enfermera Coyle, con la respiración todavía acelerada.

—¿Te refieres a la habitación? ¿O a la ciudad? —Me aguanta la mirada—. ¿O tal vez al planeta?

—Por favor —digo, y de pronto mis ojos empiezan a humedecerse. Eso me disgusta, pero sigo hablando—. Estaba con un chico.

Ella suspira y aleja la mirada por un segundo, luego aprieta los labios y se sienta en una silla junto a la cama. Tiene una expresión severa, lleva el pelo recogido en unas trenzas tan tensadas que podrías escalarlas, y su cuerpo es sólido y grande. No es alguien con quien quisieras discutir.

—Lo siento —dice, casi con ternura. Casi—. No sé nada de ningún chico. —Frunce el ceño—. Me temo que no sé nada de nada, excepto que te trajeron al sanatorio ayer por la mañana, tan cerca de la muerte que yo no estaba segura de poder salvarte. Claro que entonces nos comunicaron de manera tajante que nuestra supervivencia dependía de la tuya.

Espera a ver cómo encajo esto.

No tengo ni idea de cómo encajarlo.

¿Dónde está él? ¿Qué le han hecho?

Me giro para intentar pensar, pero los vendajes que me sujetan el tronco son tan fuertes que apenas puedo sentarme.

La enfermera Coyle se pasa un par de dedos por la frente.

—Y ahora que te hemos salvado —dice—, no sé si vas a darnos las gracias por el mundo al cual te hemos hecho volver.

Me cuenta que el alcalde Prentiss llegó a Puerto entre rumores de un ejército, un gran ejército, lo bastante grande como para aplastar la ciudad sin ningún esfuerzo, lo bastante grande como para hacer arder el mundo entero. Me cuenta la rendición de un tal alcalde Ledger, cómo este acalló a los pocos que querían combatir, cómo la mayoría de la gente accedió a que «entregara la ciudad en bandeja de plata».

—Y entonces los sanatorios —continúa, con una rabia verdadera emergiendo de su voz— se convirtieron de pronto en cárceles para las personas que viven en ellos.

—Entonces, ¿usted es médico? —pregunto, pero lo único que noto es mi propio pecho plegándose sobre sí mismo, hundiéndose como si estuviera bajo un peso enorme, hundiéndose porque hemos fracasado, hundiéndose porque llegar antes que el ejército no ha servido de nada.

Su boca dibuja una pequeña sonrisa, una sonrisa secreta, como si se me hubiera escapado algo. Pero no es una sonrisa cruel, y descubro que tengo menos miedo de ella, de lo que pueda significar esta habitación, menos miedo de lo que me pueda pasar a mí, y más miedo por él.

—No, mi niña —dice, agachando la cabeza—. Como ya debes saber, en el Nuevo Mundo no hay mujeres médicos. Soy una sanadora.

—¿Qué diferencia hay?

Vuelve a pasarse los dedos por la frente.

—¿Qué diferencia hay, preguntas? —Deja caer las manos sobre el regazo y las observa—. Aunque estemos encerradas, siguen llegando rumores. Rumores de que están separando a los hombres y a las mujeres en toda la ciudad, rumores de que el ejército llegará tal vez hoy mismo, rumores de la matanza que se acerca por las colinas para derrotarnos, por mucho que nos hayamos rendido ya.

Ahora me mira sin pestañear.

—Y luego estás tú.

Desvió la mirada.

—No soy nadie especial.

—¿Ah, no? —No parece muy convencida—. ¿Una chica ante cuya llegada hay que vaciar toda la ciudad? ¿Una chica cuya vida tengo órdenes de salvar a riesgo de la mía? ¿Una chica —se inclina hacia delante para asegurarse de que la escucho— recién llegada del gran agujero negro?

Contengo la respiración un segundo y espero que no se haya dado cuenta.

—¿De dónde ha sacado tal idea?

Vuelve a sonreír, sin mala intención.

—Soy una sanadora. La primera cosa que veo es la piel, y la conozco bien. La piel cuenta la historia de una persona: dónde ha estado, qué ha comido, quién es. Tienes algo de desgaste superficial, mi niña, pero el resto de tu piel es de lo más suave y blanco que he visto en mis veinte años de buenos trabajos. Demasiado suave y blanca para un planeta de granjeros.

Sigo sin mirarla.

—Y luego están los rumores que traen los refugiados, por supuesto, sobre la llegada de más colonos. Miles de ellos.

—Por favor —digo en voz baja, mientras mis ojos vuelven a inundarse de lágrimas. Hago lo posible por detenerlas.

—Y ninguna chica del Nuevo Mundo preguntaría nunca a una mujer si es médico —termina.

Trago saliva. Me llevo la mano a la boca. ¿Dónde está él? Todo lo demás me da igual, pero ¿dónde está él?

—Sé que estás asustada —dice la enfermera Coyle—. Pero en esta ciudad sufrimos de un exceso de miedo, y no puedo hacer nada para remediarlo. —Alarga una mano encallecida para tocarme el brazo—. Tal vez tú puedas hacer algo para ayudarnos.

Trago saliva, pero no digo nada.

Solo hay una persona en quien puedo confiar.

Y no está aquí.

La enfermera Coyle se recuesta en la silla.

—Te hemos salvado la vida —dice—. Saber algunas cosas podría ser un gran consuelo.

Respiro hondo, miro a mi alrededor, al rayo de sol que penetra por la ventana que da a los árboles y al río, el río que reseguimos hacia lo que en teoría iba a ser un lugar seguro. Parece imposible que algo malo pueda estar sucediendo en un día tan radiante, que exista algún peligro tras el umbral de la puerta, que un ejército esté al llegar.

Pero un ejército está al llegar.

Lo está.

Y no serán amigos de la enfermera Coyle, independientemente de lo que le haya pasado a...

Noto un pequeño dolor en el pecho.

Pero respiro.

Y empiezo a hablar.

—Me llamo Viola Eade.

—¿Más colonos, eh? —dice Maddy con una sonrisa. Estoy tumbada de lado mientras ella desenrolla el largo vendaje que me rodea el torso. La parte interior está empapada de sangre, y tengo la piel desteñida y del color del óxido en las partes donde se ha secado. Tengo un pequeño orificio en el estómago, cosido con un hilo fino.

—¿Cómo es que no me duele? —pregunto.

—Los vendajes llevan raíz de Jeffers —contesta Maddy—. Un opiáceo natural. No notarás ningún dolor, pero tampoco podrás ir al retrete durante un mes. Además, te quedarás dormida dentro de cinco minutos.

Palpo la piel alrededor de la herida de bala, suave, suavemente. En la espalda hay otro agujero, por donde entró la bala.

—¿Cómo es posible que no esté muerta?

—¿Preferirías estarlo? —Sonríe otra vez, y luego frunce mínimamente el ceño—. No debería bromear. La enfermera Coyle siempre dice que me falta la seriedad necesaria para ser una sanadora. —Sumerge un trapo en una palangana de agua caliente y empieza a lavar las heridas—. No estás muerta porque la enfermera Coyle es la mejor sanadora de todo Puerto, mejor que cualquiera de esos mal llamados médicos que hay en la ciudad. Hasta los malos lo saben. ¿Por qué crees que te trajeron aquí, en vez de llevarte a una clínica?

Lleva la misma bata blanca y larga que la enfermera Coyle, pero además lleva un gorrita blanca con la mano azul bordada en la parte frontal, que según me dice es la prenda que llevan las aprendices. No puede ser más de uno o dos años mayor que yo, sea como sea que midan la edad en este planeta, pero las manos con las que me cura las heridas son seguras, suaves y firmes.

—Entonces —continúa con una voz engañosamente desenfadada—, ¿esos malos son muy malos?

Se abre la puerta. Una chica bajita con gorra de aprendiz se acerca. Es tan joven como Maddy, pero su piel es de un color marrón oscuro y una nube tormentosa le rodea la cabeza.

—La enfermera Coyle dice que tienes que terminar ya.

Maddy no levanta la vista y sigue colocándose las nuevas vendas en la frente.

—La enfermera Coyle sabe que apenas he tenido tiempo para hacer la mitad del trabajo.

—Nos han convocado —dice la chica.

—Lo dices como si nos convocaran continuamente, Corinne. —Las vendas son casi tan buenas como las que teníamos en la nave, y el medicamento que llevan ya me está refrescando el torso y está provocando que me pesen los párpados. Maddy termina con lo de la frente y se gira para cortar otro vendaje para la espalda—. Estoy en plena cura.

—Ha venido un hombre con un arma —informa Corinne.

Maddy deja de vendarme.

—Han convocado a todo el mundo en la plaza de la catedral —continúa Corinne—. Y eso te incluye a ti, Maddy Poole, estés en plena cura o no. —Cruza los brazos con fuerza—. Apuesto a que el ejército está a punto de llegar.

Maddy me mira a los ojos. Yo desvío la mirada.

—Por fin sabremos cuál va a ser nuestro final —dice Corinne.

Maddy pone los ojos en blanco.

—Tú siempre tan optimista —observa—. Dile a la enfermera Coyle que saldré dentro de dos minutos.

Corinne le lanza una mirada agria, pero se va. Maddy termina de colocarme los vendajes de la espalda, y para entonces a duras penas me mantengo despierta.

—Ahora duerme —me dice—. Todo irá bien, ya lo verás. ¿Por qué iban a salvarte, si después...? —En vez de terminar la reflexión, aprieta los labios y luego sonrío—. Como suelo decir, Corinne tiene más seriedad necesaria que todas nosotras juntas.

Su sonrisa es lo último que veo antes de quedarme dormida.

—¡¡¡Todd!!!

Vuelvo a despertarme de repente y la pesadilla se difumina. Todd se me escabulle...

Oigo un golpe y veo un libro que ha caído del regazo de Maddy, quien se despierta parpadeando en la silla colocada junto a la cama. Se ha hecho de noche y la habitación está a oscuras. Solo hay una pequeña lámpara que enfoca el punto en que Maddy debía de estar leyendo.

—¿Quién es Todd? —pregunta entre bostezos, pero ya esboza una pequeña sonrisa—. ¿Tu novio? —La expresión de mi rostro hace que detenga la burla de inmediato—. ¿Alguien importante?

Asiento, jadeando todavía por culpa de la pesadilla, el pelo pegado a la frente por el sudor.

—Alguien importante.

Me sirve un vaso de agua de una jarra que hay sobre la mesilla de noche.

—¿Qué pasó? —pregunto, bebiendo un sorbo—. Os habían convocado.

—Ah, sí, eso —dice ella, recostándose contra el respaldo—. Fue interesante.

Me cuenta que todos los habitantes de la ciudad (que ya no se llama Puerto, sino Nueva Prentiss) se congregaron para contemplar cómo entraba el ejército y el nuevo alcalde ejecutaba al antiguo.

—Pero no lo hizo —dice Maddy—. Le perdonó la vida. Anunció que nos la perdonaba también a nosotros. Que nos quitaría la cura del ruido, cosa que no ha hecho demasiada gracia a los hombres, y te juro por Dios que ha sido un alivio no oír sus berridos en los últimos seis meses, pero que todos debíamos tener claro cuál es nuestro lugar y recordar quiénes somos y saber que vamos a crear juntos un nuevo hogar para preparar la llegada de los colonos que están por venir.

Con los ojos muy abiertos, espera a que yo responda.

—No he entendido ni la mitad —digo—. ¿Hay una cura?

Ella sacude la cabeza, pero no para negarlo.

—Chica, tú no eres de por aquí, ¿verdad?

Dejo el vaso de agua, me inclino hacia delante y bajo la voz para susurrar:

—Maddy, ¿hay algún centro de comunicación por aquí cerca?

Me mira como si le hubiera pedido que se trasladara conmigo a una de las lunas.

—Para poder contactar con las naves —continúo—. Podría ser un platillo grande y redondo. ¿Hay alguna torre, tal vez?

Está reflexionando.

—Hay una vieja torre de metal en lo alto de la montaña —dice, también entre susurros—, pero desconozco si es una torre de comunicaciones. Lleva siglos abandonada. Además, no podrías llegar a ella. El ejército vigila, Vi.

—¿Cómo es de grande?

—Bastante grande. —Ambas seguimos susurrando—. Dice la gente que esta noche van a separar a las últimas mujeres.

—¿Con qué objeto?

Maddy se encoge de hombros.

—Corinne dice que una mujer entre la multitud le contó que habían confinado también a los zulaques.

Me incorporo. Al hacerlo, me aprietan los vendajes.

—¿Los zulaques?

—Son la especie nativa de aquí.

—Ya sé quiénes son. —Me incorporo todavía más, tirando de las vendas—. Todd me contó cosas, me contó lo que sucedió antes. Maddy, si el alcalde está separando a las mujeres y a los zulaques, corremos peligro. Corremos el peor peligro posible.

Retiro las sábanas para levantarme, pero de pronto un pinchazo me rasga el estómago. Grito y

caigo de espaldas.

—Se te ha roto un punto —me explica Maddy, chasqueando la lengua, y enseguida se levanta.

—Por favor. —Aprieto los dientes para disminuir el dolor—. Tenemos que salir de aquí.

Tenemos que huir.

—No estás en condiciones de ir a ninguna parte —dice, recogiendo los vendajes.

Y es entonces cuando el alcalde entra por la puerta.



## VERSIONES DE LA HISTORIA

### {VIOLA}

La enfermera Coyle le hace pasar. Su expresión es más severa que nunca. Tiene el ceño fruncido y la mandíbula rígida. Aunque solo la he visto una vez, me doy cuenta de que no está contenta.

Él permanece detrás de ella. Alto, delgado, pero ancho de hombros, vestido de blanco, con un sombrero que no se ha quitado.

Nunca le he visto bien. Yo estaba sangrando, agonizando, cuando él se nos acercó en la plaza de la ciudad.

Pero es él.

Solo puede ser él.

—Buenas noches, Viola —dice—. Hacía mucho tiempo que quería conocerte.

La enfermera Coyle ve que forcejeo con la sábana, ve que Maddy me ayuda.

—¿Hay algún problema, Madeleine?

—Una pesadilla —responde la chica, mirándome de manera fugaz—. Creo que se le ha roto un punto.

—Ya lo arreglaremos más tarde —dice la enfermera Coyle, y el modo tranquilo y serio en que lo dice capta toda la atención de Maddy—. Mientras tanto, ve a buscar cuatrocientas unidades de raíz de Jeffers.

—¿Cuatrocientas? —pregunta Maddy, sorprendida. Pero al ver la expresión de la enfermera Coyle, se limita a decir—: Sí, enfermera.

Me aprieta la mano por última vez y sale de la habitación.

La enfermera Coyle y el alcalde se me quedan mirando durante largo rato, hasta que él dice:

—Eso será todo, enfermera.

La mujer me dirige una mirada silenciosa al salir, tal vez para reconfortarme, tal vez para pedir o decirme algo, pero yo estoy demasiado asustada para descifrar su gesto antes de que

salga de la habitación y cierre la puerta.

Y entonces me quedo a solas con él.

El alcalde deja que el silencio se alargue hasta que no tengo más remedio que decir algo. Agarro la sábana con el puño, porque cuando me muevo noto todavía el dolor punzante en el costado.

—Usted es el alcalde Prentiss. —Lo digo con voz temblorosa, pero lo digo.

—Presidente Prentiss —me corrige él—, pero es natural que tú me conozcas como alcalde.

—¿Dónde está Todd? —Le miro a los ojos, sin pestañear—. ¿Qué le han hecho?

Vuelve a sonreír.

—Inteligente con la primera frase, valiente con la segunda. Todavía podríamos ser amigos.

—¿Está herido? —Me trago la quemazón que me sube desde el pecho—. ¿Está vivo?

Por un segundo, parece que no me lo va a decir, que ni siquiera va a reconocer que he formulado la pregunta, pero entonces dice:

—Todd está bien. Está vivo y sano, y pregunta por ti a la menor oportunidad.

Me doy cuenta de que he contenido la respiración a la espera de la respuesta.

—¿Eso es cierto?

—Por supuesto que lo es.

—Quiero verle.

—Y él quiere verte a ti —dice el alcalde Prentiss—. Pero todo a su debido tiempo.

Conserva la sonrisa. Casi parece amigable.

He aquí el hombre del que llevamos semanas huyendo, metido en mi propia habitación, mientras yo apenas puedo moverme a causa del dolor.

Y está sonriendo.

Y es casi amigable.

Si ha hecho daño a Todd, si le ha puesto un dedo encima...

—Alcalde Prentiss...

—Presidente Prentiss —repite, y luego se le anima la voz—. Pero tú puedes llamarme David.

No respondo, pero presiono las vendas con más fuerza para aplacar el dolor.

Hay algo raro en él. Algo que no consigo situar...

—Es decir —continúa—, siempre que yo pueda llamarte Viola.

Llaman a la puerta. Maddy la abre, con un vial en la mano.

—Jeffers —dice, con la vista fija en el suelo—. Para el dolor.

—Por supuesto —contesta el alcalde, separándose de la cama, con las manos detrás de la espalda—. Adelante.

Maddy me sirve un vaso de agua y observa cómo trago cuatro cápsulas amarillas, dos más que la vez anterior. Me quita el vaso y, dando la espalda al alcalde, me dirige una mirada firme, sólida, sin sonreír, pero llena de valentía, y me hace sentir un poco mejor, un poco más fuerte.

—Se cansará muy deprisa —explica Maddy al alcalde, todavía sin mirarlo.

—Comprendo —dice él. Maddy se va, cerrando la puerta tras ella. De inmediato siento un

calor en el estómago, pero todavía falta un minuto para que el dolor disminuya o los temblores que me recorren el cuerpo desaparezcan.

—¿Entonces? —dice el alcalde—. ¿Puedo?

—¿Puede qué?

—¿Llamarte Viola?

—No puedo evitarlo —contesto—. Si usted quiere.

—Bien —dice, sin sentarse, sin moverse, con la sonrisa todavía fija—. Cuando te encuentres mejor, Viola, me gustaría mucho tener una charla contigo.

—¿Sobre qué?

—Sobre vuestras naves, por supuesto. Que se acercan cada vez más.

Trago saliva.

—¿Qué naves?

—Oh, no, no, no. —Niega con la cabeza, pero no deja de sonreír—. Has empezado con inteligencia y valentía. Estás asustada, pero eso no te ha impedido dirigirte a mí con calma y claridad. Todo ello muy admirable. —Ladea la cabeza—. Pero a eso debemos sumarle la honestidad. Nuestra relación debe basarse en la honestidad, Viola. En caso contrario, ¿cómo vamos a proceder?

«¿Proceder a qué?», pienso.

—Te he dicho que Todd está vivo y sano —me recuerda—, y esa es la verdad. —Coloca la mano en la barandilla de los pies de la cama—. Y permanecerá vivo y sano... —Hace una pausa—. Y tú serás honesta conmigo.

Y yo lo entiendo todo, sin necesidad de que me diga que una cosa depende de la otra.

El calor empieza a esparcirse desde mi estómago, y hace que todo sea más lento, más suave. La punzada en el costado está desapareciendo, pero el conocimiento también. ¿Por qué me han dado dos dosis si me duermo tan deprisa? Tan deprisa que ni siquiera podré hablar con...

Oh.

Oh.

—Tendré que verlo para creerlo —digo.

—Pronto. Pero antes hay muchas cosas que hacer en Nueva Prentiss. Muchas cosas que deshacer.

—Lo quiera o no la gente.

Me pesan los párpados. Me obligo a mantenerlos abiertos. Solo entonces me doy cuenta de que he hablado en voz alta.

Vuelve a sonreír.

—Ahora diré algo que me veo obligado a decir con mucha frecuencia, Viola. La guerra ha terminado. No soy tu enemigo.

Sorprendida, le dirijo una mirada grogui.

Le tengo miedo. Es así.

Pero...

—Usted era el enemigo de las mujeres de Prentisstown —digo—. Era el enemigo de la ciudad

de Farbranch.

Se pone algo rígido, aunque intenta que yo no me dé cuenta.

—Esta mañana han encontrado un cadáver en el río —me hace saber—. Un cadáver con un cuchillo clavado en el cuello.

Hago un esfuerzo por no abrir los ojos como platos, a pesar de los efectos del Jeffers. Ahora me mira con atención.

—Tal vez la muerte de ese hombre estaba justificada —continúa—. Tal vez ese hombre tenía enemigos.

Me veo a mí misma haciéndolo...

Me veo a mí misma clavando el cuchillo...

Cierro los ojos.

—Por lo que a mí respecta —dice—, la guerra ha terminado. Mis días como soldado son cosa del pasado. Ha llegado el momento de asumir el liderazgo, de unir a las personas.

«Separándolas», pienso, pero cada vez respiro con mayor lentitud. El blanco de la habitación se vuelve más y más brillante, pero de un modo tan suave que me entran ganas de sumergirme en él y dormir y dormir y dormir. Me hundo más en la almohada.

—Ahora te dejo —me anuncia—. Nos volveremos a ver.

Respiro acompasadamente por la boca. Es imposible evitar el sueño.

Él observa cómo empiezo a adormecerme.

Y entonces hace algo muy sorprendente.

Se acerca y me pone la sábana encima, casi como si me estuviera arrojando.

—Antes de irme, quiero pedirte una cosa.

—¿Qué? —digo, luchando por mantenerme despierta.

—Me gustaría que me llamaras David.

—¿Cómo? —digo, con la voz pesada.

—Me gustará que digas: «Buenas noches, David».

El Jeffers me ha desconectado de tal forma que las palabras surgen antes incluso de saber que las estoy pronunciando.

—Buenas noches, David.

A través del sopor de la droga, me doy cuenta de que no lo esperaba, de que está incluso algo decepcionado.

Pero no tarda en recuperarse.

—Buenas noches para ti también, Viola.

Se despide haciendo un gesto con la cabeza y se dirige hacia la puerta.

—No le oigo —susurro desde la cama.

Se detiene y se da la vuelta.

—He dicho: para ti también...

—No —digo, apenas capaz de mover la lengua—. Quiero decir que no le oigo. No le oigo pensar.

Arquea las cejas.

—Eso espero.

Y creo que me duermo antes incluso de que salga de la habitación.

No me despierto hasta después de mucho mucho tiempo, hasta que por fin vuelvo a parpadear a la luz del sol, y me pregunto qué era real y qué formaba parte del sueño.

(... mi padre, que tiende la mano para ayudarme a subir la escalera y a entrar por la trampilla, sonrío y me dice: «Bienvenida a bordo, grumete...»)

—Roncas —oigo que me dicen.

Corinne está sentada en la silla, y maneja velozmente con los dedos una aguja enhebrada. Cose con tanta rapidez una pieza de tela que parece que no lo esté haciendo, parece como si las manos nerviosas de otra persona utilizaran su regazo.

—No es verdad —digo.

—Como una vaca en celo.

Retiro las mantas. Me han cambiado los vendajes y el dolor ha desaparecido, por lo que deduzco que me deben de haber curado el punto.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Más de un día entero —responde, haciendo evidente su desaprobación—. El presidente ya ha enviado dos veces a sus hombres para comprobar tu estado.

Me llevo una mano al costado y me palpo la herida. El dolor es casi inexistente.

—Entonces, ¿no tienes nada que decir al respecto, chica? —dice Corinne, que continúa dándole a la aguja de una manera feroz.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres que diga? Era la primera vez que hablaba con él.

—Pero él tenía muchas ganas de conocerte, ¿no es así? ¡Ay!

Da un silbido y se mete el dedo en la boca.

—Y mientras tanto nos tiene aquí encerradas —dice, sin sacarse el dedo—. Y mientras tanto ni siquiera podemos salir del edificio.

—No veo que sea culpa mía.

—No es culpa tuya, mi niña —interviene la enfermera Coyle, que acaba de entrar en la habitación. Mira con severidad a Corinne—. Y nadie piensa que lo sea.

Corinne se levanta, se inclina levemente ante su superiora y sale sin decir palabra.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta la mujer.

—Estoy grogui.

Me incorporo un poco más, y descubro que me resulta mucho más fácil que antes. También me doy cuenta de que tengo la vejiga incómodamente llena. Se lo digo a la enfermera Coyle.

—Bueno —dice—, veamos si puedes tenerte en pie tú sola para solucionarlo.

Tomo aliento y me giro en la cama para sentarme y poner los pies en el suelo. Tardo en doblar las piernas, pero finalmente lo consigo, y luego me levanto e incluso camino hacia la puerta.

—Maddy me dijo que usted era la mejor sanadora de la ciudad.

Estoy maravillada.

—Maddy no dice mentiras.

Me acompaña por un pasillo largo y blanco hasta llegar al lavabo. Cuando termino, me lavo y vuelvo a abrir la puerta. Veo a la enfermera Coyle sosteniendo para mí un camisón blanco y un poco más tupido, más largo y mucho más agradable que la túnica invertida que llevo puesta. Me lo paso por la cabeza y volvemos por el pasillo en dirección inversa. Me tambaleo ligeramente, pero consigo caminar.

—El presidente ha preguntado varias veces por tu salud —dice, ayudándome a guardar el equilibrio con su mano.

—Me lo ha dicho Corinne. —La miro con el rabillo del ojo—. Es solo por las naves de los colonos. No le conozco de nada. No pertenezco a su bando.

—Ah —dice la enfermera Coyle, que me ayuda a cruzar la puerta de la habitación y me acompaña hasta la cama—. Entonces, ¿reconoces que hay bandos?

Me tumbo de espaldas, con la lengua pegada a la parte posterior de los dientes.

—¿Me dio usted dos dosis de Jeffers para que no tuviera mucho tiempo para hablar con él? —pregunto—. ¿O para que no pudiera decirle demasiadas cosas?

Asiente, como reconociendo lo lista que soy.

—¿Sería lo peor del mundo si fuese un poco de las dos cosas?

—Podría habérmelo preguntado.

—No era el momento —dice, y se sienta en una silla junto a la cama—. Lo único que conocemos es su historial, mi niña, y su historial es malo malo malo. Por mucho que hable de una sociedad nueva, tenemos buenas razones para querer estar preparadas cuando quiera iniciar una conversación.

—Yo no le conozco de nada —repito—. No sé nada.

—Sin embargo, si actúas de cierta manera —añade con una ligera sonrisa—, podrías llegar a saber muchas cosas de un hombre tan interesado.

Intento interpretarla, interpretar lo que trata de decirme, pero, por descontado, aquí las mujeres tampoco tienen ruido, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir? —pregunto.

—Que ya es hora de que metas algo sólido en el estómago. —Se levanta y se quita unos hilos invisibles de la bata blanca—. Haré que Madeleine te traiga el desayuno.

Camina hacia la puerta, agarra el pomo, pero todavía no la abre.

—Pero debes saber una cosa —añade sin darse la vuelta—. En el caso de que haya bandos y que nuestro presidente pertenezca a uno de ellos... —gira la cabeza y me mira por encima del hombro—, entonces yo estoy definitivamente en el contrario.

## LA ENFERMERA COYLE

{VIOLA}

—Las naves son seis —digo desde la cama, por tercera vez en otros tantos días, tres días durante los cuales Todd sigue ahí fuera, en algún lugar, tres días durante los cuales no sé qué le está sucediendo ni a él ni a nadie más.

Desde las ventanas de mi habitación, veo pasar soldados a todas horas, pero lo único que hacen es desfilar. Aquí, en el sanatorio, casi todas esperaban que en el momento menos pensado irrumpieran por la puerta, dispuestos a hacer cosas horribles, ansiosos por cobrarse la victoria.

Pero no lo han hecho. Simplemente, siguen desfilando. Otros hombres nos traen provisiones de comida, las dejan en la puerta posterior, y las sanadoras siguen trabajando con normalidad.

Seguimos sin poder salir, pero no parece que el mundo exterior se esté acabando. Esto no es lo que nadie esperaba, y quien menos lo esperaba, según parece, es la enfermera Coyle, que está convencida de que algo todavía peor está a punto de suceder.

No puedo evitar pensar que probablemente tenga razón.

Repasa sus notas y frunce el ceño.

—¿Solo seis?

—Ochocientos colonos durmientes y tres familias de cuidadores en cada una de ellas — respondo. Empiezo a tener hambre, pero a estas alturas ya sé que no podré comer hasta que la consulta haya terminado—. Enfermera Coyle...

—¿Y estás segura de que las familias de cuidadores suman ochenta y un miembros?

—Debería de estarlo —continúo—. Fui a la escuela con sus hijos.

Levanta la mirada.

—Sé que esto es aburrido, Viola, pero la información es poder. La información que le demos. La información que saquemos de él.

Suspiro impaciente.

—No sé nada de espionaje.

—No es espionaje —dice ella, volviendo a sus notas—. Es simple conocimiento de las cosas. —Escribe algo más en la libreta—. Cuatro mil ochocientos ochenta y una personas —concluye, hablando prácticamente para sí.

Sé a qué se refiere. Más gente que la población entera de este planeta. Suficientes personas para cambiarlo todo.

Pero cambiarlo, ¿cómo?

—Cuando vuelva a hablar contigo, no le digas nada de las naves. Mantenlo en vilo. Que no adivine la cifra correcta.

—Y mientras tanto, intento descubrir todo lo que pueda —digo.

Cierra la libreta, dando por terminada la consulta.

—La información es poder —repite.

Me incorporo en la cama, bastante harta de mi papel de paciente.

—¿Puedo pedirle una cosa?

Se levanta y recoge la bata.

—Por supuesto.

—¿Por qué confía en mí?

—Por la cara que pusiste cuando él entró en la habitación —contesta sin dudarlo—. Parecía que acabarás de ver a tu peor enemigo.

Se abrocha los botones de la bata. La observo con atención.

—Si pudiera encontrar a Todd o llegar a la torre de comunicaciones...

—¿Y que te detenga el ejército? —Ahora le brillan los ojos—. ¿Y perdamos la única ventaja que tenemos? —Abre la puerta—. No, mi niña, el presidente pronto te hará una visita, y entonces todo lo que descubras será de gran ayuda para nosotros.

La llamo antes de que salga por la puerta.

—¿Para nosotros?

Pero ya no está.

—... y lo último que recuerdo es que me recogió y me bajó por la montaña durante mucho rato, y que me iba diciendo que iba a sobrevivir, que él me iba a salvar.

—Vaya —dice suavemente Maddy, a quien le asoman unos mechones de pelo por debajo de la cofia mientras recorremos el pasillo lentamente, arriba y abajo, para que vaya cogiendo fuerzas—. Y realmente te salvó.

—Pero es incapaz de matar a nadie —continúo—, ni siquiera para salvarse a sí mismo. Por eso querían capturarlo. Porque no es como ellos. En una ocasión mató a un zulaque, y deberías haber visto cómo sufrió. Y ahora lo tienen en su poder...

Me veo obligada a hacer una pausa y tengo que parpadear varias veces y mirar al suelo.

—Tengo que salir de aquí —digo apretando los dientes—. No soy ninguna espía. Tengo que encontrar a Todd y llegar a la torre y avisar a las naves. Tal vez puedan enviar ayuda. Disponen de naves de reconocimiento que podrían llegar hasta aquí. Tienen armas...



El rostro de Maddy se tensa, como ocurre cada vez que le hablo así.

—Ni siquiera nos dejan salir del edificio.

—Nadie debe aceptar sin más lo que digan los demás, Maddy. Sobre todo si están equivocados.

—Y nadie puede luchar solo contra todo un ejército. —Con suavidad, me gira y volvemos por el pasillo. Me sonrío—. Ni siquiera la gran y valiente Viola Eade.

—Lo hice una vez —digo—. Lo hice con él.

Ella baja la voz.

—Vi...

—Perdí a mis padres —añado con voz ronca—. Y nunca voy a recuperarlos. Ahora le he perdido a él. Y si hay alguna posibilidad, una sola oportunidad...

—La enfermera Coyle no te va a dejar —me interrumpe, pero el tono de su voz me hace alzar la mirada.

—¿Pero? —digo.

Sin decir ni una palabra más, se limita a acompañarme hasta la ventana del pasillo que da a la carretera. Un grupo de soldados desfila bajo el sol resplandeciente, un carro lleno de grano polvoriento y carmesí pasa en dirección contraria, el ruido de la ciudad desciende por la carretera como si fuera un ejército en sí mismo.

Al principio era un ruido distinto a cualquiera que hubiera oído, un zumbido extraño de metal chocando contra metal. Luego se volvió todavía más fuerte, como mil hombres gritando a la vez, y supongo que el ruido debe de ser así, tan fuerte y confuso que es imposible distinguir el de una persona en concreto.

Demasiado fuerte para distinguir a un solo chico.

—Tal vez la situación no sea tan mala como todas pensamos. —La voz de Maddy es lenta, sopesa cada palabra como si la estuviera comprobando—. Me refiero a que la ciudad parece tranquila. El ruido es atronador, pero los hombres que nos traen la comida dicen que las tiendas están a punto de reabrir. Seguro que tu Todd está trabajando por ahí, sano y salvo y ansioso por verte.

No sé si lo dice porque lo piensa o porque intenta hacer que lo piense yo. Me limpio la nariz con la manga.

—Tal vez.

Se me queda mirando largo rato, y es evidente que está pensando algo, pero no lo dice. Entonces se vuelve hacia la ventana.

—Escucha cómo rugen —dice.

Aquí hay tres sanadoras más, aparte de la enfermera Coyle. Son la enfermera Waggoner, una mujer bajita y rechoncha, con arrugas y bigote; la enfermera Nadari, especialista en cáncer y a quien apenas he visto una vez mientras desaparecía por una puerta, y la enfermera Lawson, que trata a niños en otro sanatorio, pero se quedó aquí atrapada mientras pasaba consulta con la

enfermera Coyle en el momento justo de la rendición, y desde entonces sufre por los niños enfermos a los que ha dejado desatendidos.

También hay otras aprendices, una docena, aparte de Maddy y Corinne, las cuales, por trabajar con la enfermera Coyle, parecen ser las dos más capacitadas de todo el edificio, tal vez incluso de todo Puerto. Raras veces veo a las otras, excepto cuando siguen a alguna de las sanadoras, con los estetoscopios en la mano y las batas blancas al viento buscando algo que hacer.

Porque lo cierto es que, a medida que pasan los días y la ciudad sigue su curso más allá de nuestras puertas, la mayoría de las pacientes se está recuperando y no llega ninguna nueva. Todos los pacientes masculinos fueron trasladados la primera noche, según me contó Maddy, tanto si podían viajar como si no, y no han traído a ninguna mujer nueva, a pesar de que una invasión y una rendición no son impedimentos para enfermar.

Esta circunstancia preocupa a la enfermera Coyle.

—Es que si no puede sanar no es nadie —explica Corinne, ajustándome la goma elástica alrededor del brazo con demasiada fuerza—. Antes solía recorrer todos los sanatorios, no solo este. Todo el mundo la conocía, todo el mundo la respetaba. Durante un tiempo, llegó a ser presidenta del Consejo Municipal.

Parpadeo.

—¿Gobernaba ella?

—Años atrás. No te muevas. —Me inyecta la aguja en el brazo con más fuerza de la necesaria—. Suele decir que gobernar consiste en conseguir que la gente a la que quieres te odie un poco más cada día. —Me mira a los ojos—. Y yo estoy totalmente de acuerdo.

—¿Y qué ocurrió? —pregunto—. ¿Por qué lo dejó?

—Cometió un error —responde Corinne con delicadeza—. Algunas personas que no la apreciaban se aprovecharon de ello.

—¿Qué clase de error?

La mueca de preocupación permanente crece todavía más.

—Salvó la vida de alguien —dice, y suelta la goma elástica con tanta violencia que me deja una marca.

Pasa otro día, y otro, y nada cambia. Siguen sin dejarnos salir, sigue llegando la comida, y el alcalde todavía no ha preguntado por mí. Sus hombres comprueban cómo me encuentro, pero la charla prometida no tiene lugar. De momento me tiene aquí abandonada.

¿Quién sabe por qué?

Pero todo el mundo habla de él.

—¿Sabéis qué ha hecho? —explica la enfermera Coyle durante la cena en la cantina, la primera vez que me han dejado cenar fuera de la cama—. La catedral no es solo su base de operaciones. La ha convertido en su casa.

Hay un murmullo general de disgusto por parte de las mujeres que la rodean. La enfermera

Waggoner aparta incluso el plato.

—Ahora se cree que es Dios —dice.

—Pero no ha arrasado la ciudad —señalo, pensando en voz alta desde el otro extremo de la mesa. Maddy y Corinne levantan la vista del plato con los ojos muy abiertos. A pesar de todo, continúo hablando—. Todos pensamos que lo haría, pero no lo ha hecho.

Las enfermeras Waggoner y Lawson lanzan a Coyle una mirada significativa.

—Se te nota la juventud, Viola —dice esta última—. Pero no deberías desafiar a tus superiores.

Parpadeo, sorprendida.

—No era mi intención —respondo—. Solo digo que no es lo que esperábamos.

Toma otro bocado y sigue observándome.

—Mató a todas las mujeres de su ciudad porque era incapaz de oírlas, porque era incapaz de conocerlas del modo en que los hombres se conocían antes de la cura.

Las otras enfermeras asienten. Abro la boca para intervenir, pero ella se me adelanta.

—Y otra realidad, mi niña, es que todo lo que hemos pasado desde que aterrizamos en este planeta (la sorpresa del ruido, el caos consiguiente), todo sigue siendo desconocido para tus amigos de ahí arriba. —Ahora me observa con mucho detenimiento—. Todo lo que nos sucedió a nosotros está a punto de sucederles a ellos.

No respondo, solo me la quedo mirando.

—¿Y quién quieres que se haga cargo del proceso? —pregunta—. ¿Él?

Ha terminado de hablar conmigo y regresa a la conversación en voz baja con las enfermeras. Corinne vuelve a comer, con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Maddy me sigue mirando con los ojos abiertos, pero yo solo puedo pensar en la palabra que ha quedado colgada en el aire.

Tras decir «él», ¿quería añadir «o yo»?

En el noveno día de encierro se me ha agotado la paciencia. La enfermera Coyle me llama a su despacho.

—Tu ropa —dice, y me entrega un paquete por encima del escritorio—. Ahora ya te la puedes poner, si quieres. Te sentirás otra vez como una persona de verdad.

Le doy las gracias y me dirijo al biombo que me señala. Me quito la bata de paciente y observo un segundo la herida, que ya está casi curada por delante y por detrás.

—Es usted una sanadora asombrosa —la felicito.

—Lo intento —responde desde el escritorio.

Desenvuelvo el paquete y encuentro toda mi ropa, acabada de lavar, despidiendo un olor tan limpio y fresco que siento un tirón extraño en el rostro y descubro que estoy sonriendo.

—Eres una chica muy valiente, Viola —dice la enfermera Coyle mientras yo me voy vistiendo—. A pesar de no saber cuándo debes callarte.

—Gracias —respondo, un poco molesta.

—El accidente de tu nave, la muerte de tus padres, el viaje tan asombroso hasta llegar aquí. Lo has afrontado todo con inteligencia y recursos.

—Tuve ayuda —le recuerdo al tiempo que me siento para ponerme los calcetines limpios.

Me fijo en que la enfermera Coyle ha dejado su libreta sobre una pequeña mesa auxiliar, esa libreta tan llena de notas de nuestras pequeñas consultas. Alzo la vista, pero ella sigue al otro lado del biombo. Alargo la mano y abro la tapa.

—Percibo en ti grandes cosas, Viola. Potencial de liderazgo.

La libreta está boca abajo y no quiero hacer ruido al moverla, de modo que trato de girarla para ver lo que dice.

—En ti me veo mucho a mí misma.

En la primera página, antes de que comiencen las notas, solo hay una letra, escrita en azul.

R.

Nada más.

—Somos las decisiones que tomamos, Viola. —La enfermera Coyle sigue hablando—. Y tú puedes ser muy valiosa para nosotras. Si tú quieres.

Levanto la cabeza de la libreta.

—¿Quiénes somos nosotras?

La puerta de la habitación se abre de un modo tan repentino que doy un brinco y espío por encima del biombo. Es Maddy.

—Ha llegado un mensajero —dice, casi sin aliento—. Las mujeres pueden empezar a salir de sus casas.

—¡Esto es ensordecedor! —exclamo con una mueca de dolor al enfrentarme al **RUGIDO** de todo el ruido de Nueva Prentiss.

—Acabas acostumbrándote —dice Maddy.

Estamos sentadas en un banco a la puerta de una tienda, mientras Corinne y otra aprendiz llamada Thea compran provisiones para el sanatorio, en previsión del esperado alud de nuevas pacientes.

Observo las calles. Las tiendas están abiertas, la gente pasa, sobre todo a pie, pero también en motos de fisión y a caballo. Si no te fijas mucho, casi pensarías que en esta ciudad no pasa nada raro.

Hasta que ves que los hombres que bajan por la calle no se dirigen la palabra. Y que las mujeres solo pueden salir en grupos de cuatro y a la luz del día y únicamente durante una hora. Y que los grupos de cuatro no interactúan. Ni siquiera los hombres de Puerto se acercan a nosotras.

Y hay soldados en cada esquina empuñando rifles.

Suena una campanilla y la puerta de la tienda se abre. Corinne sale disparada, con los brazos cargados de bolsas, el rostro enfurecido, y Thea la sigue a trompicones.

—El tendero dice que nadie ha tenido noticias de los zulaques desde que se los llevaron —nos

informa Corinne, tirándome una bolsa al regazo.

—Corinne y sus zulas —interviene Thea, poniendo los ojos en blanco y pasándome otra bolsa.

—No los llames así —protesta Corinne—. Si nosotros nunca aprendimos a tratarlos bien, ¿cómo crees que va a tratarlos él?

—Lo siento de verdad —le dice Maddy antes de que yo pueda preguntarle a Corinne a qué se refiere—, pero ¿no crees que ahora lo más sensato es preocuparnos por nosotras mismas?

Unos soldados se han dado cuenta de que Corinne ha alzado la voz. Permanecen inmóviles, siguen apostados junto al porche de un colmado.

Pero nos están mirando.

—Lo que les hicimos fue inhumano —insiste Corinne.

—De acuerdo, pero ellos tampoco son humanos —replica Thea en voz baja, sin dejar de mirar a los soldados.

—¡Thea Reese! —Una vena sobresale en la frente de Corinne—. ¿Cómo puedes llamarte sanadora y decir...?

—Sí, sí, tienes razón —interviene Maddy, intentando tranquilizarla—. Fue horroroso. Estoy de acuerdo. Sabes que todas estamos de acuerdo, pero ¿cómo podríamos haberlo evitado?

—¿De qué estáis hablando? —pregunto—. ¿Qué hicisteis?

—La cura —contesta Corinne, como si fuera una maldición.

Maddy se vuelve hacia mí con un suspiro de frustración.

—Descubrieron que la cura funcionaba en los zulaques.

—La probaron en ellos —me explica Corinne.

—Pero no solo eso —continúa Maddy—. Ya sabes que los zulaques no hablan. Mueven un poco la boca, pero es casi como cuando nosotros chasqueamos los dedos.

—El ruido era el único modo que tenían de comunicarse —dice Thea.

—Y como nosotros no necesitábamos que nos hablaran para decirles lo que tenían que hacer —sigue explicándome Corinne, alzando la voz todavía más—, ¿a quién le importaba que necesitaran hablar entre ellos?

Empiezo a comprender.

—Y la cura...

Thea asiente.

—Los vuelve dóciles.

—Mejores esclavos —dice Corinne con amargura.

Estoy boquiabierta.

—¿Eran esclavos?

—Silencio —me indica Maddy con crudeza, haciendo un gesto hacia los soldados que nos miran, cuya falta de ruido, en contraste con el RUGIDO del resto de la ciudad, los hace parecer ominosamente vacíos.

—Es como si les hubiéramos cortado la lengua —dice Corinne, bajando la voz, pero todavía furiosa.

Pero Maddy ya nos empuja para irnos, y no deja de mirar por encima del hombro a los soldados.

Que observan cómo nos alejamos.

Recorremos en silencio la corta distancia que nos separa del sanatorio, y cruzamos la puerta principal bajo la mano azul estampada sobre el marco. Cuando Corinne y Thea han entrado ya, Maddy me toma ligeramente del brazo para detenerme.

Se queda un minuto mirando al suelo, y un hoyuelo se le forma en el entrecejo.

—El modo en que nos han mirado esos soldados... —empieza.

—¿Sí?

Cruza los brazos y tiembla.

—No sé si me gusta mucho esta versión de la paz.

—Ya lo sé —digo con suavidad.

Espera un momento, y luego me mira con franqueza.

—¿Tu gente podría ayudarnos? ¿Podrían detener esto?

—No lo sé, pero descubrirlo es mejor que quedarnos aquí sentadas, esperando a que venga lo peor.

Mira a ambos lados para comprobar que nadie nos oye.

—La enfermera Coyle es fantástica —dice—, pero a veces solo escucha su propia opinión.

Espera, mordiéndose el labio superior.

—¿Maddy?

—Tenemos que estar atentas —dice.

—¿A qué?

—Si llega el momento, y solo si llega —vuelve a mirar a ambos lados—, haremos lo posible por contactar con tus naves.

## LA NUEVA APRENDIZ

### {VIOLA}

—Pero la esclavitud está mal —digo mientras enrolló otra venda.

—Las sanadoras siempre nos opusimos a ella. —La enfermera Coyle tacha otra casilla del inventario—. Incluso después de la guerra de los zulaques, lo consideramos inhumano.

—Entonces, ¿por qué no lo impidieron?

—Si alguna vez vives una guerra —dice sin alzar la vista del portapapeles—, aprenderás que siempre es destructiva. Nadie escapa de la guerra. Nadie. Ni siquiera los que sobreviven. Aceptas cosas que te horrorizarían en cualquier otra situación porque la vida pierde temporalmente todo el sentido.

—«La guerra convierte a los hombres en monstruos» —digo, citando las palabras que dijo Ben aquella noche en aquel lugar tan raro en el cual el Nuevo Mundo enterraba a sus muertos.

—Y a las mujeres —añade la enfermera Coyle. Da golpecitos en las cajas de jeringas para contarlas.

—Pero la guerra de los zulaques sucedió hace mucho tiempo, ¿no es así?

—Pronto hará trece años.

—Trece años en los que podrían haber deshecho el entuerto.

Por fin me mira.

—La vida solo es así de sencilla cuando eres joven, mi niña.

—Pero usted estaba al mando —digo—. Podría haber hecho algo.

—¿Y quién te ha contado que yo estaba al mando?

—Corinne dijo...

—Ah, Corinne —dice, y devuelve su atención al portapapeles—. Siempre hace lo posible por quererme, a pesar de lo que digan los hechos.

Abro otra bolsa de provisiones.

—Pero si usted presidía el Consejo —insisto—, seguro que podría haber hecho algo respecto a los zulaques.

—Algunas veces, mi niña —responde lanzándome una mirada de disgusto—, puedes convencer a los demás para ir adonde no quieren ir, pero en la mayoría de ocasiones es imposible. Los zulaques no iban a ser liberados, y menos después de haber sido derrotados en una guerra tan horrible y cruel, y menos cuando necesitábamos tanta mano de obra para la reconstrucción. Pero podían recibir un mejor trato, ¿verdad? Podían ser alimentados adecuadamente y trabajar con horarios humanos y vivir junto a sus familias. Unas victorias, todas ellas, que yo conseguí para ellos, Viola.

Escribe en el portapapeles con mucha más firmeza que antes. La miro durante un segundo.

—Corinne dice que la echaron del Consejo por salvar una vida.

Ella no responde, se limita a dejar el portapapeles y a buscar en uno de los estantes superiores. Alarga la mano y coge una cofia de aprendiz y una bata de aprendiz doblada. Se vuelve hacia mí y me las lanza.

—¿Para quién son? —pregunto, cogiéndolas al vuelo.

—¿Quieres saber lo que significa ser una líder? —dice—. Pues ahora lo aprenderás.

La miro a la cara.

Miro la bata y la cofia.

A partir de ese momento apenas tengo tiempo para comer.

El día posterior a que las mujeres recuperaran la libertad de movimientos, llegaron dieciocho nuevas pacientes, todas mujeres, aquejadas de todo tipo de dolencias (apendicitis, problemas de corazón, tratamientos para el cáncer sin el seguimiento adecuado, fracturas de huesos) y que habían quedado atrapadas en las casas donde habían sido apiñadas después de ser separadas de sus maridos e hijos. Al día siguiente, llegaron once más. La enfermera Lawson regresó al sanatorio infantil en cuanto tuvo ocasión, pero las enfermeras Coyle, Waggoner y Nadari se encontraron de pronto corriendo de una habitación a otra, gritando órdenes y salvando vidas. No creo que nadie haya dormido desde entonces.

No hay tiempo material para que Maddy y yo busquemos nuestro momento, no hay tiempo siquiera para pensar en que el alcalde todavía no ha venido a visitarme. No hago más que correr arriba y abajo, ayudar en cuanto puedo y aprender sobre la marcha el oficio de aprendiz de sanadora.

Resulta que no he nacido para sanar.

—No creo que vaya a conseguirlo nunca —me lamento, al fracasar una vez más al tomar la presión sanguínea de una paciente anciana y muy amable que se llama señora Fox.

—Suele pasar —dice Corinne, consultando el reloj.

—Paciencia, guapa —añade la señora Fox, arrugando el rostro en una sonrisa—. Cuando vale la pena aprender algo, vale la pena aprenderlo bien.

—Tiene toda la razón, señora Fox —dice Corinne, y luego me mira otra vez a mí—. Vuélvelo a intentar.

Inflo el brazalete, escucho por el estetoscopio en busca del bombeo correcto de la sangre de la



señora Fox y lo comparo con el pequeño dial.

—¿Sesenta sobre veinte? —adivino tímidamente.

—Enseguida lo sabremos —contesta Corinne—. ¿Ha muerto esta mañana, señora Fox?

—¡Oh, no, pobre de mí! —exclama la mujer.

—Entonces no es ochenta sobre veinte —concluye Corinne.

—Solo llevo tres días trabajando en esto —me excuso.

—Yo llevo seis años —dice Corinne—, desde que era mucho más joven que tú, chica. Y aquí estás, no sabes siquiera tomar la presión, y sin embargo ya eres una aprendiz igual que yo. Es curioso cómo funciona la vida, ¿verdad?

—Lo estás haciendo muy bien, cariño —me anima la anciana.

—No mienta, señora Fox —dice Corinne—. Siento contradecirla, pero algunas de nosotras consideramos la curación un deber sagrado.

—Yo la considero un deber sagrado —digo, casi como un acto reflejo.

Gran error.

—La curación es algo más que un trabajo, chica —me advierte Corinne, haciendo que el «chica» suene más bien como un insulto—. No hay nada más importante en esta vida que su preservación. Somos las manos de Dios en este mundo. Somos lo contrario a tu amigo el tirano.

—No es mi...

—Permitir que alguien, cualquier persona, sufra es el mayor pecado que existe.

—Corinne...

—Tú no entiendes nada —continúa con una voz grave y feroz—. Deja de fingir que sí comprendes lo que pasa.

La señora Fox se ha encogido casi tanto como yo.

Corinne nos lanza una mirada asesina y acto seguido se endereza la cofia, se endereza las solapas de la bata y alarga el cuello de derecha a izquierda. Cierra los ojos y respira muy muy hondo.

Sin mirarme, repite:

—Vuélvelo a intentar.

—¿La diferencia entre una clínica y un sanatorio? —pregunta la enfermera Coyle, mientras tacha casillas en la hoja de papel.

—La diferencia principal es que las clínicas están dirigidas por médicos masculinos, y los sanatorios por sanadoras femeninas —recito, mientras separo las píldoras del día en tacitas independientes para cada paciente.

—¿Y por qué es así?

—Para que el paciente, sea hombre o mujer, pueda elegir entre saber lo que piensa su médico o no saberlo.

Arquea la ceja.

—¿Y la verdadera razón?

—La política —contesto.

—Correcto. —Termina el papeleo y me lo entrega—. Lleva estas hojas y las medicinas a Madeleine, por favor.

Ella se va y yo termino de llenar la bandeja de la medicación. Cuando salgo con la bandeja en las manos, la veo al final del pasillo, pasando por delante de la enfermera Nadari.

Juraría que he visto cómo le pasaba una nota, sin que ninguna de las dos se detuviera.

Tenemos permiso para salir durante apenas una hora, únicamente en grupos de cuatro, pero es suficiente para ver cómo Nueva Prentiss se está recomponiendo. A medida que mi primera semana como aprendiz toca a su fin, se comenta que algunas mujeres están siendo enviadas al campo para trabajar en grupos solo de mujeres.

También se comenta que los zulaques están confinados en algún lugar a las afueras de la ciudad, todos juntos, agrupados, esperando a ser «procesados», signifique eso lo que signifique.

Se comenta que el viejo alcalde está trabajando de basurero.

No se comenta nada sobre ningún chico.

—Se me ha pasado el día de su cumpleaños —digo a Maddy, mientras hago prácticas colocando vendas alrededor de una pierna de goma tan realista que todo el mundo la llama Ruby—. Fue hace cuatro días. Perdí la cuenta del tiempo que había pasado dormida y...

Incapaz de decir nada más, solo puedo apretar el vendaje...

Y pensar en cuando Todd me puso uno a mí...

Y cuando yo se lo puse a él.

—Estoy segura de que está bien, Vi —dice Maddy.

—No, no lo estás.

—No —contesta, y por enésima vez mira por la ventana que da a la carretera—, pero, contra todo pronóstico, la ciudad no está en guerra. Contra todo pronóstico, seguimos vivos y continuamos trabajando. Por eso, contra todo pronóstico, Todd podría estar sano y salvo.

Aprieto todavía más el vendaje.

—¿Sabes algo de una R de color azul?

Se vuelve hacia mí.

—¿Una qué?

Me encojo de hombros.

—La vi en la libreta de la enfermera Coyle.

—Ni idea.

Mira por la ventana.

—¿Qué buscas?

—Cuento soldados —contesta. Vuelve a mirarnos a Ruby y a mí y dice—: Es un buen vendaje. Su sonrisa hace que su afirmación casi parezca verdad.

Avanzo por el pasillo principal, sujetando a Ruby con una mano. Tengo que practicar las inyecciones en el muslo. Compadezco a la pobre mujer que tenga que sufrir mi primera inyección de verdad.

Al llegar al centro del edificio, el pasillo gira noventa grados hacia el ala opuesta, y allí estoy a punto de colisionar con un grupo de sanadoras, que se detienen al verme.

Es la enfermera Coyle, seguida por cuatro, cinco, seis sanadoras más. Reconozco a la enfermera Nadari y a la enfermera Waggoner, y también está la enfermera Lawson, pero no había visto nunca a las otras tres, y ni siquiera las he visto entrar en el edificio.

—¿Acaso no tienes trabajo, mi niña? —dice la enfermera Coyle, con algo de irritación en la voz.

—Ruby —tartamudeo, sosteniendo la pierna.

—¿Es ella? —pregunta una de las sanadoras a las que no reconozco.

La enfermera Coyle no me presenta.

Se limita a responder:

—Sí, esta es la chica.

Tengo que esperar que pase la jornada entera para volver a ver a Maddy, pero antes de que pueda preguntarle nada, ella se anticipa y me dice:

—Lo tengo todo pensado.

—¿Una de ellas tenía una cicatriz en el labio superior? —susurra Maddy en la oscuridad.

Es más de medianoche, hace rato que se apagaron las luces, hace rato que debería estar en su habitación.

—Creo que sí —respondo también entre susurros—. Iban muy deprisa.

Vemos a otra pareja de soldados que se aleja por el carretera. Según los cálculos de Maddy, tenemos tres minutos.

—Entonces debía de ser la enfermera Barker —dice—. Y las otras eran probablemente la enfermera Braithwaite y la enfermera Forth. —Mira por la ventana—. Esto es una locura, ¿sabes? Si la enfermera Coyle nos pillá, las vamos a pasar moradas.

—Dudo que te despida, dadas las circunstancias.

Se queda pensativa.

—¿Has oído lo que decían las enfermeras?

—No, han callado en cuanto me han visto.

—Pero ¿tú eras «la chica»?

—Sí —respondo—. Y luego la enfermera Coyle me ha evitado durante todo el día.

—La enfermera Barker... —dice Maddy, reflexionando—. Pero no entiendo que así puedan conseguir nada.

—¿Quién puede conseguir qué?

—Las tres estaban en el Consejo con la enfermera Coyle. Barker todavía forma parte de él. O formaba parte antes de todo lo que pasó. Pero ¿por qué iban a...? —Se detiene y se acerca más a la ventana—. Esos son los cuatro últimos.

Hay cuatro soldados marchando por la carretera.

Si el patrón de comportamiento que ha observado Maddy es correcto, este es el momento.

Si el patrón es correcto.

—¿Estás lista? —susurro.

—Claro que no estoy lista —contesta con una sonrisa atemorizada—. Pero allá voy.

Veo que flexiona las manos para evitar que le tiemblen.

—Solo vamos a mirar lo que hay —digo—. Eso es todo. Estaremos de vuelta antes de que te des cuenta.

Maddy conserva la expresión de terror, pero asiente con la cabeza.

—Nunca he hecho una cosa semejante en toda mi vida.

—No te preocupes —la animo al tiempo que levanto el travesaño de la ventana—. Yo soy una experta.

El **RUGIDO** de la ciudad, incluso estando dormida, cubre bastante nuestros pasos cuando nos escabullimos a través del césped. La única luz procede de las dos lunas que brillan sobre nosotros, semicírculos en el cielo.

Alcanzamos la zanja junto a la carretera y nos agachamos entre los arbustos.

—¿Y ahora qué? —susurra Maddy.

—Has dicho dos minutos, luego un par más.

Maddy asiente entre las sombras.

—Luego otro descanso de siete minutos.

Durante ese descanso, Maddy y yo bajamos por la carretera, pegadas a los árboles, bajo cubierto, con el objeto de llegar a la torre de comunicaciones, si es que realmente es una torre de comunicaciones.

Y cuando lleguemos, ya veremos lo que hacemos.

—¿Todo bien? —susurro.

—Sí. Estoy asustada y excitada al mismo tiempo.

Sé a qué se refiere. Estar aquí fuera, de cuclillas en una zanja bajo el manto de la noche, es una locura, es peligroso, pero por fin siento que estoy haciendo algo, por fin siento que me hago cargo de mi propia vida, por primera vez desde que me metieron en aquella cama.

Por fin siento que estoy haciendo algo por Todd.

Oímos el crujido de la gravilla de la carretera y nos agachamos un poco más mientras la pareja de soldados que esperábamos pasa de largo y se aleja por el camino.

—Allá vamos —digo.

Tan erguidas como nos atrevemos, avanzamos rápidamente por la zanja, alejándonos de la ciudad.

—¿Todavía tienes familia en las naves? —susurra Maddy—. ¿Alguien, aparte de tu madre y de tu padre?

Arrugo un poco la nariz ante el ruido que está metiendo, pero sé que habla para disimular los nervios.

—No, pero conozco a todo el mundo. Bradley Tench, el encargado principal del *Beta*, y Simone Watkin, del *Gamma*, son muy inteligentes.

La zanja gira con la carretera y nos acercamos a una encrucijada que habrá que negociar.

Maddy vuelve a empezar.

—Entonces, Simone es...

—Silencio —ordeno, porque creo haber oído algo.

Maddy está pegada a mí. Le tiembla todo el cuerpo y la respiración le sale en pequeños bufidos. Esta vez debía acompañarme porque es la única que sabe dónde está la torre, pero no puedo pedirle que lo vuelva a hacer. La próxima vez saldré yo sola.

Porque si algo sale mal...

—Creo que todo va bien —digo.

Salimos lentamente de la zanja para atravesar la encrucijada, miramos a derecha e izquierda, pisamos suavemente la gravilla.

—¿Vais a alguna parte? —dice una voz.

Maddy respira detrás de mí. Hay un soldado apoyado contra un árbol, con las piernas cruzadas, como si no pudiera estar más relajado.

Incluso a la luz de la luna puedo ver el rifle que le cuelga perezosamente de la mano.

—Es un poco tarde para estar por aquí, ¿no?

—Nos hemos perdido —balbuceo—. Nos separamos de...

—Claro —me interrumpe—. Seguro que sí.

Enciende una cerilla contra la cremallera de la chaqueta del uniforme. En el destello de luz, leo SARGENTO HAMMAR escrito en el bolsillo. Utiliza la cerilla para encender el cigarrillo que le cuelga de la boca.

El alcalde prohibió los cigarrillos.

Pero supongo que si eres oficial...

Un oficial sin ruido que se esconde en la oscuridad.

Da un paso adelante y le vemos la cara. Luce una sonrisa por encima del cigarrillo, una sonrisa fea, la más fea que he visto nunca.

—¿Eres tú? —dice, y por el tono comprendo que me ha reconocido.

Se me acerca, apuntándome con el rifle.

—Eres la chica —afirma, mirándome.

—¿Viola? —susurra Maddy, un paso por detrás de mí, a la derecha.

—El alcalde Prentiss me conoce —digo—. Usted no puede hacerme daño.

Da una calada, y la luz del cigarrillo traza una franja en mi visión.

—El presidente Prentiss te conoce.

Luego mira a Maddy, y la apunta con el rifle.

—Pero me temo que a ti no.

Y antes de que yo pueda decir nada...

Sin previo aviso...

Como si para él fuera tan natural como respirar...

El sargento Hammar aprieta el gatillo.

## LA GUERRA HA TERMINADO

[TODD]

—Te toca limpiar el cagadero —dice Davy, tirándome la palangana de cal.

No vemos nunca a los zulaques utilizando el rincón que han cavado para hacer sus necesidades, pero cada mañana es un poco más grande y apesta más y hay que echar cal encima para aminorar el hedor y el peligro de infección.

Espero que sea más efectiva con la infección que con el hedor.

—¿Cómo es que nunca te toca a ti? —pregunto.

—Porque tal vez mi padre piense que tú eres mejor hombre que yo, meón — replica Davy—, pero aun así me ha puesto a mí al mando.

Y sonrío.

Me dirijo al cagadero.

Los días pasaron y siguieron pasando, hasta que pasaron dos semanas y todavía más.

Permanecí con vida y salí adelante.

(¿ella también?)

(¿ella también?)

Davy y yo cabalgamos cada mañana hasta el monasterio y él «supervisa»

cómo los zulaques derriban vallas y colocan alambradas, y yo me paso el día sacando forraje con la pala, pero nunca hay suficiente. También he intentado sin conseguirlo arreglar las dos últimas bombas de agua y hago todos los turnos de limpieza del cagadero.

Los zulaques permanecen en silencio, siguen sin hacer nada para salvarse, mil quinientos de ellos cuando por fin pudimos contarlos, apiñados en una superficie en la cual yo no hubiera logrado meter a doscientas ovejas. Han llegado más guardias, que se apostan a lo largo de la parte superior del muro de piedra, apuntando con sus rifles entre hileras de alambradas, pero los zulaques no hacen nada que pueda representar una amenaza.

Sobreviven. Siguen adelante.

Y Nueva Prentiss también.

Todos los días, el alcalde Ledger me cuenta lo que ha visto en sus jornadas de trabajo como basurero. Hombres y mujeres siguen separados y aumentan los impuestos, las normas sobre la vestimenta, la lista de libros que hay que entregar y quemar, y mientras tanto la asistencia a la iglesia es obligatoria, aunque no a la catedral, por descontado.

Pese a todo, ha empezado a funcionar otra vez como una verdadera ciudad. Las tiendas vuelven a estar abiertas, los carros, las motos de fisión e incluso un par o tres de coches de fisión han vuelto a las calles. Los hombres han regresado a sus trabajos. Los mecánicos vuelven a reparar, los panaderos a hacer pan, los granjeros a cultivar, los leñadores a talar, algunos incluso se han alistado al ejército, aunque los soldados nuevos no se pueden distinguir porque todavía no se les ha suministrado la cura.

—¿Sabes una cosa? —me dijo una noche el alcalde Ledger, y yo lo vi en su ruido antes de que lo pronunciara, vi cómo se formaba el pensamiento, la idea que yo no había pensado, la idea que yo no me había permitido pensar—. La situación no es tan grave como esperaba. Esperaba una matanza. Esperaba mi propia muerte, claro, y que la ciudad quedara totalmente arrasada. Es probable que la rendición fuera una opción estúpida, pero tal vez el alcalde no esté



mintiendo.

A continuación se levantó para contemplar Nueva Prentiss.

—Tal vez —dijo— la guerra ha terminado de verdad.

—¡Eh! —oigo gritar a Davy cuando estoy a punto de llegar al cagadero. Me giro. Un zulaque se le ha acercado.

Levanta los brazos largos y blancos de un modo que podría ser pacífico y luego se pone a chasquear, señalando a un grupo de zulaques que han terminado de derribar una valla. Chasquea y chasquea y señala uno de los abrevadores vacíos, pero no hay modo de entender lo que dice, porque no tiene ruido.

Davy se le acerca un poco más, con los ojos muy abiertos, y asiente con simpatía, pero con una sonrisa peligrosa.

—Sí, claro, tienes sed a causa del trabajo duro —dice—. Por supuesto que tienes sed, por supuesto, gracias por llamarme la atención sobre eso, muchas gracias. Y como respuesta, simplemente te diré esto.

Le golpea el rostro con la culata de la pistola. Se oye el crujido de un hueso y el zulaque cae al suelo sujetándose la mandíbula, pateando al aire con las largas piernas.

Se oye una oleada de chasquidos alrededor y Davy levanta otra vez la pistola y encañona a la multitud. Suenan también los percutores de los rifles en lo alto de la valla, y los soldados apuntan con sus armas. Los zulaques retroceden, mientras el de la mandíbula rota sigue retorciéndose y retorciéndose sobre la hierba.

—¿Sabes una cosa, meón? —dice Davy.

—¿Qué? —contesto, sin apartar la vista del zulaque del suelo, y mi ruido tiembla como una hoja a punto de caer del árbol.

Se vuelve hacia mí, con la pistola todavía en la mano.

—Me gusta estar al mando.

Cada minuto espero que la vida estalle.

Pero cada minuto compruebo que eso no pasa.

Y cada día la he buscado.

La he buscado desde las aberturas de la torre del campanario, pero lo único que veo es al ejército que desfila y a los hombres que trabajan. No veo nunca un rostro que reconozca, nunca un silencio que pueda sentir como suyo.

La he buscado en el trayecto de ida y vuelta que Davy y yo recorremos para ir y venir del monasterio, le he buscado tras las ventanas del Barrio de las Mujeres, pero nunca me ha devuelto la mirada.

La he buscado incluso entre la multitud de zulaques, me he preguntado si podría estar escondida tras uno de ellos, dispuesta a saltar y a abroncar a Davy por el maltrato que les da, para luego decirme, como si no hubiera ningún problema: «Hola, estoy aquí, soy yo».

Pero no está aquí.

No está.

Pregunto por ella al alcalde Prentiss cada vez que lo veo y él responde que tengo que confiar en él, que no es mi enemigo, que si confío en él todo va a salir bien.

Pero la he buscado.

Y no está.

—Hola, chica —susurro a Angharrad cuando la ensillo al final de la jornada.

Cada vez se me da mejor montarla, se me da mejor hablar con ella, se me da mejor interpretar su humor. Estoy menos nervioso cuando estoy sobre su lomo y ella está menos nerviosa cuando me tiene encima. Esta mañana, después de darle una manzana, me ha pasado los dientes por el pelo, como si yo fuera otro caballo.

**Chico potro**, dice cuando la monto, y Davy y yo emprendemos el trayecto de vuelta a la ciudad.

—Angharrad —digo, inclinándome entre sus orejas, porque eso es lo que les gusta a los caballos, al parecer, recordatorios constantes de que sigues ahí, recordatorios constantes de que continúan perteneciendo al rebaño.

Lo que más detesta un caballo es estar solo.

**Chico potro**, repite Angharrad.

—Angharrad —respondo.

—Por el amor de Dios, meón —se queja Davy—, ¿por qué no te casas con la maldita...? —Se interrumpe—. Maldita sea —dice, y su voz se convierte de repente en un susurro—, ¿has visto eso?

Levanto la vista.

Unas mujeres salen de una tienda.

Son cuatro, van juntas en grupo. Sabíamos que las estaban dejando salir, pero siempre en horas diurnas, siempre mientras Davy y yo estamos en el monasterio, de modo que siempre regresamos a una ciudad de hombres, como si las mujeres no fueran más que fantasmas y rumores.

Hacía siglos que no veía una, a no ser que fuera detrás de una ventana o desde lo alto de la torre.

Llevan las mangas más largas y las faldas más largas que antes y las cuatro llevan el pelo recogido detrás de la nuca de la misma manera. Miran nerviosas a los soldados que se alinean en la calle, a mí y a Davy también, y todos observamos cómo descienden por los peldaños de la tienda.

Y una vez más vuelve el silencio, una vez más el tirón en el pecho y tengo que limpiarme los ojos después de asegurarme de que Davy no me está mirando.

Porque ninguna de ellas es ella.

—Es tarde para ellas —comenta Davy, en una voz tan baja que adivino que él

también lleva semanas sin ver a una mujer—. Tienen órdenes de estar en sus casas mucho antes de la puesta de sol.

Volvemos la cabeza y las vemos pasar de largo, agarradas a sus paquetes, y bajar por la calle en dirección al Barrio de las Mujeres, y se me encoge el pecho y se me hace un nudo en la garganta.

Porque ninguna de ellas es ella.

Y me doy cuenta...

Me doy cuenta, otra vez, de cuánto...

Y mi ruido se enturbia.

El alcalde Prentiss la utiliza para controlarme.

Oh.

El más idiota se habría dado cuenta. Si no obedezco lo que me dicen, la matarán. Si intento huir, la matarán. Si le hago algo a Davy, la matarán.

Si es que no está muerta ya.

Mi ruido se vuelve más negro.

No.

«No», pienso.

Porque es posible que no lo esté.

Es posible que esté ahí fuera, en esta misma calle, en otro grupo de cuatro.

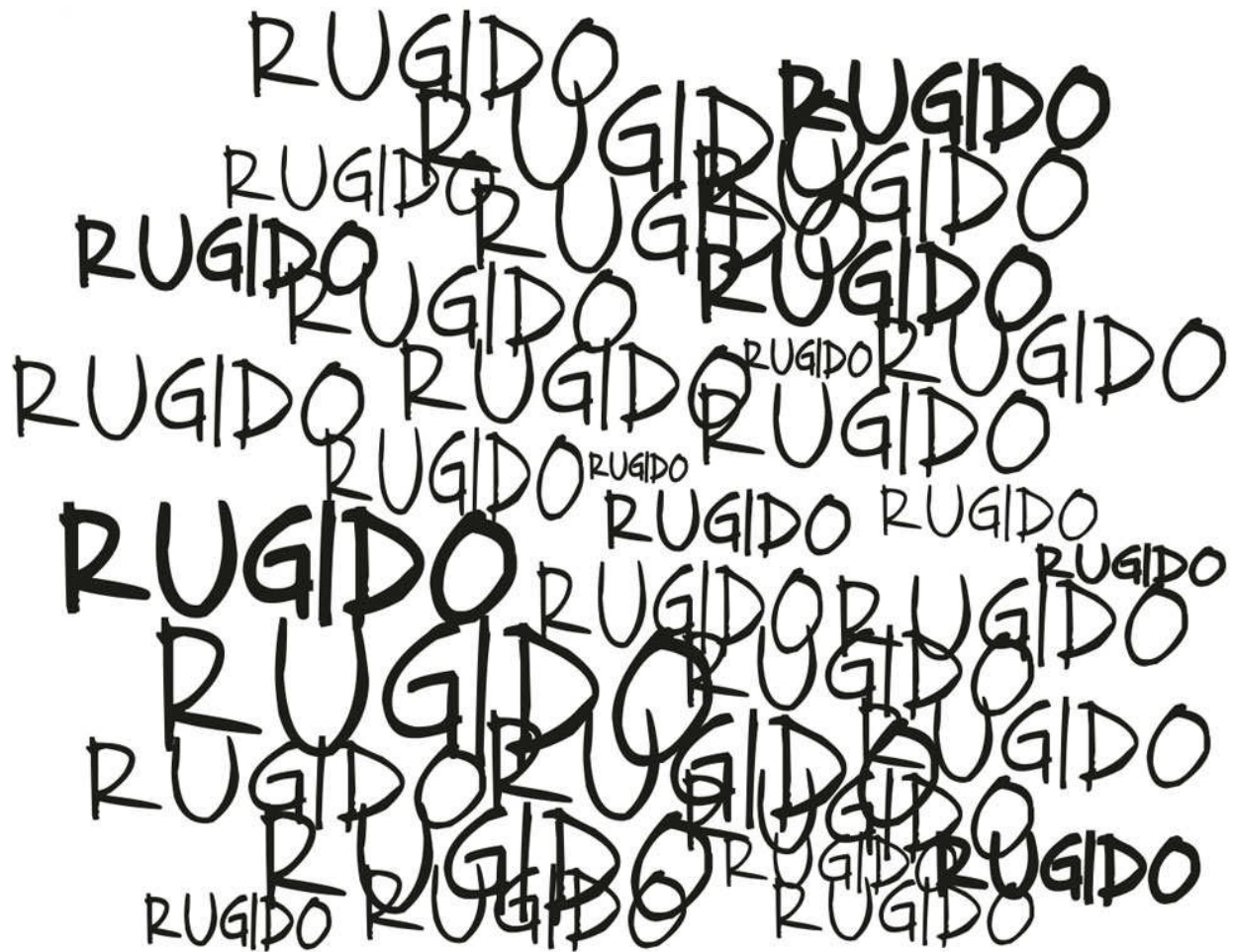
«Sobrevive», pienso. «Por favor, por favor, por favor, sobrevive.»

(«por favor, sobrevive»)

Mientras el alcalde Ledger y yo cenamos, me planto delante de una de las aberturas de la torre y vuelvo a buscarla, intentando cerrar mis oídos ante el RUGIDO.

Porque el alcalde Ledger tiene razón. Hay tantos hombres que, cuando la cura sale de sus organismos, es imposible discernir el ruido de cada uno de ellos. Sería como intentar oír una gota de agua en medio de un río. Su ruido se ha

transformado en un muro ensordecedor, tan plano que lo único que dice es  
RUGIDO



Pero lo cierto es que puedes llegar a acostumbrarte. En cierto modo, las palabras, los pensamientos y los sentimientos del alcalde Ledger que burbujan por su propio ruido gris me distraen todavía más.

—Exacto —dice, dándose unos golpecitos en el estómago—. Un hombre tiene capacidad de pensar. Una multitud no.

—Un ejército sí —respondo.

—Solo si su cerebro es un general.

Mientras dice esto, mira por la abertura contigua a la mía. El alcalde Prentiss

atraviesa la plaza a caballo, con el señor Hammar, el señor Tate, el señor Morgan y el señor O'Hare montando tras él, atentos a las órdenes del primero.

—El círculo interno —dice el alcalde Ledger.

Y por un segundo, me pregunto si su ruido ha sonado celoso.

Vemos desmontar al alcalde, entregar las riendas al señor Tate y desaparecer por la puerta de la catedral.

Menos de dos minutos más tarde, catacloc, el señor Collins abre el cerrojo.

—El presidente quiere verte —me informa.

—Un momento, Todd —dice el alcalde, abriendo una de las cajas y mirando en su interior.

Estamos en el sótano de la catedral, el señor Collins me ha empujado escaleras abajo hasta la parte posterior del vestíbulo principal. Me quedo esperando, preguntándome si el alcalde Ledger se habrá comido toda mi cena cuando vuelva.

Observo cómo el alcalde Prentiss repasa otra caja.

—Presidente Prentiss —corrige, sin alzar la vista—. Intenta recordarlo. —Se levanta—. Antes se guardaba vino aquí. Mucho más del que se necesitaba para las comuniones.

No digo nada. Me mira con curiosidad.

—No vas a preguntar, ¿verdad?

—¿Sobre qué? —digo.

—La cura, Todd —dice, propinando un puñetazo a una de las cajas—. Mis hombres han retirado hasta el último rastro de cura de cada hogar de Nueva Prentiss, y aquí la tienes toda.

Alarga la mano y saca un frasco de píldoras de medicación. Lo abre, extrae una pequeña pastilla blanca y la sostiene entre el índice y el pulgar.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué no os he dado la cura ni a ti ni a David?

Cambio el peso de un pie al otro.

—¿Para castigarnos?

Niega con la cabeza.

—¿El señor Ledger sigue nervioso?

Me encojo de hombros.

—A veces. Un poco.

—Ellos inventaron la cura —me explica el alcalde—. Y luego llegaron a necesitarla. —Señala las hileras de cajas y contenedores—. Si yo tengo todo lo que necesitan...

Vuelve a colocar la píldora en el frasco y se gira más abiertamente hacia mí, con una sonrisa más amplia.

—¿Quería algo? —murmuro.

—No lo sabes, ¿verdad? —pregunta.

—¿El qué?

Vuelve a hacer una pausa y entonces dice:

—Feliz cumpleaños, Todd.

Abro la boca. Luego la abro todavía más.

—Fue hace cuatro días —dice—. Me sorprende que no lo mencionaras.

No me lo puedo creer. Me había olvidado totalmente.

—No lo has celebrado, porque, claro, ambos sabemos que ya eres un hombre, ¿no es así?

De nuevo aparecen en mi ruido las imágenes de Aaron.

—Me has impresionado mucho estas dos últimas semanas —continúa él, haciendo caso omiso de mi ruido—. Sé que ha sido muy duro para ti no saber qué ha sido de Viola, no saber exactamente cómo debías comportarte para mantenerla a salvo. —Noto su voz zumbando en mi cabeza, buscando—. Pero sin embargo has trabajado duro. Has ejercido una influencia positiva sobre David.

No puedo evitar pensar en cómo me gustaría apalear a Davy Prentiss hasta dejarlo hecho papilla, pero el alcalde Prentiss dice:

—Como recompensa, te traigo dos regalos tardíos de cumpleaños.

Mi ruido aumenta.

—¿Podré verla?

Sonríe como si lo hubiera esperado.

—No —responde—, pero te prometeré una cosa. El día que llegues a confiar en mí, Todd, el día que verdaderamente comprendas que mis intenciones hacia esta ciudad y hacia ti son buenas, ese día comprobarás que soy realmente digno de confianza.

Oigo mi propia respiración. Es lo más cerca que ha estado nunca de decir que ella está bien.

—No, tu primer regalo de cumpleaños es algo que te has ganado —dice—. Tendrás una nueva tarea a partir de mañana. Todavía con nuestros amigos los zulaques, pero con una responsabilidad añadida en un aspecto importante de nuestro nuevo proceso. —Vuelve a mirarme fijamente a los ojos—. Es una tarea que podría llevarte lejos, Todd Hewitt.

—¿Tan lejos como para llegar a ser un líder de los hombres? —pregunto en un tono algo más sarcástico de lo que a él seguramente le parece adecuado.

—Tú lo has dicho.

—¿Y el segundo regalo? —digo, con la esperanza de que se trate de ella.

—El segundo regalo que te hago, Todd, con toda esta cura alrededor —vuelve a señalar las cajas—, es no dártela.

Tuerzo la boca.

—¿Cómo?

Pero él ya camina hacia mí como si hubiéramos terminado de hablar.

Y pasa de largo...

YO SOY EL CÍRCULO Y EL CÍRCULO SOY YO.

Resuena en mi cabeza, solo una vez, procedente del centro de mi ser, de quien soy.

Sorprendido, doy un brinco.

—¿Cómo es posible que pueda oírlo si usted toma la cura? —pregunto.



Pero él se limita a dirigirme una sonrisa ladina y desaparece escaleras arriba, dejándome allí plantado.

«Feliz cumpleaños atrasado», me digo.

«Soy Todd Hewitt», pienso, tumbado en la cama, mirando a la oscuridad. «Soy Todd Hewitt y hace cuatro días me convertí en un hombre.»

Sin embargo, no me siento distinto.

Tanta ansiedad por que llegara ese día, tanta importancia dada a esa fecha, y todavía sigo siendo el mismo y estúpido Todd Hewitt, sin capacidad para hacer nada, incapaz de salvarme y aún menos de salvar a Viola.

El maldito Todd Hewitt.

Tumbado en la oscuridad, con el alcalde Ledger roncando sobre su colchón, oigo un ruido sordo en el exterior, en la lejanía, algún estúpido soldado que dispara contra quién sabe qué (o quién sabe quién) y entonces me doy cuenta.

Me doy cuenta de que salir adelante no es suficiente.

Sobrevivir no es suficiente cuando a duras penas estás vivo.

Jugarán conmigo mientras yo se lo permita.

Y ella podría estar ahí fuera.

Podría estar ahí fuera hoy mismo.

Tengo que encontrarla...

Aprovecharé la primera oportunidad que tenga, y la encontraré...

Y cuando la encuentre...

Entonces caigo en la cuenta de que el alcalde Ledger ya no ronca.

Levanto la voz en la oscuridad.

—¿Tiene algo que decir?

Entonces vuelve a roncar, y su ruido es gris y borroso, y me pregunto si han sido imaginaciones mías.

## EN LA CASA DE DIOS

{VIOLA}

—No sabes cómo lo lamento.

Rechazo la taza de café de raíces que me ofrece.

—Por favor, Viola —dice acercándomela.

La tomo. Todavía me tiemblan las manos.

No me han dejado de temblar desde la noche anterior.

Desde que la vi caer.

Primero de rodillas, luego de costado, sobre la grava, con los ojos todavía abiertos.

Abiertos, pero ya sin ver nada.

La vi caer.

—El sargento Hammar será castigado. —El alcalde se sienta frente a mí—. De ningún modo y bajo ninguna circunstancia seguía órdenes mías.

—La mató —digo con un hilo de voz. El sargento Hammar me arrastró hasta el sanatorio, aporreó la puerta con la culata del rifle, despertó a todas las mujeres y las envió a recoger el cadáver de Maddy.

Yo no podía hablar, apenas era capaz de llorar.

Nadie me miraba, ni las enfermeras ni las otras aprendices. Ni siquiera la enfermera Coyle me miraba a los ojos.

«¿Qué creías que estabas haciendo? ¿Adónde creías que la llevabas?»

Y entonces el alcalde Prentiss me convocó esta mañana a su catedral, a su casa, a la casa de Dios.

Y entonces sí que no quisieron mirarme más.

—Lo siento, Viola —repite—. Algunos de los hombres de Prentisstown, la vieja Prentisstown, siguen resentidos con las mujeres por lo que sucedió hace tantos años.

Percibe mi expresión horrorizada.

—La historia que crees saber —dice— no es la historia verdadera.

Sigo mirándolo, boquiabierta. Él suspira.

—La guerra de los zulaques afectó también a Prentisstown, Viola, y fue algo horrible, pero los hombres y las mujeres combatimos codo con codo para salvarnos. —Coloca las yemas de los dedos en un triángulo, con la voz todavía tranquila, todavía afable—. Sin embargo, hubo divisiones en nuestro pequeño puesto fronterizo, a pesar de la victoria. Divisiones entre hombres y mujeres.

—Apuesto a que sí.

—Crearon su propio ejército. Se escindieron, no confiaban en los hombres a los que podían leer los pensamientos. Tratamos de razonar con ellas, pero, finalmente, quisieron la guerra. Y vaya si la tuvieron.

Se endereza en la silla, me mira con tristeza.

—Un ejército de mujeres sigue siendo un ejército armado, sigue siendo un ejército capaz de derrotarte.

Me oigo respirar a mí misma.

—Las mató a todas.

—No es cierto. Muchas de ellas murieron en la batalla, y las otras, al ver que habían perdido la guerra, hicieron correr la voz de que nosotros éramos sus verdugos y luego se suicidaron para causar la perdición de los hombres que quedaban.

—No le creo —digo, recordando que Ben nos había explicado una versión distinta—. No sucedió así.

—Yo estuve allí, Viola. Lo recuerdo todo con más claridad de la que desearía. —Me caza la mirada—. Además, soy el mayor interesado en que la historia no se repita. ¿Me entiendes?

Creo entenderlo y se me encoge el estómago, y no puedo evitarlo, me echo a llorar, pensando en cómo trajeron el cadáver de Maddy, cómo la enfermera Coyle insistió en que fuera yo quien preparara el cuerpo para el entierro, cómo quiso que viera de cerca el precio de intentar llegar a la torre.

—La enfermera Coyle —digo, intentando controlarme—. La enfermera Coyle me ha pedido que le pregunte si podemos enterrar a Maddy esta tarde.

—Ya he mandado decirle que sí que puede —contesta—. Todo lo que la enfermera Coyle necesita está siendo suministrado en este mismo momento.

Dejo la taza de café sobre una mesita junto a la silla. Nos encontramos en una sala enorme, más grande que ninguna otra estancia que yo haya visto, excepto los hangares de lanzamiento de mi nave. Demasiado grande para apenas un par de sillas cómodas y una mesa de madera. La luz penetra por una ventana redonda de cristales coloreados con este mundo y sus dos lunas dibujados.

Todo el resto está oscuro.

—¿Qué te parece la enfermera Coyle? —pregunta el alcalde.

El peso sobre mis hombros, el peso de que Maddy ya no esté, el peso de que Todd siga en paradero desconocido, es tan fuerte que por un instante he olvidado que ese hombre está delante de mí.

—¿A qué se refiere?

Se encoge ligeramente de hombros.

—¿Cómo es trabajar con ella? ¿Cómo es como maestra?

Trago saliva.

—Es la mejor sanadora de Puerto.

—Y ahora es la mejor sanadora de Nueva Prentiss —me corrige—. La gente me cuenta que había ostentado bastante poder por estos lares. Una fuerza con la que hay que contar.

Me muerdo el labio y vuelvo a mirar la alfombra.

—No pudo salvar a Maddy.

—Bueno, disculpémosla por eso, ¿de acuerdo? —Tiene una voz grave, suave, casi amable—. Nadie es perfecto.

Deja la taza.

—Siento lo de tu amiga —repite—. Y siento que hayamos tardado tanto en volver a hablar. Había mucho trabajo que hacer. Me propongo acabar con el sufrimiento de este planeta, y por esa misma razón la muerte de tu amiga me afecta tanto. Esa es mi misión. La guerra ha terminado, Viola, de verdad. Ahora ha llegado el momento de la curación.

No respondo.

—Pero tu enfermera no lo ve del mismo modo, ¿verdad? —pregunta—. Me ve como a un enemigo.

A primera hora de la mañana, mientras vestíamos a Maddy con los ropajes blancos del entierro, la enfermera Coyle dijo: «Si quiere guerra, la tendrá. Todavía no hemos empezado a luchar».

Pero luego, cuando me llamaron aquí, me pidió que no dijera nada al respecto, que le preguntara solo por el funeral.

Y que descubriera todo lo posible.

—Tú también me ves como a un enemigo —continúa—, y desearía fervientemente que no fuera así. Me decepciona que este terrible incidente te haya hecho sospechar todavía más de mí.

Noto que Maddy se levanta otra vez dentro de mi pecho. Noto que Todd también se levanta. Tengo que respirar un rato por la boca.

—Sé que es horrible que tenga que haber bandos, que tú tengas que estar en su bando —dice—. No te culpo. Ni siquiera te he preguntado sobre las naves porque sé que mentirías. Sé que ella te habrá pedido que lo hagas. Si yo estuviera en el lugar de la enfermera Coyle, haría exactamente lo mismo. Te presionaría para que me ayudaras. Te utilizaría como un activo que ha caído sobre mi regazo.

—No me está utilizando —contesto en voz baja.

«Puedes ser muy valiosa para nosotras. Si tú quieres», recuerdo.

Se inclina hacia delante.

—¿Puedo decirte algo, Viola?

—¿Qué?

Agacha la cabeza.

—Me encantaría de veras que me llamaras David.

Vuelvo a mirar la alfombra.

—¿Qué quiere, David?

—Gracias, Viola. Significa mucho para mí. —Espera a que levante de nuevo la mirada—. He conocido al Consejo que gobernaba Puerto tal como era antes. He conocido al antiguo alcalde de Puerto. He conocido al antiguo jefe de policía y a los responsables de sanidad y de educación. He conocido a toda la gente importante de esta ciudad. Algunos de ellos trabajan ahora para mí. Otros no encajan en la nueva administración, y me parece bien, tenemos que trabajar mucho todavía para reconstruir la ciudad, para prepararla para los tuyos, Viola; para convertirla en el paraíso que necesitan, desean y esperan.

Sigue mirándome fijamente a los ojos. Veo que los tiene azules, como el agua que baja por una teja.

—Y de todas las personas que he conocido en Nueva Prentiss, tu querida enfermera Coyle es la única que sabe verdaderamente lo que es el liderazgo. El liderazgo no se hace, Viola. Se toma, y tal vez sea ella la única persona en todo este planeta, aparte de mí, que tiene la fuerza suficiente, la voluntad suficiente para tomarlo.

Sigo mirándole a los ojos y se me ocurre una idea.

Su ruido continúa siendo tan silencioso como las tinieblas de fuera, y su rostro y sus ojos tampoco delatan nada.

Pero empiezo a preguntarme...

Ahí, en la parte posterior de mi pensamiento...

¿Tal vez le tiene miedo?

—¿Por qué crees que te llevé para que te curara ella la herida de bala? —pregunta.

—Es la mejor sanadora. Usted mismo lo dijo.

—Sí, pero no es ni mucho menos la única. Los vendajes y las medicinas hacen casi todo el trabajo. La enfermera Coyle simplemente los aplica con una habilidad especial.

De manera inconsciente, me llevo la mano a la cicatriz delantera.

—No es solo eso.

—No lo es, tienes razón. —Se inclina un poco más—. Quiero tenerla en mi bando, Viola. Necesito tenerla de mi lado, si quiero que esta nueva sociedad tenga algún éxito. Si la enfermera Coyle y yo trabajáramos juntos —se reclina hacia atrás—, podríamos crear un mundo excepcional.

—Usted la encerró.

—Pero no para siempre. Las fronteras entre hombres y mujeres se han difuminado, y la reintroducción de esas fronteras es un proceso lento y doloroso. La confianza mutua requiere tiempo, pero lo más importante es recordar, como ya he dicho, que la guerra ha terminado, Viola. De verdad. No quiero más combates, más derramamiento de sangre.

Para hacer algo, cojo la taza de café que ya se ha enfriado y me la llevo a los labios, pero no bebo.

—¿Todd está bien? —pregunto sin mirarlo.

—Sano y feliz, y trabajando al sol —responde.

—¿Puedo verlo?

Guarda silencio, como si estuviera ponderando la posibilidad.

—¿Puedes hacer una cosa por mí? —pregunta.

—¿Qué? —Otra idea empieza a tomar forma en mi cabeza—. Quiere que espíe a la enfermera Coyle.

—No. Espiar no, en absoluto. Solo quiero que me ayudes a convencerla de que no soy el tirano que ella cree que soy, de que la historia no es tal como ella la conoce, de que si trabajamos juntos podemos convertir este lugar en el hogar que ambos buscábamos cuando nuestra gente abandonó el viejo mundo tantos años atrás. No soy su enemigo. Y no soy tampoco tu enemigo.

Parece muy sincero. De verdad.

—Te estoy pidiendo ayuda —dice.

—Usted tiene el control de todo. No necesita mi ayuda.

—La necesito —insiste—. Tú te has acercado a ella más de lo que yo podría conseguir hacerlo nunca.

«¿En serio?», pienso.

«Esta es la chica», recuerdo.

—También sé que aquella primera noche te drogó para que te quedaras dormida antes de poder decirme nada.

Doy un sorbo al café frío.

—¿Usted no habría hecho lo mismo?

Sonríe.

—Entonces, ¿estás de acuerdo en que no somos tan diferentes ella y yo?

—¿Cómo podría confiar en usted?

—¿Cómo puedes confiar en ella si te drogó?

—Me salvó la vida.

—Después de que yo te llevara a ella.

—No me tiene encerrada en un sanatorio.

—Has llegado aquí sin escolta, ¿no es así? Las restricciones están disminuyendo cada día que pasa.

—Me está formando para ser sanadora.

—¿Quiénes son las otras sanadoras con las que se reúne? —Coloca los dedos en forma de tienda—. ¿Qué crees que se propone?

Observo la taza de café y doy un sorbo, preguntándome cómo sabe que se reúne con otras enfermeras.

—¿Qué planes tienen para ti? —pregunta.

Sigo sin mirarlo.

Se levanta.

—Ven conmigo, por favor.

Me hace salir de la enorme sala y cruzamos el corto vestíbulo de la parte frontal de la catedral. Las puertas que dan a la plaza están abiertas de par en par. El ejército realiza ejercicios marciales y se oye el golpeteo de las botas, al que le sigue como una inundación el **RUGIDO** de los hombres sin cura.

Hago una mueca de dolor.

—Mira eso —dice el alcalde.

Detrás del ejército, en el centro de la plaza, algunos hombres están montando una pequeña plataforma de madera, con un poste vertical sobre el cual se ve otro horizontal.

—¿Qué es?

—Ahí es donde van a colgar al sargento Hammar mañana por la tarde por el horrible crimen que ha cometido.

El recuerdo de Maddy, de sus ojos inertes, vuelve a crecer dentro de mi pecho. Me obligo a llevarme la mano a la boca para reprimir las náuseas.

—Perdoné la vida al alcalde de esta ciudad —dice—, pero no haré lo mismo con uno de mis sargentos más leales desde hace tiempo. —Se me queda mirando—. ¿Crees realmente que llegaría a tal extremo solo para complacer a una chica que tiene información que podría serme útil? ¿Crees honestamente que me tomaría tantas molestias cuando, como tú dices, tengo el control absoluto?

—¿Por qué lo hace entonces?

—Porque incumplió la ley. Porque este es un mundo civilizado y los actos de barbarie no serán tolerados. Porque la guerra ha terminado. —Se vuelve hacia mí—. Me gustaría mucho que convencieras de ello a la enfermera Coyle. —Se acerca un poco más—. ¿Lo harás? ¿Le hablarás por lo menos de las cosas que estoy haciendo para remediar esta trágica situación?

Me miro los pies. Mi mente da vueltas y vueltas, gira como un meteorito.

Las cosas que dice podrían ser ciertas.

Pero Maddy está muerta.

Y la culpa es mía.

Y Todd sigue desaparecido.

¿Qué hago?

(¿qué hago?)

—¿Lo harás, Viola?

«Por lo menos», pienso, «es una información que puedo dar a la enfermera Coyle».

Trago saliva.

—Lo intentaré.

Vuelve a sonreír.

—Maravilloso. —Me toca suavemente el brazo—. Ahora ya puedes volver. Te necesitarán para el funeral.

Asiento y me alejo de él bajando por las escaleras, salgo a la plaza, pero el **RUGIDO** me

golpea con tanta fuerza como la luz del sol. Me detengo e intento recuperar el aliento que parece que haya huido de dentro de mi ser.

—Viola. —Sigue mirándome desde los peldaños de su casa, de la catedral—. ¿Por qué no vienes a cenar aquí conmigo mañana por la noche?

Sonríe al ver cómo intento esconder mis nulas ganas de hacerlo.

—Todd estará aquí, por supuesto —dice.

Abro los ojos como platos. Otra oleada me invade el pecho, me hace saltar las lágrimas otra vez y me sorprende tanto que me entra el hipo.

—¿Habla en serio?

—En serio —responde.

—¿Lo dice de verdad?

—De verdad.

Y entonces abre los brazos para que lo abrace.



## TE HE SALVADO LA VIDA

[TODD]

—Tenemos que numerarlos —dice Davy, y saca una pesada bolsa de tela que ha cogido del almacén del monasterio y la deja caer ruidosamente sobre la hierba—. Esta es nuestra nueva tarea.

Es la mañana posterior a que el alcalde me deseara un feliz cumpleaños retrasado, la mañana después de haberme jurado a mí mismo que encontraría a Viola.

Pero nada ha cambiado.

—¿Numerarlos? —pregunto, contemplando a los zulaques, que siguen observándonos con un silencio carente de sentido. ¿No deberían haberse agotado los efectos de la cura a estas alturas?—. ¿Por qué?

—¿No escuchas nunca a mi padre? —me pregunta mientras saca algunas herramientas—. Todo el mundo debe saber cuál es su lugar. Además, de algún modo tenemos que tener controlados a estos animales.

—No son animales, Davy —respondo, hastiado, porque esta discusión ya la hemos tenido un par de veces—. Solo son extraterrestres.

—Lo que tú digas, meón —dice, y saca un par de alicates de la bolsa y los deja sobre la hierba. Vuelve a meter la mano en la bolsa—. Coge esto. —Me pasa un puñado de cintas de metal, unidas por una cinta más larga. Se las quito

de las manos.

Entonces reconozco lo que acabo de coger.

—No lo haremos —digo.

—Por supuesto que sí. —Sostiene otra herramienta, que también reconozco.

Así es como marcábamos a las ovejas en Prentisstown. Agarras la herramienta que sostiene Davy y sujetas una cinta de metal alrededor de la pata de la oveja. La herramienta ajusta la pieza con fuerza, demasiada fuerza, tanta fuerza que le traspasa la piel, tanta fuerza que provoca una infección. Pero el metal está recubierto con una medicina para combatir esa infección, de modo que la piel infectada empieza a curarse alrededor de la cinta metálica, y esta acaba sustituyendo el trozo de piel.

Vuelvo a mirar a los zulaques, que no dejan de observarnos.

El problema es que si quitas la cinta metálica la herida no se cura. Si la quitas, las ovejas se desangran hasta morir. Cuando te colocan esa cinta, la llevas hasta que mueres. No hay vuelta atrás.

—Entonces solo tienes que pensar en ellos como si fueran ovejas —dice Davy, que se ha levantado con los alicates en la mano y ya se dirige a los zulaques—: ¡En fila!

—¡Iremos campo por campo! —grita, gesticulando a los zulaques con los alicates en una mano y la pistola en la otra. Los soldados apostados en los muros de piedra apuntan al rebaño—. Cuando tengáis el número colocado, permaneceréis en el campo asignado y no lo abandonaréis, ¿comprendido?

Y parecen comprender.

Ese es el problema.

Comprenden mucho más que las ovejas.

Miro el paquete de cintas metálicas que estoy sujetando.

—Davy, esto es...

—Muévete, meón —responde, impaciente—. Hoy tenemos que llegar a los

doscientos.

Trago saliva. El primer zulaque de la fila también mira las cintas metálicas. Creo que es una hembra; a veces se distinguen por el color del liquen que les crece como ropa. También es más baja de lo habitual para ser una zulaque. De mi misma altura, aproximadamente.

Y entonces pienso que, si no lo hago, si no soy quien les coloca las cintas, irán a buscar a otro a quien no le importará hacerles daño. Para ellos es mejor que sea yo, porque los trataré bien. Mucho mejor que si Davy se encargara solo de este trabajo.

¿Verdad?

(¿verdad?)

—Ponle esa maldita cinta en su maldito brazo o nos pasaremos aquí toda la maldita mañana —me ordena Davy.

Con un gesto, indico a la zulaque que extienda el brazo. Ella obedece, mirándome a los ojos, sin pestañear. Vuelvo a tragar saliva. Desenvuelvo el paquete de cintas y saco la que está marcada con el número 0001. Ella sigue mirándome sin pestañear.

Le tomo la mano extendida.

La carne está caliente, más de lo que había esperado, por su aspecto tan blanco y tan frío.

Le paso la cinta alrededor de la muñeca.

Noto el pulso que palpita bajo las yemas de mis dedos.

Sigue mirándome a los ojos.

—Lo siento —susurro.

Davy se acerca, agarra los extremos sueltos de las cintas con los alicates y los retuerce con tal fuerza que la zulaque emite un silbido de dolor. Luego aprieta violentamente los alicates y cierra la tira metálica en la muñeca, convirtiéndola para siempre en 0001.

Sangra bajo la cinta. El color de la sangre de 0001 es rojo.

(cosa que yo ya sabía)

Sujetándose la muñeca con la otra mano, se aleja de nosotros, sin dejar de mirarnos, sin pestañear, silenciosa como una maldición.

Ninguno de los zulaques se resiste. Se limitan a esperar en fila y mirar y mirar y mirar. De vez en cuando se dirigen alguno de sus chasquidos, pero no hay ruido, no hay forcejeo, no hay resistencia.

Cosa que enfurece más y más a Davy.

—Malditos sean —dice, aguantando con los alicantes el giro de la cinta un segundo antes de soltarla, para comprobar durante cuánto tiempo puede hacerlos gemir.

Y luego prueba aguantando uno o dos segundos más.

—¿Qué te ha parecido, eh? —chilla al zulaque mientras este se aleja, agarrándose la muñeca, con la cabeza vuelta para mirarnos.

0038 es el siguiente de la fila. Es alto, probablemente un varón, delgado como el que más y seguirá adelgazando porque cualquier idiota se daría cuenta de que el forraje que sacamos cada mañana no es suficiente para mil quinientos zulaques.

—Ponle la cinta en el cuello —me ordena Davy.

—¿Cómo? —digo con los ojos muy abiertos—. ¡Ni hablar!

—¡Pónsela en el maldito cuello!

—No pienso...

De pronto se lanza hacia delante, me golpea en la cabeza con la herramienta y me quita las cintas metálicas de la mano. Caigo de rodillas, me llevo las manos al cráneo y el dolor me impide alzar la vista durante unos segundos.

Cuando lo consigo, ya es demasiado tarde.

—¡Detente! —grito, levantándome como puedo.

Pero Davy cierra con violencia los alicates y el zulaque cae sobre la hierba, emitiendo fuertes sonidos de ahogamiento, mientras su cabeza adquiere un cruel tono rosado. El hijo del alcalde se cierne sobre él, sin moverse, y se dispone a

contemplar cómo muere ahogado.

Veo los alicates que ha dejado sobre la hierba y me precipito a cogerlos, y luego corro hacia 0038. Davy intenta detenerme, pero yo le amenazo con los alicates y él retrocede. Me arrojo junto a 0038 e intento llegar a la cinta metálica, pero Davy la ha retorcido con tanta fuerza y el zulaque se revuelca tanto a causa de la asfixia que al final me veo obligado a inmovilizarlo de un puñetazo.

Le quito la cinta. Un revoltijo de sangre y piel sale disparado. El zulaque toma aire con tanta fuerza que resulta doloroso para los oídos, y me aparto de él con los alicates todavía en la mano.

Mientras contemplo cómo lucha por volver a respirar, cosa que probablemente no conseguirá, Davy se abalanza sobre mí con otros alicates en la mano, y advierto entonces el chasqueo ensordecedor que se propaga entre los zulaques, y es este instante, entre todos los instantes en los que han sido humillados tantas veces, el que eligen para atacar.

El primer puñetazo me roza ligeramente la coronilla. Son delgados y ligeros y el golpe no lleva demasiado impulso.

Pero son mil quinientos.

Y atacan formando una enorme oleada, tan espesa que es como si te sumergieran en el agua...

Más puños, más golpes, arañazos en el rostro y en la nuca, y vuelvo a caer al suelo y todo su peso cae sobre mí, me agarran por brazos y piernas, me tiran de la ropa y del pelo, y grito y aúllo, y uno de ellos me ha quitado los alicates de la mano y me golpea con fuerza en el codo y el dolor es casi insoportable...

Y mi único pensamiento, mi único y estúpido pensamiento es...

¿Por qué me atacan a mí? He intentado salvar a 0038.

(pero lo saben, lo saben...)

(saben que soy un asesino...)

Oigo el grito de Davy y llegan los primeros disparos desde lo alto de los muros de piedra. Más puñetazos y más rasguños, pero también más disparos, y los zulaques empiezan a dispersarse, cosa que oigo más que veo, por culpa del dolor que irradia de mi codo.

Y todavía tengo a uno encima, que me araña la espalda hasta que yo, tumbado con la cara contra la hierba, consigo darme la vuelta y, aunque las armas siguen disparando y el olor de cordita inunda el aire y los zulaques corren a refugiarse, este permanece encima de mí, y me araña y me abofetea sin parar.

Y justo cuando me doy cuenta de que es 0001, la primera de la fila, la primera a la que he tocado, suena un estallido y la zulaque cae a mi lado sobre la hierba. Muerta.

Davy se cierne sobre mí con el cañón de la pistola todavía humeante. Le sangran la nariz y el labio, tiene tantos rasguños como yo, y se tambalea pronunciadamente hacia un lado.

Pero sonrío.

—Te he salvado la vida, ¿verdad?

Los rifles siguen disparando. Los zulaques continúan huyendo, pero no tienen a donde ir. Caen y caen y caen.

Me miro el hombro.

—Creo que me he roto el brazo.

—Y yo creo que me he roto la pierna —dice Davy—, pero ahora ve a contárselo a mi padre. Dile lo que ha pasado. Dile que te he salvado la vida.

No me está mirando, sigue disparando sin parar, mantiene el equilibrio de un modo extraño.

—Davy...

—¡Ve! —ordena, con una alegría siniestra—. Yo aquí tengo trabajo. —Vuelve a disparar. Cae otro zulaque. Caen por todas partes.

Doy un paso hacia la puerta. Y otro más.

Y entonces echo a correr.

Me palpita el brazo a cada paso que doy, pero Angharrad dice *chico potro* cuando la alcanzo y me husmea el rostro con el morro húmedo. Se arrodilla para que pueda encaramarme a la silla. Al salir a la carretera, espera a que esté bien erguido antes de lanzarse al galope más veloz que haya visto nunca en ella. Yo me sujeto a la crin con una mano, llevo el brazo herido doblado debajo de mi ropa e intento no vomitar por el dolor.

Ahora levanto la vista y veo que las mujeres me miran pasar desde sus ventanas, silenciosas y distantes. Veo a los hombres que observan el paso del caballo, que miran mi rostro ensangrentado y herido.

Y me pregunto a quién creen que están viendo.

¿Están viendo a uno de ellos?

¿O están viendo a su enemigo?

¿Quién creen que soy?

Cierro los ojos, pero casi pierdo el equilibrio, de modo que vuelvo a abrirlos.

Angharrad me lleva por una calle adyacente a la catedral, y los cascos echan chispas sobre los adoquines al doblar la esquina para encaminarse a la entrada. El ejército hace maniobras en la plaza. La mayoría de los soldados siguen sin tener ruido, pero el martilleo de las pisadas es tan atronador que dobla el aire.

Me encojo de dolor y alzo la vista hacia el lugar adonde nos dirigimos, hacia la puerta principal de la catedral...

Y mi ruido sufre una conmoción tan enorme que Angharrad se detiene en seco y se revuelve sobre los adoquines, con los flancos sudados de haberme traído tan deprisa.

Apenas me doy cuenta...

Mi corazón ha dejado de latir...  
He dejado de respirar...

Porque ella está ahí.  
Ante mis ojos, subiendo las escaleras de la catedral...  
Ahí está.

Y mi corazón se pone de nuevo en marcha y mi ruido está listo para gritar su nombre y mi dolor desaparece...

Porque está viva...  
Está viva...  
Pero entonces veo más cosas...  
Veo que sube las escaleras...  
Hacia el alcalde Prentiss...

Hacia sus brazos abiertos...

Y él la abraza...

Y ella se deja abrazar...

Y lo único que soy capaz de pensar...  
Lo único que puedo decir...  
Es...



¿Viola?



TERCERA  
PARTE

LA GUERRA  
HA TERMINADO

12

## TRAICIÓN

{VIOLA}

Ahí está el alcalde.  
El líder de esta ciudad, de este mundo.  
Con los brazos abiertos.  
Y si este es el precio.  
¿Debo pagarlo?  
Solo es un abrazo, pienso.  
(¿no es así?)  
Un abrazo a cambio de ver a Todd.  
Doy un paso adelante...  
(solo un abrazo)  
... y me abraza.  
Intento no ponerme demasiado rígida al notar el contacto.  
—No te lo había dicho —me dice al oído—. Encontramos vuestra nave en el pantano mientras veníamos hacia aquí. Encontramos a tus padres.  
Se me escapan las lágrimas e intento reprimirlas.  
—Los enterramos con dignidad. Lo siento mucho, Viola. Sé que te sentirás muy sola, y me haría muy feliz que, tal vez, un día, llegaras a considerarme como...  
Entonces oigo un sonido repentino por encima del RUGIDO...  
Un fragmento de ruido que sobrevuela al resto, claro como una flecha...  
Una flecha dirigida directamente a mí...  
*Viola!*, grita, y bloquea las palabras de la boca del alcalde...  
Rehúyo el abrazo y él baja los brazos...  
Me doy la vuelta...  
Y ahí, a la luz de la tarde, en plena plaza, a lomos de un caballo, a menos de diez metros de distancia...

Está él.

Es él.

Es él.

—¡¡¡Todd!!! —grito, y ya he echado a correr.

Permanece en el lugar donde ha desmontado del caballo, se sujeta el brazo en un ángulo extraño, y oigo un *Viola!* que recorre su ruido, pero también oigo el dolor del brazo y la confusión que le rodea, aunque mi mente va demasiado deprisa y mi corazón late demasiado fuerte para poder escuchar con claridad.

—¡¡¡Todd!!! —repito, y lo alcanzo, y su ruido se abre todavía más y me envuelve como una manta y lo llevo hacia mí, lo llevo hacia mí como si no fuera a soltarlo nunca más, y él grita de dolor, pero me agarra con el otro brazo, me agarra, me agarra...

—Creía que estabas muerta —susurra, con el aliento sobre mi cuello—. Creía que estabas muerta.

—Todd —digo, y lloro y lo único que puedo decir es su nombre—. Todd.

Respira con dificultad y el dolor de su ruido es tan punzante que casi me ciega.

—El brazo —digo, separándome.

—Está roto —jadea—. Me lo han roto...

—¿Todd? —interviene el alcalde, que se ha situado detrás de nosotros y lo mira fijamente—. Has vuelto temprano.

—El brazo —responde él—. Los zulaques...

—¿Los zulaques? —pregunto.

—Tiene mal aspecto, Todd —dice el alcalde, hablando por encima de nosotros—. Tenemos que curarte de inmediato.

—¡Puedo llevarlo a la enfermera Coyle!

—Viola —dice al alcalde, y oigo que Todd piensa *¿«Viola»?*, y se pregunta por qué el alcalde me trata de este modo—, el sanatorio está demasiado lejos, no podrá caminar con una herida tan grave.

—¡Yo te acompañaré! —exclamo—. ¡Estoy trabajando como aprendiz!

—¿Cómo? —dice Todd. El dolor es agudo, pero sigue mirándonos con incredulidad—. ¿Qué pasa? ¿Cómo sabe...?

—Te lo explicaré todo —le interrumpe el alcalde, y lo toma por el brazo sano— cuando te hayas curado. —Se vuelve hacia mí—. La invitación sigue en pie para mañana. Y ahora ve, no debes llegar tarde al funeral.

—¿Funeral? —pregunta Todd—. ¿Qué funeral?

—Mañana —repite el alcalde con firmeza, llevándose a Todd.

—Un momento... —digo.

—¡Viola! —exclama Todd, tratando de soltarse del alcalde, pero el gesto le sacude el brazo roto y cae de rodillas de puro dolor, un dolor tan intenso, tan fuerte y tan nítido que los soldados del ejército se detienen al oírlo en su ruido. Me abalanzo sobre él para ayudarlo, pero Prentiss levanta la mano y me detiene.

—Vete —me ordena, y su tono no admite discusión—. Yo me ocuparé de Todd. Tú ve al funeral y llora a tu amiga. Verás a Todd mañana por la noche, se encontrará mucho mejor.

¿Viola?, repite el ruido de Todd, y ahoga un gemido de dolor tan intenso que no creo que sea capaz de hablar.

—Nos veremos mañana, Todd —digo en voz alta, intentando penetrar en su ruido—. Te veré mañana.

Viola!, vuelve a gritar, pero el alcalde ya se lo lleva.

—¡Lo ha prometido! —grito—. ¡Recuerde que lo ha prometido!

Prentiss me sonrío.

—Recuerda que tú también has prometido algo.

«¿Lo he hecho?», pienso.

Y entonces los veo desaparecer, tan rápido que parece que no haya sucedido.

Pero Todd...

Todd está vivo.

Me doblo hasta tocar al suelo durante un minuto, para cerciorarme de que es verdad.

—Y con un hondo pesar en nuestro corazón, te entregamos a la tierra.

—Aquí tienes. —Cuando la sacerdotisa concluye el parlamento, la enfermera Coyle me toma la mano y pone en ella un poco de tierra suelta—. Hay que esparcirla sobre el ataúd.

Observo la tierra en mi mano.

—¿Por qué?

—Para que sea enterrada con el esfuerzo de todas nosotras.

Nos unimos a la fila de sanadoras que se congregan junto a la tumba. Una por una, pasamos junto al hoyo, y cada una de nosotras lanza un puñado de tierra seca sobre la caja de madera donde Maddy descansa. Todo el mundo se mantiene alejado de mí.

Nadie, excepto la enfermera Coyle, me dirige la palabra.

Me culpan.

Yo también me culpo.

Hay más de cincuenta mujeres presentes, entre sanadoras, aprendices y pacientes. Los soldados nos rodean, y son más de lo que parecería necesario en un funeral. Los hombres, incluyendo al padre de Maddy, se mantienen aparte, al otro lado de la tumba. El ruido del llanto del padre de Maddy es la cosa más triste que he oído en mi vida.

Y en medio de esta situación, todavía me siento más culpable porque solo soy capaz de

pensar en Todd.

Ahora que estoy lejos de su ruido, distingo su confusión con mayor claridad, comprendo lo que debió de sentir al descubrirme en brazos del alcalde, al ver lo amigos que parecemos ser.

Aunque todo tenga una explicación, igualmente siento vergüenza.

Y se lo ha llevado.

Esparzo la tierra sobre el ataúd de Maddy, y la enfermera Coyle me toma del brazo.

—Tenemos que hablar.

—¿Quiere trabajar conmigo? —pregunta sorprendida mientras tomamos una taza de té en mi pequeño dormitorio.

—Dice que la admira.

Arquea las cejas.

—¿De veras?

—Ya. Sé que suena raro, pero tal vez, si le oyera hablar...

—Ni pensarlo, creo que he oído ya bastante a nuestro presidente.

Me recuesto en la cama.

—No lo sé, podría haberme obligado a hablarle de las naves. Y, en cambio, no me está obligando a hacer nada. —Aparto la mirada—. Va a dejar incluso que mañana vea a mi amigo.

—¿A Todd?

Asiento. Su expresión es dura como una piedra.

—Y supongo que eso te hace sentir agradecida, ¿verdad?

—No —respondo, frotándome el rostro con las manos—. Vi lo que hacía su ejército de camino a Puerto. Lo vi con mis propios ojos.

Hay un largo silencio.

—¿Pero? —dice por fin la enfermera Coyle.

No la miro.

—Pero va a colgar al hombre que mató a Maddy. Lo ejecutará mañana.

Hace un sonido de desprecio con los labios.

—¿Qué significa para él matar a un hombre más? ¿Qué es para él quitar otra vida? Es típico de él pensar que eso va a solucionar el problema.

—Parecía lamentarlo de verdad.

Me mira de soslayo.

—No lo dudo. No dudo que eso es lo que parecía. —Baja la voz—. Porque es el presidente de la mentira, mi niña. Es capaz de mentir tan bien que te hará creer que dice la verdad. Los mejores cuentos los explica el diablo. ¿No te enseñó esto tu madre?

—Él no se considera el diablo —replico—. Se considera simplemente un soldado que ha ganado la guerra.

Me mira con precaución.

—Conciliación —dice—. Se llama así. Conciliación. Es una ladera resbaladiza.

—¿Qué significa?

—Significa colaborar con tu enemigo. Significa que prefieres unirte a él antes que vencerlo, y es el modo perfecto para permanecer vencido.

—¡Yo no quiero eso! —grito—. ¡Lo que quiero es que todo este horror termine! Quiero que este sea un hogar para la gente que está de camino, el hogar que todos ansiábamos. Quiero que haya paz y felicidad. —Se me empieza a espesar la voz—. No quiero que muera nadie más...

Deja la taza de té, se coloca las manos sobre las rodillas y me mira con dureza.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres? —pregunta—. ¿O acaso serías capaz de todo por tu chico?

Y por un instante me pregunto si me puede leer el pensamiento.

(porque es verdad, quiero ver a Todd)

(le quiero dar explicaciones...)

—Queda claro dónde están tus lealtades —continúa la enfermera Coyle—. Después de lo que le ha sucedido a Maddy, algunas de nosotras dudamos de si no serás un peligro, en vez de un activo...

«Un activo», pienso.

Suspira largamente.

—Que quede clara una cosa —termina—. Yo no te culpo de la muerte de Maddy. Era lo bastante adulta para tomar sus propias decisiones, y si decidí ayudarte, fue cosa suya. —Se pasa los dedos por la frente—. Me veo muy reflejada en ti, Viola. Aunque preferiría que no fuera así. —Se levanta para marcharse—. Por todo ello, por favor, ten en cuenta que no te culpo. Suceda lo que suceda.

—¿Qué quiere decir con «suceda lo que suceda»?

No me responde.

Esa misma noche celebran lo que llaman un velatorio, donde todas las residentes del sanatorio beben un montón de cerveza suave y cantan las canciones que le gustaban a Maddy y cuentan historias sobre ella. Hay lágrimas, incluidas las mías, y no son lágrimas de felicidad, pero tampoco son tan tristes como podrían serlo.

Y mañana veré a Todd.

Eso es lo único que me hace sentir medianamente bien.

Deambulo por las salas, paso junto a las otras sanadoras y aprendices y pacientes que hablan entre sí. Nadie quiere hablar conmigo. Veo que Corinne está sentada en una silla junto a la ventana, a solas, con una expresión especialmente tempestuosa. No ha querido hablar con nadie desde la muerte de Maddy, ni siquiera quiso decir nada ante su tumba. Solo desde muy cerca se pueden distinguir los surcos que han dejado las lágrimas en sus mejillas.

Serán los efectos de la cerveza, pero la veo tan triste que me acerco y me siento a su lado.

—Lo lamento mucho —digo, pero ella se levanta antes de que termine la frase y se aleja de mí.

Aparece la enfermera Coyle, con un vaso de cerveza en cada mano. Me pasa uno de los vasos y ambas observamos a Corinne, que abandona la sala.

—No se lo tengas muy en cuenta —dice la enfermera Coyle, sentándose.

—Siempre me ha odiado.

—No es cierto. Lo ha pasado muy mal; eso es todo.

—¿Cómo de mal?

—Eso te lo debe contar ella, no yo. Bebe.

Tomo un sorbo. Tiene un sabor dulce y como de trigo, las burbujas me pican en el paladar, pero de un modo agradable. Bebemos en silencio durante un par de minutos.

—¿Has visto alguna vez el mar, Viola? —me pregunta la enfermera Coyle.

La cerveza me hace toser un poco.

—¿El mar?

—En el Nuevo Mundo hay varios mares —dice—. Son enormes.

—Yo nací en la nave de los colonos —respondo—, pero los vi desde la órbita cuando descendimos en la nave de reconocimiento.

—De acuerdo, entonces nunca has estado en una playa con las olas rompiendo y el agua extendiéndose ante ti hasta que se pierde de vista, agua en movimiento, azul, viva, tan grande que hasta la oscuridad lejana desaparece, porque el océano esconde lo que contiene. —Sacude la cabeza con alegría—. Si alguna vez quieres ver lo insignificantes que somos en los planes del Señor, ponte delante del mar.

—Yo solo he estado en un río.

Me mira torciendo la boca.

—Ese río desemboca en el mar, ¿sabes? No está demasiado lejos. Dos días a caballo, como máximo. Una mañana larga en coche de fisión, aunque la carretera no está en buenas condiciones.

—¿Hay una carretera?

—O lo que queda de ella.

—¿Hay algo allí?

—Mi antiguo hogar —dice, removiéndose en la silla—. Vivimos allí cuando aterrizamos, pronto hará veintitrés años. En teoría, iba a ser un asentamiento de pescadores, con sus barcos y todo lo demás. En otros cien años, podría haber llegado a ser un puerto.

—¿Qué sucedió?

—Lo mismo que sucedió en todo el planeta, que nuestros grandes planes se quedaron a medio camino en vista de las dificultades. Crear una nueva civilización resultó ser más difícil de lo que pensábamos. Antes de caminar, tienes que aprender a gatear. —Da un trago de cerveza—. Y a veces tienes que volver a gatear otra vez. —Sonríe—. Probablemente fue lo mejor. Resultó que los mares del Nuevo Mundo no son aptos para la pesca.

—¿Por qué no?

—Pues porque los peces son tan grandes como un barco y nadan a tu lado y te miran a los ojos y amenazan con devorarte. —Suelta una carcajada—. Y entonces te devoran.



Yo también río un poco. Y luego recuerdo todo lo que ha sucedido.

Ella vuelve a mirarme.

—El mar es muy bonito. No se puede comparar con nada.

—Lo echa de menos.

Bebo lo que me queda de cerveza.

—Ver el mar una sola vez es aprender a echarlo de menos —responde, y luego me quita el vaso de la mano—. Voy a por otra.

Esa noche sueño.

Sueño con mares y con peces que me devoran. Sueño con ejércitos que pasan nadando, con la enfermera Coyle a la cabeza. Sueño con que Maddy me da la mano y me sostiene a flote.

Sueño en un ¡BUM! estruendoso que casi parte el cielo en dos.

Maddy sonrío cuando doy un brinco.

—Voy a ver a Todd —le explico.

Ella mira por encima de mi hombro y dice:

—Ahí está.

Me giro para mirarlo.

Cuando me despierto, el sol está raro. Me incorporo, noto la cabeza como un pedrusco, y tengo que cerrar los ojos para que todo deje de dar vueltas.

—¿Es esto tener resaca? —digo en voz alta.

—Esa cerveza no llevaba alcohol —responde Corinne.

Abro los ojos de golpe, lo que es un error porque unos puntos negros me nublan la visión.

—¿Qué haces aquí?

—Espero a que te despiertes para que puedas ir con los hombres del presidente.

—¿Cómo? —exclamo, mientras ella se levanta—. ¿Qué pasa?

—La enfermera Coyle te drogó. Puso Jeffers en la cerveza, además de raíz de jengibre para disimular el sabor. Te ha dejado esto. —Me alarga un papelito—. Debes destruirlo después de leerlo.

Cojo el papel. Es una nota de la enfermera Coyle.

Perdóname, mi niña, pero el presidente se equivoca. La guerra no ha terminado.

Mantente en el bando adecuado, sigue recogiendo información, sigue distrayéndolo.

Nos pondremos en contacto contigo.

—Volaron una de las fachadas y huyeron en medio de la confusión.

—¿Qué? —Mi voz es cada vez más fuerte—. Corinne, ¿qué está pasando?

Ella ni siquiera me mira.

—Les dije que estaban abandonando el juramento sagrado, que nada es más importante que salvar vidas.

—¿Quién más hay aquí?

—Solo tú y yo —responde—. Y los soldados que esperan para llevarte ante el presidente. —Se mira los zapatos y por primera vez me doy cuenta de la ira, de la rabia que la invade—. Supongo que a mí no me interrogará alguien tan apuesto.

—Corinne...

—Tendrás que empezar a llamarme enfermera Wyatt —dice, volviéndose hacia la puerta—. Es decir, en el caso poco probable de que ambas regresemos aquí con vida.

—¿Se han ido? —digo, sin creérmelo todavía.

Corinne se me queda mirando fijamente, esperando a que me levante.

Se han ido.

Me han dejado sola con Corinne.

Ella me ha dejado sola.

Para hacer la guerra.

## ASTILLAS

[TODD]

—Combustible de fisión, señor, empapado en barro para hacer una pasta...

—Sé cómo fabricar una bomba de tierra, cabo Parker —replica el alcalde, mientras supervisa los daños desde la montura—. Lo que no sé es cómo un grupo de mujeres desarmadas se las arreglaron para colocarla a plena vista de los soldados que usted tenía al mando.

Vemos que el cabo Parker traga saliva, vemos incluso cómo mueve la saliva dentro de la garganta. No es un hombre de la antigua Prentisstown, deben de haberlo reclutado por el camino. «Hay que ir donde te lleva el poder», dijo Ivan. Pero ¿qué sucede cuando el poder busca unas respuestas que no tienes?

—Tal vez no fueran solo mujeres, señor —dice Parker—. La gente habla de algo llamado...

—Fíjate bien, meón —me dice Davy. Ha conducido a Trampa/Bellota hasta un tronco de árbol, cerca del punto de la carretera donde nos hemos detenido, frente a la fachada hecha trizas.

Silbo a Angharrad y utilizo la mano sana para controlar las riendas. La yegua patea suavemente con los cascos los pedacitos de madera y yeso y cristal y comestibles esparcidos por todas partes. Parece que el almacén haya estornudado por fin después de mucho tiempo de aguantarse. Nos situamos junto a Davy, que

señala un puñado de astillas de color claro que sobresalen del tronco.

—La explosión fue tan violenta que las clavó en el árbol —dice—. Malditas zorras.

—Era tarde, por la noche —replico, reajustándome el brazo en el cabestrillo—. No hirieron a nadie.

—Zorras —repite él, sacudiendo la cabeza.

—Devolverá su provisión de cura, cabo Parker —oímos que dice el alcalde en voz alta, para que sus hombres oigan también el castigo—. Todos ustedes lo harán. La privacidad es un privilegio reservado a aquellos que se lo han ganado.

Prentiss ignora el «Sí, señor» que balbucea el cabo Parker, y se gira para mantener una breve charla con el señor O'Hare y el señor Morgan, que enseguida parten en direcciones opuestas a lomos de sus caballos. Luego el alcalde se acerca a nosotros, sin decir nada, con el ceño fruncido. Morpeth también mira con crueldad nuestras monturas. **Rendíos**, dice su ruido. **Rendíos**. **Rendíos**. Tanto Trampa como Angharrad agachan la cabeza y dan un paso atrás.

Todos los caballos están un poco locos.

—¿Quieres que vaya a por las zorras que hicieron esto, papá? —pregunta Davy.

—Cuida tu lenguaje —le espeta el alcalde—. Tú y Todd tenéis trabajo que hacer.

Davy me dirige una mirada de soslayo y estira la pierna. Lleva la parte inferior enyesada.

—¿Papá? Por si no te habías dado cuenta—dice—, apenas puedo caminar, y aquí el meón lleva el brazo en cabestrillo y...

Sin tiempo para terminar siquiera la frase, suena ese silbido procedente del alcalde, más veloz que un pensamiento, como una especie de bala hecha de ruido. En la silla, Davy se encoge de dolor y agarra las riendas con tanta fuerza que Trampa recula y está a punto de tirarlo al suelo. Él se recupera, pero respira con dificultad y tiene los ojos desorbitados.

¿Qué demonios es eso?

—¿Crees que podéis tomaros el día libre? —pregunta Prentiss, indicando los escombros del almacén que se extienden ante nosotros, y la cáscara del edificio humeando todavía en algunas zonas.

Después de volar por los aires.

(lo he escondido en mi ruido, he hecho lo posible por reprimirlo...)

(pero ahí está, oculto, burbujeando bajo la superficie...)

(la idea de un puente que explotó...)

Vuelvo a mirar y veo que el alcalde me observa con tanta fijeza que las palabras salen antes de poder pensarlas.

—No ha sido ella —digo—. Estoy seguro de que no.

Él sigue mirándome.

—Nunca he pensado que pudiera serlo, Todd.

Curarme el brazo ayer no llevó demasiado tiempo. El alcalde me arrastró por la plaza hasta una clínica donde unos hombres con batas blancas lo recolocaron y me pusieron dos inyecciones que me hicieron más daño que la fractura en sí, pero para entonces él ya se había ido, después de prometerme que vería a Viola a la noche siguiente (esta noche, esta noche) y ya estaba fuera del alcance de un millón de preguntas, como por qué la abrazaba y la llamaba amistosamente por su nombre y por qué trabajaba ella de médico o algo parecido y por qué tenía que ir a un funeral y...

(y por qué me había estallado el corazón al verla...)

(y por qué volvió a dolerme cuando se fue...)

Y entonces ella se marchó a la vida propia que ya estaba viviendo sin mí en algún lugar y yo me quedé solo con mi brazo y regresé a la catedral con los calmantes que me producían tanto sueño que apenas tuve tiempo de caer desplomado en el colchón antes de quedarme frito.

No me desperté cuando el alcalde Ledger regresó con su ruido grisáceo y quejándose de la jornada de recogida de basuras. Tampoco me desperté cuando trajeron la cena y el alcalde Ledger devoró las dos raciones. No me desperté

cuando nos encerraron a pasar la noche con un catacloc.

Pero sí que lo hice cuando un ¡BUM! estruendoso hizo temblar toda la ciudad.

E incluso me incorporé en la oscuridad y noté las náuseas de los calmantes en el estómago, sin saber qué era aquel ¡BUM! ni de dónde venía ni qué significaba, y entonces supe que todo había vuelto a cambiar, que de pronto el mundo se había transformado una vez más.

Y, como es lógico, hacia allí nos dirigimos con el alcalde y sus hombres a la luz del alba, con heridas o sin ellas, directos a la zona bombardeada. Ahora le observo, a lomos de Morpeth. El sol de la mañana brilla tras él, y proyecta su sombra sobre todo lo demás.

—Aun así, ¿la veré esta noche? —pregunto.

Se produce un largo y silencioso momento, durante el cual permanece con la mirada fija.

—¿Señor presidente? —le llama el cabo Parker, mientras sus hombres retiran una larga plancha de madera que se ha estampado contra otro árbol.

Hay algo escrito en la parte de abajo del tronco.

Y sin saber cómo...

Bueno, y sin saber demasiado, adivino lo que es.

Se trata de una letra azul.

La R. Solo la letra R.

—No entiendo por qué nos hace volver ahí dentro un día después de repeler el maldito ataque —gruñe Davy durante el largo trayecto hacia el monasterio.

Yo tampoco lo entiendo, francamente. Davy apenas puede andar y yo, aunque el reparador óseo del brazo está funcionando, no estaré plenamente recuperado hasta dentro de un par de días. Ya puedo doblarlo un poco, pero es indudable que no me servirá para contener un ataque de zulaques.

—¿Le dijiste que te había salvado la vida? —me pregunta con una expresión de enfado y timidez a la vez.

—¿Acaso no se lo dijiste tú?

Aplana la boca y su triste bigotito se hace todavía más delgado.

—Él no me cree cuando le digo ese tipo de cosas.

Suspiro.

—Se lo dije. De todos modos lo vio en mi ruido.

Montamos en silencio durante un rato hasta que Davy dice por fin:

—¿Te dijo algo?

Dudo.

—Dijo: «Mejor para él».

—¿Eso es todo?

—Dijo que era mejor para mí también.

Se muerde el labio.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Comprendo.

Sin decir nada más, espolea un poco a Trampa para que cabalgue algo más deprisa.

Aunque solo fue un edificio el que explotó en plena noche, la ciudad entera parece distinta a medida que la recorremos. Las patrullas de soldados han aumentado de tamaño y en número, y desfilan por las calles y los callejones con tanta rapidez que parece que corran. También hay soldados en los tejados, aquí y allá, con rifles en las manos, vigilando, vigilando, vigilando.

Los únicos hombres que no son soldados se afanan tan rápido como pueden de lugar en lugar, apartándose de nuestro camino, sin alzar la vista.

No he visto mujeres, esta mañana. Ni una sola.

(a ella tampoco)

(¿qué hacía con él?)

(¿le está mintiendo?)

(¿él la está creyendo?)

(¿ha tenido algo que ver con la explosión?)

—¿Quién ha tenido algo que ver con qué? —pregunta Davy.

—Cállate.

—Oblígame —gruñe. Pero lo hace sin apenas fuerzas.

Avanzamos a un grupo de soldados que escoltan a un hombre apaleado que va atado por las muñecas. Aprieto el brazo en cabestrillo contra mi pecho y seguimos adelante. El sol de la mañana luce en lo alto cuando dejamos atrás la colina de la torre metálica y doblamos la última curva antes del monasterio.

Ya no vamos a poder posponer más la llegada.

—¿Qué pasó cuando me fui? —pregunto.

—Los derrotamos —responde, jadeando un poco por el dolor en la pierna, un dolor que percibo en su ruido—. Les dimos una buena paliza.

Algo aterriza en la crin de Angharrad. Lo retiro con la mano y algo más aterriza sobre mi brazo. Alzo la vista.

—¿Qué demonios? —se queja Davy.

Está nevando.

Solo había visto nieve una vez en mi vida, cuando era demasiado pequeño para saber que difícilmente la volvería a ver.

Los copos de nieve atraviesan los árboles y caen sobre la carretera, se posan sobre nuestra ropa y nuestro pelo. Es una nevada silenciosa, y se hace raro comprobar que el resto parece también más tranquilo, como si alguien intentara contarte un terrible, terrible secreto.

Pero hace un sol radiante.

Y esto no es nieve.

—Ceniza —escupe Davy cuando una brizna le cae cerca de la boca—. Están quemando los cadáveres.



Están quemando los cadáveres. Los guardias siguen en lo alto de los muros de piedra con sus rifles y obligan a los zulaques supervivientes a apilar los cuerpos de los que murieron. La pira es enorme, más alta que el más alto de ellos, y cada vez se van añadiendo más cadáveres, transportados por zulaques con la cabeza gacha y la boca cerrada.

Veo cómo lanzan un cuerpo a lo alto de la pila. Aterrizo de lado y se tambalea, rueda por encima de otros cuerpos, entre las llamas, hasta llegar al suelo de barro, y se detiene boca arriba, con el pecho lleno de agujeros y la sangre seca en las heridas...

(un zulaque de ojos inertes, boca arriba en el campamento...)

(un zulaque con un cuchillo en el pecho...)

Respiro hondo y desvío la mirada.

Aparte de algunos chasquidos, los zulaques supervivientes siguen sin tener ruido. No se oyen gemidos de duelo ni de rabia ni nada en absoluto ante el desastre que se ven obligados a limpiar.

Es como si les hubieran cortado la lengua.

Ivan nos espera, con el rifle en la parte interna del codo. Esta mañana está más callado, y no parece nada contento.

—Tenéis que seguir numerándolos —nos informa, y da una patada a la bolsa que contiene las tiras metálicas y las herramientas—. Aunque ahora habrá menos trabajo.

—¿A cuántos nos cargamos? —dice Davy con una sonrisa.

Ivan se encoge de hombros, molesto.

—Trescientos, trescientos cincuenta; no lo sé con seguridad.

Noto otro retortijón grasiento en el estómago; sin embargo, la sonrisa de Davy es radiante.

—Fue una verdadera pasada.

—Tengo que darte esto —me dice Ivan, y me muestra un rifle.

—¿Le das un arma? —se sorprende Davy, con el ruido al rojo vivo.

—Órdenes del presidente —ladra Ivan. Sigue sosteniendo el rifle—. Deberás devolverlo a la guardia nocturna cuando te vayas. Es solo para tu protección mientras estés aquí. —Me mira con el ceño fruncido—. El presidente me ha encargado decirte que está convencido de que harás lo correcto.

Me quedo mirando el rifle.

—No me lo puedo creer —se queja Davy en voz baja, negando con la cabeza.

Sé cómo funciona un rifle. Ben y Cillian me enseñaron a usarlo para que no me volara la cabeza a mí mismo, me enseñaron a cazar y a utilizarlo solo en caso de necesidad.

Lo correcto.

Levanto la vista. La mayoría de los zulaques se acumulan en los campos más alejados, a la máxima distancia posible de la entrada. Los demás arrastran cadáveres destripados y descoyuntados hasta la pira que arde en el campo contiguo.

Pero los que pueden verme me están mirando.

Y están mirando cómo miro el rifle.

Y no están pensando nada que yo pueda oír.

Entonces, ¿quién sabe lo que están planeando?

Empuño el rifle.

No significa nada. No lo usaré. Lo empuño y ya está.

Ivan se da la vuelta y se dirige a la puerta para irse. Y entonces lo noto.

Un *zumbido* grave, casi en el umbral auditivo, pero que está ahí. Y va en aumento.

No me extraña que esté tan cabreado.

El alcalde le ha quitado la cura.

Pasamos el resto de la mañana sacando el forraje con las palas, llenando los abrevaderos y echando cal a los cagaderos, yo con una sola mano, Davy con una

sola pierna; de todas formas, tardamos más de lo que sería necesario porque, por mucho que fanfarronee, dudo que Davy quiera reemprender la tarea de la numeración. Es cierto que ahora ambos vamos armados, pero tocar a un enemigo que ha estado a punto de matarte requiere un poco de preparación.

La mañana da paso a la tarde. Por primera vez, en lugar de quedarse toda la comida para él, Davy me tira un bocadillo, que me da en el pecho.

Comemos y observamos a los zulaques que nos observan, observamos los cuerpos que arden, observamos a los mil ciento cincuenta zulaques supervivientes de un ataque que salió mal mal mal. Están apiñados en los márgenes de los campos que hemos abierto y a lo largo del muro del monasterio, todo lo lejos que pueden de nosotros y de la pira funeraria.

—Los cuerpos deberían ir a la ciénaga —digo mientras me como el bocadillo con el brazo cansado—. Para eso sirven los cadáveres de los zulaques. Los sumerges en el agua y...

—Con el fuego es suficiente —responde Davy, que se apoya en la bolsa de herramientas.

—Sí, pero...

—Aquí no hay peros, meón. —Frunce el ceño—. ¿Y por qué te dan tanta lástima? Tu bendita bondad no ha impedido que intentaran arrancarte el brazo, ¿verdad que no?

Tiene razón, pero no le contesto, sigo observándolos, consciente del rifle que tengo apoyado contra el hombro.

Podría aprovechar la ocasión. Podría matar a Davy. Podría huir de aquí.

—Morirías antes de llegar a la puerta —balbucea, con los ojos puestos en el bocadillo—. Y tu preciosa novia también.

Tampoco respondo a eso y termino de comer. Hemos sacado todas las balas de forraje, hemos llenado cada abrevadero, hemos encalado cada cagadero. No queda nada que hacer, excepto lo que tenemos que hacer.

Davy se levanta del lugar donde estaba reclinado, con la bolsa en las manos.

—¿Por dónde íbamos? —dice, abriéndola.

—Por el treinta y ocho —respondo sin apartar la vista de los zulaques.

Por las cintas metálicas comprueba que tengo razón.

—¿Cómo puedes acordarte? —pregunta, asombrado.

—Me acuerdo.

Ahora todos nos miran. Sus rostros están vacíos, heridos, en blanco. Saben lo que vamos a hacer. Saben lo que les espera. Saben lo que hay en la bolsa. Saben que no pueden hacer nada al respecto, excepto morir si oponen resistencia.

Porque llevo un rifle al hombro.

(¿qué es lo correcto?)

—Davy —empiezo a decir, pero no continúo, porque...

¡BUM!

... a lo lejos, apenas un rumor, como el trueno distante de una tormenta que sabes que no tardará en llegar e intentar echar tu casa abajo.

Nos giramos como si pudiéramos ver por encima de los muros, como si el humo ya estuviera alzándose sobre las copas de los árboles que hay fuera, al otro lado de las puertas.

No vemos nada, el humo no se ve todavía.

—Malditas zorras —murmura Davy.

Pero yo pienso...

(¿es ella?)

(¿es ella?)

(¿qué está haciendo?)

## LA SEGUNDA BOMBA

{VIOLA}

Los soldados esperan al mediodía para venir a por Corinne y a por mí. A ella, prácticamente se ven obligados a arrastrarla porque no quiere abandonar a las pacientes que quedan en tratamiento. Nos llevan carretera abajo, ocho soldados para vigilar a dos chiquillas. Apenas nos miran, y el que camina a mi lado es muy joven, quizá solo un poco mayor que Todd; es tan joven que le ha salido un grano muy feo en el cuello que, por alguna estúpida razón, atrae todas mis miradas.

Entonces oigo resoplar a Corinne. Pasamos por delante del lugar donde explotó la bomba, la fachada del edificio se ha derrumbado y los soldados hacen guardia ante los escombros. Nuestra escolta ralentiza el paso.

Y entonces sucede.

**¡BUM!**

Un ruido tan fuerte que convierte el aire en algo sólido como un puño, como una oleada de ladrillos, como si el mundo se hundiera bajo tus pies y cayeras de lado y hacia arriba y hacia abajo a la vez, como la ingravidez de las tinieblas lejanas.

Se produce un vacío del cual no consigo recordar nada, y entonces abro los ojos y me encuentro tumbada en el suelo con el humo girando a mi alrededor en lazos flotantes y fragmentos de fuego que planean desde el cielo, y por un minuto parece casi pacífico, bello, y en ese momento me doy cuenta de que solo oigo un gemido agudo que ahoga el resto de los sonidos que emite la gente que me rodea al ponerse en pie tambaleándose o al abrir la boca para lo que deben de ser gritos, y me incorporo lentamente, el mundo sigue desaparecido en el silencio gimiente y ahí está el soldado del grano en el cuello, ahí está en el suelo, a mi lado, cubierto de astillas de madera, y debe de haberme protegido del estallido porque yo estoy

prácticamente intacta y en cambio él está inerte.

Está inerte.

Y vuelve el sonido y ya se oyen los gritos.

—Esta es precisamente la historia que no quería que se repitiera —dice el alcalde, contemplando pensativo el rayo de luz que penetra por la ventana de vidrio coloreado.

—Yo no sabía nada de ninguna bomba —repito con las manos todavía temblorosas y un pitido tan intenso en los oídos que me cuesta entender lo que dice—. De ninguna de las dos.

—Te creo. Casi te matan a ti.

—Un soldado me protegió de la onda expansiva —tartamudeo, recordando el cuerpo, recordando la sangre que le salía, las astillas clavadas por casi todo su cuerpo.

—Te volvió a drogar, ¿verdad? —pregunta, mirando otra vez hacia la ventana de colores, como si las respuestas estuvieran allí—. Te drogó y te abandonó.

Esto me duele como un puñetazo.

Sí que me abandonó.

Y lanzó una bomba que mató a un joven soldado.

—Sí —digo por fin—. Se fue. Se fueron todas.

—No todas. —Se coloca detrás de mí, y se convierte apenas en una voz en la habitación, una voz que habla fuerte y claro para que la pueda oír—. Hay cinco sanatorios en esta ciudad. Uno de ellos conserva todo el personal, otros tres se han visto mermados de sanadoras y aprendices. Solo en el tuyo se ha producido una deserción total.

—Corinne se quedó —murmuro, y de pronto me descubro suplicando—. Atendió a los soldados que resultaron heridos en la segunda bomba. No lo dudó. Se acercó a los que estaban más graves e hizo torniquetes y limpió vías respiratorias y...

—Anotado —me interrumpe, aunque sea verdad, aunque me llamó para que la ayudara y juntas hicimos lo que pudimos hasta que unos soldados estúpidos no pudieron o no quisieron ver lo que estábamos haciendo y nos agarraron y se nos llevaron a rastras. Corinne forcejeó con ellos, pero le pegaron en la cara y ya no pudo hacer más.

—Por favor, no le hagan daño —repito—. Ella no tiene nada que ver con esto. Se quedó por elección propia. Intentó ayudar a los...

—¡No voy a hacerle daño! —grita de pronto—. ¡Ya está bien de temerme! ¡Las mujeres no sufrirán ningún daño mientras yo sea presidente! ¿Acaso es tan difícil de entender?

Pienso en los soldados que pegaron a Corinne. Pienso en Maddy cayendo al suelo.

—Por favor, no le hagan daño —susurro de nuevo.

Él suspira y baja la voz.

—Solo necesitamos que nos dé algunas respuestas. Las mismas que necesitaremos de ti.

—No sé adónde fueron —digo—. No me lo dijo. La enfermera Coyle no mencionó nada al respecto.

Y entonces me detengo y él se da cuenta. Porque sí que dijo algo, ¿verdad?

Me contó aquella historia...

—¿Hay algo que quieras compartir, Viola? —pregunta el alcalde, situándose ante mí con un interés repentino.

—Nada —digo rápidamente—. Nada, solo...

—¿Solo qué?

Tiene los ojos fijos en mí, me escudriña el rostro, intenta leerme, aunque yo no tenga ruido, y me doy cuenta de lo mucho que detesta ese detalle.

—Solo que me contó que pasó sus primeros cinco años en el Nuevo Mundo en las montañas —miento, tragando saliva—. Al oeste de la ciudad, más allá de las cascadas. Pensé que hablaba por hablar...

Sigue mirándome fijamente y se produce un largo silencio durante el cual me mira y me mira antes de volver a caminar.

—El tema más importante —continúa— es si la segunda bomba fue un error, parte de la primera bomba, que estalló más tarde por accidente. —Vuelve a acercarse para leer la expresión de mi cara—. ¿O fue a propósito? ¿La programaron deliberadamente para que estallara más tarde cuando mis hombres hubieran llegado el escenario del crimen, de modo que hubiera el mayor número de víctimas posible?

—No —digo, sacudiendo la cabeza—. Sería incapaz. Es una sanadora. La enfermera Coyle no mataría...

—Un general es capaz de cualquier cosa para ganar una guerra —me recuerda—. Por eso es una guerra.

—No. No, no creo que...

—Sé que no lo crees. —Se aleja nuevamente de mí, me da la espalda—. Por eso te dejaron atrás.

Se dirige a la mesita que hay junto a la silla y coge un trozo de papel. Lo sostiene para que yo pueda verlo.

Lleva escrita una R azul.

—¿Te suena de algo, Viola?

Intento disimular cualquier expresión.

—No lo había visto nunca. —Vuelvo a tragar saliva, y me odio por hacerlo—. ¿Qué es?

Me mira larga y atentamente una vez más, y luego vuelve a colocar el papel sobre la mesa.

—La enfermera Coyle volverá a ponerse en contacto contigo. —Observa mi rostro. Intento no darle ninguna información—. Sí —dice, como si hablara para sí mismo—. Lo hará, y cuando lo haga, quiero pedirte que le des un mensaje...

—Yo no...

—Dile que pararemos de inmediato cualquier derramamiento de sangre, que podemos terminar con esto antes de comenzar, antes de que muera más gente y la paz quede olvidada para siempre. Díselo, Viola.

Me mira con tanta intensidad que no tengo más remedio que decir:

—De acuerdo.

No parpadeo. Sus ojos son agujeros negros de los cuales no puedo alejarme.  
—Pero dile también que, si quiere guerra, la tendrá.  
—Por favor... —intento decir.  
—Eso será todo —me interrumpe, y hace un gesto hacia mis pies y hacia la puerta—. Vuelve a tu sanatorio. Cura a todos los pacientes que puedas.  
—Pero...  
Me abre la puerta.  
—Esta tarde no habrá ejecución —dice—. Debemos anular algunas funciones cívicas a la luz de las actividades terroristas recientes.  
—¿Terroristas...?  
—Y me temo que voy a estar demasiado ocupado con los destrozos que tu enfermera ha causado y no podré celebrar la cena que te había prometido para esta noche.  
Abro la boca, pero no me sale nada.  
Me cierra la puerta en las narices.

La cabeza me da vueltas cuando regreso tambaleándome por la carretera principal. Todd está aquí, en alguna parte, y me obsesiona no poder verlo y no poder contarle nada de lo que está pasando ni darle ninguna explicación.

Y la culpa es de la enfermera Coyle.

Lo es. Detesto decirlo, pero la culpa es suya. Ella tiene la culpa de todo lo que sucede. Aunque sea por razones que considera correctas, la culpa es suya. Es culpa suya que esta noche no vaya a ver a Todd. Es culpa suya que estalle la guerra. Es culpa suya...

Vuelvo a pasar por el lugar de la explosión.

Hay cuatro cadáveres tumbados en el suelo, cubiertos con sábanas blancas que no terminan de esconder los charcos de sangre. Más cerca, pero detrás de un cordón de soldados que vigilan la zona, está la sábana que cubre al soldado que me salvó por accidente.

Ni siquiera sé cómo se llamaba.

Y de pronto murió.

Si ella hubiera esperado, si hubiera escuchado lo que el alcalde le pedía...

Pero entonces pienso: «La conciliación, mi niña, es una ladera muy resbaladiza...».

Pero los cadáveres en el camino...

Pero la muerte de Maddy...

Pero el soldado que me salvó...

Pero Corinne golpeada por querer ayudar...

(oh, Todd, ¿dónde estás?)

(¿qué hago? ¿qué es lo correcto?)

—Circule —me ladra un soldado, y pego un brinco.

Me apresuro por la carretera hasta que, casi sin darme cuenta, estoy corriendo.



Regreso sin aliento al sanatorio casi vacío y cierro la puerta de un golpetazo. Había más soldados en la carretera, más patrullas, hombres en los tejados que me miraban, y uno de ellos ha silbado incluso groseramente a mi paso.

Ahora ya no habrá manera de llegar a la torre de comunicaciones.

Otra cosa que la enfermera Coyle ha estropeado.

Mientras recupero el aliento, me doy cuenta de que ahora mismo soy la única persona del lugar que se parece a una sanadora. Muchas pacientes estaban bastante recuperadas y han seguido a la enfermera Coyle adonde quiera que haya ido y, quién sabe, tal vez fueran ellas las que colocaron las bombas, pero hay por lo menos dos docenas que guardan cama, y cada día llegan más.

Y yo soy la peor sanadora que Nueva Prentiss haya visto nunca.

—Socorro —me digo a mí misma.

—¿Adónde ha ido todo el mundo? —pregunta la señora Fox en cuanto abro la puerta de su habitación—. No hay comida, no hay medicinas...

—Lo siento —respondo, recogiendo la cuña—. Le traeré el almuerzo en cuanto pueda.

—¡Por el amor de Dios, querida! —dice cuando me giro, con los ojos como platos.

Entonces miro la parte posterior de mi bata blanca. Una mancha de sangre del joven soldado llega hasta el dobladillo.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta.

Sin dejar de mirar la sangre, lo único que puedo decir es:

—Voy a por el almuerzo.

Las horas siguientes pasan entre una gran confusión. El personal de apoyo también ha desaparecido, y hago lo posible por cocinar para las pacientes, servirles y preguntar al mismo tiempo qué medicinas toman y cuándo y en qué cantidades, y aunque todas se preguntan qué está sucediendo, deben de ser muy conscientes de mi aspecto e intentan ayudarme en todo lo que pueden.

Hace rato que ha anochecido cuando doblo una esquina con una bandeja llena de platos sucios de la cena y me encuentro a Corinne junto a la entrada, con la espalda contra la pared y sujetándose con una mano.

Lanzo la bandeja al suelo y corro hacia ella. Levanta la otra mano para detenerme antes de que la alcance. Cuando me acerco, no puede contener una mueca de dolor.

Tiene los ojos hinchados.

Y el labio inferior también.

Por el modo en que intenta sostener su propio cuerpo, demasiado recto, comprendo que le hace daño, mucho daño.

—Oh, Corinne —exclamo.

—Ayúdame —dice, respirando con dificultad—. Ayúdame a llegar a la habitación.

Le tiendo la mano para ayudarla y noto algo escondido en la palma de la suya. Me lo entrega. Se lleva un dedo a los labios para acallar las preguntas que pudieran surgir de mi boca abierta.

—Una niña —susurra—. Escondida entre la vegetación, junto a la carretera. —Sacude la cabeza con indignación—. Apenas una niña.

No leo la nota hasta que la acompaño a su habitación y salgo a por vendajes para la cara y compresas para las costillas. Espero a estar sola en la sala de suministros y abro la mano.

Es un papel doblado, con una V escrita en el exterior. Dentro, apenas unas líneas, que apenas dicen nada en absoluto.

«Mi niña», rezan. «Ahora debes elegir.»

Y luego una única pregunta.

«¿Podemos contar contigo?»

Miro hacia arriba.

Trago saliva.

«¿Podemos contar contigo?»

Doblo la nota y me la meto en el bolsillo, cojo los vendajes y las compresas y corro a curar a Corinne.

Que ha sido golpeada por los hombres del alcalde.

Que no hubiera sido golpeada de no tener que responder por la enfermera Coyle.

Que ha sido golpeada, a pesar de que el alcalde dijo que no le harían daño.

«¿Podemos contar contigo?»

La nota no está firmada con ningún nombre.

Simplemente dice: «La Respuesta».

Respuesta escrito con una R azul y brillante.

## ENCERRADO

[TODD]

¡BUM!

... y el cielo revienta detrás de nosotros y una ráfaga de viento sube por la carretera y Angharrad recula aterrorizada y descabalgo y hay polvo y gritos y me palpitan los oídos mientras permanezco tumbado y espero a ver si estoy muerto o no.

Otra bomba. La tercera de esta semana. Y esta vez apenas a doscientos metros de nosotros.

—Zorras —oigo que escupe Davy, que descabalga también y contempla la carretera.

Me silban los oídos y me tiembla todo el cuerpo. Las bombas estallan a distintas horas del día y de la noche, en puntos diferentes de la ciudad. Primero un acueducto que suministraba agua a la parte occidental de la ciudad, luego los dos puentes principales que conectan con las granjas del norte del río. Hoy ha sido...

—Ha sido en la cantina —señala Davy, intentando contener los movimientos espasmódicos de Trampa/Bellota—. Donde comen los soldados.

Hace arrodillar a Trampa y vuelve a encaramarse a la silla.

—¡Vamos! —ladra—. Tal vez necesiten ayuda.

Coloco las manos sobre Angharrad, que sigue asustada, sigue diciendo **chico potro chico potro** sin cesar. Repito varias veces su nombre y por fin vuelvo a montar.

—Que no se te ocurra hacer nada raro —me advierte Davy. Saca la pistola y me apunta—. No debes apartarte de mi vista.

Esta es la situación desde que empezaron las bombas.

Davy me apunta con la pistola cada maldito minuto de cada maldito día para que no pueda ir a buscarla.

—Ciertamente, las mujeres no están haciendo ningún bien a su propia causa —dice el alcalde Ledger con la boca llena de pollo.

Yo no respondo, me limito a comer la cena y a soslayar las marcas interrogativas que vienen de su ruido. La cantina fue bombardeada a una hora en que estaba cerrada, como ha pasado con el resto de las bombas de la Respuesta, pero el hecho de que en teoría fuera a estar vacía no significa que lo estuviera. Al llegar Davy y yo encontramos muertos a dos soldados y a otro tipo muerto que debía de ser el hombre de la limpieza o algo parecido. Otros tres soldados han fallecido a causa de las otras bombas.

El alcalde Prentiss está fuera de sí.

Apenas lo he vuelto a ver desde el día en que me rompí el brazo, desde el día en que, en cierto modo, volví a ver a Viola. Ledger dice que está arresando a muchas personas y metiéndolas en cárceles al oeste de la ciudad, pero que no está sacando lo que querría de ellas. El señor Morgan, el señor O'Hare y el señor Tate han conducido a parte del ejército a las montañas del oeste en busca de los campamentos de quienes ponen las bombas, que son todas aquellas mujeres que desaparecieron la noche de la primera explosión.

Pero el ejército no encuentra nada y la furia del alcalde Prentiss va en aumento e impone cada vez más toques de queda y cada vez más a menudo retira la cura a

sus propios soldados.

Nueva Prentiss es cada día más ruidosa.

—El alcalde niega la misma existencia de la Respuesta —digo.

—Bueno, el presidente puede decir lo que le venga en gana. —El alcalde Ledger ensarta el pollo con el tenedor—. Pero la gente habla. —Da otro bocado—. Te aseguro que habla.

Además de los colchones encajados en los salientes de la torre, han instalado una palangana que llenan con agua fresca por las mañanas y un pequeño retrete químico en el rincón más oscuro. La comida también ha mejorado, nos la trae el señor Collins, que después vuelve a cerrar la puerta con llave.

Catacloc.

Aquí estoy yo, encerrado cada minuto que no paso con Davy. Es evidente que el alcalde no quiere que vaya a buscar a Viola, por mucho que hable de confianza.

—No sabemos que sean solo mujeres —digo, intentando ahuyentar a Viola de mi ruido—. No lo sabemos con total seguridad.

—Un grupo que se hacía llamar la Respuesta tuvo un papel importante en la guerra de los zulaques, Todd. Bombardeos encubiertos, incursiones nocturnas, ese tipo de cosas.

—¿Y?

—Y eran todo mujeres. El enemigo no oía nada, ¿comprendes? —Sacude la cabeza—. Pero al final se salieron de madre e instauraron su propia ley. Al llegar la paz, atacaron incluso nuestra propia ciudad. Finalmente, nos vimos obligados a ejecutar a algunas de ellas. Fue un asunto muy desagradable.

—Entonces, si las ejecutaron, ¿cómo van a ser ellas ahora?

—Porque las ideas viven más allá de la muerte de las personas. —Eructa en silencio—. Pero no sé qué creen que van a conseguir. El presidente las encontrará. Es solo cuestión de tiempo.

—También han desaparecido algunos hombres —comento, porque así ha sido, pero lo que estoy pensando es...

(¿se fue con ellos?)

Me lamo los labios.

—¿Los sanatorios donde trabajan las mujeres están marcados de algún modo?

¿Hay alguna manera de saber que lo son?

Da un sorbo de agua y me mira por encima de la taza.

—¿Por qué quieres saber algo semejante?

Hago crujir un poco el ruido para disimular cualquier cosa que pueda delatarme.

—Por nada —respondo—. No me hagas caso. —Coloco el plato de la cena sobre la mesilla, señal de que puede comerse lo que yo no he terminado—. Me voy a dormir.

Me echo en la cama, de cara a la pared. Los últimos rayos de sol penetran por las aberturas de la torre. No tienen cristal, y se acerca el invierno. No sé cómo vamos a resistir al frío. Coloco el brazo bajo la almohada y flexiono las piernas, intentando no pensar demasiado fuerte. Oigo al alcalde Ledger comer los restos de mi cena.

Entonces una imagen llega flotando desde su ruido, flota hacia mí, la imagen de una mano extendida, pintada de azul.

Me vuelvo hacia él. He visto esa mano por lo menos en dos edificios distintos camino del monasterio.

—Hay cinco —dice en voz baja—. Puedo decirte dónde están. Si tú quieres.

Observo su ruido. Él observa el mío. Ambos cubrimos algo, escondemos algo bajo el resto de los hilos de nuestros pensamientos. Tantos días encerrados juntos, y todavía dudamos de si podemos confiar el uno en el otro.

—Sí que quiero —respondo.

—«Mil diecisiete» —leo en voz alta a Davy mientras él hace girar los alicates y cierra la cinta metálica sobre un zulaque que se convierte de inmediato en 1017.

—Ya es suficiente por hoy —dice, y guarda los alicates en la bolsa.

—Todavía quedan...

—He dicho que ya es suficiente.

Cojea hasta la botella de agua y echa un trago. La pierna ya debería de estar curada. Mi brazo lo está, pero él todavía cojea.

—Debíamos terminar la tarea en una semana —le recuerdo—. Y ya llevamos dos.

—No veo que nadie nos esté metiendo prisa. —Escupe un poco de agua—. ¿Y tú?

—No, pero...

—Y no hay más instrucciones ni nuevas tareas... —Deja la frase a medias, echa otro trago de agua y escupe un poco más. Echa una mirada a mi izquierda.

—¿Y tú qué miras?

El zulaque 1017 sigue ahí plantado, sujetando la cinta con una mano y mirándonos fijamente. Creo que es un varón y deduzco que es joven, que no llega a ser un adulto. Chasquea sin cesar en dirección a nosotros y, aunque carece de ruido, el chasquido suena ciertamente irrespetuoso.

Davy también piensa lo mismo.

—¡Con que esas tenemos!

Agarra el rifle que lleva echado al hombro, y su ruido dispara y dispara contra los zulaques que huyen.

1017 permanece firme en su lugar. Me mira a los ojos y vuelve a chasquear.

Desafiante, sin duda alguna.

Retrocede, se aleja, pero sigue mirándonos, se frota con la otra mano la cinta metálica. Me giro hacia Davy, que apunta a 1017 mientras este camina.

—No lo hagas —digo.

—¿Por qué no? —pregunta—. ¿Quién nos lo va a impedir?

No tengo respuesta, porque no parece que haya nadie.

Las bombas estallan cada tres o cuatro días. Nadie sabe dónde lo van a hacer ni cómo las colocan, pero ¡BUM! ¡BUM! ¡BUM! La tarde de la sexta bomba, esta vez en un pequeño reactor de fisión, el alcalde Ledger llega con un ojo morado y la nariz hinchada.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Los soldados —escupe. Coge el plato de la cena, otra vez estofado, y hace una mueca de dolor al dar el primer bocado.

—¿Qué ha hecho?

Le aumenta un poco el ruido y me mira enfadado.

—Yo no he hecho nada.

—Ya me entiende.

Gruñe un poco, come unas cucharadas más y entonces dice:

—Alguien ha tenido la brillante idea de que yo era la Respuesta. Yo.

—¿Usted? —digo, tal vez un poco demasiado sorprendido.

Se levanta y deja el estofado casi intacto, por lo que entiendo que el dolor debe de ser intenso.

—No encuentran a las mujeres responsables y los soldados buscan a alguien a quien cargar la culpa. —Mira por una de las aberturas, contempla cómo cae la noche sobre la ciudad que una vez fue su hogar—. ¿Hizo algo nuestro presidente para detener la paliza? —dice, casi hablando solo—. Pues no, no lo hizo.

Sigo comiendo, e intento acallar en mi ruido todas las cosas que no quiero pensar.

—La gente habla de una nueva sanadora —continúa el alcalde Ledger, en voz baja—, una joven que nadie había visto antes, que un tiempo atrás entraba y salía de esta misma catedral, y que ahora trabaja en el sanatorio que solía dirigir la enfermera Coyle.

«Viola», pienso, alto y claro, antes de poderlo disimular.

El alcalde Ledger se vuelve hacia mí.

—No creo que hayas visto este sanatorio. Se encuentra alejado de la carretera principal, bajando por una pequeña colina hacia el río, a medio camino del



monasterio. Cuando encuentras dos graneros juntos, ese es el sendero que debes tomar. —Vuelve a mirar por la abertura—. No tiene pérdida.

—No consigo sacarme a Davy de encima —digo.

—Te aseguro que no sé de qué me hablas. Yo solo te cuento los hechos mundanos de nuestra bonita ciudad.

Mi respiración se hace más pesada, mi mente y mi ruido repasan posibilidades de cómo llegar hasta allí, cómo escabullirme de Davy para encontrar el sanatorio.

(para encontrarla a ella)

Pasa un rato hasta que se me ocurre preguntar:

—¿Quién es la enfermera Coyle?

Aunque ya ha oscurecido, noto que el ruido del alcalde Ledger se enrojece todavía más.

—Ah, claro —dice en medio de la noche—. Ella podría ser la Respuesta, ¿no te parece?

—Esos eran los últimos —digo, observando cómo el zulaque 1182 se aleja caminando provocativamente y frotándose la muñeca.

—Ya era hora —comenta Davy, y se sienta sobre la hierba. El aire es fresco, pero brilla el sol y el cielo está prácticamente claro.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunto.

—No tengo ni idea.

Me quedo plantado mirando a los zulaques. De no haber tratado con ellos, realmente pensaría que no son más inteligentes que las ovejas.

—No lo son —dice Davy, cerrando los ojos al sol.

—Cállate —digo.

Pero lo que quiero decir es: míralos.

Sentados en la hierba, todavía sin ruido, sin decir nada, la mitad nos miran a nosotros, la otra mitad se miran entre ellos, chasquean de vez en cuando, pero

apenas se mueven, no utilizan las manos ni el tiempo. Todas esas caras blancas, vacías de vida, sentadas junto al muro, esperando y esperando el momento en que suceda algo, sea lo que sea.

—Y ese momento ha llegado por fin, Todd —resuena una voz a nuestras espaldas. Davy se pone rápidamente de pie mientras el alcalde, que ha atado el caballo fuera, irrumpe por la puerta principal.

Pero me mira a mí, solo a mí.

—¿Listo para tu nueva tarea?

—Apenas me habla desde hace dos semanas. —Davy echa humo Davy de camino a casa. Las cosas no van demasiado bien entre su padre y él—. Solo «vigila a Todd» por aquí y «date prisa con los zulaques» por allá. —Agarra con rabia las riendas del caballo—. ¿Acaso me da las gracias? ¿Acaso me dice: «Buen trabajo, David»?

—Teníamos que numerar a los zulaques en una semana —señalo, repitiendo lo que le dijo su padre—. Y hemos tardado más del doble.

Se vuelve hacia mí, con el ruido al rojo vivo.

—¡Nos atacaron! ¿Se supone que fue culpa mía?

—Yo no digo que lo fuera —respondo, pero mi ruido recuerda la cinta alrededor del cuello de 0038.

—Entonces tú también me culpas, ¿verdad?

Ha detenido el caballo y me está mirando con incredulidad, se echa hacia delante sobre la silla, listo para saltar.

Abro la boca para responder, pero entonces algo llama mi atención carretera abajo, detrás de él.

Hay dos graneros cerca de un desvío, un desvío que baja hacia el río.

Vuelvo a mirar a Davy, demasiado rápido.

Sonríe con malicia.

—¿Qué hay ahí abajo?

—Nada.

—Es tu chica, ¿verdad? —se burla.

—Que te den, Davy.

—No, meón —responde, deslizándose al suelo desde la silla, con el ruido cada vez más rojo—. Que te den a ti.

Y no queda otra que pelearse.

—¿Los soldados? —pregunta el alcalde Ledger, al ver las heridas y la sangre cuando llego a la torre a la hora de cenar.

—No es de su incumbencia —gruño. Ha sido la peor pelea entre Davy y yo desde hace siglos. Me duele tanto el cuerpo que a duras penas puedo echarme sobre la cama.

—¿Te lo vas a comer? —pregunta el alcalde Ledger.

Cierta palabra de mi ruido le indica que no, que no voy a comer. Coge mi cena y empieza a engullirla sin darme siquiera las gracias.

—¿Busca la libertad a través de la comida? —pregunto.

—Dice un niño a quien nunca ha faltado el alimento.

—No soy un niño.

—Las provisiones que trajimos cuando aterrizamos duraron apenas un año —explica, entre bocado y bocado—. Para entonces, nuestras habilidades cazadoras y cultivadoras no eran nada del otro mundo. —Da otro bocado—. Los tiempos de escasez te hacen apreciar una comida caliente, Todd.

—¿Por qué razón los hombres necesitan convertirlo todo en una lección?

Me tapo la cara con el brazo, luego lo retiro porque me duele mucho el ojo morado.

Vuelve a caer la noche. El aire es cada vez más frío y me dejo la mayor parte de la ropa puesta al meterme en la cama. El alcalde Ledger ronca, sueña que entra en una casa con interminables habitaciones y no puede encontrar la salida.

Este es el momento más seguro que tengo para pensar en ella.

¿Realmente está ahí?

¿Es miembro de la Respuesta?

Y otras cosas también.

Como, por ejemplo, ¿qué diría si me viera?

Si viera lo que hago cada día.

Y con quién lo hago.

Trago el aire fresco de la noche y parpadeo para ahuyentar las lágrimas.

(¿todavía estás conmigo, Viola?)

(¿lo estás?)

Ha pasado una hora y sigo despierto. Hay algo que me inquieta y me revuelvo entre las sábanas, intento limpiar mi ruido de lo que pueda ser, intento calmarme lo bastante para estar listo para la nueva tarea que el alcalde ha planeado para mañana, y debo reconocer que esa tarea no suena nada mal.

Pero parece que me esté perdiendo algo, algo evidente, algo que tengo justo delante.

Algo...

Me incorporo en la cama, oigo los ronquidos del alcalde Ledger, el rugido adormecido de Nueva Prentiss ahí fuera, el trino de los pájaros nocturnos, incluso el río que fluye a lo lejos.

No se ha oído ningún catacloc cuando el señor Collins ha abierto y cerrado la puerta.

Intento recordar.

Seguro que no.

En la oscuridad, miro hacia la puerta.

Se ha olvidado de echar el cerrojo.

Ahora mismo, en este preciso instante.

La puerta no está cerrada.

## QUIÉN ERES

{VIOLA}

—Oigo ruido en el exterior —dice la señora Fox mientras le relleno la jarra de agua para la noche.

—Lo raro sería que no lo oyera, señora Fox.

—Al lado de la ventana...

—Son soldados que fuman.

—No, estoy segura que era...

—Estoy muy ocupada, señora Fox, si no le importa.

Cambio las almohadas y vacío la cuña. No vuelve a hablar hasta que estoy a punto de salir.

—Las cosas ya no son como antes —se queja en voz baja.

—Y que lo diga.

—Puerto era un lugar mejor. No perfecto. Pero mejor que esto.

Y mira por la ventana.

Al terminar las guardias, estoy muerta de cansancio, pero me siento sobre la cama y saco la nota que sigue en mi bolsillo. La leo por centésima, por milésima vez.

*Mi niña:*

*Ahora debes elegir.*

*¿Podemos contar contigo?*

*La Respuesta.*

Ni siquiera un nombre, ni siquiera su nombre.

Hace casi tres semanas que tengo la nota. Tres semanas y no ha pasado nada, de modo que tal vez sea así como piensan que pueden contar conmigo. Ninguna otra nota, ninguna otra señal, y sigo encerrada en el sanatorio con Corinne (o la enfermera Wyatt, como se supone que debo llamarla ahora) y las pacientes. Mujeres que han enfermado siguiendo el curso normal de

sus vidas, sí, pero también otras que vuelven de «entrevistas» con los hombres del alcalde sobre la Respuesta, mujeres llenas de heridas y cortes, mujeres con costillas rotas, dedos rotos, brazos rotos. Mujeres con quemaduras.

Y estas son las más afortunadas, las que no están en la cárcel.

Y cada tres o cuatro días, ¡BUM! ¡BUM! ¡BUM!

Y detienen a otras mujeres y a algunas las mandan aquí.

Y no hay noticias de la enfermera Coyle.

Y no hay noticias del alcalde.

No hay noticias sobre por qué me dejan en paz. Lo normal sería que fuera a mí a quien se llevaran primero, a quien interrogaran sin cesar, que fuera yo quien a estas alturas se pudriera en la celda de una cárcel.

—Pero nada —suspiro—. Nada de nada.

Y tampoco hay noticias de Todd.

Cierro los ojos. Estoy demasiado cansada para sentir nada. Todos los días busco el modo de llegar a la torre de comunicaciones, pero ahora hay soldados por todas partes, demasiados para descubrir un patrón de movimientos, y con cada bomba, la situación empeora.

—Tengo que hacer algo —digo en voz alta—. Tengo que hacerlo, o me volveré loca —me río—. Me volveré loca y empezaré a hablar sola.

Me río un rato más, mucho más de lo que merece la situación.

Y entonces llaman a la ventana.

Me incorporo con el corazón palpitante.

—¿Enfermera Coyle? —digo.

¿Ha llegado el momento? ¿Va a ser ahora?

¿Es ahora, cuando debo elegir?

¿Pueden contar conmigo?

(... pero ¿lo que oigo es ruido...?)

Me arrodillo sobre la cama y retiro un centímetro las cortinas para espiar por una rendija, esperando ver el ceño fruncido, los dedos en la frente...

Pero no es la enfermera Coyle.

No es ella en absoluto.

—¡Todd!

De inmediato retiro la cortina y subo el cristal y él introduce el cuerpo y su ruido pronuncia mi nombre y yo le abrazo y lo arrastro hacia dentro, lo levanto del suelo y lo meto por la ventana y él empuja y caemos sobre la cama y yo me quedo boca arriba y él está encima de mí y mi rostro está cerca del suyo y recuerdo que ya estuvimos así cuando nos zambullimos en la cascada con Aaron justo detrás y que entonces le miré a los ojos.

Y supe que estaríamos a salvo.

—Todd.

A la luz de mi habitación, veo que tiene el ojo morado y sangre en la nariz y le digo:

—¿Qué ha pasado? ¿Estás herido? Puedo...

Pero él solo dice:

—Eres tú.

No sé cuánto tiempo pasamos allí tumbados, disfrutando de la sensación de que el otro está realmente ahí, que es de verdad, que está vivo. Me inunda una sensación de seguridad, su cuerpo sobre el mío, la aspereza de sus dedos al tocarme la cara, su calor, su olor y su ropa polvorienta, y apenas hablamos y su ruido se agita presa del sentimiento, de cosas complicadas, de recuerdos del día que me dispararon, de cómo se sintió al pensar que me moría, de cómo me siento ahora bajo el tacto de las yemas de sus dedos, pero ante todo, simplemente dice *Viola, Viola, Viola*.

Es Todd.

Por todos los demonios, es Todd.

Y todo está bien.

Y entonces se oyen pasos en el pasillo.

Pasos que se detienen junto a la puerta de mi habitación.

Ambos miramos hacia ella. Por debajo se proyecta una sombra, dos piernas de una persona que permanece quieta al otro lado.

Espero la llamada.

Espero la orden de que salga de aquí.

Me dispongo a presentar batalla.

Pero entonces los pies se alejan.

—¿Quién era? —pregunta Todd.

—La enfermera Wyatt —respondo, sin poder disimular mi estupor.

—Y entonces estallaron las primeras bombas —termino—, y él solo me mandó llamar dos veces, al principio, para preguntarme si sabía algo, pero yo no sabía nada, y era verdad, y eso fue todo. Nada. Eso es todo lo que sé de él, te lo juro.

—Tampoco ha hablado apenas conmigo desde lo de las bombas —dice Todd, mirándose a los pies—. Me preocupaba que fueras tú quien las ponía.

Veo volar el puente en su ruido. Me veo a mí misma haciéndolo.

—No —respondo, y no puedo evitar pensar en la nota que guardo en el bolsillo—. No he sido yo.

Todd traga saliva, y luego dice, simple y llanamente:

—¿Crees que deberíamos huir?

—Sí —contesto, traicionando tan deprisa a Corinne que noto que me invade una oleada de vergüenza, pero sí, deberíamos huir, deberíamos huir y huir.

—Pero ¿adónde? —pregunta—. ¿Adónde podemos ir?

Abro la boca para responder...

Pero dudo.

—¿Dónde se esconde la Respuesta? —pregunta—. ¿Podemos ir ahí?

Y noto cierta tensión en su ruido, desaprobación y reticencia.

Las bombas. A él tampoco le gustan las bombas.

Veo una imagen de soldados muertos entre las ruinas de una cantina.

Pero también hay algo más, ¿verdad?

Vuelvo a dudar.

Me pregunto, por un breve instante, como quien ahuyenta a una mosca, me pregunto...

Me pregunto si puedo decírselo.

—No lo sé —respondo—. De verdad que no. No me lo dijeron, por si no era de fiar.

Todd me mira.

Y por un segundo, veo también en su rostro la sombra de la duda.

—No confías en mí —digo, sin apenas pensarlo.

—Tú tampoco confías en mí —responde—. Te preguntas si ahora trabajo para el alcalde. Y te preguntas por qué he tardado tanto en encontrarte. —Vuelve a mirar al suelo con una expresión de tristeza—. Todavía puedo leerte —dice—. Casi tan bien como a mí mismo.

Lo miro, miro al interior de su ruido.

—Tú te preguntas si formo parte de la Respuesta. Me crees capaz de ello.

No me mira, pero asiente.

—Yo solo he intentado sobrevivir, buscar el modo de encontrarte, con la esperanza de que no me hubieras abandonado.

—Nunca —digo—. Nunca te abandonaré.

Vuelve a mirarme.

—Yo tampoco te abandonaré nunca.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo por lo que más quiero —dice con una sonrisa tímida.

—Yo también te lo prometo —digo, y le sonrío—. No voy a dejarte nunca, Todd Hewitt, nunca más.

A pesar de su sonrisa, me doy cuenta de que está reuniendo ruido para decirme algo, algo difícil, algo de lo que se avergüenza, pero antes de que pueda decirlo, quiero que esté seguro de una cosa.

—Creo que están en la costa —digo—. La enfermera Coyle me contó una historia sobre el mar antes de desaparecer. Creo que trataba de decirme adónde iban.

Vuelve a mirarme.

—Ahora dime que no confío en ti, Todd Hewitt.

Y entonces comprendo mi error.



—¿Qué pasa? —pregunta al ver la expresión de mi cara.

—Lo llevas en el ruido —respondo, levantándome—. Lo llevas en el ruido, Todd. El mar, una y otra vez.

—No lo hago a propósito —dice, pero se le ensanchan los ojos y me muestra la puerta de la celda sin cerrar y hay un hombre en la celda que le cuenta dónde estoy y veo signos de interrogación...

—Soy un estúpido —dice Todd, y también se levanta—. ¡Un idiota integral! Tenemos que irnos. ¡Ahora!

—Todd...

—¿A cuánta distancia estamos del mar?

—Dos días a caballo...

—Cuatro días a pie, por lo tanto. —Deambula por la habitación. Su ruido vuelve a decir *mar*, tan claro como una bomba. Ve cómo lo miro, ve cómo lo veo—. No te estoy espiando —dice—. Te lo prometo. Pero debieron de dejar la puerta abierta para que... —Se mesa los cabellos, lleno de frustración—. Lo esconderé. Escondí la verdad sobre Aaron y también puedo esconder esto.

Se me revuelve el estómago al recordar lo me contó el alcalde sobre Aaron.

—Ahora tenemos que irnos —continúa—. ¿Podríamos llevarnos algo de comida?

—Voy a buscarla —respondo.

—Date prisa.

Al girarme para salir, oigo mi nombre en su ruido. *Viola*, dice, y está cubierto de preocupación, preocupación por que nos hayan tendido una trampa, preocupación por que yo crea que lo enviaron aquí a propósito, preocupación por que crea que miente, y yo no puedo hacer más que mirarlo y pensar su nombre.

«Todd.»

Y espero que entienda lo que quiero decir.

Irrumpo en la cantina y rebusco en los armarios. Dejo la mayoría de luces apagadas, intento no hacer ruido mientras recopilo raciones de comida y rebanadas de pan.

—¿Tan deprisa? —dice Corinne.

Está sentada ante una mesa en la parte posterior, a oscuras, con una taza de café frente a ella.

—Aparece tu amigo y te vas.

Se levanta y se acerca a mí.

—Tengo que hacerlo —contesto—. Lo siento.

—¿Lo sientes? —dice, arqueando las cejas—. ¿Y qué pasará aquí? ¿Qué pasará con las pacientes que te necesitan?

—Soy una pésima sanadora, Corinne, lo único que hago es lavarlas y darles de comer...

—Para que yo tenga tiempo de poner en práctica mis escasos conocimientos médicos.

—Corinne...

Sus ojos centellean.

—Enfermera Wyatt.

Suspiro.

—Enfermera Wyatt —repito, y entonces se me ocurre y lo digo de inmediato—. ¡Ven con nosotros!

Parece alarmada, casi amenazada.

—¿Cómo?

—¿No ves en qué dirección está yendo todo esto? Mujeres encarceladas, mujeres heridas. ¿No ves que esto no va a mejorar?

—Con las bombas que estallan cada día, seguro que no.

—El enemigo es el presidente.

Cruza los brazos.

—¿Crees que puedes tener un solo enemigo?

—Corinne...

—Una sanadora no quita una vida —dice—. Una sanadora nunca quita una vida. Nuestro primer juramento es no causar daño.

—Las bombas se colocan en objetivos vacíos.

—Que no siempre están vacíos, ¿verdad? —Sacude la cabeza, con una expresión repentinamente triste, más triste que nunca—. Sé quién soy, Viola. En el fondo de mi alma. Lo sé. Curo a los enfermos y curo a los heridos, esa soy yo.

—Si nos quedamos, al final vendrán a por nosotras.

—Si nos vamos, las pacientes morirán.

Ya no parece enfadada, y eso es lo más terrible de todo.

—¿Y si te detienen? —pregunto en un tono desafiante—. ¿Quién las curará entonces?

—Esperaba que lo hicieras tú.

Tomo aliento.

—No es tan sencillo.

—Para mí lo es.

—Corinne, si consigo escapar, si puedo contactar con mi gente...

—¿Qué pasará? Dijiste que están todavía a cinco meses de distancia. Cinco meses es mucho tiempo.

Vuelvo a girarme hacia los armarios y sigo llenando la bolsa con comida.

—Tengo que intentarlo —contesto—. Tengo que hacer algo. —Me giro hacia ella con la bolsa llena—. Esa soy yo. —Pienso en Todd, que me espera, y el corazón se me acelera—. En todo caso, en eso me he convertido.

Me observa en silencio y luego cita una frase que la enfermera Coyle me dijo en una ocasión.

—Somos las decisiones que tomamos.

Tardo un segundo en darme cuenta de que acaba de decirme adiós.

—¿Por qué has tardado tanto? —me pregunta Todd, mirando con ansiedad por la ventana.

—Por nada. Ya te lo contaré.

—¿Tienes la comida?

Levanto la bolsa.

—¿Supongo que tendremos que volver a seguir el cauce del río? —dice.

—Supongo que sí.

Me mira por segunda vez de un modo extraño, intentando no sonreír.

—Allá vamos otra vez.

Y noto una curiosa ráfaga de adrenalina, y comprendo que, por mucho peligro que corramos, es una ráfaga de felicidad, y él también la nota, y nos damos la mano con fuerza durante un segundo y él se planta sobre la cama, coloca una pierna en el alféizar de la ventana y salta al exterior.

Le paso la bolsa de comida para saltar, y mis zapatos aterrizan sobre el barro.

—Todd —suspiro.

—¿Sí?

—Dicen que hay una torre de comunicaciones a las afueras de la ciudad. Es probable que esté rodeada de soldados, pero he pensado que, si pudiéramos llegar a ella...

—¿Una torre grande, de metal? —me interrumpe—. ¿Más alta que los árboles?

Parpadeo.

—Probablemente —respondo con los ojos como platos—. ¿Sabes dónde está?

Asiente.

—Paso cada día por delante.

—¿En serio?

—Sí, en serio —dice, y lo veo en su ruido, veo la carretera...

—Y yo creo que se acabó —dice una voz desde la oscuridad.

Una voz que ambos reconocemos.

El alcalde sale de las tinieblas, con una hilera de soldados detrás.

—Buenas noches a los dos —nos saluda.

Y oigo un destello de ruido procedente del alcalde.

Y Todd se desploma.

## TRABAJOS FORZADOS

[TODD]

Es un sonido que no es un sonido, y es más fuerte que cualquier otra cosa posible y te haría estallar los oídos si lo oyeras con ellos y no en el interior de tu cabeza, y todo se vuelve blanco y no es que me haya vuelto ciego, sino que también estoy sordo y mudo y helado, y el dolor surge de lo más profundo y no hay parte de ti donde poder agarrarte para protegerlo, solo un bofetón punzante y ardiente en el centro de tu ser.

Es lo que sentía Davy cada vez que era golpeado por el ruido de su padre.

Y son palabras...

Todo son palabras...

Pero son todas las palabras, apiñadas de una sola vez en tu cabeza, y el mundo entero te grita NO ERES NADA NO ERES NADA NO ERES NADA, y te arrebató cada palabra propia, como si te tiraran del pelo por la raíz y te arrancaran de paso un pedazo de piel...

Un fognazo de palabras y no soy nada...

No soy nada...

NO ERES NADA...

Y caigo al suelo, y el alcalde puede hacer conmigo lo que le plazca.

No quiero hablar de lo que sucede a continuación.

El alcalde deja algunos soldados atrás para vigilar el sanatorio y el resto me arrastra de vuelta a la catedral. Él no dice nada durante el camino, ni una sola palabra, mientras yo le suplico que no le haga daño a Viola, prometo y grito y lloro (cállate) que haré lo que él quiera a cambio de que no le haga daño.

(cállate, cállate)

Al llegar, me vuelve a atar a la silla.

Y deja que el señor Collins se ponga manos a la obra.

Y...

Y no quiero hablar de ello.

Porque lloro y vomito y suplico y grito su nombre y vuelvo a suplicar y todo ello me avergüenza tanto que ni siquiera puedo verbalizarlo.

Y durante todo el rato, el alcalde no dice nada. Da vueltas infinitas a mi alrededor, me oye gritar, me oye suplicar.

Escucha el ruido subyacente.

Me digo a mí mismo que todos estos gritos, todas estas súplicas, sirven para esconder bajo mi ruido lo que ella me ha contado, para mantenerla a salvo, para evitar que él lo sepa. Me digo a mí mismo que debo llorar y suplicar lo más fuerte que pueda para que él no lo pueda oír.

(cállate)

Eso es lo que me digo a mí mismo.

Y no quiero decir nada más.

(cállate de una puñetera vez)

Cuando vuelvo a la torre, ya casi ha amanecido y el alcalde Ledger me espera despierto, y aunque no estoy en condiciones de hacer nada, me pregunto si no habrá tenido él un papel en todo esto, pero la preocupación inmediata que siente por mí, el horror ante el estado en que me encuentro, suena sincero en su ruido, tan sincero que me limito a tumbarme lentamente sobre el colchón y ya no sé qué pensar.

—Ni siquiera llegaron a entrar —me dice, plantado detrás de mí—. Collins abrió la puerta, echó un vistazo, y luego volvió a pasar el cerrojo. Como si ya lo supieran.

—Sí —digo a la almohada—. Sin duda, como si ya lo supieran.

—Yo no tengo nada que ver, Todd —continúa, leyéndome—. Te lo juro. Nunca ayudaría a ese hombre.

—Déjeme en paz —le pido.

Y así lo hace.

No duermo.

Ardo.

Ardo de estupidez por la facilidad con la que me han atrapado, la facilidad con la que la han usado en mi contra. Ardo de vergüenza por haber llorado durante la paliza (cállate). Ardo de dolor por verme separado de ella otra vez, de dolor por la promesa que me hizo, de dolor por no saber lo que le va a suceder ahora.

Me da igual lo que puedan hacerme a mí.

Amanece por fin, y descubro cuál es mi castigo.

—A la faena, meón.

—Cállate, Davy.

Nuestra nueva tarea consiste en poner a los zulaques a trabajar en grupos para que caven los cimientos de los nuevos edificios que se construirán en los terrenos del monasterio, unos edificios que albergarán a los zulaques durante el invierno inminente.

Mi castigo es trabajar aquí, con ellos.

Mi castigo es que Davy está totalmente al mando.

Mi castigo es que tiene un látigo nuevo.

—Vamos —dice, chasqueándolo contra mis hombros—. ¡Trabaja!

Me doy la vuelta, cada vez más dolorido.

—Si vuelves a pegarme con eso, te voy a arrancar el maldito pescuezo.

Él sonrío, todo dientes, y su ruido es un grito triunfal de alegría.

—Me gustará ver cómo lo intentas, señor Hewitt.

Y se echa a reír.

Me giro hacia la pala. Todos los zulaques de mi grupo me están mirando. No he dormido y tengo los dedos fríos al sol afilado de la mañana, y no puedo controlarme y les grito:

—¡Todos a trabajar!

Intercambian algunos chasquidos entre ellos y vuelven a cavar el suelo con las manos.

Todos menos uno, que se me queda mirando un minuto más.

Yo le aguanto la mirada, echando humo, con el ruido encolerizado y concentrado en él. El zulaque lo asume en silencio, el aliento convertido en vapor, provocándome con los ojos a hacer algo. Alza la muñeca, como si se estuviera identificando, como si yo no supiera quién es, y luego regresa con los demás, a trabajar la tierra fría, lo más lentamente posible.

1017 es el único que no nos tiene miedo.

Recojo la pala y la clavo con fuerza en la tierra.

—¿Te lo pasas bien? —grita Davy.

Muestro en mi ruido el peor insulto que se me ocurre.

—Oh, mi madre murió hace mucho tiempo —dice—. Igual que la tuya. —Se echa a reír—. Me pregunto si en la vida real hablaba tanto como lo que escribí en su librito.

Me enderezo, con el ruido al rojo vivo.

—Davy...

—Porque, chico, cómo se alarga la mujer...

—Un día de estos... —empiezo, con un ruido tan feroz que casi lo veo doblar el aire con un fogonazo de fuego—. Un día de estos voy a...

—¿Qué vas a hacer, Todd? —me pregunta el alcalde, que acaba de entrar a lomos de Morpeth—. Os he oído discutir desde la carretera. —Dirige la mirada a su hijo—. Y discutir no es trabajar.

—No te preocupes, papá, te aseguro que están trabajando —contesta Davy, señalando los campos con un gesto.

Y es verdad. Los zulaques y yo trabajamos divididos en equipos de diez o veinte, esparcidos por los terrenos del monasterio, retirando piedras de los muros bajos interiores y sacando tierra de los campos. Otros apilan la tierra cavada en otros campos, y mi grupo, el más cercano a la entrada, ha cavado ya algunas zanjas para colocar los cimientos del primer edificio. Yo uso una pala. Los zulaques tienen que usar las manos.

—No está mal —reconoce el alcalde—. No está nada mal.

El ruido de Davy irradia tanta complacencia que es de vergüenza ajena. Nadie lo mira.

—¿Y tú, Todd? —El alcalde se vuelve hacia mí—. ¿Cómo te va la mañana?

—Por favor, no le haga daño —suplico.

—Por favor, no le haga daño —se burla Davy.

—Por última vez, Todd —dice el alcalde—. No voy a hacerle daño. Solo voy a hablar con ella. De hecho, ahora mismo me dirijo a hablar con ella.

Me da un vuelco el corazón y el ruido aumenta.

—Vaya, papá, eso no le ha gustado —se ríe Davy.

—Silencio —le advierte su padre—. Todd, ¿querrías decirme algo que pueda hacer que la visita transcurra más rápidamente y de forma más agradable para todos?

Trago saliva.

Prentiss me está mirando, mira mi ruido, y unas palabras toman forma en mi cerebro: POR FAVOR, NO LE HAGA DAÑO. Están dichas con mi voz y la del alcalde entrelazadas, y escondo las cosas que pienso, las cosas que sé, porque esas palabras son distintas al puñetazo de ruido, esas palabras rebuscan en lugares que yo no quiero que visiten, intentan abrir puertas cerradas y girar piedras y encender luces que nunca deberían haber brillado, y sigo escuchando POR FAVOR, NO LE HAGA DAÑO, y noto que me gustaría decírselo (el mar), que



me gustaría abrir esas puertas (el mar), que me gustaría hacer exactamente lo que me pide, porque tiene razón, tiene razón en todo, y quién soy yo para resistirme...

—Ella no sabe nada —afirmo con voz vacilante, casi en un susurro.

Arquea las cejas.

—Pareces angustiado, Todd. —Espolea a Morpeth para acercarse a mí. **Ríndete**, dice el caballo. Davy observa las atenciones que me dispensa el alcalde y percibo que está celoso—. A mí, Todd, cuando necesito calmar las pasiones, me gusta hacer una cosa.

Me mira a los ojos.

YO SOY EL CÍRCULO Y EL CÍRCULO SOY YO.

Nace justo en el centro de mi cerebro, como un gusano en una manzana.

—Me recuerda quién soy —continúa el alcalde—. Me recuerda que tengo el control sobre mí mismo.

—¿Qué es? —pregunta Davy, y me doy cuenta de que no lo está oyendo.

YO SOY EL CÍRCULO Y EL CÍRCULO SOY YO.

Otra vez, en mi interior.

—¿Qué significa? —susurro, porque me pesa tanto en el cerebro que me cuesta mucho hablar.

Y entonces lo oímos.

Un aullido en el aire, un zumbido que no es ruido, un rumor que parece más bien una abeja gorda que acude a picarte.

—¿Qué demonios...? —exclama Davy.

Y ahora todos damos media vuelta, miramos al extremo más alejado del monasterio, sobre las cabezas de los soldados que siguen alineados en lo alto del muro.

Zuuuum...

En el cielo, una forma traza un arco, alto y nítido, y se alza por entre los árboles de detrás del monasterio, dejando a su paso una estela de humo, pero el zumbido aumenta y el humo empieza a espesarse y se vuelve negro.

Y entonces el alcalde extrae del bolsillo de la camisa los prismáticos de Viola para poder verlo mejor.

Me quedo mirando los prismáticos, con el ruido agitado, rebosante de signos de interrogación que él decide ignorar.

Davy debió de bajarlos también de la montaña.

Aprieto los puños.

—Sea lo que sea —dice Davy—, viene hacia aquí.

Me doy la vuelta. El objeto ha alcanzado el punto álgido del arco y regresa hacia la tierra.

Hacia el monasterio donde estamos todos nosotros.

Zuum...

—Yo de vosotros me apartaría —dice el alcalde—. Es una bomba.

Davy corre tan deprisa hacia las puertas que el látigo le cae al suelo. Los soldados del muro empiezan a saltar al exterior. El alcalde prepara el caballo, pero todavía no se mueve, esperando a ver dónde va a aterrizar la bomba.

—Una bomba rastreadora —dice con una voz llena de interés—. Anticuada, prácticamente inútil. La usamos en la guerra de los zulaques.

El zumbido aumenta. La bomba sigue cayendo, va cogiendo velocidad.

—¿Alcalde Prentiss?

—Presidente —me corrige, pero sigue mirando por los prismáticos, como si estuviera hipnotizado—. El sonido y el humo... Demasiado evidente para usarla de manera encubierta.

—¡Alcalde Prentiss!

Con los nervios, mi ruido va en aumento.

—En la ciudad solo han puesto bombas de tierra. Entonces, ¿por qué...?

—¡¡¡Corred!!! —chillo.

Morpeth echa a correr y el alcalde me mira.

Pero no estoy hablando con él.

—¡¡¡Corred!!! —grito, y agito las manos y la pala hacia los zulaques que están más cerca de mí, los zulaques de mi campo.

El campo hacia donde se dirige la bomba.

Zuuuum...

No lo entienden. La mayoría se limita a contemplar la bomba que baja hacia ellos.

—¡¡¡Corred!!! —sigo gritando, y mando explosiones con mi ruido, les muestro lo que sucederá cuando la bomba toque el suelo, imagino sangre y tripas y el BUM que nos espera—. ¡Corred, maldita sea!

Por fin me entienden y algunos empiezan a diseminarse, tal vez para alejarse de mis gritos y de la pala, pero echan a correr y yo los persigo campo arriba. Miro atrás. El alcalde se ha trasladado a la entrada del monasterio, listo para alejarse todavía más en caso necesario.

Pero me está mirando a mí.

—¡¡¡Corred!!! —sigo gritando, haciendo que los zulaques se alejen aún más, que huyan del centro del campo. Los pocos que quedan saltan la pared interior más cercana y yo salto con ellos, tomo aliento y me giro para ver aterrizar la bomba...

Y veo a 1017 que sigue todavía en medio del campo, mirando al cielo.

Y veo la bomba que está a punto de matarlo.

Vuelvo a saltar la pared interior apenas sin darme cuenta...

Mis pies retumban sobre la hierba...

Brinco por encima de las zanjas que hemos cavado...

Corro tanto que mi ruido no transmite nada...

Solo el zumbido de la bomba...

Cada vez más alto y más grave...  
Y 1017 levanta la mano para taparse los ojos del sol...  
¿Por qué no huye?  
Y mis pies retumban y retumban...  
Y voy diciendo:  
—Maldito seas, maldito seas...  
ZUUUUUUUUUUUUUM...  
Y 1017 no me ve venir.

Me estampo contra él con tanta fuerza que lo levanto del suelo, noto que sus pulmones se quedan sin aire mientras volamos sobre la hierba, mientras caemos rodando al suelo, mientras caemos al interior de una zanja poco profunda, mientras un titánico...

# BUM

devora el planeta entero de un solo bocado de sonido,

dinamitando cada pensamiento y cada pedazo de ruido,

agarrando tu cerebro y haciéndolo añicos,

y cada brizna de aire es absorbida y pasa de largo como una exhalación y la tierra y la hierba nos golpean en terrones duros y pesados y el humo nos inunda los pulmones.

Y entonces se hace el silencio.

Un silencio ensordecedor.

—¿Estás herido? —oigo gritar al alcalde, como si estuviera a kilómetros de distancia y sumergido en el agua.

Me enderezo dentro de la zanja, veo el enorme cráter humeante en medio del campo, con el humo cada vez más escaso porque no hay nada que quemar, y las hileras de zulaques que observan a lo lejos, acurrucados en los campos.

Respiro, pero no oigo nada.

Me giro hacia 1017, que sigue más o menos bajo mi cuerpo, forcejeando por levantarse, y abro la boca para preguntarle si se encuentra bien, a pesar de que no pueda responderme...

Y me da una bofetada tan fuerte que me deja toda la cara marcada de rasguños.

—¡Eh! —grito, aunque apenas me oigo a mí mismo...

Se revuelve debajo de mí y yo alargo la mano para sujetarlo...

Y entonces me muerde con fuerza con sus hileras de dientes pequeños y afilados...

Retiro la mano, sangrando...

Y estoy a punto de darle un puñetazo, de darle una buena...

Pero él ya ha conseguido escabullirse, y corre a través del cráter, en dirección al resto de zulaques...

—¡Eh! —vuelvo a gritar, con el ruido al rojo vivo.

1017 corre y, de vez en cuando, echa la vista atrás, y las hileras de zulaques me miran también, y sus estúpidas caras silenciosas tienen menos expresión que la oveja más tonta que tuviera nunca en la granja y me sangra la mano y me pitan los oídos y me escuece la cara por los rasguños y le he salvado la estúpida vida, ¿y así es como me lo agradece?

«Animales», pienso. «Malditos, inútiles, estúpidos animales.»

—¿Todd? —repite el alcalde, cabalgando hacia mí—. ¿Estás herido?

Me giro hacia él, sin saber si estoy lo bastante tranquilo para responder, pero cuando abro la boca...

El suelo se abre.

Como sigo sin oír nada, lo siento más que lo oigo, noto el retumbar a través de la tierra, noto la pulsación del aire, tres fuertes vibraciones, una tras otra, y veo que el alcalde gira la cabeza de pronto hacia la ciudad, veo que Davy y los zulaques hacen lo mismo.

Más bombas.

A lo lejos, hacia la ciudad. Son las bombas más grandes que han explotado nunca en la historia de este mundo.

## VIVIR ES LUCHAR

## {VIOLA}

Estoy tan estúpidamente deshecha después de que el alcalde y sus soldados se llevaran a Todd, que al final Corinne se ve obligada a administrarme algo para ayudarme, si bien el pinchazo de la aguja en el brazo lo noto tan poco como el tacto de su mano contra mi espalda, inmóvil, sin acariciarme, sin hacer nada para hacerme sentir mejor, solo sujetándome, conectándome a la tierra.

Lamento decir que no me siento agradecida.

Cuando me despierto en mi cama, apenas ha amanecido, el sol está tan bajo que ni siquiera ha sobrepasado el horizonte, y el resto sigue envuelto entre las sombras matinales.

Corinne está sentada en la silla, a mi lado.

—Aunque dormir más rato te haría bien —me dice—, me temo que no podrás.

Me inclino hacia delante, hasta que prácticamente me doblo por la mitad. El pecho me pesa tanto que es como si alguien me estuviera estirando hacia el suelo.

—Ya lo sé —murmuro—. Ya lo sé.

Ni siquiera sé por qué se desplomó. Estaba aturdido, casi inconsciente, echaba espuma por la boca, y luego los soldados lo levantaron y se lo llevaron a rastras.

—Vendrán a por mí cuando hayan terminado con Todd —digo, y tengo que tragarme el nudo en la garganta.

—Sí, así lo espero —se limita a decir Corinne, mirándose las manos: los callos de color crema que le han salido en las yemas de los dedos, la piel de color ceniza de los dorsos de las manos que se le desconcha por tenerlas tanto tiempo en agua caliente.

Hace una mañana sorprendente y crudamente fría. Por mucho que la ventana esté cerrada, noto un escalofrío. Me rodeo el cuerpo con los brazos.

Se ha ido.

Se ha ido.

Y no sé lo que va a pasar ahora.

—Me crie en un asentamiento llamado Kentish Gate —dice de pronto Corinne sin mirarme—, en los límites de un gran bosque.

Alzo la vista.

—Mi padre murió en la guerra de los zulaques —continúa—, pero mi madre sobrevivió. Desde que pude tenerme en pie, trabajé con ella en nuestros huertos, recolectando manzanas y piñas y frutos silvestres.

Me la quedo mirando, me pregunto por qué ahora, por qué ahora esta historia.

—La recompensa por tanto trabajo duro —sigue diciendo— era ir de excursión cada año al terminar la cosecha, mi madre y yo solas, adentrándonos en el bosque cuanto nos atrevíamos. —Mira por la ventana al oscuro amanecer—. Hay mucha vida ahí fuera, Viola. Mucha, en cada rincón de cada bosque, y en cada arroyo, y en cada río, y en cada montaña. Este planeta vibra de tanta vida.

Se pasa un dedo por los callos.

—La última vez que fuimos, yo tenía ocho años. Caminamos hacia el sur tres días enteros, era un regalo por lo mayor que me había hecho. Solo Dios sabe a cuántos kilómetros estábamos, pero estábamos solas, solas ella y yo, y eso era lo único que importaba.

Hace una larga pausa. No la interrumpo.

—Una roja rayada la mordió en el talón mientras se refrescaba los pies en un arroyo. —Vuelve a frotarse las manos—. El veneno de la serpiente roja es fatal, pero lento.

—Oh, Corinne —digo en voz baja.

De pronto se levanta, como si mi compasión fuera una grosería. Camina hasta la ventana.

—Tardó diecisiete días en morir —dice, sin mirarme aún—. Fueron horribles y penosos, y cuando se quedó ciega, se agarró a mí y me suplicó que la salvara, me suplicó una y otra vez que le salvara la vida.

Permanezco en silencio.

—Lo que sabemos ahora, lo que las sanadoras han descubierto, es que podría haberla salvado hirviendo simplemente una raíz de Xanthus. —Cruza los brazos—. La había por todas partes. En abundancia.

Oímos el **RUGIDO** de Nueva Prentiss apenas la ciudad empieza a levantarse con el sol. La luz penetra desde el horizonte lejano, pero guardamos silencio un momento más.

—Lo siento, Corinne —digo por fin—. Pero ¿por qué...?

—Aquí todo el mundo es hijo de alguien —contesta en voz muy baja—. Cada soldado de ahí fuera es hijo de alguien. El único crimen, el único crimen es quitar una vida. No hay nada más.

—Por eso no luchas.

Se vuelve hacia mí de repente.

—Vivir es luchar —me lanza—. Preservar la vida es luchar por todo lo que significa el ser humano. —Enfadada, toma aliento—. Y solo faltaba la enfermera Coyle, con todas esas bombas. Yo lucho cada vez que vendo el ojo morado de una mujer, cada vez que retiro metralla de la víctima de un bombardeo.

Ha levantado la voz, pero ahora la vuelve a bajar.



—Esa es mi guerra —continúa—. Esa es la guerra que estoy librando.  
Regresa a la silla y recoge la ropa que descansa junto a ella.  
—Y precisamente por esa razón —dice—, necesito que te pongas esto.

No me da opción a discutir ni a preguntarle siquiera sobre su plan. Se lleva mi ropa de aprendiz y mis pocas prendas demasiado lavadas y me obliga a ponerme unos harapos: una blusa de manga larga, una falda larga y un pañuelo que me cubre totalmente la cabeza.

—Corinne... —empiezo a decir, anudándome el pañuelo.

—Calla y date prisa.

Cuando termino de vestirme, me lleva al final de un largo pasillo que da a la orilla del río que transcurre junto al sanatorio. Una pesada bolsa de tela llena de medicinas y vendajes me espera al lado de la puerta. Me la entrega y me dice:

—Espera aquí. Reconocerás el sonido cuando lo oigas.

—Corinne...

—Tus probabilidades no son demasiado elevadas, debes saberlo. —Ahora me mira a los ojos—. Pero si consigues llegar al lugar donde se esconden, utilizarás estas provisiones para ejercer de sanadora, ¿me oyes? Lo llevas dentro, lo sepas o no.

Mi respiración es pesada, nerviosa, pero la miro y respondo:

—Sí, enfermera.

—Enfermera es lo correcto —responde, y vigila por la mirilla de la puerta. Solo hay un soldado aburrido en la esquina del edificio, hurgándose la nariz. Corinne se vuelve hacia mí.

—Ahora. Pégame, por favor.

—¿Cómo? —parpadeo.

—Pégame —repite—. Necesito tener la nariz ensangrentada o el labio partido, por lo menos.

—Corinne...

—Date prisa, antes de que las calles se llenen de soldados.

—¡No pienso pegarte!

Me agarra del brazo, tan ferozmente que me encojo de dolor.

—Si el presidente viene a por ti, ¿de veras crees que vas a volver? Ha intentado sacarte la verdad a base de interrogarte y de tender trampas a tu amigo. ¿De veras crees que la paciencia de un hombre como ese puede durar eternamente?

—Corinne...

—Acabará haciéndote daño. Si te niegas a ayudarlo, te matará.

—Pero yo no sé...

—¡A él le da igual que no sepas nada! —susurra entre dientes—. Si puedo salvar una vida, lo haré, aunque sea tan irritante como la tuya.

—Me haces daño —me quejo en voz baja cuando ella me hunde los dedos en el brazo.

—Bien —dice—. Enfádate hasta que me tengas que pegar.

—Pero ¿por qué...?

—¡Hazlo! —grita.

Tomo aliento, dos veces, y luego le cruzo la cara lo más fuerte que puedo.

Espero agachada junto a la ventana de la puerta, vigilando al soldado. Los pasos de Corinne se desvanecen por el pasillo, camino del vestíbulo. Espero un poco más. El soldado es uno de los muchos que a estas alturas ya se ha visto desprovisto de la cura, y en el silencio relativo de la mañana puedo oír lo que piensa. Pensamientos de aburrimiento, pensamientos del pueblo en el que vivía antes de la invasión del ejército, pensamientos del ejército al que se vio obligado a alistarse.

Pensamientos de una chica que conocía y que murió.

Y entonces oigo el grito sordo de Corinne procedente de la parte frontal. Gritará que la Respuesta se introdujo en el sanatorio durante la noche, la golpeó a base de bien y me secuestró delante de sus propias narices, pero que aun así pudo ver que huíamos en dirección contraria al camino por el que yo voy a salir corriendo.

Es una historia muy pobre, en ningún caso va a funcionar. ¿Cómo iba a entrar alguien con guardias por todas partes?

Pero ella cuenta con un as en la manga. Una leyenda que ha surgido, una leyenda sobre la Respuesta.

¿Cómo son capaces de colocar bombas sin que nadie las vea?

¿Sin que las pillen?

Si la Respuesta es capaz de algo semejante, ¿acaso no puede pasar también por delante de unos guardias armados?

¿Acaso es invisible?

Percibo pensamientos de este tipo en cuanto la cabeza del soldado se yergue al oír el alboroto. Aumentan en su ruido cuando dobla la esquina y desaparece de la vista.

Y así, de sopetón, llega el momento.

Cargo al hombro la bolsa de las medicinas.

Abro la puerta.

Echo a correr.

Echo a correr hacia la línea de árboles y desciendo en dirección al río. Aunque hay un camino que bordea el lecho, me mantengo pegada a los árboles, y cuando la bolsa golpea con fuerza mis hombros y mi espalda, no puedo evitar pensar en Todd corriendo por este mismo río, por esta misma orilla, huyendo del ejército, huyendo y huyendo y huyendo.

Tengo que llegar hasta el mar.

Por mucho que desee salvar a Todd, mi única opción es encontrar a la enfermera Coyle antes.

Después volveré a buscarlo.

Lo haré.

«Nunca te abandonaré, Todd Hewitt.»

Me duele el corazón al recordar el momento en que lo dije.

Al romper mi promesa.

(aguanta, Todd)

(sobrevive)

Sigo corriendo.

Avanzo río abajo, evitando las patrullas, atajando por patios traseros, corriendo tras las vallas, manteniéndome tan alejada de las casas y de los bloques como puedo.

El valle vuelve a estrecharse. Las colinas se aproximan a la carretera y las casas empiezan a escasear. En una ocasión, oigo soldados marchando y me fundo entre los arbustos mientras pasan de largo, aguanto la respiración, pegada al suelo. Espero hasta que lo único que oigo es el trino de los pájaros (*¿dónde está mi seguridad?*) y el **RUGIDO** ya lejano de la ciudad. Tomo aliento un par de veces más, y luego levanto la cabeza y estudio la carretera.

El río se dobla a lo lejos y la carretera se pierde de vista detrás de más bosques y colinas escalonadas. Al otro lado de la carretera, lejos de la ciudad, hay sobre todo granjas y masías, que trepan por laderas empinadas, dando la espalda a otras zonas boscosas, y justo delante, veo un pequeño camino que conduce a una casa con una pequeña hilera de árboles en el jardín anterior. Los campos de cultivo se esparcen a la derecha, pero más allá de la granja empieza un bosque más espeso. Si consigo subir por el camino, ese será el lugar más seguro. Si es necesario, me esconderé hasta que anochezca y avanzaré en la oscuridad.

Observo la carretera en ambas direcciones varias veces más. Estoy alerta por si oigo soldados, algún ruido perdido, el traqueteo de un carro.

Respiro hondo.

Y cruzo como una bala la carretera.

Con la mirada fija en la granja, la bolsa rebotando contra mi espalda, los brazos apartando el aire, los pulmones jadeantes, corro cada vez más y más deprisa...

Subo por el camino...

Casi hasta los árboles...

Ya casi estoy...

Y un granjero sale de la espesura.

Me detengo en seco, resbalo sobre la tierra y casi caigo al suelo. Él retrocede de un brinco, es evidente que le ha sorprendido verme aparecer tan de pronto.

Nos quedamos mirando el uno al otro.

Tiene un ruido silencioso, disciplinado, casi caballeroso, y por eso no fui capaz de distinguirlo desde lejos. Lleva una cesta bajo el brazo y una pera roja en la mano libre.

Me mira de arriba abajo, observa la bolsa que llevo a la espalda, me ve sola en la carretera al

amanecer, infringiendo la ley, comprende, por la pesadez de mi respiración, que he estado corriendo.

Y una palabra surge en su ruido, rápida y clara como la mañana.

*La Respuesta*, piensa.

—No —digo—. Yo no...

Pero él se lleva un dedo a los labios.

Ladea la cabeza en dirección a la carretera.

Oigo el sonido lejano de soldados marchando.

—Por ahí —susurra el granjero. Señala un camino estrecho, una pequeña entrada al bosque que sería fácil pasar por alto si no sabes de su existencia—. Deprisa.

Lo miro una vez más, quiero ver si es una trampa, intento descifrarlo, pero no hay tiempo. No hay tiempo.

—Gracias —digo, y echo a correr.

El camino conduce casi de inmediato a un bosque más denso, que continúa ladera arriba. Es un sendero estrecho y tengo que retirar vides y ramas para abrirme paso. Los árboles se me tragan y solo puedo seguir adelante y adelante, con la esperanza de que el granjero no me haya tendido una trampa. Llego a lo alto de la colina y descubro una pequeña bajada y luego otra colina por subir. Esta también la subo corriendo. Sigo en dirección este, pero no hay suficiente visibilidad para saber dónde está la carretera ni el río ni...

Casi tropiezo con un claro.

Y en el claro hay un soldado, a menos de diez metros de mí.

El corazón me da un vuelco, pero me da la espalda (gracias a Dios; gracias a Dios), así que me detengo y vuelvo a esconderme entre los arbustos. No veo lo que está vigilando.

Ahí está.

En el centro del claro, en la cima de la colina, alargándose hacia el cielo sobre tres patas metálicas de casi cincuenta metros. Los árboles de alrededor han sido talados, y al otro lado del claro distingo un pequeño edificio y un camino que baja por el otro lado de la colina, hacia el río.

He encontrado la torre de comunicaciones.

Está aquí.

Y no hay demasiados soldados alrededor. Cuento cinco; no, seis.

Solo seis. Quedan amplias zonas sin vigilancia.

El corazón se me llena de esperanza.

La he encontrado.

Entonces un ¡BUM! resuena a lo lejos, más allá de la torre.

Me encojo de terror, y los soldados hacen lo mismo. Otra bomba. Otra declaración de principios de la Respuesta. Otra...

Los soldados se van.

Corren, corren hacia el lugar donde ha sonado la explosión, se alejan de mí bajando por la ladera opuesta de la colina, hacia el lugar donde ya puede distinguirse una fina columna de humo blanco.

Tengo la torre delante.

De repente, se ha quedado sin vigilancia.

Ni siquiera pienso en lo estúpido de mi comportamiento.

Echo a correr...

A correr hacia la torre...

Quizá esta es mi oportunidad para salvarnos.

No lo sé.

Solo corro...

En campo abierto...

Hacia la torre...

Hacia el edificio que hay debajo...

Puedo salvarnos...

Tal vez pueda salvarnos a todos...

Y entonces, con el rabillo del ojo, veo a alguien que sale de entre los árboles que tengo a mi izquierda.

Alguien que corre hacia mí.

Alguien...

Alguien que dice mi nombre...

—¡Viola! —oigo—. ¡Atrás! ¡Viola, no!

La enfermera Coyle me está gritando.

No me detengo.

Ella tampoco.

—¡¡¡Atrás!!! —grita.

Y cruza el claro delante de mí.

Corre y corre y corre...

Y entonces comprendo.  
Como un golpe en el estómago...  
Comprendo por qué grita.  
No...  
Me detengo en seco.  
«No», pienso.  
«No, no puede...»  
La enfermera Coyle me alcanza...  
«¡¡¡No puede!!!»  
Me empuja y ambas caemos al suelo...  
«¡NO!»

Las patas de la torre explotan entre destellos cegadores de luz.



CUARTA  
PARTE

CAE LA NOCHE

## LO QUE TÚ NO SABES

{VIOLA}

—¡Suélteme!

Me tapa la boca con la mano, la mantiene ahí, me retiene con todo el peso de su cuerpo mientras unas nubes de polvo se elevan a nuestro alrededor desde los escombros de la torre de comunicación.

—Deja de gritar —murmura.

Le muerdo la mano.

Hace una mueca de dolor, llena de rabia, pero aun así no me suelta, encaja el mordisco y permanece inmóvil.

—Más tarde podrás gritar y chillar cuanto quieras, mi niña, pero dentro de dos segundos este sitio va a estar a rebosar de soldados. ¿Tú crees que van a pensar que pasabas por aquí por casualidad?

Espera a ver mi reacción. La miro con desdén, pero asiento por fin. Retira la mano.

—No me llame «mi niña» —digo con una voz suave, pero tan furiosa como la suya—. No vuelva a llamarme así nunca más.

Bajamos por una pendiente pronunciada, otra vez en dirección a la carretera, nos deslizamos sobre las hojas caídas y el rocío acumulado, siempre bajando y bajando. Supero troncos y raíces, y la bolsa de tela sobre mis hombros pesa como una losa.

No tengo otra opción que seguir a la enfermera Coyle.

Ellos me capturarían y me harían volver a la ciudad.

Y ella me ha arrebatado la otra opción.

Llega a unos arbustos altos al pie de una pendiente todavía más pronunciada. Se esconde rápidamente debajo de ellos y me hace señas para que la imite. Me deslizo a su lado, casi sin respirar, y dice:



—Sobre todo, no grites.

Antes de que pueda abrir la boca, ya se ha lanzado a través de los arbustos, que se cierran a su estela y tengo que apartar hojas y plantas para poder seguirla. Todavía estoy abriéndome paso cuando prácticamente salgo disparada al otro lado.

A la carretera.

Donde dos soldados esperan junto a un hombre con un carro, y todos ellos nos miran fijamente a mí y a la enfermera Coyle.

Los soldados parecen más sorprendidos que enojados, pero carecen de ruido, de modo que no hay manera de saberlo.

Pero llevan rifles.

Y los alzan para apuntarnos.

—¿Y quién diablos es esta? —ladra uno de ellos, un hombre de mediana edad con la cabeza afeitada y una cicatriz en la mandíbula.

—¡No disparéis! —pide la enfermera Coyle, con las manos levantadas.

—Hemos oído la explosión —señala el otro soldado, más joven, no mucho mayor que yo, con el pelo rubio y largo hasta los hombros.

Entonces el otro soldado dice algo que yo no esperaba en absoluto.

—Llegáis tarde.

—Ya es suficiente, Magnus —dice la enfermera Coyle, bajando las manos y avanzando hacia el carro—. Dejad de apuntarnos, ella viene conmigo.

—¿Cómo? —pregunto, todavía helada.

—La bomba rastreadora falló totalmente —explica el soldado más joven—. Ni siquiera sabemos dónde ha caído.

—Ya os dije que eran demasiado antiguas —dice Magnus.

—Cumplió con su cometido —responde la enfermera Coyle, que se afana alrededor del carro—, da igual dónde haya caído.

—¡Eh! —intervengo—. ¿Qué pasa aquí?

Y entonces oigo:

—¿Hildy?

La enfermera Coyle se detiene en seco y los dos soldados también, y se quedan mirando al hombre que conduce el carro.

—Eres tú, ¿verdad? —dice—. Eres Hildy, a quien también llaman Viola.

Tenía la mente tan acelerada, tan completamente centrada en los soldados, que apenas he echado un vistazo al conductor del carro, su rostro casi inexpresivo, la ropa, el sombrero, la voz, el ruido plano y calmado como el horizonte lejano.

El hombre que una vez nos condujo a Todd y a mí a través de un mar de cosas.

—Wilf —resoplo.

Ahora todo el mundo me mira. La enfermera Coyle arquea tanto las cejas que parece que

intenten encaramarse a su cabello.

—Hola —me saluda Wilf.

—Hola —respondo, demasiado sorprendida para decir nada más.

Se toca con dos dedos el ala del sombrero.

—Me alegro de ver que saliste adelante.

La enfermera Coyle mueve la boca, pero durante un par de segundos no emite sonido alguno.

—Ya habrá tiempo para contarse la vida —dice por fin—. Ahora tenemos que irnos.

—¿Habrá sitio para dos? —pregunta el soldado más joven.

—Tendrá que haberlo.

Se agacha bajo el carro y retira un panel de la parte inferior. Me hace una seña.

—Entra.

—¿Dónde?

Doblo el cuerpo y veo un compartimento escondido a lo ancho del carro, estrecho y delgado como un redil, por encima del eje trasero.

—La mochila no cabrá —dice Wilf, señalando la bolsa de mi espalda—. Ya la llevo yo.

Me la quito y se la paso.

—Gracias, Wilf.

—Date prisa, Viola —me ordena la enfermera Coyle.

Dirijo a Wilf una última inclinación de cabeza, me agacho bajo el carro y trepo al interior, embutiéndome en el compartimento hasta que la cabeza toca casi el otro extremo. La enfermera Coyle no espera y se mete después de mí. El soldado más joven tenía razón. No hay sitio suficiente. La mujer se aprieta contra mí, cara a cara, me hinca las rodillas en los muslos, tenemos las narices a menos de un centímetro de distancia. Apenas ha metido los pies cuando vuelven a colocar el panel y nos sumimos en la oscuridad más absoluta.

—¿Dónde estamos...? —intento decir, pero ella me hace callar con firmeza.

Y en el exterior oigo a los soldados que marchan rápidamente por la carretera, precedidos por el galope de los cascos de los caballos.

—¡Informen! —grita un soldado al detenerse junto al carro.

Esa voz...

Está muy arriba y los caballos la tapan con sus relinchos.

Pero esa voz...

—Hemos oído la explosión, señor —responde el mayor de nuestros soldados—. Este hombre dice que se cruzó con unas mujeres que bajaban por la carretera del río hace una hora.

Oímos escupir al soldado.

—Zorras.

Reconozco esa voz...

Es el sargento Hammar.

—¿A qué unidad pertenecéis? —dice.

—A la Primera, señor —responde nuestro soldado más joven, después de una pausa brevísima —. Capitán O'Hare.

—¡Qué asco! —escupe el sargento Hammar—. Si queréis ser soldados de verdad, pedid el traslado a mi unidad, la Cuarta.

—Sí, señor —dice nuestro soldado mayor, un poco más nervioso de lo que a mí me gustaría.

Oigo el ruido de los soldados de la unidad del sargento Hammar. Piensan en el carro. Piensan en las explosiones. Piensan en matar a las mujeres.

Pero el sargento Hammar no despide ningún ruido.

—Arresten a este hombre —dice por fin, refiriéndose a Wilf.

—Es lo que estábamos haciendo, señor.

—Zorras —repite el sargento, y oímos cómo espolea el caballo (*ríndete*, piensa el animal). Hammar y sus hombres se alejan a toda velocidad.

Suelto la respiración que no sabía que estuviera aguantando.

—Ni siquiera lo castigaron —murmuro, más para mí misma que a la enfermera Coyle.

—Luego —responde con un susurro.

Oigo que Wilf chasquea las riendas y el carro se pone lentamente en movimiento.

El alcalde me mintió desde el principio.

Por supuesto que sí, idiota.

El asesino de Maddy campa a sus anchas para poder matar otra vez, y sigue tomando la cura.

Choco y me sacudo contra la mujer que ha destruido mi única esperanza de contactar con las naves que podrían salvarnos.

Y Todd sigue ahí fuera. En algún lugar. Se ha quedado atrás.

No me había sentido tan sola en toda mi vida.

El compartimento es infernalmente pequeño. Compartimos en exceso el aire mutuo, codos y hombros se van hiriendo a medida que avanzamos, el calor nos empapa la ropa.

No hablamos.

Pasa el tiempo. Y luego pasa más tiempo. Y todavía más. Me sumerjo en una especie de sueño, el calor en el compartimento me extrae la vida. El balanceo del carro acaba por alisar todas mis preocupaciones y cierro los ojos a su compás.

Me despierta el soldado más mayor dando golpes a la madera, y cuando pienso que por fin nos van a dejar salir, se limita a decir:

—Llegamos al trozo más difícil. Sujetaos bien.

—¿Qué...? —empiezo a preguntar, pero no sigo porque parece que el carro se esté despeñando por un acantilado.

La frente de la enfermera Coyle impacta contra mi nariz y noto el olor de la sangre casi de inmediato. Oigo cómo resopla y se ahoga cuando sin poder evitarlo le golpeo con una mano en la frente, pero el carro sigue sacudiéndose y dando botes y la vuelta de campana parece inminente.

Entonces la enfermera Coyle me rodea con sus brazos, me atrae hacia ella y nos abrazamos, mientras con una mano y un pie presiona el lado opuesto del compartimento. Me resisto, rechazo la mayor comodidad que implica esta postura, pero enseguida me doy cuenta de que mantenernos abrazadas es una buena idea, porque casi de inmediato dejamos de chocar entre nosotras, por mucho que el carro dé tumbos y trompicones.

Y así, en brazos de la enfermera Coyle, transcurre el último tramo de mi viaje. Y es en brazos de la enfermera Coyle que entro en el campamento de la Respuesta.

Por fin, el carro se detiene e inmediatamente alguien retira el panel.

—Ya hemos llegado —anuncia el soldado más joven, el rubio—. ¿Todo el mundo bien?

—¿Por qué no íbamos a estarlo? —dice la enfermera Coyle, antipática como de costumbre. Me suelta, baja rápidamente del compartimento y luego me tiende la mano para ayudarme a bajar. Yo la ignoro, salgo por mi cuenta y miro a mi alrededor.

Hemos bajado por un camino empinado y rocoso por el que a duras penas pasa un carro, hasta llegar a lo que parece un tajo de rocas en medio de un bosque. Los árboles se ciernen desde cada lado, y hay una hilera de ellos al nivel del suelo, delante de nosotros.

El mar debe de estar detrás. O yo me he quedado dormida más tiempo de lo que pensaba o ella mintió y estábamos más cerca de lo que dijo.

Cosa que no me sorprendería.

El soldado rubio silba al ver nuestros rostros, y yo noto la sangre seca bajo la nariz.

—Puedo darte algo para eso —dice.

—Es sanadora —interviene la enfermera Coyle—. Puede hacerlo ella misma.

—Me llamo Lee —me dice el chico con una sonrisa.

Por un breve instante, me doy cuenta de lo horrible que debo de estar con la nariz ensangrentada y la ridícula ropa que llevo.

—Yo soy Viola —me presento, mirando al suelo.

—Aquí tienes la bolsa. —Wilf, que de pronto se ha situado a mi lado, me tiende la bolsa de tela llena de medicinas y vendajes. Lo miro durante un segundo y entonces me lanzo a sus brazos, lo atraigo hacia mí, siento su cuerpo corpulento y seguro.

—Yo también me alegro de verte, Hildy —dice.

—Y yo a ti, Wilf —digo con la voz espesa. Lo suelto y recojo la bolsa.

—¿La preparó Corinne? —pregunta la enfermera Coyle.

Saco una venda y empiezo a limpiarme la sangre de la nariz.

—¿A usted qué le importa?

—Puedes acusarme de muchas cosas, pero no de falta de preocupación por los demás, mi niña.

—Se lo dije antes. No vuelva a llamarme así nunca más —le recuerdo, mirándola a los ojos.

Se lame los dientes. Lanza una mirada rápida a Lee y al otro soldado, Magnus, y ambos desaparecen rápidamente entre los árboles.

—Tú también, Wilf.

El hombre me mira.

—¿Estarás bien?

—Creo que sí, Wilf —respondo, tragando saliva—. Pero no te vayas muy lejos.

Él asiente, vuelve a tocarse el ala del sombrero y sigue a los soldados. Observamos cómo se van.

—Muy bien. —La enfermera Coyle se vuelve hacia mí, con los brazos cruzados—. Cuéntame.

Veo su expresión desafiante y noto que se me acelera la respiración, que la rabia vuelve tan rápido, tan fácil, que parece que vaya a partirme en dos.

—¿Cómo se atreve...?

Pero ya me está interrumpiendo.

—Quien contacte primero con tus naves tendrá la ventaja. Si él lo hace primero, les contará lo de la molesta organización terrorista que le está amargando la existencia y les pedirá que dejen utilizar los sistemas de teledirección para localizarnos y hacernos desaparecer de la faz del Nuevo Mundo.

—Sí, pero si nosotros...

—Si llegamos primero, sí, por supuesto, podríamos contarles lo de nuestro tirano particular, pero eso no va a suceder.

—Podríamos haberlo intentado...

—¿Sabías lo que hacías cuando corriste hacia la torre?

Cierro los puños.

—No, pero por lo menos podría haber...

—¿Qué? —Me desafía con la mirada—. ¿Enviar un mensaje a las mismas coordenadas que el presidente está buscando? ¿No crees que ya contaba con que lo intentarás? ¿Por qué crees exactamente que todavía no te han arrestado?

Hundo las uñas en las palmas de mis manos, me obligo a no oír lo que está diciendo.

—Nos estábamos quedando sin tiempo —dice—. Y si no podíamos utilizarla para contactar con quien nos pudiera ayudar, entonces por lo menos hemos evitado que él haga lo mismo.

—¿Y cuando aterricen? ¿Cuál será entonces su brillante plan?

—Bueno —empieza a decir, y descruza los brazos al tiempo que avanza hacia mí—. Si todavía no le hemos derrocado, será una carrera para ver quién llega antes, ¿no es así? Por lo menos, de este modo, la lucha será justa.

Sacudo la cabeza.

—No tenía ningún derecho.

—Es la guerra.

—Usted la inició.

—Él la inició, mi niña.

—Y usted la intensificó.

—Hay que tomar decisiones duras.

—¿Y quién le ha otorgado a usted la facultad de tomarlas?

—¿Quién le otorgó a él el poder de encerrar a la mitad de la población de este planeta?

—¡Está lanzando bombas contra la gente!

—Accidentes —responde—. Profundamente lamentables.

Ahora soy yo quien da un paso hacia ella.

—Esa frase sería muy propia de él.

Levanta los hombros, y si tuviera ruido, me estaría levantando la tapa de los sesos.

—¿Has visto las cárceles de mujeres, mi niña? Lo que no sabes podría llenar un cráter...

—¡Enfermera Coyle! —llama una voz desde los árboles. Lee irrumpe en el tajo rocoso—.

Acaba de llegar un informe.

—¿De qué se trata? —pregunta ella.

Él la mira, y luego me mira a mí. Vuelvo a bajar la cabeza.

—Tres divisiones de soldados marchan por la carretera del río —dice—. Se dirigen hacia la costa.

Enseguida levanto la vista.

—¿Vienen hacia aquí?

Tanto la enfermera Coyle como Lee se me quedan mirando.

—No —dice él—. Van hacia la costa.

Los miro simultáneamente, parpadeando.

—Pero ¿no estamos...?

—Por supuesto que no —dice la enfermera Coyle con la voz plana y burlona—. ¿Qué te ha hecho pensar que estábamos en la costa? ¿Y qué, me pregunto, hace pensar al presidente que lo estamos?

Noto un escalofrío desagradable, a pesar del calor, y me doy cuenta de que estoy temblando dentro de estas estúpidas mangas hinchadas.

Me estaba poniendo a prueba.

Como si yo fuera a decir al alcalde dónde...

—¿Cómo se atreve...? —empiezo una vez más.

Pero la rabia se desvanece con el recuerdo.

—Todd —murmuro.

Su ruido decía *mar* sin cesar.

Prometió que lo escondería.

Y yo supe que mantendría la promesa...

Si podía.

(oh, Todd, ¿te ha...?)

(¿estás...?)

Oh, no.

—Tengo que volver —digo—. Tengo que salvarlo.

La enfermera Coyle ya está negando con la cabeza.

—Ahora ya no podemos hacer nada por él...

—Lo matará.

Me mira con cierta compasión.

—Es probable que a estas alturas ya esté muerto, mi niña.

Noto un nudo en la garganta, pero me resisto.

—No lo sabe.

—Si no está muerto, habrá confesado voluntariamente al presidente. —Ladea la cabeza—.

¿Cuál de las dos opciones prefieres?

—No —digo sacudiendo la cabeza—. No...

—Lo siento, mi niña. —Ahora tiene la voz un poco más tranquila que antes, un poco más suave, pero todavía firme—. Lo siento de veras, pero hay miles de vidas en juego. Y, te guste o no, has elegido un bando. —Echa un vistazo a Lee—. Así pues, ¿qué te parece si te enseño nuestro ejército?

## ESCOMBROS

[TODD]

—Zorras —dice el señor Hammar a lomos de su caballo.

—No le hemos pedido ningún análisis, sargento —dice el alcalde, que monta a Morpeth a través de columnas de humo y el metal retorcido.

—Han dejado su marca —informa el señor Hammar, señalando el tronco de un gran árbol al borde del claro.

Ahí está la R azul de la Respuesta.

—Te agradezco que te preocupes tanto por mi capacidad ocular —dice el alcalde, de un modo tan tajante que incluso el señor Hammar guarda silencio.

Hemos llegado hasta aquí directamente desde el monasterio, nos hemos unido al escuadrón del señor Hammar cuando este subía la colina, listo para entrar en acción. Al llegar a lo alto, hemos encontrado a Ivan y a los soldados que en teoría debían vigilar la torre. Supongo que a Ivan le encargaron la misión como recompensa por haber reunido a los zulaques, pero ahora, por su expresión, juraría que preferiría no haber oído hablar jamás de ninguna torre.

Porque la torre ya no está. Se ha convertido en una pila de metal humeante, caída en una larga línea, como un borracho cuando se da de morros contra el suelo y decide quedarse ahí a dormir.

(y hago todo lo posible por no pensar en ella cuando me preguntó cómo llegar



hasta aquí)

(me dijo que era necesario llegar primero)

(oh, Viola, tú no...)

—Si tienen la fuerza suficiente para volar algo tan grande... —dice Davy a mi derecha, mirando al otro lado del campo. No termina la frase porque es lo mismo que pensamos los demás, lo que supura en el ruido de todos.

De todos los que tenemos ruido, claro, porque el señor Hammar parece ser uno de los afortunados.

—Eh, chico —se burla de mí—. ¿Ya eres un hombre?

—¿No tiene que ir a alguna parte, sargento? —pregunta el alcalde, sin mirarlo.

—Enseguida, señor —contesta el señor Hammar, que me guiña el ojo de manera cruel y espolea luego a su caballo mientras ordena a sus hombres que lo sigan.

Bajan por la colina en el descenso más veloz que he visto nunca, y nos dejan con Ivan y los soldados, cuyo ruido lamenta haber corrido hacia el monasterio después de oír la explosión de la bomba rastreadora.

Aunque, si lo piensas, es de cajón. Colocas una bomba más pequeña en un lugar para sacar a la gente del punto donde quieres colocar la bomba más grande.

En cualquier caso, ¿por qué bombardearon el monasterio?

¿Por qué atacan a los zulaques?

¿Por qué me atacan a mí?

—Soldado Farrow —llama el alcalde.

—Cabo Farrow, en realidad —responde Ivan.

El alcalde gira lentamente la cabeza e Ivan calla porque lo acaba de comprender.

—Soldado Farrow —repite el alcalde—, salvará todo el metal y la chatarra aprovechable y luego se personará ante su oficial de mando para entregarle su provisión de cura...

Se detiene. Todos oímos el ruido de Ivan con una claridad total. El alcalde da media vuelta. Todos los soldados del escuadrón tienen ruido. Todos han sido ya

castigados por uno u otro motivo.

—Se personarán todos ante el oficial de mando para el debido castigo.

Ivan no responde, pero su ruido es atronador.

—¿Hay algo que no le haya quedado claro, soldado? —pregunta el alcalde, alzando peligrosamente la voz. Mira a los ojos de Ivan y le aguanta la mirada—. Se personarán ante el oficial de mando para el debido castigo —repite, pero su voz delata una extraña vibración.

Miro a Ivan. Los ojos se le están nublando y descentrando, tiene la boca floja.

—Me personaré ante mi oficial de mando para el debido castigo —dice.

—Bien —responde el alcalde, y vuelve la vista hacia el desastre.

Ivan casi se desploma al romperse el contacto ocular, parpadea como si acabara de despertarse, arruga la frente.

—Pero, señor... —empieza a decir, a espaldas del alcalde.

Este se gira de nuevo, sin comprender cómo le pueden seguir hablando.

Ivan insiste.

—Acudíamos en su ayuda cuando...

Los ojos del alcalde centellean.

—Cuando la Respuesta vio cómo hacían exactamente lo que ella quería que hicieran y a continuación hizo volar mi torre.

—Pero, señor...

Sin cambiar de expresión, el alcalde saca una pistola de la cartuchera y dispara a Ivan en la pierna.

Este cae al suelo, aullando de dolor. El alcalde mira a los otros soldados.

—¿Alguien quiere añadir algo más antes de ponerse a trabajar?

Mientras los demás soldados ignoran los gritos de Ivan y proceden a limpiar los escombros, el alcalde conduce a Morpeth hasta la R, clara y diáfana como el anuncio que es en realidad.

—La Respuesta —dice con una voz grave, como si estuviera hablando para sí

—. La Respuesta.

—Deja que vayamos a por ellas, papá —se ofrece Davy.

—¿Humm?

El alcalde gira lentamente la cabeza, como si hubiese olvidado dónde nos encontramos.

—Podemos luchar —insiste Davy—. Lo hemos demostrado. Y en vez de eso nos pides que hagamos de canguro de unos animales derrotados de antemano.

El alcalde se nos queda mirando. No sé cuándo ni por qué Davy ha cambiado el «yo» por el «nosotros».

—Si piensas que están derrotados, David —dice por fin—, conoces muy poco a los zulaques.

El ruido de su hijo se arruga ligeramente.

—Creo que a estas alturas he aprendido ya un par de cosas.

Y, aunque deteste hacerlo, estoy de acuerdo con él.

—Sí —dice el alcalde—. Supongo que sí. Ambos habéis aprendido.

Me mira a los ojos y no puedo evitar pensar en cuando salvé a 1017 de la bomba, arriesgando mi vida para sacarlo del lugar donde aquella iba a caer.

Y en cómo me lo agradeció dándome mordiscos y arañazos.

—Entonces, ¿qué os parece iniciar un nuevo proyecto? —continúa el alcalde, encaminando a Morpeth hacia nosotros—. Un proyecto en el que podréis poner en práctica toda vuestra experiencia.

El ruido de Davy no parece muy seguro. Hay orgullo, pero también duda.

En el mío solo hay horror.

—¿Estás listo para liderarlo, Todd? —pregunta el alcalde, como quien no quiere la cosa.

—Yo estoy listo, papá —dice su hijo.

El alcalde sigue mirándome solo a mí. Sabe que estoy pensando en ella, pero ignora todas mis súplicas.

—La Respuesta —dice, volviéndose hacia la R—. Si eso es lo que quieren ser, adelante. —Vuelve a mirarnos—. Pero si hay una Respuesta, entonces tiene que

haber también...

Deja que su voz se desvanezca y su rostro adopta una sonrisa distante, como si se riese de su propia broma privada.

Davy desenrolla sobre la hierba el gran manuscrito blanco, sin importarle que se esté humedeciendo por el frío rocío de la mañana. En la parte superior hay unas palabras escritas y debajo hay diagramas y cuadrados y otras cosas dibujadas.

—Sobre todo son medidas —lee Davy—. Hay un montón. Quiero decir, fíjate en esto...

Sostiene el manuscrito ante mis ojos, intentando que le dé la razón.

Y, bueno...

Sí, vale, yo...

Da igual.

—Un montón —digo, notando cómo el sudor me sube por los brazos.

Ha pasado un día desde que cayó la torre y hemos vuelto al monasterio, donde seguimos organizando los equipos de trabajo de los zulaques. Parece que mi fuga ha sido olvidada, como si formara parte de otra vida y ahora todos tuviéramos cosas nuevas en las que pensar. El alcalde no quiere hablarme de Viola y yo vuelvo a trabajar a las órdenes de Davy, que no está demasiado contento.

O sea, como en los viejos tiempos.

—Hay una guerra a la vista, y él nos hace construir un maldito palacio —se queja Davy, repasando los planos.

No es un palacio, pero tiene parte de razón. Al principio solo iban a ser unas chozas sencillas para refugiar a los zulaques durante el invierno, pero esto parece más bien un nuevo edificio para humanos, que ocupará la mayor parte de los terrenos del monasterio.

Lleva incluso un nombre escrito en lo alto.

Un nombre en el cual tropiezan mis ojos, intentando...

Davy se vuelve hacia mí, con los ojos muy abiertos. Hago que mi ruido sea lo

más ruidoso posible.

—Deberíamos empezar —digo, y me levanto.

Pero él sigue mirándome.

—¿Qué te parece lo que pone ahí? —pregunta, colocando los dedos sobre una serie de letras—. ¿No te parece asombroso lo que pone?

—Sí —Me encojo de hombros—. Supongo.

Complacido, abre los ojos todavía más.

—¡Es una lista de materiales, meón! —Parece que esté celebrando algo—. No sabes leer, ¿verdad?

—Cállate —digo, desviando la mirada.

—¡Ni siquiera sabes leer? —Ofrece su sonrisa al sol y a todos los zulaques que nos observan—. ¿Qué clase de idiota puede ir por la vida...?

—¡He dicho que te calles!

Se queda boquiabierto al caer en la cuenta.

Y sé lo que va a decir antes incluso de que lo diga.

—El libro de tu madre —dice—. Lo escribió para ti y ni siquiera...

¿Y qué otra cosa puedo hacer si no es darle un puñetazo en toda la boca?

Cada vez soy más alto y más corpulento y él sale peor parado de la pelea, pero no parece que le importe demasiado. Incluso cuando regresamos al trabajo, sigue con sus risitas y sus grandes demostraciones de que sabe leer los planos.

—Son unas instrucciones bastante complicadas —dice, con una gran sonrisa en los labios ensangrentados.

—¡Empecemos de una vez!

—De acuerdo, de acuerdo. El primer paso es el que ya estamos haciendo. Derrumbar todas las paredes interiores. —Levanta la vista—. Si quieres te lo escribo.

Mi ruido le apunta al rojo vivo, pero es inútil como arma.

A no ser que seas el alcalde.

No creía que mi vida pudiera llegar a ser todavía más horrible, pero siempre hay margen para empeorar, ¿verdad? Bombas y torres cayendo por todas partes, trabajar con Davy, que el alcalde me preste una atención especial y...

(y no sé dónde está)

(y no sé qué le va a hacer el alcalde)

(¿colocó ella las bombas?)

(¿lo hizo?)

Echo un vistazo a la obra.

Mil ciento cincuenta pares de ojos de zulaques nos observan, me observan, como si fueran unos malditos animales de granja que levantan la vista del pasto porque han oído un ruido.

Malditas y estúpidas ovejas.

—¡¡¡A trabajar!!! —grito.

—Estás hecho un asco —dice el alcalde Ledger.

—Ahórrese los comentarios —digo tumbándome en la cama.

—Te mata a trabajar, ¿verdad?

Me acerca la cena que ya nos estaba esperando. Ni siquiera parece que haya comido una parte demasiado grande de la mía antes de mi llegada.

—¿A usted no le mata a trabajar? —pregunto, metiendo mano a la comida.

—Me parece que se ha olvidado de mí, te lo aseguro. —Se sienta en su cama—. No sé cuánto hace que no hablo con él.

Me lo quedo mirando. Tiene el ruido gris, como si estuviera ocultando algo, aunque no es la primera vez que sucede.

—Solo cumplo con mis obligaciones como basurero —comenta mientras me mira comer—. Y escucho lo que dice la gente.

—¿Y qué dicen? —pregunto, porque parece que tiene ganas de hablar.

—Bueno —responde. Su ruido cambia incómodamente de lugar.

—Bueno, ¿qué?

Y entonces comprendo que si su ruido es tan plano es porque hay algo que no quiere contarme, a pesar de que siente que debe hacerlo. Y ahí va.

—El sanatorio —dice—. Aquel en concreto.

—¿Qué le pasa? —pregunto, intentando no darle demasiada importancia, sin conseguirlo.

—Lo han cerrado. Está vacío.

Dejo de comer.

—¿Vacío?

—Vacío, vacío —contesta con suavidad, porque sabe que son malas noticias—. No queda nadie, ni siquiera las pacientes. Todo el mundo ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —susurro.

Desaparecido.

Me levanto, a pesar de que no hay ningún sitio a donde ir, con el estúpido plato de la cena todavía en la mano.

—¿Adónde han ido? ¿Le ha hecho algo a Viola?

—Él no ha hecho nada —dice el alcalde Ledger—. Tu amiga huyó. Eso es lo que dice la gente. Huyó con las mujeres justo antes de que cayera la torre. —Se frota la barbilla—. Las que quedaron fueron detenidas y llevadas a las cárceles. Pero tu amiga... escapó.

Dice «escapó» como si quisiera decir otra cosa, como diciendo que tenía planeado huir desde el principio.

—No puede saberlo —digo—. No puede saber la verdad.

Se encoge de hombros.

—Tal vez no. Pero se lo oí decir a uno de los soldados que vigilaba el sanatorio.

—No —digo, pero no sé a qué me refiero—. No.

—¿Hasta qué punto la conoces? —pregunta el alcalde Ledger.

—Cállese.

Respiro hondo, y mi pecho sube y baja.

Que haya huido está bien, ¿no?

¿No?

Estaba en peligro y ahora...

(pero)

(pero ¿voló ella la torre?)

(¿por qué no me dijo que iba a hacerlo?)

(¿me mintió?)

No debería pensarlo, no debería pensarlo, pero ahí va...

Me hizo una promesa.

Y se fue.

Me dejó.

(¿Viola?)

(¿Me has dejado?)



## LA MINA

## {VIOLA}

Abro los ojos al son de una alas que batean junto a la puerta, cosa que, como ya he aprendido en los pocos días que llevo aquí, significa que los murciélagos vuelven a sus cuevas después de pasar la noche cazando, que el sol está a punto de salir, que casi ha llegado la hora de levantarme de la cama.

Algunas mujeres empiezan a desperezarse, y estiran brazos y piernas en sus catres. Otras todavía siguen muertas para este mundo, y continúan roncando, tirándose pedos, flotando a la deriva en el vacío del sueño.

Por un segundo, me gustaría poder estar ahí todavía también.

El dormitorio es básicamente una larga choza: suelo de tierra, paredes de madera, apenas unas pocas ventanas y una única estufa de hierro que no da suficiente calor. El resto es una hilera de catres pegados los unos a los otros, llenos de mujeres durmiendo.

Como he sido la última en llegar, me han colocado al final de todo.

Observo a la ocupante de la cama del otro extremo. Está sentada y ya preparada, como si no hubiese dormido, como si simplemente se hubiese puesto en pausa hasta la hora de volver al trabajo.

La enfermera Coyle se remueve en el catre, coloca los pies en el suelo y me mira por encima de las mujeres que duermen.

Me mira a mí primero.

Para comprobar, sin duda, si me he fugado en plena noche para buscar a Todd.

No creo que esté muerto. Y tampoco creo que nos haya delatado al alcalde.

Tiene que haber otra respuesta.

Le devuelvo la mirada sin moverme.

«No me he ido», pienso. «Todavía no.»

No me he ido porque ni siquiera sé dónde estamos.

No estamos en la costa. Ni siquiera estamos cerca de ella, según creo, aunque eso no es decir mucho porque el secretismo es la norma del campamento. Nadie da información a no ser que sea absolutamente necesario. Esto es así por si alguien es capturado en alguna misión de colocación de bombas o bien, ahora que la Respuesta empieza a andar escasa de harina y medicinas, en alguna acción de robo de provisiones.

La enfermera Coyle guarda la información como el recurso más valioso.

Lo único que sé es que el campamento está situado en una antigua mina, que se fundó con gran optimismo (como tantas otras cosas en este planeta) después de los primeros aterrizajes, pero que fue abandonada al cabo de pocos años. Hay una serie de cabañas alrededor de las bocas de un par de cuevas profundas. Las cabañas, algunas nuevas, algunas de la época de la mina, sirven como dormitorios, salas de reuniones, comedores, etcétera.

Las cuevas (por lo menos las que no cobijan a los murciélagos) hacen de almacenes de alimentos y provisiones, siempre con la preocupación de la escasez, siempre bajo la vigilancia feroz de la enfermera Lawson, que todavía sufre por los niños que tuvo que abandonar y hace pagar su sufrimiento a cualquiera que pida otra manta para combatir el frío.

En las profundidades de las cuevas están las minas, cavadas en su origen para encontrar carbón o sal, y cuando nada de eso se encontró, se buscaron diamantes, y luego oro, que tampoco se encontraron, si bien tampoco hubieran servido de nada en un lugar como este. Ahora las minas son el lugar donde se esconden las armas y los explosivos. No sé cómo han llegado hasta aquí ni de dónde proceden, pero si el campamento llega a ser descubierto, serán detonadas, y probablemente todos nosotros volaremos por los aires.

Pero por ahora es un campamento que está cerca de un pozo natural y escondido por el bosque que lo rodea. La única entrada posible es por los árboles de la parte inferior del camino que la enfermera Coyle y yo recorrimos a trompicones, y es tan empinada y difícil que si vinieran intrusos podríamos oírlos desde muy lejos.

—Y vendrán —me advirtió ella el primer día—. Por eso tenemos que estar preparados para recibirlos.

—¿Por qué no han venido ya? —pregunté yo—. La gente debe de saber que aquí hay una mina. Ella se limitó a guiñarme un ojo y a tocarse el lateral de la nariz.

—¿Qué significa eso? —dije.

Pero no le saqué nada más, porque la información es su recurso más valioso, ¿no es así?

Durante el desayuno, Thea y las otras aprendices que conozco me ignoran como de costumbre, no me dirigen la palabra, todavía me culpan por la muerte de Maddy, me culpan por ser en cierto modo una traidora, me culpan por toda esta maldita guerra, por todo lo que sé.

Y no es que me importe.

Porque no me importa.

Las dejo en el comedor, y me llevo el plato de crema de avena gris al exterior, para comérmelo

al sol de la mañana, sentada en unas rocas junto a la boca de una de las cuevas. Mientras como, observo el campamento que empieza a despertar, que se prepara para las actividades cotidianas propias de los terroristas.

Lo más sorprendente es ver la poca gente que hay. Tal vez un centenar de personas. Nada más. Esta es la gran Respuesta que está causando todo ese revuelo en Nueva Prentiss, que lo vuela todo por los aires. Cien personas. Sanadoras y aprendices, antiguas pacientes y otras más, que desaparecen por la noche y regresan por la mañana o que mantienen el campamento en funcionamiento para las que vienen y van, y atienden a los pocos caballos de los que dispone la Respuesta, a los bueyes que tiran de los carros y a las gallinas de las que obtenemos los huevos, además de ocuparse de un millón de cosas más.

Pero son solo cien personas. Ni siquiera son suficientes para susurrar una oración cuando el verdadero ejército del alcalde marche hacia nosotros.

—¿Todo bien, Hildy?

—Hola, Wilf —saludo al ver que se acerca, sosteniendo también entre las manos un plato de crema de avena. Me aparto para que pueda sentarse a mi lado. No dice nada, come su ración y deja que yo coma la mía.

—¿Wilf? —oímos los dos.

Jane, su mujer, viene a buscarnos, con dos tazas humeantes en las manos. Mientras sube por entre las rocas hacia nosotros, se tropieza y derrama un poco de café. Wilf va a levantarse para ayudarla, pero enseguida ve que está bien y que no lo necesita.

—¡Tomad! —dice ella casi a gritos, y nos da las tazas.

—Gracias —respondo, aceptando la mía.

Se coloca las manos bajo las axilas para protegerse del frío y sonrío, con los ojos abiertos y curiosos, como si comiera con ellos.

—Hace demasiado frío para comer fuera —comenta, como si exigiera de manera demasiado amable que le demos una explicación.

—Sí —responde Wilf, y sigue comiendo.

—No se está tan mal —digo yo, volviendo a mi plato.

—¿Sabéis que anoche asaltaron un granero? —pregunta entre susurros que, curiosamente, suenan más fuertes que su voz normal—. ¡Por fin volveremos a tener pan!

—Sí —repite Wilf.

—¿Te gusta el pan? —me pregunta.

—Sí.

—El pan es necesario —dice, mirando al suelo, al cielo, a las rocas—. El pan es necesario.

Y a continuación regresa al comedor sin decir una palabra más, pero no parece que eso preocupe demasiado a Wilf o que se haya dado cuenta siquiera de ello. Pero sé, lo sé con toda seguridad, que su ruido claro y mesurado, su falta de palabras, su inexpresividad no lo describen del todo, ni de lejos.

Wilf y Jane son refugiados, huyeron hacia Puerto con el ejército en los talones, y nos adelantaron por la carretera mientras Todd dormía enfebrécido en Carbonel Downs. Jane enfermó durante el viaje y, después de pedir indicaciones, Wilf la llevó directamente al sanatorio de la enfermera Forth, donde Jane seguía recuperándose cuando se produjo la invasión. Wilf, cuyo ruido está tan libre de engaño como el de cualquiera en este planeta, fue tomado por idiota por los soldados y así consiguió que le permitieran visitar a su mujer, cuando ningún otro hombre podía hacerlo.

Cuando las mujeres huyeron, él las ayudó. Le pregunté por qué lo hacía, y se limitó a encogerse de hombros y a decir: «Ellas ayudaron a Jane». Escondió a las mujeres menos capaces en su carro durante la huida, construyó un escondite pequeño para que las otras pudieran realizar misiones, y ahora lleva ya muchas semanas arriesgando la vida transportándolas arriba y abajo, porque los soldados siempre han dado por sentado que un hombre tan transparente no podía estar escondiendo nada.

Todo lo cual ha sido una sorpresa para las líderes de la Respuesta.

Pero no lo es para mí.

En una ocasión nos salvó a Todd y a mí, cuando no tenía necesidad de hacerlo. Salvó a Todd una vez más cuando estuvo todavía más en peligro. Se ofreció, la primera noche en que llegué, a dar media vuelta y ayudarme a buscarlo, pero ahora el sargento Hammar conoce su cara, sabe que debería estar detenido, y cualquier otro trayecto puede convertirse prácticamente en una sentencia de muerte.

Suspiro y me llevo a la boca la última cucharada de crema de avena. El suspiro podría deberse al frío, a la crema insípida, al hecho de no tener nada que hacer en el campamento.

Pero Wilf lo capta a la primera. De algún modo, este hombre siempre lo capta todo.

—Estoy seguro de que está bien, Hildy —dice, terminando también la comida—. Nuestro Todd siempre sobrevive.

Alzo la vista hacia el frío sol de la mañana y vuelvo a tragar, aunque ya no quede avena en mi garganta.

—Tienes que reponer fuerzas —termina Wilf, que ya se ha puesto en pie—. Fuerzas para lo que viene.

Parpadeo.

—¿Qué viene? —pregunto mientras él se encamina hacia el comedor, dando sorbos de la taza de café.

Pero él sigue caminando.

Termino el café, me froto los brazos para entrar en calor y decido que hoy se lo volveré a pedir, no, le diré que pienso participar en la siguiente misión, que tengo que encontrar...

—¿Estás sola?

Alzo la vista. Lee, el soldado rubio, me mira con una sonrisa llena de dientes.

De inmediato noto que me sonrojo.

—No, no —contesto, incorporándome, volviéndome de espaldas y recogiendo el plato.

—No hace falta que te vayas... —dice.

—Es que ya he terminado...

—Viola...

—Todo tuyo...

—No me refería a eso...

Pero yo ya vuelvo a toda prisa al comedor, maldiciéndome por haberme puesto roja.

Lee no es el único hombre del campamento. Bueno, más que un hombre es todavía un chico, pero como le pasa a Wilf, Magnus y él ya no pueden seguir fingiendo que son soldados y volver a la ciudad, porque ahora todo el mundo conoce sus caras.

Pero hay otros que pueden hacerlo. Porque ese es el secreto más bien guardado de la Respuesta.

Por lo menos una tercera parte de sus componentes son hombres, hombres que fingen ser soldados que trasladan a las mujeres dentro y fuera de la ciudad, hombres que ayudan a la enfermera Coyle con la planificación y los objetivos, hombres expertos en el manejo de explosivos, hombres que creen en la causa y están dispuestos a luchar contra el alcalde y todo lo que representa.

Hombres que han perdido a sus esposas, hijas y madres o que luchan por salvarlas o para vengar su recuerdo.

Sobre todo, su recuerdo.

Debe de ser muy útil que todo el mundo piense que solo hay mujeres; permite a los hombres ir y venir, si bien el alcalde seguro que sospecha algo, y probablemente por eso niega la cura a una parte tan importante de su ejército, y por eso la propia provisión de cura de la Respuesta se está convirtiendo más en una carga que en una bendición.

Echo una última mirada a Lee y enseguida miro otra vez hacia delante.

No estoy segura de cuál es el motivo que lo trajo aquí.

No he podido...

No he tenido ocasión de preguntárselo todavía.

Cuando alcanzo la puerta del comedor, no estoy prestando atención, y apenas me doy cuenta de que se abre antes de que pueda agarrar la manija.

Veo el rostro de la enfermera Coyle.

Ni siquiera la saludo.

—Lléveme con usted en la siguiente incursión —digo.

No cambia de expresión.

—Sabes por qué no puedes ir.

—Todd se uniría a nosotras sin pensarlo —añado.

—Algunas no están tan seguras de eso, mi niña. —Abro la boca para responder, pero me interrumpen—. Y, de todas formas, no sabemos si sigue vivo. Sea como sea, no podemos permitirnos que te capturen. Eres nuestro premio más valioso. La chica capaz de ayudar al presidente cuando aterricen las naves.

—Yo...

Levanta la mano.

—No voy a discutir otra vez contigo. Hay demasiadas cosas importantes que hacer.

Ahora el campamento está en silencio. Las personas que van detrás de ella se han quedado inmóviles al ver la situación, nadie se atreve a pedirle que se aparte, ni siquiera las enfermeras Forth y Nadari, que esperan con paciencia. Como Thea, ellas apenas han hablado conmigo desde mi llegada. Son las acólitas de la enfermera Coyle y ni en sueños se atreverían a hablarle del modo en que yo lo estoy haciendo ahora.

Me tratan como si fuera un poco peligrosa.

Y, sorprendentemente, esa idea no me disgusta.

Le miro a los ojos, inflexibles.

—No se lo perdonaré —digo con calma, como si solo estuviera ella—. No lo haré. Ni ahora ni nunca.

—No quiero tu perdón —responde ella, con la misma tranquilidad—. Algún día lo comprenderás todo.

Y entonces le brillan los ojos y se obliga a sonreír.

—¿Sabes? —dice, levantando la voz—. Creo que ya es hora de que tengas una tarea que hacer.

22

1017

[TODD]

—¿Acaso no podéis ir más deprisa, maldita sea?

Los cuatro o cinco zulaques que tengo más cerca me rehúyen con el gesto, aunque ni siquiera he hablado demasiado alto.

—¡A trabajar!

Y como siempre, no hay pensamientos, ni ruido, ni nada.

La cura solo puede estar en el forraje que sigo sacando cada día con la pala. Pero ¿por qué se la dan? ¿Por qué, si no se la dan a nadie más? Los convierte en un mar de chasquidos silenciosos, espaldas blancas dobladas al frío, bocas blancas que echan vapor y brazos blancos que recogen puñados de tierra, y cuando los observas por los terrenos del monasterio, todos esos cuerpos blancos que trabajan, bueno, bien podrían ser un rebaño de ovejas, ¿no es así?

Aunque, si observas con más atención, te das cuenta de que hay familias: maridos y mujeres, padres e hijos. Te das cuenta de que los más viejos sacan cantidades más pequeñas y con mayor lentitud. Te das cuenta de que los más jóvenes los ayudan, para evitar que nos demos cuenta de que los mayores no pueden trabajar tan duro. Ves a un bebé amarrado al pecho de su madre con un viejo harapo. Ves a uno especialmente alto que dirige a los demás en una de las cadenas de trabajo más rápidas. Ves a una hembra pequeña que coloca barro

sobre la cinta metálica infectada de una hembra más corpulenta. Ves que trabajan juntos, con la cabeza gacha, intentando evitar que Davy, yo o los guardias de detrás de la alambrada nos fijemos en ellos.

Te das cuenta de todo eso si observas con atención.

Pero lo más fácil es no hacerlo.

No podemos darles palas, por supuesto. Podrían usarlas a modo de armas contra nosotros, y los soldados de los muros se ponen nerviosos cuando un zulaque alarga demasiado la mano. Por lo tanto, ahí están, encorvados sobre el suelo, cavando, cargando piedras, silenciosos como nubes, sufriendo y sin hacer nada para remediarlo.

Pero yo sí que tengo un arma. Me han devuelto el rifle.

Porque ¿adónde podría ir?

Ahora que Viola ya no está.

—¡Daos prisa! —grito a los zulaques, con el ruido cada vez más rojo solo de pensar en ella.

Sorprendo a Davy mirándome, con una sonrisa de sorpresa dibujada en el rostro. Doy media vuelta y cruzo el campo hacia otro de los grupos. A medio camino, oigo un chasquido más fuerte.

Miro a mi alrededor para descubrir de dónde viene.

Pero siempre es el mismo.

1017 está mirándome con esa expresión desafiante. Luego desvía la mirada hacia mis manos.

Solo entonces me doy cuenta de que las tengo aferradas al rifle.

Ni siquiera recuerdo habérmelo quitado del hombro.

A pesar de contar con tanta mano de obra de zulaques, aún tardaremos un par de meses en acercarnos siquiera a terminar el edificio, sea lo que sea, y para entonces habrá llegado el invierno y los zulaques no dispondrán del refugio que en teoría estaban construyendo. Sé que están más habituados a vivir en el



exterior que los humanos, pero no creo que puedan sobrevivir a la intemperie durante las heladas del invierno, y todavía no he oído que vayan a mandarlos a ninguna otra parte.

Derribamos los muros interiores en siete días, dos menos de los previstos, sin que muriera un solo zulaque a causa de algún accidente, si bien hubo unos cuantos brazos rotos. Los soldados se llevaron a los heridos.

No los hemos vuelto a ver desde entonces.

A finales de la segunda semana posterior a la bomba de la torre, casi hemos terminado de cavar todas las trincheras y los bloques para colocar los cimientos. Es una tarea que Davy y yo debemos supervisar, aunque los expertos en esto son los zulaques.

—Mi padre dice que fueron la mano de obra que reconstruyó la ciudad después de la guerra —dice Davy—. Aunque nunca lo dirías con esas pintas que tienen.

Escupe una cáscara de las semillas que está comiendo. La comida escasea un poco ahora que la Respuesta, además de seguir poniendo bombas, se dedica a asaltar los almacenes, pero él siempre consigue salear algo. Estamos sentados sobre una pila de piedras, contemplando el campo grande, que está totalmente excavado con agujeros cuadrados y zanjas, y tan repleto de pilas de piedras que apenas queda espacio para que los zulaques se reúnan.

Sin embargo, lo hacen, se apretujan en los extremos y se acurrucan para protegerse del frío. Y no se quejan.

Davy escupe otra cáscara.

—¿Vas a volver a hablar?

—Ya hablo —respondo.

—No, gritas a tus trabajadores y me gruñes a mí. Eso no es hablar.

Escupe otra cáscara, con un lanzamiento largo y elevado que acierta en toda la cabeza al zulaque más cercano. Este se la quita de encima y sigue cavando la parte final de la zanja.

—Te ha dejado —dice—. Supéralo.

Mi ruido aumenta.

—Cállate.

—No lo digo para fastidiarte.

Me giro para mirarlo, con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué pasa? —continúa—. No es para tanto, ¿sabes? Que se haya ido no quiere decir que esté muerta. —Escupe—. Por lo que puedo recordar, esa potrilla sabe cuidar sobradamente de sí misma.

Su ruido recuerda el momento en que fue electrocutado en la carretera del río. Eso debería de hacerme sonreír, pero no lo hace, porque ella también está en el ruido, abatiéndolo.

Está ahí, pero no está aquí.

(¿adónde se fue?)

(¿adónde se fue, maldita sea?)

El alcalde Ledger me dijo justo después del bombardeo de la torre que el ejército se había dirigido de inmediato hacia la costa porque habían recibido el chivatazo de que allí podía esconderse la Respuesta...

(¿fui yo? ¿lo oyó en mí? Me sulfuro solo de pensarlo...)

Pero cuando el señor Hammar y sus hombres llegaron a la costa, no encontraron nada más que unos edificios abandonados mucho tiempo atrás y unos cuantos barcos medio hundidos.

Porque la información resultó ser falsa.

Y ante eso también me sulfuro.

(¿acaso me mintió?)

(¿me mintió a propósito?)

—Por Dios, meón —vuelve a escupir Davy—. Los demás tampoco tenemos novia. Están todas en la maldita cárcel o poniendo bombas cada semana o paseando en grupos tan numerosos que ni siquiera puedes hablar con ellas.

—No es mi novia —digo.

—Eso da igual. Me refiero a que estás tan solo como el resto de nosotros, así que será mejor que lo superes.

Su ruido despide un sentimiento repentino y desagradable que él mismo elimina de inmediato al ver que me lo quedo mirando.

—¿Qué miras?

—Nada —digo.

—Así me gusta.

Se levanta, coge el rifle y se dirige a grandes zancadas hacia el campo.

No sé cómo, pero 1017 termina trabajando en mi zona. Yo me ocupo principalmente de la parte posterior de los campos, donde están terminando de cavar las zanjas. Davy trabaja en la parte frontal, ordena a los zulaques que encajen los muros de guía prefabricados que utilizaremos cuando hayamos vertido el cemento. A 1017 le corresponde esa tarea, pero cada vez que levanto la vista, ahí está, más y más cerca, por mucho que le obligue a retroceder una y otra vez.

No para de trabajar, cava la tierra con las manos y amontona los pilones en hileras iguales, pero no deja de mirarme, no deja de llamar mi atención.

Y dirige sus chasquidos hacia mí.

Me acerco, con la mano en la culata del rifle, mientras unas nubes grises empiezan a acumularse en el cielo.

—Te he mandado con Davy —le ladro—. ¿Qué haces aquí?

Davy, al oír su nombre, me llama desde el otro extremo del campo.

—¿Qué?

—¿Por qué me mandas a este de vuelta todo el rato? —pregunto.

—¿De qué demonios hablas? —chilla él—. ¡Son todos iguales!

—¡Es 1017!

Davy se encoge de hombros con un gesto exagerado.

—¿Y qué?

Oigo un chasquido, grosero y sarcástico, a mis espaldas.

Me giro y juraría que 1017 me está sonriendo.

—Maldito pedazo de... —empiezo a decir, echando mano del rifle.

Y entonces veo un destello de ruido.

Procedente de 1017.

Es fugaz, pero muy claro: yo estoy ante él, con el rifle en las manos, tal como él me está viendo ahora...

Y entonces, en el destello del ruido, él me arrebató el rifle... y desaparece.

Sigo teniendo el rifle en las manos, y 1017 sigue metido en la zanja, hasta las rodillas.

Sin ningún tipo de ruido.

Lo miro de arriba abajo. Está más delgado que antes, pero todos lo están, nunca hay suficiente forraje, y me pregunto si 1017 no se estará saltando las comidas.

Para no tomar la cura.

—¿A qué estás jugando? —le pregunto.

Pero él vuelve al trabajo, excava más tierra con brazos y manos, y las costillas se le marcan en el costado de la piel blanca, blanquísima.

Y no dice nada.

—¿Por qué seguimos dándoles la cura si tu padre la está retirando a todos los demás?

Al día siguiente, Davy y yo estamos almorzando. Los nubarrones se acumulan en el cielo y es probable que pronto empiece a llover, la primera lluvia que caerá en mucho tiempo, y va a ser una lluvia fría, pero tenemos órdenes de seguir trabajando pase lo que pase, de modo que pasamos el día contemplando cómo los zulaques vierten el primer cemento del mezclador.

Ivan, ya recuperado pero cojeando y con el ruido al rojo, lo ha traído esta mañana. Me pregunto dónde pensará que está ahora el poder.

—Bueno, así evita que conspiren, ¿no te parece? —dice Davy—. Evita que se comuniquen entre ellos.

—Pero se comunican chasqueando. —Reflexiono un segundo—. ¿O los chasquidos no son una forma de comunicarse?

Se encoge de hombros como diciendo: «¿A quién le importa, meón?».

—¿Te queda algún sándwich?

Le paso mi sándwich, sin dejar de vigilar a los zulaques.

—¿No sería mejor que supiéramos lo que piensan? —digo—. ¿No sería bueno saberlo?

Miro hacia el campo. 1017, como siempre, me está mirando.

Plic. La primera gota de lluvia me cae en la pestaña.

—Mierda —se queja Davy, mirando al cielo.

No para de llover en tres días. La obra está cada vez más sucia, pero el alcalde nos hace continuar, por lo que pasamos esos tres días resbalando y deslizándonos por el barro y montando unas enormes lonas impermeables en sus estructuras para cubrir grandes porciones de terreno.

Davy se ocupa del trabajo interno, da órdenes a los zulaques para que mantengan en su sitio las estructuras de las lonas. Yo paso la mayor parte del tiempo bajo la lluvia, intentando sujetar en el suelo los bordes de la lona con piedras pesadas.

Es un trabajo totalmente estúpido.

—¡Daos prisa! —grito a los zulaques que me ayudan a sujetar los últimos bordes. Tengo los dedos helados porque nadie nos ha dado guantes, y como el alcalde no ha hecho la ronda, no hemos podido pedírselos.

—¡Ay!

Me llevo un nudillo ensangrentado a los labios, porque me he arañado la mano por millonésima vez.

Los zulaques siguen acarreando piedras, aparentemente indiferentes a la lluvia, cosa que ya nos conviene, porque bajo las lonas no hay sitio suficiente para que se cobijen todos.

—Eh —digo, alzando la voz—. ¡Cuidado con el borde! ¡Cuidado con ese...!

Una ráfaga de viento arranca toda la lámina de lona que acabamos de sujetar. Uno de los zulaques la agarra cuando esta echa a volar y se lo lleva consigo, lanzándolo luego con fuerza contra el suelo. Salto por encima del zulaque para perseguir la lona, que se aleja enrollándose por el campo embarrado hasta subir por una pequeña pendiente, y justo cuando acabo de pillarla, resbalo de la peor manera y me deslizo de culo por el otro lado de la pendiente...

Y me doy cuenta en ese momento de dónde estoy, de dónde he resbalado...

Y de que voy directo al cagadero.

Intento agarrarme al barro para evitar el impacto, pero no hay nada que hacer, y caigo de lleno con un ¡plaf!

—¡Qué asco! —grito, intentando levantarme. Estoy hundido hasta los muslos en mierda de zulaque cubierta de limo, con el pecho y la espalda totalmente salpicadas, y la peste me provoca arcadas.

Y veo otro foganazo de ruido...

En el que estoy plantado en el cagadero y un zulaque me contempla desde arriba.

Alzo la vista.

Hay un muro de zulaques que me miran fijamente.

Y justo delante de todos.

1017.

Cerniéndose sobre mí.

Con una piedra enorme entre las manos.

No dice nada, permanece ahí plantado con la piedra, lo bastante grande como para causar mucho daño si la lanza bien.

—¿Ah, sí? —le digo—. Eso es lo que quieres, ¿verdad?

Él me devuelve la mirada.

No vuelvo a ver el ruido.

Lentamente, echo mano del rifle.

—¿Qué quieres? —pregunto, y él ve en mi ruido lo dispuesto que estoy, lo

ansioso que estoy por enfrentarme a él.

Lo ansioso que estoy por...

Ahora tengo el rifle en la mano.

Pero él me sigue mirando.

Y entonces tira la piedra al suelo y se gira hacia la lona. Observo cómo se aleja, cinco pasos, luego diez, y mi cuerpo se relaja un poco.

Y cuando estoy saliendo del cagadero, lo oigo.

El chasquido.

Su chasquido grosero.

Y pierdo el control.

Corro hacia él chillando, pero sin saber lo que digo. Davy se gira sorprendido mientras yo alcanzo la lona justo por detrás de 1017 y corro con el rifle por encima de la cabeza como si fuera un demente. 1017 se vuelve hacia mí, pero no le doy ninguna opción y le golpeo con fuerza en toda la cara con la culata del rifle. Él cae de espaldas al suelo, yo vuelvo a levantar el rifle y vuelvo a golpearle. Él levanta las manos para protegerse pero yo le golpeo una y otra vez...

En las manos.

Y en la cara.

Y en sus escuálidas costillas.

Y mi ruido va en aumento.

Y golpeo.

Y golpeo.

Y golpeo.

Y grito.

Grito con fuerza...

—¿¿Por qué te fuiste?!! ¿¿Por qué me dejaste?!!

Y oigo el chasquido frío y crujiente del brazo de 1017 al romperse.

El chasquido inunda el aire, más fuerte que la lluvia o el viento, me revuelve el estómago, me provoca un grumo amargo en la garganta.

Me detengo a medio golpe.

Davy me mira con la boca abierta.

Todos los zulaques retroceden, aterrorizados.

Desde el suelo, 1017 sigue mirándome, mientras la sangre roja le sale por la nariz rara y por la comisura de los ojos demasiado altos, pero no emite ningún sonido, ningún ruido, no hay pensamientos, ni chasquidos, nada...

(y estamos en el campamento y hay un zulaque muerto en el suelo y Viola está muy asustada y se aleja de mí y hay sangre por todas partes y lo he vuelto a hacer lo he vuelto a hacer y por qué te fuiste, Dios mío, Viola, por qué te fuiste...)

Y 1017 sigue mirándome.

Y, lo juro por Dios, es una mirada triunfal.



## ALGO SE ACERCA

## {VIOLA}

—La bomba de agua vuelve a funcionar, Hildy.

—Gracias, Wilf. —Le paso una bandeja de pan, todavía humeante—. ¿Puedes darle esto a Jane, por favor? Está poniendo las mesas para el desayuno.

Coge la bandeja, y su ruido despide una melodía desafinada. Al salir de la cabaña de la cocina, le oigo gritar:

—¡Mujer!

—¿Por qué te llama Hildy? —me pregunta Lee, que ha aparecido por la puerta trasera con una cesta de harina acabada de moler. Lleva una camisa sin mangas y la piel empolvada de blanco hasta los codos.

Observo durante un segundo sus brazos desnudos y alejo rápidamente la mirada.

La enfermera Coyle nos ha puesto a trabajar juntos, dado que él tampoco puede volver ya a Nueva Prentiss.

No, está claro que no voy a perdonarla.

—Hildy era una persona que nos ayudó —respondo—. Compartir el nombre con ella es un orgullo.

—Cuando dices «nos ayudó», ¿te refieres a...?

—A Todd y a mí, sí.

Le quito la cesta de harina y la estampo con fuerza contra la mesa.

Se produce un silencio, como siempre que surge el nombre de Todd.

—Nadie lo ha visto, Viola —dice Lee con amabilidad—. Pero suelen salir por la noche, de modo que no...

—La enfermera Coyle no me diría que está vivo, aunque lo supiera. —Me dispongo a separar la harina en sus respectivos cuencos—. En todo caso, ella piensa que está muerto.

Lee cambia de posición.

—Pero tú no piensas lo mismo.

Me lo quedo mirando. Él sonrío y no puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Y tú me crees, ¿verdad?

Se encoge de hombros.

—Wilf te cree. Y te sorprendería saber hasta dónde llega aquí su palabra.

—No, no me sorprendería. —Miro por la ventana hacia el lugar por el que Wilf ha desaparecido—. No me sorprendería en absoluto.

Ese día pasa como los otros, y seguimos cocinando. Esa es nuestra nueva tarea. Lee y yo cocinamos para todo el campamento. Hemos aprendido a hacer pan a partir del trigo, no necesitamos harina. Hemos aprendido a despellejar ardillas, a quitar el caparazón de las tortugas y a destripar pescados. Hemos aprendido cuánta base se necesita en una sopa para cien. Hemos aprendido a pelar patatas y peras más deprisa que cualquier otra persona en este estúpido planeta.

La enfermera Coyle jura que es así como se ganan las guerras.

—Esta no es la razón por la que me alisté —dice Lee, sacando otro puñado de plumas de la decimosexta ave salvaje de la tarde.

—Al menos alistarte fue idea tuya —comento, moviendo los dedos dentro de mi propia ave salvaje. Las plumas revolotean por el aire como un enjambre de moscas pegajosas y se pegan a todo lo que tocan. Tengo pequeñas borlas verdes bajo las uñas, en la doblez de los codos, en el rabillo de los ojos.

Lo sé porque Lee también tiene la cara llena de ellas, y el largo pelo rubio y los pelos dorados a juego de sus antebrazos.

Noto que me sonrojo una vez más y arranco con furia otro manojo de plumas.

Un día convertido en dos, convertido en tres, convertido en una semana, convertido en la semana siguiente y en la semana siguiente a esa, cocinando con Lee, lavando los platos con Lee, encerrada en esta cabaña con Lee por culpa de tres días de lluvia incesante.

Y aun así. Aun así.

Algo se acerca, algo se prepara, nadie me cuenta nada.

Y sigo aquí atrapada.

Lee lanza un ave desplumada sobre la mesa y coge otra.

—Vamos a extinguir la especie si no vamos con cuidado.

—Es lo único que Magnus es capaz de cazar —añado—. Todo lo demás es demasiado veloz.

—Toda una raza que se pierde —continúa Lee— solo porque en la Respuesta no había ningún oculista.

Me echo a reír demasiado fuerte. Pongo los ojos en blanco, avergonzada.

Luego termino con mi ave y voy a por la siguiente.

—De cada dos tuyas, yo hago tres —digo—. Y esta mañana he cocido más hogazas, y...

—Has quemado la mitad.

—¡Porque tú calentaste demasiado el horno!

—No estoy hecho para cocinar —responde con una sonrisa—. Estoy hecho para la batalla. Suelto un bufido.

—Y tú crees que yo estoy hecha para cocinar...

Pero él ya ríe, y sigue haciéndolo cuando le tiro un puñado de plumas mojadas y le doy en todo el ojo.

—Ay —se queja, quitándose las de encima—. Tienes buena puntería, Viola. Necesitas un arma.

Con rapidez, desvío la mirada hacia la millonésima ave que descansa en mi regazo.

—O tal vez no —se corrige en voz baja.

—¿Tú has...?

Me detengo.

—¿Qué?

Me paso la lengua por los labios, y eso es un error porque me obliga a escupir un puñado de borlas emplumadas, y cuando abro por fin la boca, mis palabras suenan más exasperadas de lo que pretendía.

—¿Has disparado alguna vez contra alguien?

—No. —Se endereza en la silla—. ¿Y tú?

Sacudo la cabeza y veo que se tranquiliza, lo que me hace decir de inmediato:

—Pero me han disparado a mí.

Vuelve a enderezarse.

—¿En serio?!

Lo digo antes de querer hacerlo, sin pretenderlo, pero lo digo, y me doy cuenta de que no lo he dicho nunca, no en voz alta, no a mí misma, nunca, desde que sucedió, y sin embargo ahí está, saliendo a borbotones en esta habitación llena de plumas flotantes.

—Y he apuñalado a alguien. —Dejo de arrancar—. Hasta matarlo.

De pronto, noto que mi cuerpo aplasta el silencio que sigue a continuación.

Me echo a llorar, y Lee me pasa un trapo de cocina y me deja tranquila, sin entrometerse ni decir ninguna idiotez, sin preguntarme siquiera, aunque debe de estar muerto de curiosidad. Se limita a dejarme llorar.

Y eso es lo que necesito.

—De acuerdo, pero estamos ganando simpatías —dice Lee hacia el final de nuestra cena con Wilf y Jane. Me resisto a terminar porque, en cuanto lo haga, tendremos que volver a las cocinas para empezar a preparar la levadura para el pan de mañana. Es increíble la cantidad de pan que cien malditas personas son capaces de comer.

Mastico la mitad del último bocado.

—Solo digo que no sois muchos.

—No *somos* muchos —replica Lee, mirándome con una expresión seria—. Pero tenemos espías trabajando por toda la ciudad y gente que se une a nosotros en cuanto puede. Allí las

cosas van a peor. Están racionando la comida y nadie recibe ya la cura. Van a empezar a rebelarse contra Prentiss.

—Y las cárceles están llenas —añade Jane—. Centenares de mujeres, todas encerradas, todas encadenadas en cámaras subterráneas, muriéndose de hambre, a docenas.

—¡Mujer! —interrumpe Wilf.

—¡Solo digo lo que oigo!

—No has oído nada parecido.

Jane está taciturna.

—Eso no quiere decir que no sea verdad.

—Hay muchas personas encarceladas que nos apoyarían —dice Lee—. Entonces, eso podría ser...

Se detiene.

—¿Qué? —pregunto, alzando la mirada—. ¿Qué podría ser?

No contesta, se limita a mirar hacia la mesa que la enfermera Coyle comparte con las enfermeras Braithwaite, Forth, Waggoner y Barker, y también con Thea. Como tienen por costumbre, discuten, susurran en voz baja, traman órdenes secretas para que los demás las lleven a cabo.

—Nada —responde Lee, al ver que la enfermera Coyle se levanta y viene hacia nosotros.

—Voy a necesitar que prepares el coche para esta noche, Wilf —dice, al llegar a nuestra mesa.

—Sí, enfermera —responde él, y ya se pone en pie.

—Come un poco más —le detiene ella—. Esto no son trabajos forzados.

—Lo hago con gusto —comenta Wilf, que se limpia los pantalones y desaparece.

—¿A quién van a bombardear esta noche? —pregunto.

La enfermera Coyle aprieta los labios.

—Creo que ya es suficiente por ahora, Viola.

—Yo también quiero ir —insisto—. Si esta noche van a volver a la ciudad, yo quiero ir con ustedes.

—Paciencia, mi niña —responde—. Ya te llegará el día.

—¿Qué día? —pregunto, mientras ella se aleja—. ¿Cuándo será?

—Paciencia —repite.

Pero lo dice con impaciencia.

Cada día oscurece más y más temprano. Me siento sobre una pila de rocas mientras la noche cae, observo cómo los participantes en la misión de la noche parten hacia los carros, con las mochilas cargadas de cosas secretas. Ahora algunos hombres tienen ruido, pues toman una cantidad reducida de la cura de nuestras provisiones cada vez más escasas, almacenadas en la cueva. Es una cantidad suficiente para pasar desapercibidos en la ciudad, pero no lo suficiente para delatarse. Es un equilibrio difícil, y a nuestros hombres les resulta cada vez más peligroso caminar por las calles de la ciudad, aunque lo hacen igualmente.

Y esta noche, mientras los habitantes de Nueva Prentiss duermen, serán robados y bombardeados; todo en nombre de lo que es correcto.

—Hola —dice Lee, apenas una sombra en el crepúsculo, y se sienta a mi lado.

—Hola.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no tendría que estarlo?

—Claro. —Recoge una piedra y la lanza a la noche—. ¿Por qué no tendrías que estarlo?

Las estrellas empiezan a aparecer en el cielo. Mis naves están ahí, en alguna parte. Personas que nos podrían haber ayudado, no, que nos hubieran ayudado de haber podido contactar yo con ellas. Simone Watkin y Bradley Tench, buenas personas, personas inteligentes que habrían evitado tanta estupidez y tantas explosiones y...

Vuelvo a notar un nudo en la garganta.

—¿Es cierto que mataste a alguien? —dice Lee, lanzando otra piedra.

—Sí —respondo, con las rodillas pegadas al pecho.

Deja pasar un momento.

—¿Con Todd?

—Por Todd —aclaro—. Para salvarlo. Para salvarnos.

Ahora que el sol se ha puesto, el verdadero frío se apodera rápidamente de nosotros. Me abrazo las rodillas con más fuerza.

—La enfermera Coyle te tiene miedo, ¿sabes? —dice—. Cree que eres poderosa.

Le dirijo una mirada, intentando verlo en la oscuridad.

—Eso es una estupidez.

—Oí que se lo decía a la enfermera Braithwaite. Dijo que serías capaz de liderar ejércitos enteros si te lo propusieras.

Niego con la cabeza, pero él no lo puede ver.

—Ni siquiera me conoce.

—No, pero es lista.

—Y aquí todos la seguís como corderitos.

—Todos menos tú. —Me golpea el hombro amistosamente—. Tal vez sea por eso.

El murmullo grave que llega desde las cuevas significa que los murciélagos se están preparando.

—¿Por qué estás tú aquí? —pregunto—. ¿Por qué la sigues?

Se lo he preguntado otras veces, pero siempre ha cambiado de tema.

Tal vez esta noche sea diferente. Por lo menos lo parece.

—Mi padre murió en la guerra de los zulaques —dice.

—Muchos padres murieron —replico, y pienso en Corinne. Me pregunto qué habrá sido de ella, me pregunto...

—En realidad no lo recuerdo —continúa Lee—. Cuando era pequeño, éramos solo mi madre, mi hermana mayor y yo. Y mi hermana... —Se echa a reír—. Te caería bien. Se ponía furiosa y teníamos unas peleas que no te las creerías.

Vuelve a reír, pero más tranquilo.

—Cuando llegó el ejército, Siobhan quiso combatir, pero nuestra madre no se lo permitió. Yo también decía que quería luchar, pero eran mi hermana y mi madre las que realmente estaban dispuestas a hacerlo. Siobhan no dudaba en tomar las armas y mi madre tuvo que barrar prácticamente la puerta para impedir que saliera a la calle cuando el ejército entró en la ciudad.

El murmullo es cada vez más fuerte y el ruido de los murciélagos empieza a resonar por la abertura de la cueva. **Vuela, vuela**, dice. **Lejos, lejos**.

—Y entonces todo se nos fue de las manos, ¿verdad? —continúa—. El ejército ya estaba aquí, y aquella noche se llevaron a todas las mujeres a las casas del este de la ciudad. Mi madre quería que cooperáramos, su postura era «veamos cómo van las cosas, tal vez no sea tan malo». Ya sabes.

No respondo, y me alegro de que esté oscuro y no pueda verme la cara.

—Pero Siobhan no iba a obedecer sin oponer resistencia. Gritó e increpó a los soldados y se negó a irse con ellos. Mi madre le suplicaba que parara, que no les provocara, pero ella... —Se detiene y chasquea la lengua—. Siobhan dio un puñetazo al primer soldado que intentó moverla a la fuerza. —Respira hondo—. Y entonces hubo un gran alboroto. Intenté defenderla, pero, sin comerlo ni beberlo, me encontré en el suelo con un pitido en los oídos y la rodilla de un soldado clavada en la espalda. Mi madre gritaba, pero a Siobhan no se la oía... Finalmente, perdí el conocimiento, y cuando desperté, estaba solo en la casa.

**Vuela, vuela**, oímos, desde la boca de la cueva. **Lejos, lejos, lejos**.

—Empecé a buscarlas cuando disminuyeron las restricciones, pero no las encontré. Busqué en cada cabaña y en cada dormitorio y en cada sanatorio. Y por fin, en el último de ellos, la enfermera Coyle me abrió la puerta.

Hace una pausa y alza la mirada.

—Ahí vienen.

Los murciélagos salen en remolino de las cuevas, como si alguien hubiera ladeado el mundo y nos los tirara encima, un diluvio oscuro contra el cielo nocturno. Durante un minuto, su zumbido hace imposible que sigamos hablando, de manera que permanecemos sentados, observándolos.

Son enormes, tienen las alas peludas y las orejas pequeñas y regordetas y un punto brillante y verde de fósforo en cada una de las puntas de las alas, que utilizan para confundir y sorprender a las polillas e insectos que comen. Los puntos brillan en la noche y trazan por encima de nosotros una manta de efímeras estrellas ondeantes. Permanecemos sentados, envueltos por el aleteo, el piar de su ruido y el **vuela vuela lejos lejos lejos**.

Al cabo de cinco minutos han desaparecido, han volado hacia el bosque que nos rodea, para no volver hasta justo antes del amanecer.

—Algo se acerca —dice Lee en el silencio que sigue—. Ya lo sabes. No sé qué es, pero voy a ir a descubrirlo. Es un lugar más donde buscar a mi hermana y a mi madre.

—Entonces iré contigo —digo.

—La enfermera Coyle no te dejará. —Se vuelve hacia mí—. Pero te prometo que buscaré a

Todd. Con los mismos ojos con los que busco a Siobhan y a mi madre. Lo buscaré.

Una campana suena en el campamento, señal de que todos los equipos de incursión han salido ya hacia la ciudad y de que los que nos quedamos en el campamento tenemos que irnos a dormir. Lee y yo permanecemos sentados a oscuras un rato más, su hombro roza el mío y mi hombro roza el suyo.

## LOS MUROS DE LA PRISIÓN

[TODD]

—No está mal para ser mano de obra no especializada —dice el alcalde a lomos de Morpeth.

—Habríamos hecho más —le asegura Davy—, pero la lluvia lo puso todo perdido de barro.

—No, no. Habéis hecho un trabajo admirable, los dos —insiste el alcalde, supervisando el campo—. Además, habéis avanzado mucho en apenas un mes.

Dedicamos un minuto a contemplar lo que hemos avanzado tan admirablemente. Hemos colocado todos los cimientos para un único edificio alargado. Hemos levantado todos los muros de guía, algunos han empezado incluso a llenarse con las piedras que sacamos de los muros interiores del monasterio, y la lona actúa como tejado. Empieza a parecer un edificio.

Tiene razón, hemos hecho un trabajo admirable.

Nosotros y mil ciento cincuenta zulaques.

—Sí —dice el alcalde—. Estoy muy contento.

El ruido de Davy adopta un brillo rosado que provoca vergüenza ajena.

—Entonces, ¿qué es? —pregunto.

El alcalde mira en mi dirección.

—¿Qué es qué?



—Esto. —Señalo con un gesto al edificio—. ¿Qué se supone que es?

—Termina de construirlo, Todd, y te prometo que te invitaré a la gran inauguración.

—Pero no es para los zulaques, ¿verdad?

El alcalde frunce ligeramente el ceño.

—No, Todd, no es para ellos.

Me froto la nuca con la mano y oigo un sonido metálico en el ruido de Davy, un sonido que irá en aumento si sigo estropeando el momento de las alabanzas.

—Verá, es que las últimas tres noches ha helado —continúo— y el frío es cada vez más intenso...

El alcalde gira a Morpeth hacia mí. *Chico potro*, piensa. *Chico potro retrocede*.

Retrocedo sin pensarlo siquiera.

El alcalde arquea las cejas.

—¿Acaso quieres calefacción para la mano de obra?

—Bueno. —Miro al suelo y al edificio y a los zulaques que hacen lo posible por permanecer alejados de nosotros, apiñados en un espacio muy limitado—. Podría nevar. No sé si lograrán sobrevivir.

—Oh, son más duros de lo que te imaginas, Todd. —El alcalde habla con una voz grave y llena de algo que no consigo distinguir—. Mucho más duros.

Vuelvo a bajar la mirada.

—Claro. Vale.

—Haré que el soldado Farrow traiga algunos calefactores de fisión, si eso te hace sentir mejor.

Parpadeo.

—¿En serio?

—¿En serio? —pregunta también Davy.

—Han hecho un buen trabajo —dice el alcalde— bajo tu dirección. Has hecho gala de una verdadera dedicación en estas últimas semanas, Todd. Has

demostrado tener madera de líder.

Sonríe casi con calidez.

—Sé que eres el tipo de persona que no soporta ver sufrir a los demás. —Me aguanta la mirada, casi desafiándome a bajarla—. Tanta ternura te honra.

—Ternura —se burla Davy.

—Estoy orgulloso de ti. —El alcalde toma las riendas—. De los dos. Y vuestros esfuerzos se verán recompensados.

El ruido de Davy vuelve a brillar mientras su padre sale, a lomos de su caballo, por las puertas del monasterio.

—¿Has oído eso? —dice meneando las cejas—. Recompensas, mi tierno meón.

—Cállate, Davy. —Camino por el muro de guía hacia la parte posterior, donde todavía queda un pequeño claro, y por lo tanto es ahí donde se apiñan los zulaques. Se apartan a mi paso a medida que avanzo entre ellos—. Van a traer calefactores —digo, poniéndolo también en mi ruido—. La situación va a mejorar.

Pero ellos se apartan para no tocarme.

—¡He dicho que la situación va a mejorar!

Estúpidos desagradecidos...

Me detengo. Respiro hondo. Sigo caminando.

Llego al final del edificio, donde hemos apoyado unos cuantos muros de guía inutilizados contra la estructura del edificio, formando un recoveco.

—Ya puedes salir —digo.

Por un instante no hay sonido, luego se oye un ligero crujido y 1017 emerge, con el brazo en cabestrillo, hecho con una de mis escasas camisas. Está más delgado que nunca, todavía tiene el brazo enrojecido por la fractura, pero parece que se está curando por fin.

—He conseguido rapiñar algunos calmantes —digo, sacándomelos del

bolsillo.

Me los quita de la mano de un bofetón y me araña la palma.

—Ten cuidado —le amonesto, apretando los dientes—. ¿Quieres que te hagan lo que hacen con los zulaques lisiados?

Emite un fogonazo de ruido, como yo ya esperaba, y veo lo de siempre, el zulaque que me apunta con un rifle, me pega y me pega, yo le suplico que pare, él me rompe el brazo.

—Sí —digo—. Lo que tú digas.

—¿Juegas con tu mascota? —Davy también se ha acercado, y se apoya contra el edificio con los brazos cruzados—. ¿Sabes qué? Cuando los caballos se rompen una pata, les pegan un tiro.

—No es un caballo.

—No. Es una oveja.

Suelto un bufido.

—Gracias por no decírselo a tu padre.

Se encoge de hombros.

—Haz lo que quieras, meón, mientras no me fastidies la recompensa.

1017 nos dedica su chasqueo grosero a ambos, pero principalmente a mí.

—No parece demasiado agradecido —comenta Davy.

—Bueno, ya es la segunda vez que le salvo. —Miro a 1017, a unos ojos que no apartan la mirada de los míos—. Y no voy a hacerlo más.

—Puedes decir lo que quieras, pero todos sabemos que lo harás —dice Davy, haciendo un gesto de asentimiento hacia 1017—. Incluso él lo sabe. —Sus ojos se ensanchan, burlones—. Porque eres tierno.

—Cállate.

Pero ya se está riendo y se va, y 1017 se me queda mirando y mirando.

Y yo le miro a él.

Le he salvado.

(le he salvado por ella)

(si estuviera aquí, lo vería, vería cómo le he salvado)

(si estuviera aquí)

(pero no está)

Cierro los puños y luego me obligo a abrirlos.

Nueva Prentiss ha cambiado en el último mes, lo compruebo cada día cuando volvemos a casa a caballo.

En parte, es por la llegada del invierno. Las hojas de los árboles se han puesto de color púrpura y rojo y han caído al suelo, dejando tras de sí los altos esqueletos del invierno. Los árboles de hoja perenne han mantenido las agujas, pero se han desprendido de los conos y los animales trepadores han aplastado las ramas contra los troncos, dejando unos postes desnudos para soportar el frío. Todo ello, junto a unos cielos cada vez más oscuros, hace que la ciudad parezca hambrienta.

Y en efecto, lo está. La invasión del ejército se produjo al final de la cosecha, por lo que había provisión de alimentos, pero en las colonias exteriores ya no queda nadie que traiga comida para comerciar, y la Respuesta ha incrementado los bombardeos y las incursiones para robar alimentos. La otra noche saquearon un almacén de trigo, de un modo tan total y perfecto que ahora ya es evidente que cuentan con colaboradores en la ciudad y en el ejército.

Y eso es una mala noticia para la ciudad y para el ejército.

El toque de queda se redujo hace dos semanas y todavía más la semana pasada, de modo que nadie tiene permiso para salir después de la puesta de sol, a excepción de algunas patrullas. La plaza de la catedral se ha convertido en un campo de hogueras para quemar libros y objetos personales de las personas que se ha descubierto que ayudan a la Respuesta, junto a los uniformes de sanadoras de cuando el alcalde ordenó cerrar el último sanatorio. Y casi nadie toma ya la cura, excepto algunos de los hombres más próximos a Prentiss: el señor Morgan, el señor O'Hare, el señor Tate, el señor Hammar; hombres de la vieja Prentisstown que llevan años con él. Supongo que es una cuestión de lealtad.

A Davy y a mí no nos la llegaron a dar, de modo que no hay manera de que nos la quiten.

—Tal vez sea esa nuestra recompensa —dice Davy, a lomos de su caballo—. Tal vez sacará una pequeña cantidad de un sótano misterioso y veremos por fin de qué se trata.

«Nuestra recompensa», pienso. «*Nuestra.*»

Paso la mano por el flanco de Angharrad, noto el escalofrío de su piel.

—Ya casi estamos en casa, chica —susurro entre sus orejas—. Un granero calentito.

**Calentito**, piensa ella. **Chico potro**.

—Angharrad —le respondo.

Los caballos no son animales de compañía y están medio locos, pero he aprendido que, si los tratas bien, llegan a conocerte.

**Chico potro**, vuelve a pensar, y es como si yo formara parte de su manada.

—¡Tal vez la recompensa sean mujeres! —exclama Davy—. ¡Sí! Tal vez nos traerá a unas mujeres que por fin harán de ti un hombre.

—Cállate —le espeto, pero no se produce ninguna pelea. Ahora que lo pienso, hace mucho que no nos peleamos.

Supongo que nos hemos acostumbrado el uno al otro.

Tampoco vemos apenas mujeres. Al caer la torre de comunicaciones, todas fueron confinadas de nuevo a sus casas, excepto algunos grupos que trabajan en los campos, preparando la siembra del año próximo, bajo la vigilancia de soldados armados. Las visitas de maridos, hijos y padres son ahora una vez a la semana como máximo.

Oímos historias sobre soldados y mujeres, historias sobre soldados que entran por las noches en los dormitorios, historias sobre cosas horribles que suceden y por las que nadie recibe ningún castigo.

Por no hablar de las mujeres que hay en las cárceles, cárceles que solo he visto desde la torre de la catedral, un grupo de edificios reconvertidos en el extremo

oeste de la ciudad, junto a las cascadas. ¿Quién sabe lo que sucede ahí dentro? Tan lejos de la vista de la gente, a excepción de los que las vigilan.

Más o menos como ocurre con los zulaques.

—Por Dios, Todd —dice Davy—, menudo jaleo armas pensando tanto.

Algo que he aprendido es a ignorarlo. Sin embargo, me doy cuenta de que esta vez me ha llamado Todd.

Dejamos los caballos en el granero cerca de la catedral. Davy me acompaña a pie hasta el edificio, aunque en realidad ya no necesito ningún guardián.

¿Adónde iba a ir?

Al cruzar el umbral de la puerta, oigo ni nombre.

—¿Todd?

El alcalde me está esperando.

—¿Sí, señor? —pregunto.

—Siempre tan educado —sonríe, caminando hacia mí, taconeando con las botas contra el mármol—. Últimamente pareces más tranquilo, más centrado. — Se detiene a un metro de distancia—. ¿Has estado usando la herramienta?

¿Cómo?

—¿Qué herramienta? —pregunto.

Suspira un poco. Y entonces...

YO SOY EL CÍRCULO Y EL CÍRCULO SOY YO.

Me llevo una mano al lateral de la cabeza.

—¿Cómo lo hace?

—El ruido se puede utilizar —me explica—. Si se tiene disciplina. Y el primer paso es utilizar la herramienta.

—¿Yo soy el círculo y el círculo soy yo?

—Es una manera de centrarse —asiente—, una manera de alinear el ruido, de gobernarlo, de controlarlo, y un hombre capaz de controlar su ruido es un

hombre con ventaja.

Recuerdo cuando cantaba a sus anchas en su casa de la vieja Prentisstown, lo afilado y amenazador que sonaba su ruido comparado con el de otros hombres, el modo en que parecía...

Un arma.

—¿Qué es el círculo? —pregunto.

—Tu destino, Todd Hewitt. Un círculo es un sistema cerrado. No hay modo de salir de él, por lo que es mejor no resistirse a él.

YO SOY EL CÍRCULO Y EL CÍRCULO SOY YO.

Pero esta vez también distingo mi voz.

—Estoy ansioso por enseñarte muchas cosas —termina, y sale sin decir buenas noches.

Recorro los muros del campanario, observando las cascadas al oeste, la colina con la muesca al sur, y al este, las montañas que conducen al monasterio, aunque desde aquí no pueda verse. Lo único que se ve es Nueva Prentiss, escondida y apiñada en sus casas a medida que el frío se apodera de la noche.

Ella está ahí, en algún lugar.

Un mes y no ha venido.

Un mes y...

(cállate)

(cierra tu boca quejica de una maldita vez)

Vuelvo a deambular.

Ahora han puesto un cristal en las aberturas y una estufa para protegernos de las noches de otoño. También tenemos más mantas, y una luz y libros autorizados para que el alcalde Ledger pueda leer.

—Pero sigue siendo una cárcel, ¿verdad? —dice detrás de mí, con la boca llena—. Seguro que piensas que a estas alturas ya debería haber encontrado un mejor sitio para ti.

—Ojalá todo el mundo dejara de pensar en lo que yo debería pensar —  
protesto, sin volverme.

—Es probable que te quiera fuera de la ciudad —continúa diciendo él, a punto  
de terminar la cena, que ahora es aproximadamente la mitad de la cantidad que  
nos daban antes—. Que te quiera alejar de todos esos rumores.

—¿Qué rumores? —pregunto, a pesar de que me interesa poquísimos.

—Los rumores sobre los grandes poderes de control mental de nuestro  
alcalde. Rumores de armas hechas con ruido. Rumores de que es capaz de volar,  
y no lo pongo en duda.

Sin girarme, mantengo el ruido en silencio.

«Yo soy el círculo», pienso.

Y entonces me detengo.

Ha pasado ya la medianoche cuando estalla la primera.

¡BUM!

Doy un pequeño brinco en el colchón, pero eso es todo.

—¿Dónde crees que ha sido? —pregunta el alcalde Ledger, que tampoco se  
levanta de la cama.

—Ha sonado hacia el este —respondo, mirando a la oscuridad de las  
campanas de la torre—. ¿Tal vez una tienda de comestibles?

Esperamos un instante. Ahora siempre hay una segunda. Cuando los soldados  
corren hacia la primera, la Respuesta aprovecha la ocasión para un segundo...

¡BUM!

—Ahí está —dice el alcalde Ledger, incorporándose en la cama y mirando por  
una abertura.

Yo también me levanto.

—Maldita sea —dice.

—¿Qué pasa? —Me acerco a él.

—Creo que eso ha sido en la depuradora de agua que hay junto al río.



—¿Y?

—A partir de ahora tendremos que hervir cada taza de...

¡BUM!

Se produce un enorme destello que nos obliga a retirarnos asustados de la ventana. El cristal tiembla en el marco.

Y todas las luces de Nueva Prentiss se apagan.

—La central eléctrica —dice el alcalde Ledger, incrédulo—. Pero la vigilan día y noche. ¿Cómo han podido acceder a ella?

—No lo sé —digo con el estómago encogido—. Pero se va a liar una buena.

El alcalde Ledger se pasa una mano cansada por la cara mientras oímos sirenas y soldados que gritan en la ciudad bajo nuestros pies. Sacude la cabeza.

—No sé qué creen que van a conse...

¡BUM!

¡BUM!

¡BUM!

¡BUM!

**¡BUM!**

Cinco enormes explosiones, una detrás de otra, sacuden la torre de tal manera que el alcalde Ledger y yo salimos despedidos hacia el suelo y la mayoría de las ventanas estallan y quedamos cubiertos de esquirlas y de polvo de cristal.

Vemos cómo se enciende el cielo.

El cielo hacia el oeste.

Una nube de fuego y humo aparece tan alta sobre las cárceles que parece que un gigante la esté sosteniendo ahí arriba.

A mi lado, el alcalde Ledger respira pesadamente.

—Lo han conseguido —dice, jadeando—. Ahora sí que lo han conseguido.

«Ahora sí que lo han conseguido», pienso.

Han empezado su guerra.

Y yo no puedo evitar pensar...

¿Va a venir a por mí?

## LA NOCHE EN QUE SUCEDE

## {VIOLA}

—Necesito tu ayuda —dice la enfermera Lawson, de pie en el umbral de la puerta de la cocina.

Levanto las manos, recubiertas de harina.

—Ahora estoy en pleno...

—La enfermera Coyle me ha mandado a buscarte.

Frunzo el ceño. No me gusta la palabra «buscar».

—Entonces, ¿quién va a terminar estas hogazas para mañana? Lee ha salido a por leña...

—La enfermera Coyle dice que tienes experiencia con los suministros médicos —me interrumpe ella—. Han llegado muchos y la chica que me está ayudando a ordenarlos está desbordada.

Suspiro. Por lo menos es mejor que cocinar.

La sigo y nos adentramos en el crepúsculo, entramos en la boca de la cueva y recorremos una serie de pasadizos hasta que llegamos a la gran caverna donde guardamos los suministros más preciados.

—Tal vez tardemos un buen rato —me dice la enfermera Lawson.

Pasamos la mayor parte de la tarde, hasta la noche, contando cuántas medicinas, vendajes, compresas, ropa de cama, éter, torniquetes, bandas de diagnóstico, correas para tomar la presión sanguínea, estetoscopios, batas, tabletas purificadoras de agua, férulas, gasas, abrazaderas, píldoras de raíz de Jeffers, adhesivos y muchas otras cosas tenemos, las ordenamos en pequeñas pilas y las esparcimos a lo largo de la caverna, hasta la entrada del túnel principal.

Me limpio el sudor frío de la frente.

—¿No deberíamos guardarlos ya?

—Todavía no —contesta la enfermera Lawson. Observa los montones bien ordenados que hemos hecho hasta ahora. Se frota las manos, y una expresión de preocupación le cruza la cara

—. Espero que haya suficiente.

—¿Suficiente para qué? —La sigo con los ojos mientras va repasando cada montón—.  
¿Suficiente para qué, enfermera Lawson?

Levanta la vista hacia mí y se muerde el labio.

—¿Cuánto recuerdas de cuando eras sanadora?

La miro durante un segundo, con cada vez más suspicacia, y luego salgo corriendo de la cueva.

—¡Espera! —me llama, pero ya estoy en el túnel central, saliendo disparada por la boca principal de la cueva hacia el campamento.

Que está completamente desierto.

—No te enfades —dice la enfermera Lawson después de que yo haya registrado todas las cabañas.

Estoy allí, como una estúpida, con las manos en las caderas, mirando al campamento vacío. Después de distraerme, la enfermera Coyle se ha ido, y con ella todas las otras sanadoras, excepto la enfermera Lawson. Thea y las aprendices también se han marchado.

Y todos los demás. Cada carro, cada caballo y cada buey.

Y Lee.

Wilf también se ha ido, en cambio Jane sigue todavía aquí, es la única otra persona que se ha quedado.

Esta noche es la noche.

Esta noche es la noche en que sucede.

—Ya sabes por qué no podía llevarte con ella —dice la enfermera Lawson.

—No confía en mí —contesto—. Ninguna de vosotras confiáis en mí.

—Eso no tiene ninguna importancia, ahora. —Su voz adopta ese tono severo de sanadora que tanto he llegado a detestar—. Lo que importa es que, cuando vuelvan, necesitaremos todas las manos posibles para curarlos.

Estoy a punto de discutirlo, pero entonces veo que sigue frotándose las manos, veo la preocupación de su rostro y todo lo que pasa bajo la superficie antes de que añada:

—Si es que alguno de ellos consigue volver.

Solo podemos esperar. Jane prepara café y, aunque el frío cada vez es más intenso, nos sentamos fuera observando el camino que sale del bosque, esperando a ver quién regresa por él.

—Escarcha —dice Jane, hundiendo el pulgar en la fina capa de hielo que cubre una piedra junto a su pie.

—Deberíamos haberlo hecho antes —dice la enfermera Lawson en dirección a la taza, con la cara encima del vapor que sube—. Deberíamos haberlo hecho antes de que cambiara el tiempo.

—¿Hacer qué? —pregunto.

—El rescate —responde Jane—. Wilf me lo dijo cuando se fue.

—¿El rescate de quién? —digo, aunque, por supuesto, solo puede ser...

Oímos unas piedras que caen en el camino. Ya nos hemos levantado cuando Magnus aparece a toda velocidad por la colina.

—¡Deprisa! —grita—. ¡Vamos!

La enfermera Lawson recoge los suministros médicos más básicos y echa a correr tras él por el camino. Jane y yo hacemos lo mismo.

Estamos a media ascensión cuando empiezan a salir del bosque.

En la parte posterior de los carros, a hombros de otros, en camillas, a caballo, cada vez más gente baja por el camino y sube la colina tras ellas.

Todas las mujeres a las que había que rescatar.

Las presas que el alcalde y su ejército habían encerrado.

Y en qué estado están...

—Dios mío —dice Jane en voz baja, a mi lado, ambas inmóviles, conmocionadas.

Dios mío.

Las horas siguientes se desdibujan mientras corremos a llevar a las heridas al campamento, aunque algunas están tan mal que tenemos que tratarlas allí mismo, en medio del camino. Obedezco las instrucciones de las sanadoras, voy de herida en herida, vuelvo corriendo a por más suministros, voy tan deprisa que hasta al cabo de un rato no me doy cuenta de que la mayoría de las heridas que estamos tratando no son por el combate.

—Las han apaleado —digo.

—Y las han matado de hambre —responde con rabia la enfermera Lawson, que coloca una inyección en el brazo de una mujer que hemos trasladado a la cueva—. Y las han torturado.

La mujer es apenas una de una cifra que va en aumento y que no parece que vaya a parar. La mayoría están demasiado asustadas para hablar, te miran en un silencio más horripilante o se plañen sin palabras, con cicatrices de quemaduras en los brazos y en el rostro, viejas heridas sin curar, ojos hundidos de mujeres que llevan días y días sin comer.

—Ha sido él —me digo—. Ha sido él.

—Sujeta esto —me pide la enfermera Lawson.

Salimos otra vez, con los brazos cargados de vendas que a duras penas cubrirán lo que necesitamos. La enfermera Braithwaite me gesticula de manera frenética. Me arrebató las vendas y procede a envolver furiosamente la pierna de una mujer que grita desde el suelo.

—¡Raíz de Jeffers! —grita Braithwaite.

—No he traído —respondo.

—¡Pues ve a buscarla, caramba!

Vuelvo a la cueva, esquivo sanadoras y aprendices y falsos soldados que se agachan sobre los pacientes, por todas partes, por la ladera de la colina, en los remolques, por todas partes. Y no solo hay mujeres heridas. Veo prisioneros, también infraalimentados, también apaleados. Veo a

personas del campamento que han resultado heridas en la batalla, entre ellos Wilf, que lleva una venda sobre una quemadura en el lateral de la cabeza, aunque todavía sigue llevando pacientes en camillas al campamento.

Entro corriendo en la cueva, cojo más vendas y raíz de Jeffers y vuelvo a la hondonada por enésima vez. Atravieso el campo abierto y miro hacia el camino, por donde sigue llegando gente.

Me detengo un segundo a comprobar las caras nuevas antes de volver con la enfermera Braithwaite.

La enfermera Coyle todavía no ha regresado.

Lee tampoco.

—Lo vi en medio del caos —dice la enfermera Nadari, mientras la ayudo a levantar a una mujer acabada de medicar—. Parecía estar buscando a alguien.

—Su madre y su hermana —explico, cargando con todo el peso de la mujer.

—No hemos podido sacar a todo el mundo. En uno de los edificios la bomba no estalló...

—¡Siobhan! —oímos gritar a alguien, a lo lejos.

Me giro, con el corazón latiendo mucho más rápido de lo que esperaba, y una sonrisa me parte las mejillas.

—¡Las ha encontrado!

Pero enseguida me doy cuenta de que me equivoco.

—¿Siobhan? —Lee baja por el camino del bosque, con el brazo y el hombro del uniforme ennegrecidos, el rostro cubierto de hollín, buscando con la mirada por todas partes, aquí y allá, repasando a toda la gente que va encontrando en la hondonada—. ¿Mamá?

—Ve —me dice la enfermera Nadari—. Ve a ver si está herido.

Dejo a la mujer apoyada sobre ella y corro hacia Lee, ignorando al resto de las sanadoras que me llaman.

—¡Lee! —grito.

—¿Viola? ¿Están aquí? ¿Sabes si están aquí?

—¿Estás herido? —Lo alcanzo, tomo la manga ennegrecida y le miro las manos—. Te has quemado.

—Está todo incendiado —dice, y le miro a los ojos. Me mira sin verme, está viendo lo que ha visto en las cárceles, está viendo el fuego y lo que quedaba tras él, está viendo a las prisioneras que encontraron, tal vez está viendo a los guardias a los que tuvo que matar.

No está viendo a su hermana ni a su madre.

—¿Están aquí? —suplica—. Dime que están aquí.

—No lo sé. No las conozco —digo en voz baja.

Se me queda mirando, con la boca abierta, el aliento pesado y ronco, como si hubiera tragado mucho humo.

—Ha sido... —empieza—. Dios mío, Viola, ha sido... —Alza la vista, mira por encima de mi

hombro—. Tengo que encontrarlas. Tienen que estar aquí.

Me deja atrás y baja por la hondonada.

—¿Siobhan? ¿Mamá?

No puedo evitar gritar a sus espaldas:

—¡Lee! ¿Has visto a Todd?

Pero él sigue caminando, tropezándose con unos y con otros.

—¡Viola! —oigo, y al principio creo que es solo otra sanadora que me pide ayuda.

Pero entonces una voz a mi lado dice:

—¡Enfermera Coyle!

Me giro y alzo la vista. En lo alto del camino aparece la enfermera Coyle, a caballo, avanzando tan rápido como puede el animal. Lleva a alguien en la silla, sentado tras ella y atado a su cuerpo para evitar que se caiga. Siento una sacudida de esperanza. Tal vez sea Siobhan. O la madre de Lee.

(o él, tal vez sea él, tal vez...)

—¡Ayúdanos, Viola! —grita la enfermera Coyle, agitando las riendas.

Y cuando echo a correr colina arriba, el caballo se da la vuelta sobre sus cascos y veo de quién se trata. Está inconsciente y se inclina peligrosamente.

Corinne.

—No —digo en voz baja, casi sin darme cuenta—. No, no, no, no, no —sigo diciendo cuando bajamos a Corinne hasta una roca plana y la enfermera Lawson corre hacia nosotras con los brazos llenos de vendas y medicinas—. No, no, no —cuando tomo su cabeza entre mis manos para mecerla y la enfermera Coyle le arranca la manga para preparar el brazo para las inyecciones—. No —cuando la enfermera Lawson nos alcanza y resopla al ver quién es.

—La encontré —dice.

La enfermera Coyle asiente.

—La encontré.

Noto el cráneo de Corinne bajo mis manos y noto que su piel arde de fiebre. Veo lo afiladas que tiene las mejillas, cómo las contusiones le decoloran los ojos y su piel cae flácida. Y la clavícula que sobresale del escote de su bata rasgada y sucia de sanadora. Y los círculos de quemaduras en el cuello. Y los cortes en los antebrazos. Y las uñas rotas.

—Oh, Corinne —susurro, y una lágrima cae de mis ojos sobre su frente—. Oh, no.

—Quédate con nosotras, mi niña —dice la enfermera Coyle, y no sé si está hablando conmigo o con Corinne.

—¿Y Thea? —pregunta la enfermera Lawson sin levantar la mirada.

La enfermera Coyle sacude la cabeza.

—¿Thea ha muerto? —pregunto.

—Y la enfermera Waggoner —añade, y me fijo en que tiene la cara manchada de humo, y unas quemaduras muy feas en la frente—. Y otras. —Aprieta los labios—. Pero ellos también

han tenido bajas.

—Vamos, mi niña —dice la enfermera Lawson a Corinne, que sigue inconsciente—. Siempre has sido la más tozuda. Eso es justo lo que necesitamos ahora.

—Sujeta esto —me pide la enfermera Coyle, pasándome una bolsa de fluido conectada a un tubo inyectado en el brazo de Corinne. La tomo con una mano, y mantengo la cabeza de Corinne sobre mi regazo.

—Ahí está —dice la enfermera Lawson, y retira una tira de tela adherida al flanco de Corinne. Un olor horrible nos golpea a todas a la vez.

Es peor que el olor vomitivo que despide. Es peor por lo que significa.

—Gangrena —dice la enfermera Coyle, aunque es inútil, porque todas podemos ver que va mucho más allá de la infección. El olor significa que el tejido está muerto. Significa que ha empezado a comerla viva. Algo que desearía no recordar que me enseñó la propia Corinne.

—No le dieron el maldito tratamiento básico —gruñe la enfermera Lawson, levantándose y corriendo de vuelta a la cueva en busca de las medicinas más potentes que tenemos.

—Vamos, mi niña difícil —dice la enfermera Coyle en voz baja, acariciando la frente de Corinne.

—Usted se quedó hasta encontrarla —digo—. Por eso ha llegado la última.

—No se rindió en ningún momento a pesar de todo lo que le hicieron —me explica con la voz ronca, y no solo a causa del humo.

Miramos el rostro de Corinne, los ojos todavía cerrados, la boca abierta, el aliento que falla.

La enfermera Coyle tiene razón. Corinne nunca se rindió, no dio nombres ni información, y encajó el castigo para impedir que otras hijas y otras madres lo sufrieran en sus carnes.

—La infección... —digo con un nudo en la garganta—. Este olor significa...

La enfermera Coyle se muerde los labios y sacude la cabeza.

—Oh, Corinne —digo—. Oh, no.

Y ahí mismo, en mis manos, en mi regazo, con el rostro vuelto hacia el mío, muere.

Cuando sucede, solo queda el silencio. No hay alboroto ni forcejeo ni violencia ni nada. Simplemente se desvanece muy bajito, con una calma que adivinas infinita en cuanto la oyes, una calma que amortigua todo lo que la envuelve, que apaga el volumen del mundo.

Lo único que oigo, de hecho, es mi propia respiración, húmeda y pesada, como si nunca más fuera a sentirme ligera. Y en el silencio de mi aliento miro colina abajo, veo al resto de los heridos que nos rodean, con las bocas abiertas en gritos de dolor, los ojos en blanco por los horrores que siguen viendo, a pesar del rescate. La enfermera Lawson corre hacia nosotras cargada de medicinas, demasiado tarde, demasiado tarde. Veo a Lee, que vuelve del camino, llamando a su madre y a su hermana, incapaz de creer que, en medio de todo este desastre, ellas todavía no estén aquí.

Pienso en el alcalde en su catedral, haciendo promesas, diciendo mentiras.



(pienso en Todd, en manos del alcalde)

Miro a Corinne en mi regazo. Corinne, a quien nunca caí bien, pero que aun así dio su vida por la mía.

«Somos las decisiones que tomamos.»

Cuando miro a la enfermera Coyle, la humedad de mis ojos hace que todo brille con luces afiladas, que el primer rayo del sol naciente sea como una mancha en el cielo.

Pero a ella la veo con total claridad.

Aprieto los dientes y mi voz es espesa como el barro.

—Estoy lista —digo—. Haré todo lo que usted quiera.

## LA RESPUESTA

[TODD]

—Dios mío —no para de decir el alcalde Ledger en voz baja—. Dios mío.

—¿Por qué está usted tan molesto? —le espeto por fin.

No ha venido nadie a abrirnos a la hora habitual. La mañana ha llegado y se ha ido y no hay señal alguna de que alguien recuerde que estamos aquí. En el exterior, la ciudad arde y RUGE, pero la parte más cínica de mí mismo no puede evitar pensar que se queja porque tardan en traernos el desayuno.

—Se suponía que la rendición iba a traernos la paz —dice—. Pero esa maldita mujer lo ha estropeado todo.

Lo miro con extrañeza.

—Tampoco es que esto sea un paraíso. Hay toques de queda y cárceles y...

Pero él sacude la cabeza.

—Antes de que ella empezara su campaña, el presidente había relajado las leyes. Estaba aminorando las restricciones. Las cosas estaban mejorando.

Me levanto y miro por las ventanas hacia el oeste, donde las columnas de humo siguen subiendo, los incendios continúan activos y el ruido de los hombres no da señal alguna de detenerse.

—Hay que ser prácticos —dice el alcalde Ledger—. Incluso ante los tiranos.

—Entonces, ¿es eso lo que es usted? ¿Práctico?

Estrecha los ojos.

—No sé adónde quieres ir a parar, chico.

Yo tampoco sé muy bien adónde quiero ir a parar, pero estoy asustado y tengo hambre, y estamos encerrados en esta estúpida torre mientras vemos que el mundo a nuestro alrededor se cae en pedazos, pero no podemos hacer nada por cambiar las cosas, y no sé qué papel tiene Viola en todo esto ni dónde está, y no sé qué nos deparará el futuro, pero no creo que vaya a salir nada bueno de todo esto. Lo que sí sé es que el hecho de que alcalde Ledger me diga lo práctico que ha sido me está cabreando bastante.

Ah, sí, y otra cosa.

—No me llame chico.

Da un paso hacia mí.

—Un hombre entendería que las cosas son complicadas, que no se trata simplemente de distinguir entre el bien y el mal.

—Un hombre que solo intentara salvar el pellejo, seguro que sí.

Y mi ruido dice «Inténtalo, vamos, inténtalo».

El alcalde Ledger cierra los puños.

—Hay muchas cosas que tú no sabes, Todd —dice, con las fosas nasales dilatadas—. Muchas...

—¿Qué es lo que no sé? —pregunto, pero entonces se oye el chasquido del cerrojo al abrirse, y ambos damos un respingo, sobresaltados.

Davy irrumpe con rifles en las manos.

—Vamos —dice, tirándome uno—. Mi padre nos llama.

Salgo sin decir palabra, y a nuestra espalda el alcalde Ledger grita «¡Eh!» mientras Davy vuelve a echar el cerrojo.

—Cincuenta y seis soldados muertos —me cuenta Davy mientras bajamos a toda prisa las escaleras de la torre—. Matamos a doce de ellos y capturamos a una docena más, pero han huido con casi doscientos prisioneros.

—¿Doscientos? —digo, deteniéndome por un segundo—. ¿Cuánta gente había en la cárcel?

—Vamos, meón, que mi padre nos espera.

Corro para alcanzarlo. Atravesamos el vestíbulo de la catedral y nos dirigimos a la puerta principal.

—Malditas zorras. —Davy sacude la cabeza—. Es inaudito lo que son capaces de hacer. ¡Han volado un barracón donde los hombres estaban durmiendo!

Salimos de la catedral al caos de la plaza. El humo sigue llegando del oeste, y lo envuelve todo en una nebulosa. Soldados, solos y en patrullas, corren en todas direcciones, arrollan a la gente que tienen delante, los golpean con los rifles. Otros hacen guardia alrededor de grupos de mujeres de aspecto aterrorizado y de otros grupos, más pequeños, de hombres de aspecto aterrorizado.

—Pero les hemos dado una lección —continúa Davy con una mueca.

—¿Estuviste allí?

—No. —Mira al rifle—. Pero la próxima vez sí estaré.

—¡David! —oímos—. ¡Todd!

El alcalde cabalga hacia nosotros desde el otro extremo de la plaza, tan deprisa que los cascos de Morpeth hacen saltar chispas de los adoquines.

—Ha pasado algo en el monasterio —grita—. Id hacia allí. ¡Ahora mismo!

El caos se ha apoderado de la ciudad. Durante el trayecto a caballo vemos soldados por todas partes que escoltan a ciudadanos que caminan por delante de ellos, a los que obligan a formar cadenas de cubos para intentar apagar los incendios menores causados por las tres primeras bombas de anoche, las que destrozaron la central eléctrica, el depósito de agua y una tienda de comestibles, que siguen ardiendo porque las mangueras de los bomberos de Nueva Prentiss están ocupadas intentando apagar el fuego de las cárceles.

—No saben la que se les viene encima —dice Davy.

Cabalgamos a toda velocidad.

—¿A quién te refieres?

—A las mujeres de la Respuesta y a cualquier hombre que las ayude.

—Ya no quedará nadie.

—Estaremos nosotros —dice Davy, mirándome—. Y eso ya es un principio.

La carretera se vuelve más silenciosa a medida que nos alejamos de la ciudad, y llega un punto en que parece que todo es normal, a no ser que te gires y veas las columnas de humo que se elevan hacia el cielo. A esta distancia ya no hay nadie en la carretera, y el silencio es tan absoluto que parece que el mundo se haya terminado.

Dejamos atrás la colina donde yacen los escombros de la torre, sin ver a ningún soldado. Doblamos el último recodo del camino y seguimos hasta el monasterio.

Y agarramos con fuerza las riendas.

—Oh, mierda... —dice Davy.

Toda la parte frontal del edificio ha explotado. No hay ningún guardia en los muros, solo un enorme agujero entre los ladrillos que antiguamente enmarcaban la puerta.

—Malditas zorras —repite Davy—. Los han liberado.

Noto una extraña sonrisa en el estómago solo de pensarlo.

(¿eso es lo que ha hecho?)

—Ahora tendremos que combatir también contra ellos —se lamenta.

Pero yo ya salto de Angharrad con una sensación de ligereza en la barriga. «Libres», pienso. «Son libres.»

(¿por eso se unió a ellos?)

Me siento tan...

Tan aliviado.

Aligero el paso a medida que me acerco al boquete, con el rifle entre las

manos, pero tengo la sensación de que no voy a necesitarlo.

(ah, Viola, sabía que podía contar...)

Entonces llego a la abertura y me detengo.

Todo se detiene.

Se me cae el alma a los pies.

—¿Se han ido todos? —pregunta Davy, alcanzándome.

Entonces ve lo que acabo de ver.

—¿Qué...? —dice Davy.

Los zulaques no se han ido.

Siguen aquí.

Todos y cada uno de ellos.

Los mil ciento cincuenta.

Muertos.

—No entiendo nada —dice Davy, mirando a su alrededor.

—Cállate —murmuro.

Los muros de guía se han derrumbado, todo ha quedado reducido a un campo devastado, y hay cuerpos apilados por todas partes, tirados los unos encima de los otros y caídos también sobre la hierba, como si los hubieran descartado, varones, hembras, niños y bebés, tirados como si fueran basura.

Algo arde en alguna parte y un humo blanco se retuerce sobre el campo, trazando una circunferencia sobre los montones, envolviéndolos con dedos humeantes, sin encontrar nada con vida.

Y el silencio.

No hay chasquidos, no hay pies que se arrastran, no hay respiración.

—Tengo que avisar a mi padre —dice Davy, que ya ha dado media vuelta—. Tengo que avisarlo.

Y sale por la parte frontal, salta a lomos de Trampa y cabalga de vuelta hacia la carretera.

No le sigo.

Mis pies solo van hacia delante, me adentro entre los cadáveres, con el rifle a rastras.

Las pilas de cadáveres sobrepasan mi cabeza. Tengo que levantar la mirada para ver los rostros inertes echados hacia atrás, los ojos aún abiertos, las moscas picoteando las heridas de bala que tienen en la cabeza. Parece que los tirotearon a todos en plena frente, pero algunos cuerpos también parecen degollados, tienen heridas en el pecho y empiezo a ver miembros arrancados y cabezas totalmente giradas y...

Dejo caer el rifle sobre la hierba. Apenas me doy cuenta.

Sigo caminando, sin pestañear, con la boca abierta, incapaz de creer lo que estoy viendo, sin ser consciente de la desproporción de todo ello...

Porque estoy pisando cuerpos con los brazos abiertos, brazos con cintas metálicas colocadas por mí, bocas retorcidas a las que yo di de comer, espaldas rotas que yo...

Que yo...

Dios mío.

Dios mío, no, yo los odiaba.

Intenté no hacerlo, pero no pude evitarlo.

(no, no pude...)

Pienso en todas las veces que los maldije.

En todas las veces que los consideré simples ovejas.

(un cuchillo en la mano, bajando...)

Pero nunca quise esto.

Yo nunca...

Llego junto al montón de cadáveres más grande, cerca del muro más oriental...

Y la veo.

Y caigo de rodillas sobre la hierba helada.

Escrita en la pared, alta como un hombre...

Una R.

La R de la Respuesta.

En azul.

Inclino lentamente la cabeza hasta tocar al suelo, y el frío se me hunde en el cráneo.

(no)

(no, ella no)

(no puede ser)

El vapor de mi aliento me rodea y funde un pequeño punto de barro. No me muevo.

(¿te han hecho esto?)

(¿te han cambiado?)

(¿Viola?)

(¿Viola?)

La oscuridad me sobrecoge, me cubre como una manta, como agua que me tapa la cabeza. No, Viola, no puedes ser tú, no puedes ser tú (¿verdad?) no no no no puede ser...

No...

No...

Me siento.

Me reclino.

Y me golpeo a mí mismo en la cara.

Me pego con fuerza.

Una vez.

Y otra.

Sin sentir nada al hacerlo.



Al partirme los labios.  
Al hinchárame los ojos.  
No...  
Por Dios...  
Por favor...  
Levanto el puño para volverme a golpear...  
Pero no lo hago.  
Noto un frío que me invade.  
En lo más hondo de mi ser...  
(¿dónde estás para salvarme?)  
Estoy paralizado.  
Completamente paralizado.  
Miro a los zulaques, muertos, muertos por todas partes.  
Y Viola desaparecida...  
Desaparecida de un modo que no puedo ni pronunciar...  
(¿hiciste tú esto?)  
(¿hiciste esto en vez de venir a buscarme?)  
Me muero por dentro.

Un cuerpo se desprende de la pila y me cae encima.

Me voy rápidamente, ruedo sobre los cuerpos, me levanto con dificultad, me limpio las manos en los pantalones, me quito los muertos de encima.

Y entonces cae otro cuerpo.

Miro a lo alto de la pila.

1017 está saliendo del interior.

Me ve y se queda helado, con la cabeza y los brazos sobresaliendo de entre los cadáveres, los huesos marcados bajo la piel, delgado como los muertos.

Pero ha sobrevivido. Por supuesto que sí.

Si hay alguien lo suficientemente rencoroso para encontrar un modo de sobrevivir, no hay duda de que tiene que ser él.

Corro hacia la pila y empiezo a tirarle de los hombros para sacarlo de entre los muertos, de entre todos los muertos.

Al liberarse, caemos los dos de espaldas, tropezamos por el suelo, salimos rodando y luego nos quedamos mirando fijamente.

Respiramos con dificultad y las nubes de vapor invaden el aire.

No parece herido, y ya no lleva el brazo en cabestrillo. Me mira con unos ojos probablemente tan abiertos como los míos.

—Estás vivo —digo como un estúpido—. Estás vivo.

Se me queda mirando, sin ruido, sin chasquido, sin nada. Solo nosotros en silencio en la mañana, con el humo serpenteando por el aire como si fuera una vid.

—¿Cómo? —empiezo a preguntar—. ¿Cómo has...?

Pero de él no sale ninguna respuesta, solo me mira y me mira.

—¿Has...? —continúo, y luego tengo que aclararme la garganta—. ¿Has visto a una chica?

Y entonces oigo ruido de cascos en la carretera.

Davy debe de haberse topado en el camino con su padre, que debía de venir ya hacia aquí.

Miro con dureza a 1017.

—Corre —digo—. Tienes que largarte de aquí.

Cloc-catacloc...

—Por favor —susurro—. Por favor, lo siento mucho, lo siento mucho, pero por favor, corre, corre, vete de aquí...

Dejo de hablar porque se está levantando. Sigue mirándome, sin pestañear, con el rostro casi vacío de expresión.

Cloc-cataCLOC...

Se aleja un paso, luego dos, luego más deprisa, se dirige a los restos de la puerta abierta.

Y entonces se detiene y mira atrás.

Me mira a mí.

Y surge un fogonazo de ruido.

De mí, a solas.

De 1017 con un arma.

De él apretando el gatillo.

De mí muriendo a sus pies.

Entonces da media vuelta, sale corriendo por la puerta y se pierde en la espesura del bosque.

—Sé lo duro que debe de resultar esto para ti, Todd —dice el alcalde, contemplando la puerta destrozada. Hemos salido. Ninguno queríamos seguir viendo los cadáveres.

—Pero ¿por qué? —pregunto, intentando mantener la rigidez de mi voz—. ¿Por qué lo han hecho?

El alcalde ve mi cara ensangrentada por mis propios golpes, pero no dice nada al respecto.

—Debieron de pensar que los íbamos a usar como soldados.

—Pero ¿por qué tuvieron que matarlos a todos? —Lo miro mientras monta en su caballo—. Hasta ahora la Respuesta solo había matado por accidente.

—Cincuenta y seis soldados —dice Davy.

—Setenta y cinco —le corrige el alcalde—. Y tres prisioneros huidos.

—Ya intentaron bombardearnos una vez, ¿te acuerdas? —añade Davy—. Malditas zorras.

—La Respuesta ha agudizado su campaña —señala el alcalde, mirándome principalmente a mí—. Y responderemos en correspondencia.

—Por supuesto —le apoya su hijo amartillando el rifle sin razón aparente.

—Lamento lo de Viola —me dice el alcalde—. Estoy tan decepcionado como tú de que esté implicada en esto.

—No sabemos si lo está —susurro.

(¿lo está?)

(¿lo estás?)

—En cualquier caso —continúa él—, tus años de infancia ya han pasado. Ahora necesito líderes. Necesito que seas un líder. ¿Estás preparado para serlo, Todd Hewitt?

—Yo lo estoy —afirma Davy. Su ruido muestra que se siente excluido de la conversación.

—Ya sé que puedo contar contigo, hijo.

Y ahí surge de nuevo el ruido rosado.

—Ahora, quien quiero que me responda es él. —Se acerca un poco más—. Ya no eres mi prisionero, Todd Hewitt. Eso ha quedado atrás. Ahora necesito saber si vas a unirte a mí —con la cabeza señala el boquete en el muro— o a ellos. No hay ninguna otra posibilidad.

Miro al monasterio, a los cadáveres, a los rostros conmocionados y muertos, a todo este final inútil.

—¿Me ayudarás, Todd?

—¿En qué? —pregunto mirando al suelo.

Él se limita a repetir la pregunta.

—¿Me ayudarás?

Pienso en 1017, que se ha quedado solo, completamente solo en el mundo.

En sus amigos y su familia, que, por lo que sé, están apilados como basura y son pasto para las moscas.

No puedo dejar de verla incluso cuando cierro los ojos.

No puedo dejar de ver la R azul y brillante.

«Oh, no me engañes», pienso.

«Oh, no me abandones nunca.»

(pero ya no está)

Y yo estoy muerto.

Por dentro, estoy muerto muerto muerto.

No queda nada.

—Lo haré —digo—. Ayudaré.

—Excelente —se congratula el alcalde—. Sabía que ibas a ser alguien especial, Todd. Lo he sabido siempre.

El ruido de Davy chirría, pero su padre no le hace caso.

Se vuelve hacia Morpeth para cruzar los terrenos sembrados de muertos del monasterio.

—Por lo que respecta a cómo ayudarme... —añade—. Bien, ahora que sabemos cuál es la Respuesta —se vuelve hacia nosotros con los ojos centelleantes—, ha llegado el momento de conocer la Pregunta.



QUINTA  
PARTE

EL  
DEPARTAMENTO  
DE LA PREGUNTA

## AHORA VIVIMOS ASÍ

[TODD]

—No os dejéis engañar por este período de tranquilidad —dice el alcalde, desde lo alto de la plataforma, con la voz retumbando por toda la plaza a través de los altavoces que han colocado en cada esquina, a un nivel altísimo, para que todos pudieran oírlo por encima del RUGIDO. Los habitantes de Nueva Prentiss le observan en la fría mañana, con los hombres apiñados delante de la plataforma, rodeados por el ejército, y las mujeres detrás, en las calles adyacentes.

Ya volvemos a estar todos aquí.

Davy y yo nos hemos situado tras la plataforma, montados en nuestros caballos, justo detrás del alcalde.

Como una especie de guardia de honor.

Lucimos uniformes nuevos.

«Yo soy el círculo y el círculo soy yo», pienso.

Porque cuando lo pienso, no tengo que pensar en nada más.

—En este preciso instante, el enemigo está actuando contra nosotros. En este preciso instante, el enemigo está tramando nuestra destrucción. Tenemos razones para creer que el ataque es inminente.

El alcalde echa un largo vistazo que abarca toda la multitud. Es fácil olvidar

cuánta gente hay aún aquí, cuánta gente sigue trabajando, cuánta gente intenta comer y seguir con sus vidas cotidianas. Tienen un aspecto cansado, hambriento, muchos de ellos están sucios, pero siguen mirando fijamente en silencio.

—La Respuesta puede atacar en cualquier lugar, en cualquier momento, contra cualquiera —continúa, aunque nunca ha hecho nada semejante, por lo menos desde hace casi un mes. La fuga masiva de la prisión fue lo último que supimos de la Respuesta; luego sus miembros desaparecieron en la jungla, tras matar a los soldados que los hubieran perseguido mientras dormían en sus barracones.

Eso significa que siguen ahí, regodeándose de su victoria y planeando el siguiente ataque.

—Trescientos prisioneros huidos —dice el alcalde—. Casi doscientos soldados y civiles muertos.

—Cada vez son más —murmura Davy en voz baja, en referencia a las cifras—. En el próximo discurso, toda la ciudad habrá muerto. —Me mira para ver si me río. No me río. Ni siquiera lo miro—. Bueno, déjalo correr —dice, y me da la espalda.

—Por no hablar del genocidio —continúa el alcalde.

La multitud murmura al oír la palabra «genocidio» y el RUGIDO se vuelve algo más fuerte y rojo.

—Los mismos zulaques que sirvieron en vuestras casas de un modo tan pacífico durante la última década, a los que tanto habíamos admirado por su coraje ante la coacción, a los que habíamos llegado a considerar compañeros en el Nuevo Mundo... —vuelve a hacer una pausa—. Todos están muertos, todos han desaparecido.

La multitud RUGE un poco más. Es cierto que la muerte de los zulaques afectó a la gente, más incluso que la de los soldados o los ciudadanos que se vieron involucrados en el ataque. Algunos hombres empezaron a alistarse otra vez al ejército. Entonces el alcalde dejó salir a determinado número de mujeres que permanecían en las cárceles, e incluso permitió que algunas volvieran a vivir



con sus familias y no en los barracones. También aumentó las raciones de alimento para todo el mundo.

Y empezó a celebrar estos mítines para dar explicaciones.

—La Respuesta afirma que lucha por la libertad. Pero ¿podéis depositar vuestra confianza en personas capaces de matar a toda una población desarmada?

Noto que me asfixio y convertido mi ruido en un espacio vacío, lo convierto en una tierra baldía, no pienso nada, no siento nada, excepto...

«Yo soy el círculo y el círculo soy yo.»

—Sé que estas últimas semanas han sido difíciles por culpa de la escasez de comida y de agua, de los necesarios toques de queda, de los cortes de electricidad durante las noches más frías. Aplaudo vuestra fortaleza. El único modo en que podremos salir de esta será uniéndonos contra los que quieren destruirnos.

Y la gente se ha unido, ¿no es así? Obedecen el toque de queda, aceptan las raciones de agua y alimentos que les son asignadas sin protestar, permanecen en sus casas y apagan las luces a una hora determinada, y, en general, siguen a lo suyo, a pesar de que el frío es cada vez más intenso. Si recorres la ciudad, ves incluso tiendas abiertas, con largas colas de personas en el exterior, esperando para conseguir las provisiones necesarias.

Sus ojos miran al suelo, esperando.

Por la noche, el alcalde Ledger me cuenta que la gente de la ciudad sigue quejándose del alcalde Prentiss, pero ahora hay cada vez más quejas contra la Respuesta, por haber volado el depósito de agua, por haber volado la central eléctrica y, sobre todo, por haber matado a todos los zulaques.

«Mejor malo conocido...», dice.

Seguimos en la torre, él y yo, por alguna razón que solo el alcalde Prentiss conoce, pero ahora tengo una llave y encierro a Ledger cuando yo no estoy. No le gusta, pero ¿qué puede hacer?

Mejor malo conocido.

Me pregunto por qué solo podemos elegir entre un malo y otro malo.

—También quiero expresar mi agradecimiento —sigue Prentiss, dirigiéndose a la población— por vuestra ayuda continua aportando información. Solo la eterna vigilancia nos conducirá a la luz. Que vuestro vecino sepa que está siendo vigilado. Solo entonces estaremos seguros de verdad.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto? —se pregunta Davy en voz alta mientras espolea sin querer a Trampa/Bellota, al que luego tiene que controlar cuando se lanza hacia delante—. Me estoy helando.

Angharrad descansa alternativamente el peso de una pata a la otra. **¿Vamos?**, pregunta su ruido, con un aliento pesado y blanco en medio del frío.

—Pronto —digo frotándole el flanco con la mano.

—A partir de esta noche —continúa el alcalde—, el toque de queda se reduce en dos horas y las horas de visita para esposas y madres aumentan en treinta minutos.

Entre la multitud, algunos hombres asienten y algunas mujeres lloran aliviadas.

Están agradecidos, pienso. Agradecidos al alcalde.

Esta sí que es buena.

—Por último —dice el alcalde—. Tengo el placer de anunciar que se han completado las obras del edificio para un nuevo departamento ministerial, que nos proporcionará seguridad ante la amenaza de la Respuesta, un edificio donde no se podrá guardar ningún secreto, donde aquel que trate de socavar nuestro modo de vida será reeducado en la comprensión de nuestros ideales, donde nuestro futuro quedará asegurado contra aquellos que podrían intentar arrebatarlo.

El alcalde hace una pausa para dar el máximo impacto a sus palabras.

—Hoy inauguramos el Departamento de la Pregunta.

Davy me intercepta la mirada y da un golpecito en la P plateada que llevamos cosida en las hombreras de nuestros uniformes nuevos.

Davy y yo somos ahora oficiales de la Pregunta.

No comparto su emoción.

Porque apenas siento ya nada en absoluto.

«Yo soy el círculo y el círculo soy yo.»

—Buen discurso, papá, pero un poco largo —dice Davy.

—No iba dirigido a ti, hijo —dice el alcalde, sin mirarlo.

Los tres bajamos a caballo por la carretera hacia el monasterio.

Aunque el monasterio ya no existe.

—Confío en que esté todo listo —dice el alcalde, casi sin volver la cabeza—.

No querría quedar como un mentiroso.

—Que lo sigas preguntando no va a hacer que esté menos listo —murmura Davy.

Su padre se vuelve hacia él con expresión seria, pero yo intervengo antes de que nadie reciba un bofetón de ruido.

—Hemos hecho todo lo posible —digo con voz monótona—. Las paredes y el tejado están colocados, pero el interior...

—No te preocupes, Todd —me interrumpe el alcalde—. El interior se terminará a su debido tiempo. El edificio está levantado, eso es lo que importa. Solo viendo el exterior ya se echarán a temblar.

Ahora nos da la espalda y trota delante de nosotros, pero noto que sonrío al decir «se echarán a temblar».

—¿Vamos a participar en esto? —pregunta Davy, con el ruido todavía tempestuoso—. ¿O vas a ordenarnos que volvamos a hacer de canguros?

Su padre gira a Morpeth en medio del camino y nos cierra el paso.

—¿Alguna vez oyes a Todd quejarse? —pregunta.

—No —contesta, enfadado—. Pero él solo es Todd, ¿sabes?

El alcalde arquea las cejas.

—¿Y?

—Y yo soy tu hijo.

Prentiss dirige su montura hacia nosotros, y Angharrad se echa atrás. **Ríndete**, dice Morpeth. **Lidera**, responde Angharrad, bajando la cabeza. Le acaricio la crin, se la desenredo un poco con los dedos e intento tranquilizarla.

—Deja que te diga una cosa interesante, David —contesta el alcalde, mirándolo con dureza—. Los oficiales, el ejército y la gente de la ciudad os ven a los dos montando juntos, con vuestros uniformes nuevos, con vuestra nueva autoridad, y saben que uno de vosotros es mi hijo. —Ahora casi está tocándolo, y lo empuja carretera atrás—. Y cuando os ven pasar, cuando ven que os dirigís a vuestras tareas, ¿sabes una cosa? A menudo dudan. A menudo no saben decir quién es carne de mi carne, quién lleva mi misma sangre.

Me mira.

—Ven a Todd, con su devoción por el deber, con su ceño modesto y su rostro serio, con su calma exterior y madura, manejando su ruido, y no se les ocurre ni por asomo que mi hijo sea su ruidoso, torpe e insolente amigo.

Davy mira al suelo, con los dientes apretados, y el ruido hirviendo.

—Ni siquiera se te parece.

—Lo sé —contesta el alcalde, haciendo girar de nuevo a Morpeth en dirección al monasterio—. Pero me parece interesante, porque sucede muy a menudo.

Seguimos adelante. Davy, en plena tormenta roja y silenciosa de ruido, se va quedando atrás. Yo mantengo a Angharrad en una posición intermedia, y el alcalde galopa por delante.

—Buena chica —le murmuro.

**Chico potro**, me responde, y luego piensa **Todd**.

—Sí, chica —le susurro entre los oídos—. Estoy aquí.

Me he acostumbrado a quedarme un rato en los establos al final del día, para desensillarla yo mismo, cepillarle la crin y darle manzanas. Lo único que

necesita de mí es saber que estoy ahí, que no he abandonado la manada, y mientras eso sea así, es feliz y me llama **Todd**, y no tengo que darle explicaciones ni preguntarle nada, y ella no necesita nada de mí.

Porque yo nunca la abandono.

Porque yo nunca me voy.

Mi ruido empieza a nublarse y vuelvo a pensar: «Yo soy el círculo y el círculo soy yo».

El alcalde me mira y sonrío.

Aunque llevemos uniforme, no formamos parte del ejército. El alcalde nos lo ha dejado muy claro. No tenemos más rango que el de oficial, pero el uniforme y la P en la manga son suficientes para que la gente se aparte de nuestro camino cuando nos acercamos al monasterio.

Hasta ahora, nuestro trabajo ha consistido en vigilar a los hombres y mujeres que siguen en prisión, aunque principalmente son mujeres. Tras el asalto e incendio de las cárceles, los presos fueron trasladados a un antiguo sanatorio junto al río.

¿Adivináis a cuál?

A lo largo del último mes, Davy y yo nos hemos dedicado a escoltar a los equipos de prisioneros en sus idas y venidas del sanatorio al monasterio, para que terminaran el trabajo que los zulaques habían comenzado. Creo que trabajan más deprisa que ellos. Esta vez el alcalde no nos pidió que supervisáramos la construcción, cosa que agradezco.

Cuando todo el mundo vuelve a pasar la noche en el sanatorio, Davy y yo no tenemos gran cosa que hacer, excepto montar nuestros caballos alrededor del edificio, haciendo lo posible por no oír los gritos que salen de dentro.

Algunos de los que siguen en prisión pertenecen a la Respuesta, y son los que el alcalde pilló la noche de la fuga. No los vemos nunca, no salen con los

equipos de trabajo, pasan todo el día siendo interrogados hasta que responden algo. Hasta ahora, lo único que el alcalde ha sacado de ellos es la ubicación de un campamento cercano a una mina, pero estaba ya desierto cuando llegaron los soldados. El resto de las informaciones útiles tardan en llegar.

En la cárcel también hay personas acusadas de ayudar a la Respuesta o de cualquier otro delito. En cambio, todos los que afirmaron haber visto a la Respuesta matando a los zulaques y a las mujeres escribiendo la R en el muro han sido liberados y devueltos a sus familias. Pese a que es imposible que estuvieran en el monasterio para ver lo que sucedió.

En cuanto a los demás presos, bueno, siguen siendo interrogados hasta que den alguna respuesta.

Davy habla en voz alta para tapar los sonidos que oímos durante los interrogatorios. Finge que no le molestan, pero cualquier idiota se daría cuenta de que no es así.

Yo me encierro dentro de mí mismo, cierro los ojos y espero a que cesen los gritos.

Ahora Davy no me pone tan nervioso como antes.

Porque, como ya he dicho, no siento nada, ya no.

«Yo soy el círculo y el círculo soy yo.»

Pero hoy, en teoría, todo va a cambiar. Hoy, el nuevo edificio ya está listo, o lo suficientemente listo, y Davy y yo lo vigilaremos, en vez de vigilar el sanatorio, al tiempo que, en teoría, aprendemos de qué va esto de los interrogatorios.

Muy bien. No importa.

Nada importa.

—El Departamento de la Pregunta —anuncia el alcalde cuando doblamos el último recodo.

La parte frontal del monasterio ha sido reconstruida y se ve el nuevo edificio que sobresale, un gran bloque de piedra que con mucho gusto te rompería la

crisma si te acercaras demasiado. En la puerta recién construida destaca una gran P, brillante y plateada, a juego con las que llevamos en el uniforme.

Hay guardias con uniformes del ejército a ambos lados de la puerta. Uno de ellos es Ivan, todavía soldado raso, todavía amargado. Intenta captar mi atención cuando paso a caballo y veo que en su ruido resuenan cosas que no quiere que oiga el alcalde, imagino.

Hago caso omiso. El alcalde hace lo mismo.

—Ahora sabremos cuándo empezará la verdadera guerra —dice Prentiss.

Se abre la puerta y sale el hombre que está a cargo de la Pregunta, el hombre cuyo objetivo es descubrir dónde se esconde la Respuesta y el mejor modo de llegar a ella.

Nuestro recién ascendido comandante.

—Señor presidente —saluda.

—Capitán Hammar —responde el alcalde.

## SOLDADO

{VIOLA}

—Silencio —advierte la enfermera Coyle, llevándose un dedo a los labios.

El viento ya no sopla y se oyen nuestros pasos que parten las ramitas del suelo, al pie de los árboles. Nos detenemos, atentos al posible sonido de los soldados desfilando.

Nada.

Más nada.

La enfermera Coyle asiente y continúa avanzando colina abajo, a través de los árboles. Yo voy detrás de ella. Estamos solo nosotras dos.

Ella, yo y la bomba que llevo amarrada a la espalda.

El rescate salvó a ciento treinta y dos prisioneros. Veintinueve de ellos murieron durante el trayecto o en el campamento. Corinne fue la número treinta. Otras mujeres no llegaron a ser rescatadas, como la pobre enfermera Fox, cuyo destino es probable que nunca lleguemos a conocer. Pero la enfermera Coyle estima que matamos por lo menos a veinte soldados. Milagrosamente, solo seis miembros de la Respuesta murieron en el primer ataque, incluyendo a Thea y a la enfermera Waggoner, pero cinco más fueron capturados y no dudamos de que serían torturados para conseguir información sobre el escondrijo de la Respuesta.

Por eso nos fuimos a toda prisa.

Antes incluso de que muchos de los heridos pudieran caminar por sí solos, cargamos suministros y armas, y todo lo que pudimos cargar en carros, caballos o a las espaldas de los capaces, y huimos por el bosque, avanzando durante toda esa noche y durante el día y la noche siguientes hasta que llegamos a un lago en la base de un acantilado de piedra, donde por lo menos tendríamos agua y algo de cobijo.

—Servirá —dijo la enfermera Coyle.

Montamos el campamento a lo largo de la orilla.



Y comenzamos los preparativos para la guerra.

Hace un gesto con la palma de la mano y me escondo de inmediato bajo unos matorrales. Hemos llegado a un estrecho desvío de la carretera principal y en la distancia se oye una tropa de soldados que se alejan ruidosamente.

Nuestra provisión de cura se reduce a diario y la enfermera Coyle ha ideado un sistema de racionamiento, pero aun así, desde el ataque, es demasiado peligroso que ningún hombre, tenga o no tenga ruido, se aventure a ir a la ciudad, por lo que ya no pueden acompañarnos en compartimentos ocultos hasta los objetivos fáciles. Estamos obligados a coger un carro hasta un lugar concreto en las afueras de la ciudad y a recorrer luego a pie el resto del camino.

La huida será más difícil, de modo que deberemos tener cuidado.

—Ahora —susurra la enfermera Coyle.

Me levanto. Las lunas son nuestra única luz.

Agachadas, atravesamos la carretera.

Tras llegar al lago, tras rescatar a toda aquella gente, tras la muerte de Corinne...

Tras unirme a la Respuesta...

Empecé a aprender cosas.

«Entrenamiento básico», lo llamó la enfermera Coyle. Lo dirigía la enfermera Braithwaite y estaba pensado no solo para mí, sino para todos los pacientes que ya se habían recuperado lo suficiente para alistarse, que eran la mayoría, más de los que hubieras imaginado. Nos enseñaron a cargar un rifle y a dispararlo, los fundamentos básicos de la infiltración, las maniobras nocturnas, el rastreo, las comunicaciones manuales, las palabras en código, a cablear y conectar una bomba...

—¿Cómo saben hacerlo? —pregunté una noche durante la cena cansada y dolorida de tanto correr, zambullirme y cargar peso durante todo el día—. Ustedes son sanadoras. ¿Cómo saben...?

—¿Dirigir un ejército? —me interrumpió la enfermera Coyle—. Te olvidas de la guerra de los zulaques.

—Teníamos una división propia —continuó la enfermera Forth, desde el otro extremo de la mesa, mientras sorbía una taza de caldo.

Después de ver lo en serio que me tomaba los entrenamientos, las sanadoras habían empezado a hablar conmigo.

—No éramos demasiado populares —se rio la enfermera Lawson, enfrente de ella.

—No nos gustaba el modo en que algunos de los generales interpretaban la guerra —me explicó la enfermera Coyle—. Nosotras pensábamos que la táctica de la batalla subterránea sería más efectiva.

—Y como no tenemos ruido —intervino la enfermera Nadari, desde el otro lado—, entrábamos

en todas partes sin ser detectadas, ¿no es cierto?

—Pero los hombres que tenían el mando no creían que nosotras fuéramos la respuesta a su problema —dijo la enfermera Lawson, sin parar de reír.

—De ahí viene nuestro nombre —añadió la enfermera Coyle.

—Y cuando se formó el nuevo gobierno y se reconstruyó la ciudad, bueno —dijo la enfermera Forth—, pensamos que lo más sensato era que los materiales importantes estuvieran disponibles por si alguna vez los volvíamos a necesitar.

—Los explosivos de la mina —dije yo, cayendo en la cuenta—. Los escondieron allí hace años.

—Y resultó ser una muy buena decisión —me confirmó la enfermera Lawson—. Nicola Coyle siempre ha sido una visionaria.

Al oír el nombre de Nicola, parpadeé, como si fuera imposible que la enfermera Coyle tuviera un nombre de pila.

—Sí, bueno —terminó la enfermera Coyle—. Los hombres son por naturaleza criaturas hechas para la guerra. Conviene recordarlo.

Nuestro objetivo está desierto, tal como habíamos esperado. Es pequeño, pero simbólico: un pozo situado sobre una extensión de terreno cultivado al este de la ciudad. El pozo y el aparato que cuelga encima de él únicamente suministra agua al campo de más abajo, no a ningún sistema enorme ni a un conjunto de edificios. Pero si la ciudad sigue permitiendo que el alcalde encarcele, torture y mate, entonces la ciudad se quedará sin comida.

Como está a bastante distancia del centro de Nueva Prentiss, no hay ninguna posibilidad de que vea a Todd.

Cosa por la cual no discuto. De momento.

Hemos subido por la carretera secundaria, pegadas a la zanja que corre paralela a ella, conteniendo el aliento al pasar junto a la granja dormida, que conserva todavía una luz encendida en el piso de arriba, pero es tan tarde que solo puede ser que la hayan dejado por cuestiones de seguridad.

La enfermera Coyle hace otra señal con la mano y yo la adelanto, me agacho bajo un carrito metálico para la ropa que los de la granja cuelgan al fresco para que se seque. Tropiezo con una moto de juguete, pero consigo mantener el equilibrio.

Se supone que la bomba es segura, inmune a cualquier zarandeo o temblor.

Pero...

Respiro hondo y sigo avanzando hacia el pozo.

Durante las semanas que pasamos escondidos, cuando no nos aproximábamos en absoluto a la ciudad, las semanas en que nos mantuvimos callados, entrenando y preparándonos, algunas personas que huían de la ciudad nos encontraron.

—¿Qué se comenta en Nueva Prentiss? —preguntó la enfermera Coyle.

—Que habéis matado a todos los zulaques —respondió una de estas mujeres, sujetándose un cataplasma a la nariz ensangrentada.

—Un momento —dije yo—. ¿Los zulaques están muertos?

La mujer asintió.

—Y dicen que lo hicimos nosotros —repitió la enfermera Coyle.

—¿Por qué? —pregunté.

La enfermera Coyle se levantó y miró a través del lago.

—Para ponernos la ciudad en contra. Para que parezca que somos los malos.

—Eso es precisamente lo que el presidente está diciendo —dijo la mujer. La había encontrado mientras me ejercitaba por el bosque. Se había caído por un terraplén rocoso y se había roto la nariz—. Celebra mítines todos los días y la gente lo escucha.

—No me sorprende —opinó la enfermera Coyle.

—No fueron ustedes, ¿verdad? —le pregunto—. ¿Ustedes no mataron a los zulaques?

El rostro de la enfermera Coyle se puso tan rojo que hubiera podido encenderse una cerilla en él.

—¿Se puede saber qué clase de personas piensas que somos, mi niña?

Le aguanté la mirada.

—Lo cierto es que no lo sé... Volaron un barracón. Mataron a muchos soldados.

Ella se limitó a sacudir la cabeza, pero no sé si eso era una respuesta.

—¿Seguro que no te han seguido? —preguntó a la mujer.

—Llevaba tres días vagando por el bosque —dijo ella—. Ni siquiera os he encontrado yo. —Me señaló—. La chica me ha encontrado a mí.

—Sí. Viola es muy útil en ese tipo de cosas —concluyó la enfermera Coyle, mirándome de soslayo.

Hay un problema con el pozo.

—Está demasiado cerca de la casa —susurro.

—No lo está —me responde la enfermera Coyle con otro susurro; se coloca detrás de mí y baja la cremallera de mi mochila.

—¿Está segura? Las bombas con las que volaron la torre eran...

—Hay bombas y bombas. —Hace algunos ajustes en el contenido de la bolsa, y luego me gira el cuerpo—. ¿Estás lista?

Miro hacia la casa. Dentro podría haber gente durmiendo: mujeres, hombres inocentes, niños. No pienso matar a nadie a no ser que sea necesario. Hago esto por Todd y Corinne.

—¿Está segura? —pregunto.

—Viola, o confías en mí o no lo haces. —Ladea la cabeza—. ¿Qué eliges?

La brisa vuelve a soplar y transporta por la carretera un pizca del ruido adormecido de Nueva Prentiss. Es un RUGIDO indefinible, como un bufido, un ronquido casi silencioso, si tal cosa es posible.

Y en su interior, parte de Todd.  
(no está muerto, por mucho que ella diga)  
—Vamos a hacerlo —digo, y me quito la mochila.

El rescate no fue tal para Lee. Su hermana y su madre no estaban entre los prisioneros salvados ni entre los que murieron. Es posible que estuvieran en otra cárcel que la Respuesta no llegó a liberar.

Pero.

—Si están muertas, quiero saberlo —me dijo una noche en que estábamos sentados a la orilla del lago, tirando piedras al agua, doloridos tras otra larga jornada de entrenamiento.

Yo negué con la cabeza.

—Si no lo sabes, todavía hay una posibilidad.

—El hecho de saberlo o no saberlo no las mantiene con vida. —Volvió a sentarse junto a mí—. Creo que están muertas. Tengo la sensación de que están muertas.

—Lee...

—Voy a matarlo. —Su voz era la de un hombre que hace una promesa, más que una amenaza—. Si se me pone a tiro, te juro que lo haré.

Las lunas se habían alzado sobre nosotros, y se proyectaban en la superficie del lago. Lancé otra piedra, y vi cómo brincaba a través de los reflejos lunares. El bullicio grave del campamento llegaba hasta nosotros y ascendía por la ribera del río. Se oía ruido aquí y allá, incluyendo el zumbido creciente de Lee, que no había tenido la suerte de aspirar a la ración de cura de la enfermera Coyle.

—No es como piensas que es —le dije en voz baja.

—¿Te refieres a matar a alguien?

Asentí.

—Aunque sea alguien que lo merece, alguien que te mataría si no lo mataras tú a él, ni siquiera entonces es como tú piensas.

Hubo un rato más de silencio, hasta que él dijo por fin:

—Ya lo sé.

Lo miré.

—Mataste a un soldado.

No respondió, pero eso ya era una respuesta.

—¿Lee? ¿Por qué no me lo...?

—Porque no es como piensas que es, ¿no es cierto? —dijo—. Aunque sea alguien que lo merece.

Lanzó otra piedra al río. Nuestros hombros no se tocaban. Había un espacio entre los dos.

—Aun así, voy a matarlo —dijo.

Retiro el envoltorio de papel y adhiero la bomba al lateral del pozo, utilizando una cola hecha con resina de árbol. Saco dos cables de la mochila y conecto las puntas a otros dos cables más que salen de la bomba, enganchando dos de ellos y dejo un extremo colgando.

Ahora la bomba ya está armada.

Extraigo un pequeño mando numérico del bolsillo frontal de la mochila y le conecto el extremo del cable colgante. Pulso un botón rojo del mando y luego otro gris y se encienden unos números verdes.

Ahora el temporizador de la bomba ya está listo.

Pulso un botón plateado hasta ver los dígitos 30:00 en el visor del mando. Vuelvo a pulsar el botón rojo, doy la vuelta al mando verde, cierro las solapas de metal y luego pulso una vez más el botón gris. Los números verdes cambian de inmediato a 29:59, 29:58, 29:57.

Ahora la bomba está viva.

—Bien hecho —susurra la enfermera Coyle—. Es hora de irse.

Tras un mes de escondernos en el bosque, de esperar a que los prisioneros se recuperaran, de entrenar para dar vida a un verdadero ejército, esa noche la espera iba a terminar.

—Despiértate, mi niña —oí que me decía la enfermera Coyle, arrodillada al pie de mi catre.

Parpadeé varias veces para despertarme. Todavía era noche cerrada. En la tienda alargada, ella me hablaba en voz muy baja para no despertar a las demás.

—¿Por qué? —contesté con un susurro.

—Dijiste que harías cualquier cosa.

Me levanté y salí al frío nocturno, me puse las botas mientras la enfermera Coyle preparaba la mochila que me iba a poner.

—Vamos a la ciudad, ¿verdad? —dije mientras me ataba los cordones.

—¿Has visto lo lista que es? —murmuró la enfermera Coyle, dirigiéndose a la mochila.

—¿Por qué esta noche? ¿Por qué ahora?

Ella levantó la mirada.

—Para que no olviden que seguimos aquí.

La mochila vacía descansa contra mi espalda. Atravesamos el patio y avanzamos furtivamente hasta la casa, deteniéndonos para escuchar si alguien se mueve.

Nadie lo hace.

Estoy lista para salir, pero la enfermera Coyle se reclina contra la pared exterior de la casa y contempla su extensión blanca.

—Esta nos va a ir genial —señala.

Miro a mi alrededor, y me asusta pensar que el temporizador está avanzando.

—¿Te olvidas de quiénes somos?

Mete la mano en el bolsillo de la falda larga de sanadora, que sigue llevando, aunque los

pantalones sean mucho más prácticos. Saca algo y me lo tira. Lo recojo sin pensarlo.

—¿Por qué no haces tú los honores? —dice.

Miro mi mano. Es un trozo desmenuzado de carbón azulado, extraído de las hogueras, de los restos de los árboles que quemamos para calentarnos. Me tizna de azul toda la mano.

Lo miro un instante más.

—Tictac —avisa la enfermera Coyle.

Trago saliva. Entonces alzo el carbón y trazo una letra sobre la pared blanca de la casa.

Una R que me mira, escrita por mi propia mano.

Me descubro respirando pesadamente.

Cuando miro a mi alrededor, la enfermera Coyle ya está bajando por las zanjas del camino. Me apresuro a seguirla, con la cabeza gacha.

Veintiocho minutos más tarde, justo al llegar a nuestro carro, que habíamos escondido en el bosque, oímos la explosión.

—Enhorabuena, soldado —me felicita la enfermera Coyle, mientras emprendemos el regreso al campamento—. Acabas de disparar el primer tiro de la batalla final.

## LOS INTERROGATORIOS

[TODD]

La mujer está amarrada a una estructura metálica, con los brazos levantados y atados por las muñecas a una barra de la estructura.

Parece que vaya a zambullirse en un lago.

Si no fuera por la sangre diluida que le cubre el rostro.

—Ahora se va a enterar —dice Davy.

Pero habla en un tono extrañamente bajo.

—Una vez más, amiga mía —dice el señor Hammar, caminando por detrás de ella—. ¿Quién colocó la bomba?

La primera bomba desde la fuga de la prisión estalló ayer noche, y causó destrozos en un pozo y en la bomba de agua de una granja.

Ha empezado ya.

—No lo sé —contesta la mujer, con la voz estrangulada, tosiendo—. No he salido de Puerto desde...

—¿No has salido de dónde? —pregunta el señor Hammar. Agarra un mango de la estructura y la inclina hacia delante, sumergiendo a la mujer, de cara, en una tina de agua, y manteniéndola ahí mientras ella se retuerce en las ataduras.

Me miro los pies.

—Levanta la cabeza, por favor, Todd —dice el alcalde, que está detrás de

nosotros—. ¿Cómo vas a aprender, si no?

Levanto la cabeza.

Nos encontramos al otro lado de un espejo polarizado, en una habitación pequeña que da al anfiteatro de la Pregunta, que no es más que un cuarto con paredes altas de cemento y habitaciones espejadas de manera similar a cada lado. Davy y yo estamos sentados el uno al lado del otro, en un banco corto.

Mirando.

El señor Hammar levanta la estructura. La mujer sale del agua, coge aire, forcejea con los brazos atados.

—¿Dónde vives?

El señor Hammar lleva la sonrisa puesta, esa cosa desagradable que casi nunca abandona su cara.

—En Nueva Prentiss —jadea la mujer—. Nueva Prentiss.

—Correcto. —Observa a la mujer, que tose tan fuerte que vomita sobre su propio pecho, y entonces él coge una toalla de una mesa adyacente y le limpia con suavidad la cara, quitándole el vómito en la medida de lo posible.

La mujer sigue jadeando, pero sus ojos no dejan de mirar al señor Hammar mientras este la limpia.

Parece todavía más asustada que antes.

—¿Por qué lo hace? —pregunta Davy.

—¿El qué?

Davy se encoge de hombros.

—No sé, ser amable.

Yo no digo nada. Intento que mi ruido no diga nada sobre los vendajes que me puso el alcalde.

Hace ya muchos meses.

Oigo que el alcalde cambia de posición, se revuelve para tapar mi ruido y que Davy no lo oiga.

—No somos inhumanos, David. No lo hacemos para nuestro propio deleite.

Yo observo al señor Hammar, observo su sonrisa.



—Tienes razón, Todd —dice el alcalde—. El capitán Hammar muestra un cierto regodeo que tal vez sea inadecuado, pero debes reconocer que da resultado.

—¿Estás recuperada? —pregunta el señor Hammar a la mujer.

Le oímos a través de un sistema de microfonía conectado a la habitación. El sonido no está sincronizado con el movimiento de la boca, y parece que estamos viendo un vídeo, en vez de la realidad.

—Lamento tener que seguir preguntando —continúa—. Esto puede terminar tan rápido como tú quieras.

—Por favor... Por favor, yo no sé nada —susurra ella. Y se echa a llorar.

—Por Dios —dice Davy en voz baja.

—Es normal que el enemigo use todos los trucos posibles para ganarse nuestra compasión —dice el alcalde.

Davy se gira hacia él.

—Entonces, ¿sus lágrimas son un truco?

—Casi con toda seguridad.

Sigo mirando a la mujer. No parece que su llanto sea ningún truco.

«Yo soy el círculo y el círculo soy yo», pienso.

—Exacto —dice el alcalde.

—Aquí eres tú quien tiene el control —dice el señor Hammar, que empieza de nuevo a dar vueltas alrededor de la mujer. Ella intenta girar la cabeza para seguirlo, pero desde la estructura donde está amarrada no tiene mucha capacidad de movimiento. Él sale de su campo de visión, para atemorizarla más, supongo.

Porque, por descontado, el señor Hammar no tiene ruido.

Davy y yo, en cambio, sí que lo tenemos.

—Solo sonidos amortiguados, Todd —me aclara el alcalde, leyendo mi pregunta—. ¿Habéis visto las barras de metal que salen de la estructura a ambos lados de su cabeza?

Señala. Davy y yo las vemos.

—Emiten un zumbido hiriente y continuo en sus oídos —nos explica—.

Amortigua cualquier ruido que pueda llegar de las salas de observación. De este modo se concentra en el oficial de la Pregunta.

—Para que no se entere de lo que ya sabemos —concluye Davy.

—En efecto —dice el alcalde, algo sorprendido—. Sí, es exactamente eso, hijo.

Davy sonrío y su ruido resplandece un poco.

—Había una R escrita en azul en la pared de la granja —continúa el señor Hammar, que sigue dando vueltas alrededor de la mujer—. La bomba era idéntica a las otras que coloca vuestra organización...

—¡No es mi organización! —se defiende ella, pero él sigue como si hubiera oído llover.

—Sabemos que has trabajado en ese campo durante este último mes.

—¡Al igual que otras muchas mujeres! —grita, cada vez más y más desesperada—. Milla Price, Cassia MacRae, Martha Sutpen...

—Entonces, ¿ellas también están involucradas?

—¡No! Yo no he...

—Porque la señora Price y la señora Sutpen ya han sido interrogadas.

La mujer se detiene, con una expresión todavía más asustada.

A mi lado, Davy suelta un risita.

—Pillada —susurra.

Noto en él una extraña sensación de alivio.

Me pregunto si el alcalde la percibe también.

—¿Qué...? —dice la mujer, y tras una pausa se ve obligada a continuar—. ¿Qué dijeron?

—Dijeron que les pediste ayuda —afirma el señor Hammar con tranquilidad—. Dijeron que intentaste alistarlas como terroristas y que, como ellas rehusaron, afirmaste que continuarías sola.

La mujer se pone pálida, tiene la boca abierta y los ojos agigantados por la incredulidad.

—Eso no es cierto, ¿verdad? —digo, controlando la voz. «Yo soy el círculo y

el círculo soy yo»—. Intenta hacerla confesar fingiendo que no necesita que lo haga.

—Excelente, Todd —dice el alcalde—. Tal vez acabes teniendo nariz para esta tarea.

Davy me mira primero a mí, luego a su padre, luego a mí otra vez, sin verbalizar la pregunta.

—Sabemos que fuiste tú la responsable —continúa el señor Hammar—. Tenemos información suficiente para meterte en la cárcel durante el resto de tu vida. —Se detiene frente a ella—. Te hablo como amigo. Te hablo como la persona que puede salvarte de un destino peor que la cárcel.

La mujer traga saliva y parece que vaya a vomitar otra vez.

—Pero yo no sé nada —dice débilmente—. No sé nada.

El señor Hammar suspira.

—Bueno, debo decir que me estás decepcionando mucho.

Vuelve a colocarse detrás de ella, agarra la estructura y la sumerge en el agua.

Y la mantiene ahí...

Y la mantiene ahí...

Mira hacia el espejo tras el cual sabe que estamos mirando...

Nos sonrío...

Y sigue manteniéndola ahí...

El agua se remueve con los movimientos limitados que ella es capaz de hacer...

«Yo soy el círculo y el círculo soy yo», pienso cerrando los ojos...

—Abre los ojos, Todd —me ordena el alcalde.

Obedezco...

Y el señor Hammar sigue manteniéndola ahí...

Cada vez se mueve más...

Tanto que las ataduras de las muñecas empiezan a sangrar...

—Por Dios —exclama Davy con una voz casi inaudible...

—La va a matar —digo todavía en voz baja...

Solo es un vídeo...

Solo es un vídeo...

(pero no lo es...)

(no siento nada...)

(porque estoy muerto...)

(estoy muerto...)

El alcalde pasa por mi lado y pulsa un botón en la pared.

—Creo que ya es suficiente, capitán —dice, y su voz inunda el anfiteatro de la Pregunta.

El señor Hammar saca la estructura del agua. Pero lo hace con lentitud.

La mujer cuelga de ella, con la barbilla pegada al pecho, y el agua chorreando de su boca y de su nariz.

—La ha matado —dice Davy.

—No —replica el alcalde.

—Dímelo —dice el señor Hammar a la mujer—. Y todo esto se acabará.

Se produce un largo silencio, todavía más largo.

Y luego ella emite una especie de graznido.

—¿Qué has dicho? —pregunta él.

—Lo hice yo —gime.

—¡No puede ser! —grita Davy.

—¿Qué es lo que hiciste? —pregunta el señor Hammar.

—Yo coloqué la bomba —dice la mujer con la cabeza todavía agachada.

—E intentaste que tus compañeras de trabajo se unieran a ti en una organización terrorista.

—Sí —susurra—. Todo.

—¡Ja! —exclama Davy, y vuelve a denotar un alivio, un alivio que intenta disimular—. ¡Ha confesado! ¡Fue ella!

—No fue ella —digo yo, sin dejar de mirarla, sin moverme del banco.

—¿Qué dices? —me pregunta Davy.

—Se lo está inventando para que deje de ahogarla —contesto, sin dejar de

mirar por el espejo. Ladeo ligeramente la cabeza para indicar que estoy hablando con el alcalde—. ¿No es así?

El alcalde espera un momento antes de responder. Aunque carezca de ruido, es obvio que está impresionado. Desde que empecé con el círculo, tengo las cosas cada vez más terriblemente claras.

Tal vez sea esa la cuestión.

—Es casi seguro que se lo está inventando —dice por fin—. Pero ahora que tenemos su confesión, podemos utilizarla en su contra.

Los ojos de Davy siguen pasando como locos de su padre a mí.

—¿Quieres decir que... seguiréis interrogándola?

—Todas las mujeres forman parte de la Respuesta —afirma el alcalde—, aunque sea como simpatizantes. Necesitamos saber lo que piensa. Necesitamos saber lo que sabe.

Davy mira de nuevo a la mujer, que sigue jadeando, amarrada a la estructura.

—No lo entiendo —dice.

—Cuando la devuelvan a la cárcel —intervengo yo—, todas las demás mujeres sabrán lo que le ha sucedido.

—Eso es —dice el alcalde, y me coloca brevemente una mano sobre el hombro. Casi con afecto. Al ver que no me muevo, la retira—. Sabrán lo que les espera si no responden. Y, de este modo, descubriremos lo que necesitamos saber de quienquiera que lo sepa. La bomba de anoche significa la reanudación de las agresiones, el inicio de algo más grande. Necesitamos saber cuál va a ser el próximo movimiento.

Davy sigue mirando a la mujer.

—¿Y qué será de ella?

—Será castigada por el crimen que ha confesado, por supuesto —le asegura el alcalde, que sigue hablando, pese a que su hijo le interrumpe con obviedades—. ¿Y quién sabe? Tal vez sí que sepa algo. —Vuelve a mirar hacia el espejo—. Solo hay un modo de descubrirlo.

—Quiero darte las gracias por tu ayuda —dice el señor Hammar, levantando

con la mano la barbilla de la mujer—. Has sido muy valiente y puedes estar orgullosa de cómo has resistido. —Sonríe, pero ella le rehúye la mirada—. Has demostrado más presencia de ánimo que muchos hombres que he visto en interrogatorios.

Se aleja de ella, se dirige a una pequeña mesa auxiliar y levanta un trapo que la cubre. Debajo hay varios instrumentos brillantes de metal. Coge uno de ellos.

—Y ahora, la segunda parte de nuestra entrevista —dice, acercándose a ella, que empieza a gritar.

—Eso ha sido... —empieza a decir Davy, que camina de un lado a otro mientras esperamos fuera, pero no es capaz de decir nada más—. Ha sido... — Se gira hacia mí—. La hostia, Todd.

Yo no digo nada, pero saco la manzana que me estaba guardando en el bolsillo.

—Manzana —susurro a Angharrad, y pego la cabeza a la de la yegua. **Manzana**, responde, sujetándola entre los dientes, con los dientes descubiertos. **Todd**, dice, mientras mastica y convierte el nombre en una pregunta, **¿Todd?**

—No tiene nada que ver contigo, chica —susurro, frotándole el morro.

Estamos junto a la puerta que sigue vigilando Ivan, que no cesa en sus intentos de captar mi atención. Oigo que trata de llamarme suavemente en su ruido.

Pero sigo sin hacerle caso.

—Ha sido la hostia de intenso —continúa Davy, intentando interpretar mi ruido, intentando ver lo que yo pienso de todo esto, pero lo mantengo tan plano como puedo.

Sin sentir nada.

Sin inmutarme.

—Últimamente estás muy frío —me dice en tono burlón, sin hacer caso de Trampa, que también quiere una manzana—. Ni siquiera te has encogido de

dolor cuando...

—Señores —dice el alcalde, que sale por la puerta con una bolsa larga y pesada en una mano.

Ivan se pone firme y vuelve a prestar atención.

—Papá —contesta Davy, a modo de saludo.

—¿Está muerta? —pregunto, mirando a los ojos de Angharrad.

—Muerta no nos sirve de nada, Todd —contesta el alcalde.

—Parecía muerta —dice Davy.

—Solo cuando ha perdido el conocimiento. Ahora tengo una nueva tarea para vosotros dos.

Siento un golpe al interiorizar las palabras «Una nueva tarea».

Cierro los ojos. «Yo soy el círculo y el círculo soy yo.»

—¿Puedes parar de decir eso de una vez? —me grita Davy.

Pero todos oímos el horror de su propio ruido, la ansiedad que crece en su interior, el miedo a su padre, a la nueva tarea, a no ser capaz de...

—No te encargarás de los interrogatorios, si es de eso de lo que tienes miedo —dice el alcalde.

—No tengo miedo —replica su hijo en un tono de voz demasiado fuerte—. ¿Quién dice que tengo miedo?

El alcalde deja caer una bolsa a nuestros pies.

Reconozco la forma.

Sin sentir nada, sin inmutarme.

Davy también mira la bolsa. Incluso él está conmocionado.

—Solo a los presos —dice el alcalde—. Para combatir la infiltración interna del enemigo.

—¿Quieres que...? —Davy mira a su padre—. ¿Quieres usarlas con personas?

—No son personas —responde el alcalde—. Son enemigos del Estado.

Yo sigo mirando la bolsa.

La bolsa que todos sabemos que contiene unos alicates y una provisión de cintas metálicas numeradas.

30

## LA CINTA

{VIOLA}

Termino de conectar el temporizador y me giro hacia la enfermera Braithwaite para decirle que ya podemos irnos cuando una mujer sale a trompicones de los arbustos de detrás.

—Socorro —dice con una voz tan baja que casi parece que no nos haya visto, que estuviera simplemente pidiendo al universo que le socorriera de algún modo.

Y a continuación se desploma.

—¿Qué es esto? —pregunto mientras saco otro vendaje del insuficiente botiquín de primeros auxilios que guardamos escondido en el carro e intento curar la herida en el vehículo bamboleante. Lleva una tira metálica alrededor del antebrazo, tan ajustada que parece que la piel intente crecer dentro de ella. Está tan roja por la infección que casi noto el calor que emana.

—Es una cinta para marcar ganado —responde la enfermera Braithwaite, chasqueando airadamente las riendas de los bueyes, que nos hacen rebotar por caminos que no están pensados para viajar a esta velocidad—. Maldito bastardo cruel...

—Socorro —susurra la mujer.

—Te estoy socorriendo —respondo. Le he colocado la cabeza sobre mi regazo para protegerla de las sacudidas de la carretera. Coloco una venda alrededor de la tira metálica, pero no sin ver que lleva un número grabado en uno de los lados.

1391.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

Pero tiene los ojos casi cerrados y solo acierta a decir:

—Socorro.

—¿Y estáis seguras de que no es una espía? —pregunta la enfermera Coyle, con los brazos



cruzados.

—Por el amor de Dios —protesto—. ¿Acaso tiene una piedra en lugar de corazón?

Frunce el ceño.

—Debemos estar preparadas para toda clase de artimañas...

—La infección es tan grave que no creo que podamos salvarle el brazo —dice la enfermera Braithwaite—. Si es una espía, no está en condiciones de regresar con información.

La enfermera Coyle suspira.

—¿Dónde la encontrasteis?

—Cerca del Departamento de la Pregunta del que tanto hemos oído hablar —responde la enfermera Braithwaite, con el ceño todavía más fruncido.

—Colocamos un artefacto en un pequeño almacén cercano —le explico—. No pudimos acercarnos más.

—Cintas para marcar, Nicola —dice la enfermera Braithwaite, con la ira saliendo de ella como el vapor de su aliento.

La enfermera Coyle se frota la frente con los dedos.

—Lo sé.

—¿No podemos cortarla? —pregunto—. ¿Curar la herida?

Braithwaite niega con la cabeza.

—El producto químico está pensado para que la piel marcada no se cure nunca, ese es el objetivo. Si te lo quitas, te desangras hasta morir. Es permanente. Para siempre.

—Dios mío.

—Tengo que hablar con ella —dice la enfermera Coyle.

—Nadari la está tratando —señala la enfermera Braithwaite—. Tal vez esté lúcida antes de la operación.

—Vamos, pues —dice la enfermera Coyle, y salen hacia la tienda de la enfermería. Yo hago ademán de seguir las, pero Coyle me detiene con una mirada—. Tú no, mi niña.

—¿Por qué no?

Siguen andando y me dejan plantada en medio del frío.

—¿Estás bien, Hildy? —pregunta Wilf al encontrarme deambulando entre los bueyes. Él los cepilla en las partes contusionadas por los arneses. *Wilf*, dicen.

No suelen decir mucho más.

—Ha sido una noche dura —respondo—. Hemos rescatado a una mujer a la que habían marcado con una especie de tira metálica.

Wilf reflexiona un instante. Entonces señala la cinta metálica que cada buey lleva alrededor de la pata delantera derecha.

—¿Como esas?

Asiento.

—¿En una persona?

Silba asombrado.

—Las cosas están cambiando a peor, Wilf —digo.

—Lo sé. Pronto entraremos en acción, y ahí se acabará todo, de un modo u otro.

Me lo quedo mirando.

—¿Sabes qué está planeando exactamente?

Sacude la cabeza y pasa la mano por la cinta metálica de uno de los bueyes.

**Wilf**, dice el buey.

—¡Viola! —oigo que llaman desde el campamento.

Wilf y yo observamos a la enfermera Coyle atravesando el campamento a oscuras hacia nosotros.

—Va a despertar a todo el mundo —dice él.

—Está delirando —me explica la enfermera Nadari cuando me arrodillo junto al catre de la mujer rescatada—. Tienes un minuto, como máximo.

—Dile lo que nos has contado, mi niña —dice la enfermera Coyle a la mujer—. Solo una vez más, y te dejaremos dormir.

—¿Y el brazo? —pregunta ella con los ojos enturbiados—. Ya no me duele.

—Dile lo que nos has dicho, cielo —insiste la enfermera Coyle con voz tan cálida—. Y todo irá bien.

Los ojos de la mujer enfocan brevemente los míos y se abren un poco más.

—Eres tú —dice—. La chica que estaba allí.

—Viola —me presento, tocándole el brazo sin marcar.

—No tenemos mucho tiempo, Jess. —La voz de la enfermera Coyle suena algo más severa, incluso cuando pronuncia el que debe de ser el nombre de la mujer—. Díselo.

—¿Qué me tiene que decir? —intervengo, un poco molesta. Es cruel mantenerla despierta de este modo, y estoy a punto de decírselo cuando la enfermera Coyle dice:

—Dile quién te hizo esto.

Jess tiene los ojos cada vez más asustados.

—Oh —dice—. Oh, oh.

—Solo esto, y te dejaremos en paz —le asegura.

—Enfermera Coyle —protesto, enfadada.

—Chicos —dice la mujer—. Eran chicos. Ni siquiera eran hombres.

Respiro hondo.

—¿Qué chicos? —pregunta la enfermera Coyle—. ¿Cómo se llamaban?

—Davy —contesta. Sus ojos ya no ven el interior de la tienda—. Davy era el mayor.

La enfermera Coyle me observa.

—¿Y el otro?

—El callado —dice la mujer—. No decía nada. Hacía su trabajo y no decía nada.

—¿Cómo se llamaba? —insiste Coyle.

—Tengo que irme —digo, levantándome. No quiero oírlo. La enfermera Coyle me agarra la mano y me sujeta con fuerza.

—¿Cómo se llamaba? —repite.

Ahora la mujer respira con dificultad, casi jadeando.

—Ya basta —dice la enfermera Nadari—. Ya te dije que no...

—Un segundo más —pide la enfermera Coyle.

—Nicola —le advierte Nadari.

—Todd —contesta la mujer desde el catre, la mujer a la que salvé, la mujer que va a perder el brazo infectado, la mujer que ahora deseo que esté en el fondo de un mar que nunca he visto—. El otro lo llamaba Todd.

—Déjeme en paz —adviento a la enfermera Coyle, que me sigue al exterior de la tienda.

—Está vivo, pero es uno de ellos.

—¡Cállese! —grito, y atravieso el campamento a grandes zancadas, sin importarme lo fuerte que estoy hablando.

Ella corre y me agarra por el brazo.

—Lo has perdido, mi niña, si es que alguna vez fue tuyo.

Le doy una bofetada tan rápida y dura que no le da tiempo a defenderse. Es como pegar a un tronco de árbol. El peso sólido de su cuerpo se revuelve y mi brazo resuena de dolor.

—No sabe de lo que habla —le espeto con la voz en llamas.

—¿Cómo te atreves? —Tiene la mano en el rostro.

—Todavía no me ha visto luchar —la amenazo, defendiendo mi terreno—. Derrumbé un puente para contener un ejército. Apuñalé en el cuello a un asesino demente. Salvé muchas vidas mientras usted correteaba de noche haciendo saltar a gente por los aires.

—Niña ignorante...

Doy un paso hacia ella.

No retrocede.

Pero tampoco termina la frase.

—La odio —digo lentamente—. Todas sus acciones hacen que el alcalde responda con algo peor.

—Yo no empecé esta guerra...

—¡Pero le encanta! —Doy otro paso hacia ella—. Le encanta todo lo que implica. Las bombas, los rescates.

Su expresión es tan airada que puedo verla, a pesar de la tenue luz de la luna.

Pero no le tengo ningún miedo.

Y creo que ella lo nota.

—Te limitas a verlo como una cuestión entre el bien y el mal, mi niña. Pero el mundo no funciona así. Nunca lo ha hecho y nunca lo hará. Y no olvides que en esta guerra estás de mi lado. —Me dirige una sonrisa que podría agriar la leche.

Me cierno sobre su rostro.

—Es preciso derrocarlo, y yo le ayudaré a conseguirlo. Pero ¿qué pasará después? —Estoy tan cerca de ella que noto su aliento—. ¿Vamos a tener que derrocarla a usted?

No responde.

Pero tampoco retrocede.

Doy media vuelta y me alejo de ella.

—¡Te ha dejado, Viola! —grita a mis espaldas.

Yo sigo caminando.

—Tengo que volver a la ciudad.

—¿Ahora? —dice Wilf, mirando al cielo—. Pronto amanecerá. No es seguro.

—Nunca es seguro, pero no tengo otra opción.

Me mira parpadeando y luego empieza a recoger cuerdas y ataduras para preparar de nuevo el carro.

—No —digo—, tendrás que enseñarme. No quiero que arriesgues tu vida.

—¿Vas a por Todd?

Asiento.

—Entonces te llevaré.

—Wilf...

—Todavía es pronto —dice, colocando a los bueyes en posición—. Por lo menos te acercaré.

Sin decir una palabra más, reengancha los bueyes al carro. *¿Wilf? ¿Wilf?*, preguntan sorprendidos al ver que van a ser usados de nuevo, cuando pensaban que la noche de trabajo había terminado.

Pienso en lo que diría Jane. Pienso que estoy poniendo a Wilf en peligro.

Pero lo único que digo es:

—Gracias.

—Yo también voy.

Me doy la vuelta. Lee está ahí, frotándose los ojos adormecidos, pero vestido y preparado.

—¿Qué haces despierto? —pregunto—. Y no, no vas a venir.

—Sí. ¿Quién quieres que duerma con estos gritos?

—Es demasiado peligroso —digo—. Oirán tu ruido...

Con la boca cerrada, responde: *Pues que lo oigan.*

—Lee...

—Vas a buscarlo, ¿verdad?

Suspiro frustrada, y empiezo a preguntarme si no debería abandonar la idea antes de poner a nadie más en peligro.

—Vas al Departamento de la Pregunta —dice Lee bajando la voz.

Asiento.

Y entonces lo comprendo.

Siobhan y su madre podrían estar allí.

Vuelvo a asentir, y esta vez sabe que estoy de acuerdo.

Nadie intenta detenernos, aunque medio campamento sabe ya que nos vamos. La enfermera Coyle debe de tener sus razones.

No hablamos mucho durante el camino. Escucho el ruido de Lee y le oigo pensar en su familia, en el alcalde, en lo que hará si le pone las manos encima.

En mí.

—Mejor que digas algo —dice—. Escuchar con tanta atención es de mala educación.

—Eso he oído —contesto.

Pero tengo la boca seca y descubro que no tengo nada que decir.

Sale el sol antes de que llegemos a la ciudad. Wilf conduce los bueyes a la máxima velocidad posible, pero aun así el viaje de vuelta será peligroso, con la ciudad despierta y dos hombres ruidosos en el carro. Estamos corriendo un riesgo terrible.

Pero Wilf sigue conduciendo.

Le he explicado lo que quiero ver, y él dice que conoce un lugar. Detiene el carro en medio del bosque y señala un despeñadero.

—Agachad las cabezas —nos indica—. Que no os vean.

—No nos verán —respondo—. Pero si no volvemos dentro de una hora, no nos esperes.

Se me queda mirando. Todos sabemos que es muy probable que nos tenga que abandonar.

Lee y yo subimos al despeñadero, protegidos por los árboles, hasta llegar a lo alto y comprobar por qué Wilf ha elegido ese punto. Es una colina cercana al lugar donde cayó la torre, desde donde tenemos una visión privilegiada de la carretera que baja hacia el Departamento de la Pregunta, que según hemos oído es una especie de cárcel o de cámara de torturas o alguna cosa parecida.

No quiero ni saberlo.

Tumbados boca abajo, hombro con hombro, vigilamos desde los arbustos.

—Abre bien los oídos —susurra Lee.

Como si lo necesitáramos. En cuanto se alza el sol, Nueva Prentiss cobra vida con un **RUGIDO**. Empiezo a dudar que Lee necesite esconder tanto su ruido. ¿Cómo es posible no ahogarse en él?

—Porque ahogarse es la palabra acertada —me dice—. Si desaparecieras en él, te asfixiarías.

—No puedo imaginar cómo debe de ser criarse ahí —digo.

—No —responde—. No puedes imaginarlo.

Pero no lo dice con resquemor.

Entorno los ojos para observar la carretera. El sol brilla con fuerza.

—Ojalá tuviera unos prismáticos.

Lee mete la mano en el bolsillo y saca unos.

Me lo quedo mirando.

—Estabas esperando a que te los pidiera para impresionarme.

—No sé de qué me hablas —dice, sonriendo, y se lleva los prismáticos a los ojos.

—Vamos. —Le empujo con el hombro—. Dámelos.

Alarga el brazo para impedir que los alcance. Me echo a reír, y él también. Me agarro a él e intento sujetarlo para quitarle los prismáticos, pero es más corpulento que yo y sigue manteniéndolos fuera de mi alcance.

—No tengo miedo de hacerte daño —digo.

—No lo dudo. —Se ríe y vuelve a enfocar los prismáticos hacia la carretera.

De pronto se le pone el ruido de punta, tan afilado que temo que alguien pueda oírnos.

—¿Qué has visto? —pregunto, ya sin reír.

Me pasa los prismáticos y señala.

—Ahí. Bajando por la carretera.

Los veo.

Son dos hombres a caballo. Dos hombres vestidos con uniformes nuevos y relucientes, a lomos de sus caballos. Uno de ellos habla y hace gestos con las manos.

Se ríe. Sonríe.

El otro no desvía los ojos del caballo, pero se dirige al trabajo.

Se dirige a su puesto de trabajo en el Departamento de la Pregunta.

Una P reluciente adorna las hombreras del uniforme.

Todd.

Mi Todd.

Está cabalgando al lado de Davy Prentiss.

Yendo a trabajar con el hombre que me disparó.

## CIFRAS Y LETRAS

[TODD]

Los días fueron pasando y fueron empeorando.

—¿Todas? —pregunta Davy, y en su ruido resuena una alarma mal disimulada—. ¿De la primera a la última?

—Esto es un voto de confianza, David —dice el alcalde, que está plantado ante nosotros delante de la puerta del establo mientras los caballos se preparan para la jornada de trabajo—. Todd y tú hicisteis un trabajo excelente en la identificación permanente de las presas femeninas. ¿A quién más quieres que encargue la ampliación del programa?

Yo no digo nada, ni siquiera me doy por enterado de las miradas que me lanza Davy. Su ruido se confunde con el tono rosado de las alabanzas de su padre.

Pero también muestra lo que piensa sobre marcar a todas las mujeres.

De la primera a la última.

Porque marcar a las del Departamento de la Pregunta ya fue mucho peor de lo que habíamos pensado.

—Huyen por docenas —se justifica el alcalde—. En plena noche, se escabullen y pasan a engrosar las filas de las terroristas.

Davy observa cómo ensillan a Trampa en un pequeño potrero, y su ruido retumba con los rostros de las mujeres cuando las marcamos, con sus gritos de

dolor.

Con las cosas que nos dicen.

—Y si no dejan de huir —continúa el alcalde—, es natural que no dejen tampoco de estallar.

Se refiere a las bombas. Una por cada noche desde hace dos semanas, tantas que por fuerza debe haber alguna razón, seguro que es el prelude de algo más grande, y ninguna mujer ha sido pillada, excepto cuando estalló una bomba mientras la mujer todavía la estaba colocando. No encontraron gran cosa, excepto fragmentos de ropa y carne.

Cierro los ojos al pensarlo.

(¿era ella?)

Sin sentir nada.

—Quieres que numeremos a todas las mujeres —dice Davy en voz baja, apartando la vista.

—Ya te lo he dicho —suspira el alcalde—. Todas las mujeres forman parte de la Respuesta, aunque solo sea porque la enfermera Coyle es mujer y, por lo tanto, siente simpatía hacia las otras mujeres.

Los mozos de cuadra llevan a Angharrad a un potrero cercano. La yegua saca la cabeza por encima de la valla para frotar el morro contra mi cuerpo. **Todd**, dice.

—Se resistirán —digo, acariciándole la cabeza—. A los hombres tampoco les va a gustar.

—Ah, sí —dice el alcalde—. Os perdisteis el mitin de ayer, ¿verdad?

Davy y yo nos miramos. Ayer pasamos todo el día trabajando; no sabíamos que había dado un mitin.

—Me dirigí a los hombres de Nueva Prentiss —nos explica—. De hombre a hombre. Les hablé de la amenaza que supone la Respuesta y de la razón por la cual este es el paso más prudente para asegurar la seguridad general. —Acaricia el cuello de Angharrad. Intento esconder la irritación de mi ruido al verlo—. No



encontré ninguna oposición.

—A ese mitin no asistieron mujeres —digo—. ¿No es así?

Se vuelve hacia mí.

—No sería sensato enardecer al enemigo que se haya infiltrado entre nosotros, ¿no crees?

—¡Pero son miles! —dice Davy—. ¡Marcarlas a todas será eterno!

—Habrá otros equipos de trabajo —le tranquiliza el alcalde, y después asegurarse de que tiene la atención plena de su hijo, añade—: Pero estoy seguro de que vosotros dos superaréis al resto.

El ruido de Davy se anima un poco al oír esto.

—Puedes estar seguro de ello, papá.

Pero también me mira a mí.

Con gran preocupación.

Vuelvo a acariciar el morro de Angharrad. Los mozos sacan a Morpeth, recién cepillado y brillante de aceite. *Ríndete*, dice.

—Si estáis preocupados —dice el alcalde, tomando las riendas de su montura—, preguntaos una cosa. —Se yergue sobre la silla con un solo movimiento suave, como si estuviera hecho de algún líquido, y nos mira desde lo alto—. ¿Por qué iba a objetar ser identificada una mujer inocente?

—No os saldréis con la vuestra —dice la mujer, con ciertos restos de firmeza en la voz.

Detrás de nosotros, el señor Hammar levanta el rifle y le apunta a la cabeza.

—¿Estás ciega? —le pregunta Davy a la mujer, con la voz un poco demasiado chillona—. Me estoy saliendo con la mía ahora mismo.

El señor Hammar se echa a reír.

Davy retuerce los alicates con un movimiento brusco. La cinta se cierra sobre la piel a media altura del antebrazo, y la mujer grita, se agarra la cinta y cae

hacia delante, amortiguando el golpe contra el suelo con el brazo libre. Permanece así un minuto, jadeando.

Lleva el pelo recogido en un moño severo, y el color es una mezcla de rubio y castaño, como los filamentos de alambre de la parte posterior de un reproductor de vídeo. En la nuca tiene una pequeña zona de cabellos grises que han crecido juntos, como un río que atraviesa un terreno polvoriento.

Miro fijamente la zona gris, y dejo que mis ojos se nublen un poco.

«Yo soy el círculo y el círculo soy yo.»

—Levántate para que las sanadoras puedan curarte —le ordena Davy.

Vuelve la vista hacia la fila de mujeres que nos miran desde el vestíbulo frontal del dormitorio, esperando su turno.

—El chico ha dicho que te levantes —dice el señor Hammar, blandiendo su rifle.

—No te necesitamos —le ladra Davy con la voz tensa—. Nos las podemos arreglar perfectamente sin canguro.

—No hago de canguro. Os estoy protegiendo.

La mujer se levanta, con los ojos fijos en mí.

Mi expresión está muerta, eliminada, no está aquí si no tiene que estarlo.

«Yo soy el círculo y el círculo soy yo.»

—¿Dónde tienes el corazón? —pregunta—. ¿Dónde tienes el corazón si eres capaz de hacer estas cosas?

Y luego se dirige hacia el lugar donde están las sanadoras, a las cuales ya hemos marcado y que esperan para curarla.

La veo marcharse.

No sé cuál es su nombre.

Su número, en cambio, es el 1484.

—¡1485! —grita Davy.

La siguiente mujer de la fila da un paso adelante.

Pasamos el día yendo de un dormitorio de mujeres a otro, y en total ponemos casi trescientas cintas. Vamos mucho más deprisa que con los zulaques. Regresamos a casa cuando el sol se pone y Nueva Prentiss se prepara para el toque de queda.

Apenas hablamos.

—Menudo día, ¿eh, meón? —dice Davy, al cabo de un rato.

No respondo, pero él no busca una respuesta.

—Todo irá bien —dice—. Las sanadoras les calmarán el dolor y las curarán.

Clop, clop, seguimos adelante.

Oigo lo que está pensando.

Está oscureciendo. No le veo el rostro.

Tal vez por eso no se lo ha tapado.

—Pero cuando lloran... —dice.

No digo nada.

—¿No tienes nada que decir? —La voz de Davy se endurece un poco—. Te quedas en silencio como si ya no quisieras hablar más, como si no fuera digno de hablar contigo.

Su ruido empieza a crujir.

—Tampoco tengo a nadie más con quien hablar, meón. No tengo elección alguna en esta situación. Haga lo que haga, no tengo ninguna posibilidad de ascenso, por muy bien que trabaje, por mucho que me esfuerce. Primero fue la chorrada aquella de vigilar a los zulaques. Y ahora hacemos lo mismo con las mujeres. ¿Y para qué? ¿Para qué?

Su voz se vuelve más grave.

—Para que puedan insultarnos —continúa—. Para que puedan mirarnos como si no fuéramos humanos.

—No lo somos —digo, sorprendido al descubrir que lo he dicho en voz alta.

—Sí, ese es tu nuevo yo, ¿verdad? —pregunta, burlándose de mí—. El tipo-duro-e-insensible-yo-soy-el-círculo. Le meterías una bala en la cabeza a tu propia madre si mi padre te lo pidiera.

No digo nada, pero aprieto los dientes.

Él también calla durante un minuto. Entonces dice:

—Lo siento.

Entonces dice:

—Lo siento, Todd. —Pronuncia mi nombre.

Entonces dice:

—¿Por qué demonios te estoy pidiendo disculpas? Tú eres el estúpido meón analfabeto que se aprovecha de las cosas buenas de mi padre. ¿A quién le importas?

Permanezco en silencio y seguimos avanzando. Clop, clop.

—Adelante —relincha Angharrad a Trampa, que le responde:

—Adelante.

**Adelante**, oigo en su ruido, y luego: *Niño potro, Todd.*

—Angharrad —susurro entre sus orejas.

—¿Todd? —dice Davy.

—¿Sí? —respondo.

Le oigo respirar por la nariz.

—Nada. —Pero luego cambia de opinión—. ¿Cómo lo haces?

—¿Hacer el qué?

Veo cómo se encoge de hombros en el crepúsculo.

—Tomártelo con tanta calma. Ser tan..., no lo sé, insensible. Quiero decir... —pierde el hilo, y luego dice, tan bajo que es casi imposible de discernir—: cuando lloran.

No digo nada porque no puedo ayudarlo de ningún modo. ¿Cómo es posible que no sepa nada del círculo, a no ser que su padre no quiera que lo sepa?

—Ya lo sé —dice—, pero he intentado esa mierda, y no me funciona, y él no...

Se detiene en seco, como si hubiera hablado demasiado.

—A la mierda —dice.

Seguimos trotando, y dejamos que el RUGIDO de Nueva Prentiss nos envuelva cuando entramos en el centro de la ciudad, mientras los caballos se dan órdenes entre sí, recordándose quiénes son.

—Eres mi único amigo, meón —dice Davy, por fin—. ¿No te parece la mayor tragedia que hayas oído nunca?

—¿Un día duro? —me pregunta el alcalde Ledger cuando entro en la celda. Parece muy animado y no para de mirarme.

—¿A usted qué le importa?

Tiro la bolsa en el suelo y me hundo en la cama sin quitarme el uniforme.

—Supongo que debe de ser agotador pasar el día torturando mujeres.

Parpadeo, sorprendido.

—No las torturo —gruño—. Será mejor que cierre el pico.

—No, por supuesto que no las torturas. ¿En qué estaría pensando? Solo les colocas una banda corrosiva de metal en la piel que no se puede retirar sin que se desangren hasta morir. ¿Cómo vas a considerar eso una tortura?

—¿Eh! —Me incorporo—. Lo hacemos deprisa y sin aspavientos. Podría ser mucho peor. Si hay que hacerlo, mejor que lo hagamos nosotros.

Se cruza de brazos, con la voz todavía alegre.

—¿Esa excusa va a ayudarte a dormir esta noche?

Mi ruido explota.

—¿Ah, sí? —respondo—. ¿Acaso el alcalde le oyó gritar a usted durante el mitin? ¿Acaso fue usted quien protestó con gran coraje?

Se le oscurece la expresión y distingo en su ruido un destello de resentimiento grisáceo.

—¿Y hacerme matar? —se justifica—. ¿O que me sometieran a un interrogatorio? ¿En qué ayudaría eso?

—¿Es esto lo que hace ahora? ¿Ayudar?

En vez de responder, se vuelve a mirar por una de las ventanas las escasas luces que se encienden únicamente en los puntos imprescindibles, el RUGIDO de una ciudad que se pregunta cuándo va a dar el gran paso la Respuesta y desde dónde, cuánto daño harán y quién va a poder salvar a Nueva Prentiss.

Tengo el ruido alzado, enardecido. Cierro los ojos y respiro muy muy hondo.

«Yo soy el círculo y el círculo soy yo.»

Sin sentir nada, sin inmutarme.

—Ya se estaban acostumbrando a él —dice el alcalde Ledger, sin dejar de mirar por la ventana—. Lo respaldaban, porque ¿qué son unos cuantos toques de queda si con eso consigues no salir volando por los aires? Pero este es un error táctico.

Abro los ojos al oír «táctico», porque me parece una palabra muy rara para elegir.

—Ahora los hombres tienen miedo —continúa—. Miedo de ser los siguientes. —Se mira el antebrazo, y frota el lugar donde le colocarían la cinta—. Políticamente, ha cometido un error.

Entrecierro los ojos.

—¿A usted qué le importa que haya cometido un error? —pregunto—. ¿De qué bando está?

Se vuelve hacia mí como si lo hubiera insultado, cosa que debo de haber hecho.

—Del de la ciudad. —Echa chispas—. ¿De qué bando estás tú, Todd Hewitt?

Llaman a la puerta.

—Salvado por la campana de la cena —dice el alcalde Ledger.

—La campana no suena para la cena —respondo, levantándome. Paso el cerrojo y abro la puerta.

Es Davy.

Al principio no dice nada, parece muy nervioso, mira por aquí y por allá. Pensando que hay algún problema en los dormitorios, suspiro y vuelvo hacia la cama para recoger mis escasas pertenencias. Ni siquiera he tenido tiempo de quitarme las botas.

—Tardaré un minuto —le digo—. Angharrad todavía debe de estar comiendo. No le va a gustar que la ensillen otra vez.

Todavía no ha dicho nada, de modo que me vuelvo para mirarlo. Sigue nervioso, sin mirarme a los ojos.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Se muerde el labio superior y lo único que veo en su ruido es vergüenza y signos de interrogación y rabia por la presencia del alcalde Ledger y más signos de interrogación, y debajo de todo ello, un sentimiento extraño y poderoso, casi de culpabilidad, casi claro...

Y entonces lo tapa rápidamente, y la rabia y la vergüenza pasan al primer plano.

—Maldito meón —se dice a sí mismo. Enfadado, tira de una correa que lleva al hombro y me doy cuenta de que carga una mochila—. Maldito... —repite, pero no termina el pensamiento. Desata la solapa y saca un objeto—. Toma —dice, prácticamente a gritos, y me tiende la mano.

El libro de mi madre.

Me está devolviendo el libro de mi madre.

—¡Cógelo!

Lo tomo lentamente, sacándoselo con los dedos como si fuera un objeto frágil. El cuero de la tapa conserva la suavidad y sigue teniendo un tajo en la parte frontal, de cuando el libro me salvó de la puñalada que me asestó Aaron. Paso la mano por encima.

Miro a Davy, pero él no se da por aludido.

—Ya está —dice. Da media vuelta, baja a toda prisa la escalera y se pierde entre la noche.

## PREPARATIVOS FINALES

## {VIOLA}

Me escondo detrás del árbol con el corazón latiendo a mil por hora.

Tengo el arma en la mano.

Escucho con atención el chasqueo de las ramitas, el sonido de cualquier paso, de cualquier señal que me diga dónde está el soldado. Sé que está ahí porque puedo oír su ruido, pero es tan plano y amplio que solo me da una idea general de la dirección que va a tomar para venir a por mí.

Porque viene a por mí. De eso no hay ninguna duda.

Su ruido va en aumento. Tengo la espalda pegada al árbol y lo oigo a mi izquierda.

Voy a tener que saltar en el momento justo.

Preparo el arma.

Veo en su ruido los árboles que me rodean y unos signos de interrogación que se preguntan detrás de cuál de ellos me estoy escondiendo, y se reducen a dos, el que estoy usando en realidad y otro que queda a apenas unos metros a mi izquierda.

Si elige ese, ya es mío.

Ahora oigo los pasos silenciosos sobre el suelo húmedo del bosque. Cierro los ojos e intento concentrarme solo en su ruido, en dónde se encuentra exactamente, en qué lugar ha plantado los pies.

A qué árbol se está acercando.

Pisa. Duda. Vuelve a pisar.

Toma su decisión.

Y yo tomo la mía...

Salto y me agacho. Me revuelvo, le lanzo una patada y lo tomo por sorpresa, Él cae al suelo, intenta apuntarme con el rifle, pero yo salto sobre él y le inmovilizo el brazo del rifle con mi pierna y lanzo todo mi peso sobre su pecho, sosteniendo el cañón de mi pistola bajo su barbilla.

Ya es mío.



—Buen trabajo —dice Lee, sonriéndome.

—En efecto, buen trabajo —afirma la enfermera Braithwaite, que surge de la oscuridad—. Y ahora ha llegado el momento, Viola. ¿Qué haces con el enemigo que tienes a tu merced?

Miro a la cara de Lee, respiro con dificultad, siento el calor del cuerpo del soldado debajo de mí.

—¿Qué haces? —vuelve a preguntar la enfermera Braithwaite.

Miro el arma.

—Hago lo que tengo que hacer —digo.

Hago lo que tengo que hacer para salvarlo.

Hago lo que tengo que hacer para salvar a Todd.

—¿Estás segura de querer hacerlo? —me pregunta la enfermera Coyle por centésima vez cuando a la mañana siguiente salimos de la zona del desayuno, sin hacer caso de la insistencia de Jane para que tomemos un poco más de té.

—Estoy segura.

—Tendrás una oportunidad antes de que pasemos a la acción. Solo una.

—Una vez vino a por mí —respondo—. Cuando estuve presa, él vino a buscarme e hizo el mayor sacrificio posible para liberarme.

Frunce el ceño.

—Las personas cambian, Viola.

—Merece la misma oportunidad que me dio a mí.

—Humm —murmura. No parece muy convencida.

Pero no le he dado opción.

—Piense en la información que nos podría proporcionar cuando se una a nosotros —continúo.

—Sí. —Desvía la mirada hacia el campamento de la Respuesta, donde siguen los preparativos para la guerra—. Sí, eso es lo que tú dices.

Por muy bien que conozca a Todd, comprendo que cualquier otra persona, al verlo a caballo, al verlo con el uniforme, al verlo cabalgando junto a Davy, piense que es un traidor.

Y en plena noche, bajo las mantas, sin poder dormir.

Yo también lo pienso.

(¿qué está haciendo?)

(¿qué hace con Davy?)

E intento alejar la idea de mi mente lo mejor que puedo.

Porque voy a salvarlo.

Ella ha accedido a que lo haga. Ha accedido a que me arriesgue a ir a la catedral la noche antes de que la Respuesta emprenda el ataque final e intente rescatarlo por última vez.

Ha accedido porque le he dicho que, si no lo hacía, no la ayudaría con nada más, ni con las bombas, ni con el ataque final, ni con las naves cuando aterricen, ahora que faltan ocho

semanas. Le dije que no la ayudaría con nada si no me dejaba intentar salvar a Todd.

Y, a pesar de todo, creo que la única razón por la que ha accedido es por lo que él podría contarnos al llegar aquí.

A la enfermera Coyle le gusta saber cosas.

—Eres valiente por intentarlo —dice—. Insensata, pero valiente.

Me mira de arriba abajo una vez más, con una expresión inescrutable.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Sacude la cabeza.

—¡Cuántas cosas veo de mí misma cuando te miro, chica exasperante!

—¿Cree que estoy preparada para liderar mi propio ejército? —digo, casi sonriendo.

Me dirige una última mirada y echa a andar hacia el campamento, dispuesta a dar más órdenes, a hacer más preparativos, a poner los toques finales en los planes de nuestro ataque.

Que tendrá lugar mañana.

—Enfermera Coyle —la llamo.

Se gira.

—Gracias.

Parece sorprendida, arruga la frente. Pero asiente y acepta el agradecimiento.

—¿Lista? —grita Lee desde lo alto del carro.

—Lista —respondo, atando el último nudo y cerrando la abrazadera.

—Ya están todos —informa Wilf, que se limpia el polvo de las manos. Observamos los carros, once en total, cargados hasta los topes de provisiones, armas y explosivos. Son casi todas las reservas de la Respuesta.

Once carros no son muchos contra un ejército de mil hombres o más, pero esto es lo que hay.

—No sería la primera vez que el pequeño gana al gigante —dice Wilf, imitando a la enfermera Coyle, pero como siempre es tan seco hablando nunca sé si habla en broma o en serio—. Solo es cuestión de táctica.

Y luego esboza la misma sonrisa misteriosa que la enfermera Coyle. Es una sonrisa tan divertida e inesperada que me echo a reír.

Pero Lee no me imita.

—Sí, su famoso plan secreto.

Tira de la cuerda de un carro para comprobar que aguanta.

—Supongo que tiene que ver con el alcalde —digo—. Capturarlo como sea, y cuando ya no esté...

—El ejército se desbandará y la ciudad se alzarán contra su tiranía y todos contentos —termina Lee, poco convencido. Mira a Wilf—. ¿Tú qué opinas?

—La enfermera Coyle dice que esta será la batalla final —responde, encogiéndose de hombros—. Eso es lo que yo quiero.

Es cierto que la enfermera Coyle no para de repetir que esto podría terminar todo el conflicto,

que el golpe adecuado en el lugar adecuado podría ser todo lo que necesitamos, que incluso si solo se unen a nosotros las mujeres de la ciudad podríamos derrocar a Prentiss antes de que llegue el invierno, derrocarlo antes de que aterricen las naves, derrocarlo antes de que nos encuentre.

Y entonces Lee dice:

—Sé una cosa que no debería saber.

Wilf y yo nos lo quedamos mirando.

—La enfermera Coyle ha pasado cerca de la ventana de la cocina con la enfermera Braithwaite y he oído que hablaban del lugar desde donde mañana se lanzará el ataque.

—Lee... —digo.

—No lo digas —le pide Wilf.

—Será desde la colina al sur de la ciudad —continúa, abriendo su ruido para que nos resulte imposible no oírlo—, la que tiene una muesca en lo alto, la que recorre una carretera estrecha que lleva directa a la plaza de Nueva Prentiss.

Wilf tiene los ojos muy abiertos.

—No deberías haberlo dicho. Si pillan a Hildy...

Pero Lee solo me mira a mí.

—Si tienes problemas —me dice—, corre hacia esa colina. Corre, y ahí es donde encontrarás ayuda.

Y su ruido dice: *Ahí es donde me encontrarás.*

—Y con gran pesar en el corazón, te devolvemos a la tierra.

Una a una, lanzamos un puñado de tierra sobre el ataúd vacío que no contiene nada del cuerpo de la enfermera Forth, que estalló en mil pedazos al estallar la bomba que estaba colocando en un granero.

El sol se está poniendo cuando terminamos, el frío crepúsculo brilla sobre el lago, un lago que esta mañana tenía una capa de hielo en los bordes que no se ha fundido en todo el día. La gente empieza a dispersarse para iniciar las tareas nocturnas, hay que empaquetar las últimas cosas y recibir órdenes. Las mujeres y los hombres del campamento pronto serán soldados que desfilarán armados, listos para atestar el golpe definitivo.

En cambio, ahora, parecen personas normales.

Partiré esta noche, tan pronto como haya oscurecido del todo.

Ellos se irán mañana al alba, independientemente de lo que me pase.

—Es la hora —dice la enfermera Coyle, que ha acudido a mi lado.

No quiere decir que sea la hora de irse.

Antes tiene que pasar otra cosa.

—¿Estás lista? —pregunta.

—Más que nunca —respondo, y echo a andar a su lado.

—Estamos corriendo un riesgo enorme, mi niña. Enorme. Si te pillan...

—No me pillarán.

—Pero si te pillan. —Nos detenemos—. Si te pillan, ya sabes dónde está el campamento y cuándo vamos a atacar, y ahora voy a decirte que vamos a atacar desde la carretera del este, la más cercana al Departamento de la Pregunta. Por ahí entraremos en la ciudad e iremos a degüello. —Me toma ambas manos y se me queda mirando fijamente a los ojos—. ¿Comprendes lo que te digo?

Comprendo. Claro que sí. Me está engañando a propósito, para que pueda dar con certeza la información equivocada si me pillan, como hizo con lo de la costa.

Es lo mismo que yo haría si estuviera en su lugar.

—Comprendo —respondo.

La enfermera Coyle se cierra un poco más la capa para resguardarse de la brisa helada que sopla. Caminamos en silencio en dirección a la tienda de la enfermería.

—¿A quién salvó? —pregunto.

—¿Cómo?

Me mira totalmente desconcertada.

Volvemos a detenernos. Por mí, perfecto.

—Corinne me contó que la echaron del Consejo hace años por salvar una vida —digo—. ¿A quién salvó?

Me observa pensativa y se frota la frente con los dedos.

—Es posible que no regrese —le recuerdo—. Es posible que no vuelva a verme nunca más. Sería bonito saber algo bueno de usted, para no morir pensando que no es más que un enorme y molesto grano en mi culo.

Casi esboza una sonrisa, pero desaparece rápidamente y la inquietud regresa a sus ojos.

—¿A quién salvó? —se dice a sí misma. Respira hondo—. Salvé a un enemigo del Estado.

—¿Cómo?

—La Respuesta nunca estuvo autorizada, ¿sabes? —Tomamos una dirección distinta, hacia la orilla del lago helado—. Los hombres que combatieron en la guerra de los zulaques no aprobaban nuestros métodos, a pesar de que eran muy efectivos. —Se vuelve hacia mí—. Eran lo bastante efectivos como para que las comandantes de la Respuesta pasaran a gobernar el Consejo cuando Puerto se recompuso.

—Por eso cree que el ataque de mañana va a funcionar, a pesar de enfrentarnos a una fuerza mayor.

Ella asiente y vuelve a frotarse la frente. Me sorprende que no tenga un callo en ese lugar.

—Puerto volvió a ponerse en funcionamiento —continúa— usando a los zulaques capturados para la reconstrucción. Pero algunas personas no estaban contentas con el nuevo gobierno. Algunas personas no tenían tanto poder como creían merecer. —Tiembra bajo la capa—. Algunas personas de la Respuesta.

Me deja tiempo para comprender lo que esa afirmación puede significar.

—Bombas —digo.

—Eso es. Hay personas que se quedan pilladas con la guerra y empiezan a hacerla en beneficio propio.

Esconde la cara, tal vez para que no pueda verla o tal vez para no ver en la mía lo que estoy pensando.

—Se llamaba enfermera Thrace. —Ahora habla hacia el lago, hacia el frío cielo nocturno—. Inteligente, fuerte, respetada, pero con mucho afán de poder. Por eso nadie la quería en el Consejo, incluida la Respuesta, y por eso reaccionó con tanta violencia al quedar excluida.

Se vuelve hacia mí.

—Tenía simpatizantes. Y protagonizaron una campaña de bombardeos no muy distinta de la que estamos dedicando ahora al alcalde, con la diferencia de que entonces se suponía que estábamos en tiempo de paz. —Alza la mirada hacia las lunas—. Se especializó en lo que vinimos en llamar la bomba Thrace. La dejaba en algún lugar donde hubiera soldados y parecía un paquete inocente. La bomba no se activaba hasta que notaba el pulso de la piel de la mano que recogía el paquete. Tu propio pulso la activaba, y en ese momento adivinabas que era una bomba y que solo explotaría cuando la dejaras. Por lo tanto, si la dejabas caer o no conseguías desarmarla... —Se encoge de hombros—. Bum.

Una nube pasa entre las dos lunas crecientes.

—Dicen que eso trae mala suerte —murmura.

Vuelve a encajar el brazo con el mío y caminamos de regreso a la tienda de enfermería.

—Así que no era exactamente otra guerra —continúa—, sino más bien una escaramuza. Y, ante el deleite general, la enfermera Thrace resultó mortalmente herida.

En medio del silencio, ahora solo pueden oírse nuestros pasos y el ruido de los hombres, que cruje en el aire.

—Pero la herida no era mortal —digo.

Ella sacude la cabeza.

—Soy muy buena sanadora. —Llegamos a la entrada de la tienda de enfermería—. Nos conocíamos desde que éramos niñas, en el Viejo Mundo. Bajo mi punto de vista, no tenía elección. —Se frota las manos—. Por eso me echaron del Consejo. Y luego la ejecutaron igualmente.

La observo intentando comprenderla, trato de comprender todo lo que tiene de buena y todo lo que tiene de difícil y conflictiva, y todas las cosas que han hecho de ella la persona que es.

Somos las decisiones que tomamos. Y las que debemos tomar. No somos nada más.

—¿Estás lista? —repite por última vez.

—Estoy lista.

Entramos en la tienda.

Ahí está mi bolsa, que la propia enfermera Coyle ha preparado, la que llevaré a la ciudad en el

carro de Wilf. Va llena de comida, una comida de aspecto inocente que, si todo va según el plan, será mi salvoconducto para llegar a la ciudad, para salvar a los soldados, para entrar en la catedral.

Si todo sale bien.

Si no sale bien, hay una pistola en una funda secreta, al fondo de todo.

Las enfermeras Lawson y Braithwaite también están en la tienda, con los materiales de curación preparados.

Y ahí está Lee, como yo le he pedido.

Me siento en la silla, delante de él.

Me toma la mano y la aprieta, y noto un papel en la palma de su mano. Me mira, con el ruido lleno de lo que está a punto de pasar.

Abro la nota, mantengo su contenido fuera de la vista de las sanadoras que me rodean, que sin duda piensan que se trata de algo romántico o cualquier otra estupidez.

«No reacciones», dice. «He decidido ir contigo. Esperaré el carro en el bosque. Tú quieres encontrar a tu familia, yo quiero encontrar a la mía, y ninguno de los dos debería hacerlo solo.»

No reacciono. Vuelvo a doblar la nota y le devuelvo la mirada, con un gesto apenas perceptible.

—Buena suerte, Viola —dice la enfermera Coyle, y sus palabras son imitadas rápidamente por todos los presentes, incluido Lee.

Quería que fuera él quien lo hiciera. No hubiera soportado que hubiera sido la enfermera Coyle, y sé que Lee lo hará con el máximo cuidado.

Porque solo hay un modo de poder moverme por Nueva Prentiss sin que me descubran. Solo un modo, basado en las informaciones que hemos ido reuniendo.

Solo hay un modo de encontrar a Todd.

—¿Estás lista? —me pregunta Lee, y cuando lo dice él suena distinto, hasta el punto de que no me importa que me lo vuelva a preguntar.

—Estoy lista —respondo.

Tiendo la mano y me subo la manga.

—Hazlo deprisa. —Le miro a los ojos—. Por favor.

—De acuerdo.

Mete la mano en la bolsa que tiene a los pies y saca una cinta metálica marcada con el número 1391.

## PADRES E HIJOS

[TODD]

—¿Te ha dicho lo que quería? —pregunta Davy.

—¿Cuándo he podido hablar con él sin que tú estuvieras presente? —  
respondo.

—Eh, meón, vivís en el mismo edificio.

Trotamos hacia el Departamento de la Pregunta, coincidiendo con la puesta del sol, al término de la jornada. Otras doscientas mujeres numeradas. Con el señor Hammar vigilando con el rifle todo va mucho más deprisa. Junto a los otros equipos de la ciudad, comandados por el señor Morgan y el señor O'Hare, se comenta que ya casi las hemos marcado a todas, aunque las cintas no parecen curarse tan rápido en las mujeres como en las ovejas o los zulaques.

Miro al cielo oscuro a medida que avanzamos por la carretera y caigo en la cuenta de una cosa.

—¿Dónde vives tú?

—Vaya, ahora me lo pregunta. —Davy chasquea las riendas de Trampa/Bellota, y provoca un breve medio galope hasta que vuelve al trote—. Hace casi cinco meses que trabajamos juntos.

—Lo pregunto ahora.

El ruido de Davy zumba un poco. Me doy cuenta de que no quiere responder.

—No tienes que...

—Encima de los establos —dice—. En una habitación pequeña. Un colchón en el suelo. Huele a mierda de caballo.

Seguimos trotando. Adelante, relincha Angharrad. Adelante, responde Trampa. Todd, piensa Angharrad.

—Angharrad —digo yo.

Davy y yo no hemos hablado del libro de mi madre desde que me lo devolvió hace cuatro noches. Ni una palabra. Y hacemos caso omiso de las señales sobre el tema que surgen en nuestros ruidos.

Pero ahora hablamos más.

Empiezo a preguntarme qué tipo de hombre sería yo si el alcalde fuera mi padre. Empiezo a preguntarme qué tipo de hombre sería yo si el alcalde fuera mi padre y yo no fuera el hijo que él quería. Me pregunto si dormiría en una habitación encima de los establos.

—Yo me esfuerzo —dice Davy en voz baja—. Pero ¿quién diablos sabe lo que quiere?

Yo no lo sé, de modo que no digo nada.

Amarramos los caballos al llegar a las puertas. Al entrar, Ivan trata de captar mi atención una vez más, pero yo me resisto.

—Todd —dice cuando pasamos, intentándolo de nuevo.

—Para ti es el señor Hewitt, soldado —le escupe Davy.

Sigo caminando. Tomamos el corto camino que va de las vallas a la puerta principal del edificio del Departamento de la Pregunta. Esta puerta también está vigilada por soldados, pero pasamos de largo hasta el recibidor, cruzamos el frío suelo de cemento, todavía sin recubrir, todavía sin calefacción, y entramos en la misma sala de supervisión que antes.

—Ah, bienvenidos, chicos —nos saluda el alcalde, girándose desde el espejo.

Detrás de él, en el anfiteatro de la Pregunta, se halla el señor Hammar, vestido



con un delantal de goma. Sentado delante de él, hay un hombre desnudo que está gritando.

El alcalde pulsa un botón y corta el sonido a medio grito.

—Tengo entendido que el esquema de identificación ya ha sido completado — comenta con una voz clara y animada.

—Por lo que nosotros sabemos, sí —respondo.

—¿Quién es ese? —pregunta Davy, señalando al hombre.

—El hijo de la terrorista que voló por los aires. El muy idiota no huyó con su madre. Ahora estamos comprobando lo que sabe.

Davy frunce el ceño.

—Pero si no huyó con ella...

—Habéis realizado un gran trabajo —lo interrumpe su padre, cogiéndose las manos por detrás de la espalda—. Estoy muy complacido.

Davy sonrío y el destello rosado inunda su ruido.

—Pero la amenaza ha caído por fin sobre nosotros —continúa—. Una de las terroristas que capturamos en el ataque a la prisión por fin nos ha contado algo útil. —Vuelve a mirar por el espejo. El señor Hammar bloquea la mayor parte de la visión, pero los pies desnudos del hombre se retuercen por lo que le está haciendo—. Antes de perecer, desafortunadamente, pudo decirnos que, basándose en los patrones de los bombardeos recientes, podemos esperar casi con total seguridad un avance importante de la Respuesta en cuestión de días, tal vez incluso mañana.

Davy me mira. Yo mantengo la vista fija en un punto intermedio entre el alcalde y la pared blanca que tiene detrás.

—Por supuesto, serán derrotados con facilidad. Sus fuerzas no pueden compararse con las nuestras, así que dudo que el combate vaya a durar más de un día como máximo.

—Déjanos luchar, papá —dice Davy, ansioso—. Sabes que estamos preparados.

El alcalde sonrío, sonrío a su propio hijo, y el ruido de este se vuelve tan

rosado que cuesta mirarlo.

—Te voy a ascender, David —dice el alcalde—. Tendrás un cargo militar. Serás el sargento Prentiss.

La sonrisa de su hijo casi explota con un pequeño estallido de ruido complacido.

—¡Es la hostia! —exclama, como si los demás no estuviéramos.

—Flanquearás al capitán Hammar cuando cabalgue hacia la batalla al frente de la primera oleada —dice el alcalde—. Podrás luchar tal como desees.

Davy reluce.

—¡Oh, muchas gracias, papá!

El alcalde se vuelve hacia a mí.

—A ti te nombro teniente Hewitt.

El ruido de Davy sufre un cambio repentino.

—¿Teniente?

—Serás mi guardaespaldas personal desde el instante en que empiece la lucha. Permanecerás a mi lado y me protegerás de cualquier amenaza que pueda acecharme mientras superviso la batalla.

Mantengo los ojos fijos en la pared blanca, y no respondo.

«Yo soy el círculo y el círculo soy yo.»

—Y así es como gira el círculo, Todd —dice el alcalde.

—¿Por qué le nombras a él teniente? —pregunta Davy, con el ruido crepitando.

—Teniente no es un rango de combate —le explica su padre con suavidad—. Sargento sí. Si no fueras sargento, no podrías combatir.

—Ah. —Nos mira alternativamente para comprobar si su padre le está tomando el pelo. Yo no pienso nada al respecto.

—No es necesario que me dé las gracias, teniente —me provoca el alcalde.

—Gracias —digo, con la vista fija todavía en la pared.

—Así no tendrás que hacer lo que no quieres hacer —me explica—. Así no tendrás que matar.

—A no ser que alguien trate de matarle a usted —aclaró.

—A no ser que alguien trate de matarme a mí, en efecto. ¿Será eso un problema para ti, Todd?

—No —respondo—. No, señor.

—Bien.

Vuelvo a mirar a través del espejo. La cabeza del hombre desnudo pende inerte sobre su pecho, y la saliva cuelga de su mandíbula floja. El señor Hammar se quita airadamente los guantes y golpea con ellos la mesa.

—Tengo una gran suerte —dice el alcalde con calidez—. He cumplido mi ambición de poner de nuevo este planeta sobre sus rieles. Dentro de unos días, tal vez horas, aplastaré a los terroristas. Y cuando lleguen los nuevos colonos, seré yo quien les tienda una mano orgullosa y pacífica para recibirlos.

Levanta las manos, como si estuviera ansioso por tenderlas.

—¿Y quién estará a mi lado? —Dirige sus manos hacia nosotros—. Vosotros dos.

Davy, zumbando sin parar con el ruido rosado, alarga el brazo y toma la mano de su padre.

—Llegué a esta ciudad con un hijo —dice el alcalde, ofreciéndome todavía la mano—, pero me ha bendecido con otro.

Y sigue con la mano tendida, esperando a que yo la tome.

Esperando a que su segundo hijo le dé la mano.

—Felicidades, teniente meón —se burla Davy, montando de nuevo sobre la silla de Trampa.

—¿Todd? —dice Ivan, alejándose de su puesto mientras yo monto a Angharrad—. ¿Puedo hablar contigo?

—Ahora te supera en rango —le informa Davy—. Te dirigirás a él como teniente a no ser que quieras cavar cagaderos en la línea del frente.

Ivan respira hondo, como si intentara calmarse.

—Muy bien, teniente, ¿puedo hablar con usted?

Lo miro desde el lomo de Angharrad. Su ruido rebosa violencia. Veo en él, de forma clara, como si tratara de impresionarme, el disparo en la pierna, conspiraciones, resentimiento y modos de vengarse del alcalde.

—Será mejor que no digas nada —le advierto—. Nunca sabes quién podría oírte.

Chasqueo las riendas de Angharrad y volvemos a la carretera. El ruido de Ivan me persigue. No le hago el menor caso.

Sin sentir nada, sin inmutarme.

—Te ha llamado hijo —dice Davy, mirando al frente mientras el sol desaparece tras las cascadas—. Entonces, supongo que ahora somos hermanos.

No respondo.

—Deberíamos hacer algo para celebrarlo —dice.

—¿Dónde? ¿El qué?

—Bueno, ahora somos oficiales, ¿no es así, hermano? Tengo entendido que los oficiales tienen privilegios.

Me mira de soslayo, con el ruido brillante como una bengala, lleno de imágenes que yo vi muchas veces en la vieja Prentisstown.

Imágenes de mujeres desnudas.

Frunzo el ceño y le devuelvo una imagen de una mujer desnuda y con una cinta metálica en el brazo.

—¿Y qué? —dice Davy.

—Estás enfermo.

—No, hermano, estás hablando con el sargento Prentiss. Es posible que más bien esté sano de una vez por todas.

Se ríe sin parar. Está tan contento que parte de su felicidad roza mi ruido y lo ilumina un poco, lo quiera o no.

—Vamos, teniente meón, no estarás todavía colgado de tu chica, ¿verdad?

Hace meses que te dejó. Tenemos que conseguirte otra.

—Cállate, Davy.

—Cállese, sargento Davy. —Se vuelve a reír—. Muy bien, muy bien, tú quédate en casa, leyendo tu libro...

Se detiene de pronto.

—Vaya, lo siento, no lo decía en serio. Me había olvidado.

Y lo más raro es que parece sincero.

Hay un momento de silencio, durante el cual su ruido vuelve a latir con ese sentimiento tan fuerte que sigue escondiendo.

El que intenta enterrar y le hace sentir...

Y entonces dice:

—¿Sabes...? —Veo venir el ofrecimiento y no creo que pueda soportarlo, no creo que pueda vivir un minuto más si lo dice en voz alta—. Si alguna vez quieres que te lo lea...

—No, Davy —digo rápidamente—. No, gracias, no.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Bueno, la oferta sigue en pie.

Su ruido se vuelve a animar, florece al pensar en su nuevo cargo, en mujeres, en el hecho de que seamos hermanos.

Y se pasa silbando todo el camino de vuelta a la ciudad.

Me tumbo en la cama dando la espalda al alcalde Ledger, que devora la cena como de costumbre. Yo también como, pero además he sacado el libro de mi madre y lo estoy ojeando, tumbado sobre las mantas.

—La gente se pregunta cuándo va a llegar la gran ofensiva —dice el alcalde Ledger.

No le respondo. Paso la mano sobre la tapa del libro, como hago todas las noches, notando el cuero, tocando la rasgadura por donde entró el cuchillo con

las yemas de los dedos.

—La gente dice que será pronto.

—Lo que usted diga.

Abro la tapa. El mapa doblado de Ben sigue ahí dentro, en el mismo lugar donde lo escondí. No parece que Davy se haya molestado siquiera en abrir el libro ni una sola vez mientras estuvo en su poder. Huele un poco a los establos, ahora que sé dónde lo guardaba, pero sigue siendo el libro, sigue siendo su libro.

Mi madre. Las palabras de mi madre.

Mira en qué se ha convertido tu hijo.

El alcalde Ledger suspira sonoramente.

—Van a atacar aquí, ¿sabes? —dice—. Tendrás que dejarme salir, si eso sucede.

—¿No puede estar cinco segundos callado?

Giro la primera página, la primera entrada que escribió mi madre el día en que nací. Una página llena de palabras que una vez oí leer.

(que una vez oí leer a...)

—No tengo ningún arma. —Ahora se ha levantado y vuelve a mirar por las ventanas—. Estoy indefenso.

—Yo le cuidaré —le prometo—, y ahora cálese de una vez.

Sigo dándole la espalda. Miro las primeras palabras de mi madre, las que escribió a mano. Sé lo que dicen, pero intento hacerlas sonar a través de la página.

«M-i. Mi.» Es «Mi». Respiro hondo. «Que. Queri. Queridí. Queridísimo.» Que significa «queridísimo», cosa que suena perfecta. *Mi queridísimo*. Y la última palabra es «hijo», que yo ya conozco, pues hoy la he oído pronunciar muy claramente.

Pienso en la mano tendida.

Pienso en cuando tomé su mano tendida.

«Mi queridísimo hijo.»

—Me he ofrecido a leértelo —dice el alcalde Ledger, sin poder esconder un

gruñido al escuchar mi ruido que lee.

Me vuelvo hacia él, enfadadísimo.

—¡He dicho que se calle!

Levanta las manos.

—Muy bien, muy bien, lo que tú digas. —Vuelve a sentarse y añade una última palabra sarcástica en voz baja—. Teniente.

Me incorporo. Me incorporo un poco más.

—¿Qué ha dicho?

—Nada.

Evita mirarme.

—Yo no se lo he dicho —digo—. No he dicho una palabra.

—Estaba en tu ruido.

—No lo estaba. —Me levanto. Porque tengo razón. Desde que he entrado a cenar no he pensado en otra cosa que no fuera el libro de mi madre—. ¿Cómo lo sabe?

Me mira desde la cama, pero su boca no emite palabra alguna y su ruido se esfuerza por encontrar algo que decir.

Sin conseguirlo.

Doy un paso hacia él.

Se oye el chasquido de la puerta y entra el señor Collins.

—Tienes visita —me dice, y luego se da cuenta de mi ruido—. ¿Qué pasa?

—No espero a nadie —respondo, sin dejar de mirar al alcalde Ledger.

—Es una chica —insiste el señor Collins—. Dice que la envía Davy.

—Maldita sea —digo—. Mira que le dije...

—Ya —responde él—. Dice que no hablará con nadie que no seas tú. —Suelta una risita—. Y es bastante guapa, la verdad.

Me giro ante el tono de su voz.

—Déjala en paz, sea quien sea. Esto no está bien.

—Entonces será mejor que no te alargues mucho, aquí arriba.

Cierra la puerta entre risas.

Vuelvo a mirar al alcalde Ledger, con el ruido todavía en lo más alto.

—Todavía no he acabado con usted.

—Estaba en tu ruido —repite, pero yo salgo por la puerta y echo el cerrojo.

Catacloc.

Bajo a toda prisa la escalera, pensando en cómo hacer que la chica se marche sin que el señor Collins la moleste, sin que tenga que pasar por nada de eso, y mi ruido hierve de sospechas y dudas sobre el alcalde Ledger y las cosas empiezan a clarificarse cuando llego al pie de las escaleras.

El señor Collins me espera, apoyado contra la pared del vestíbulo con las piernas cruzadas, muy relajado y sonriente. Apunta con el pulgar.

Miro.

Y ahí está ella.



## LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

## {VIOLA}

—Déjanos —dice Todd, sin parar de mirarme, al hombre que me ha permitido entrar.

—Ya te he dicho que era una buena pieza —comenta, y a continuación sonrío con suficiencia y desaparece en una oficina adyacente.

Todd se ha quedado de piedra.

—Eres tú —dice.

Pero no se me acerca.

—Todd —respondo, y doy un paso adelante.

Y él da un paso atrás.

Me detengo.

—¿Quién es este? —pregunta, refiriéndose a Lee, que se ha apostado detrás de mí haciendo lo posible por actuar como un soldado de verdad.

—Es Lee. Un amigo. Me ha acompañado a...

—¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte —digo—. He venido a rescatarte.

Veo que traga saliva. Veo que pone la garganta en funcionamiento.

—Viola —dice por fin. Mi nombre también está por todo su ruido. *Viola Viola Viola.*

Se lleva las manos a las sienes, se agarra el pelo, más largo y enmarañado que la última vez que lo vi.

También parece más alto.

—Viola —repite.

—Soy yo —digo, y doy otro paso adelante. Él no retrocede y sigo avanzando, atravieso el vestíbulo, sin correr, acercándome más y más a él.

Pero cuando lo alcanzo, él retrocede una vez más.

—¿Todd? —pregunto.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a por ti. —Noto que se me encoge el estómago—. Te dije que lo haría.

—Dijiste que no te irías sin mí —contesta, y en su ruido puedo oír la notoria irritación que siente ante lo que está diciendo. Se aclara la garganta—. Me dejaste aquí.

—Se me llevaron —le explico—. No tuve elección.

Su ruido va en aumento y, aunque percibo su alegría...

Dios mío, Todd, también contiene rabia.

—¿Qué he hecho? —pregunto—. Tenemos que irnos. La Respuesta va a...

—Entonces, ¿ahora formas parte de la Respuesta? —me interrumpe, cada vez más resentido—. Parte de esos asesinos.

—Y tú, ¿ahora eres un soldado? —respondo, sorprendida, cada vez más sofocada, señalando la P que lleva en la manga—. No me hables de asesinar.

—La Respuesta mató a los zulaques —dice con la voz grave e irritada.

Y los cadáveres de los zulaques aparecen en su ruido.

Apilados, unos encima de otros. Tirados como si fueran basura.

La R de la Respuesta escrita en la pared.

Y Todd en medio.

—Ojalá me hubiera matado también a mí —dice.

Cierra los ojos.

*Yo soy el círculo y el círculo soy yo, escucho.*

—¿Viola? —dice Lee desde detrás. Me giro. Ha cruzado la mitad del vestíbulo.

—Espérame fuera —le pido.

—Viola...

—Fuera.

Parece tan inquieto, tan dispuesto a luchar por mí, que mi corazón da un pequeño brinco. Durante el trayecto, ha transmitido tan fuerte como ha podido que yo era su prisionera, hasta el punto de que los otros soldados han pensado que estaba cubriendo una violación que estaba a punto de cometer y por ello silbaban provocativamente a nuestro paso. Luego nos escondimos cerca de la catedral, vimos que Davy Prentiss se alejaba a caballo, pensando cosas que no querría volver a ver nunca más, pensando que Todd y él merecían una celebración.

Y fue entonces cuando fingimos ser nosotros la celebración.

Y funcionó.

Francamente, es bastante deprimente que haya funcionado con tanta facilidad.

Lee se remueve, inquieto.

—Llámame si me necesitas.

—Lo haré —respondo. Él se demora un segundo y luego sale, pero deja la puerta abierta para vigilarnos.

Todd sigue con los ojos cerrados y repite *Yo soy el círculo y el círculo soy yo*, y debo reconocer que esa frase me recuerda mucho al alcalde.

—Nosotros no matamos a los zulaques —digo.

—¿Nosotros? —pregunta, abriendo los ojos.

—No sé quién lo hizo, pero no fuimos nosotros.

—Lanzasteis una bomba para matarlos el día que volasteis la torre. —Casi escupe las palabras—. Luego volvisteis el día de la fuga de la prisión y terminasteis el trabajo.

—¿Una bomba? —digo—. ¿Qué bomba...?

Pero entonces recuerdo...

La primera explosión que hizo abandonar a los soldados de la torre de comunicaciones.

No.

No sería capaz.

No, ni siquiera ella. «¿Qué clase de personas crees que somos?», me dijo...

Pero nunca respondió a la pregunta.

No, no, no es verdad, y además...

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunto—. ¿Davy Prentiss?

Parpadea.

—¿Qué?

—¿No sabes de quién hablo? —Ahora mi voz es más dura—. Me refiero a tu nuevo amigo íntimo. El hombre que me disparó, Todd. El hombre con el que vas al trabajo entre risas cada mañana.

Cierra los puños.

—¿Me has estado espiando? Hace tres meses que no te veo, hace tres meses que no sé nada de ti, ¿y me has estado espiando? ¿Es eso lo que haces en tu tiempo libre cuando no haces volar a la gente por los aires?

—¡Sí! —grito, subiendo el volumen de mi voz para igualar el suyo—. He estado tres meses defendiéndote ante personas que con mucho gusto llamarías enemigos, Todd. Tres meses preguntándome por qué demonios trabajas tan duro para el alcalde y cómo es posible que decidiera ir directamente a la costa el día después de que tú y yo habláramos del tema. —Hace una mueca de dolor, pero yo continúo, alargo el brazo y me arremango—. ¡Tres meses preguntándome por qué pones esto a las mujeres!

Su expresión cambia al instante. De hecho, suelta tal gemido que parece que le estuviera doliendo a él. Se tapa la boca para sofocarlo, pero su ruido se ha vuelto negro. Mueve las yemas de los dedos de la otra mano y las pasa por encima de mi piel, por encima de la cinta que nunca podré quitarme si no quiero perder el brazo. La piel todavía está enrojecida, y la cinta número 1391 sigue palpitando, a pesar de las curas de las tres sanadoras.

—Oh, no —dice—. Oh, no.

Se abre la puerta lateral y el hombre que me ha dejado entrar asoma la cabeza.

—¿Todo bien por aquí, teniente?

—¿Teniente? —digo.

—Todo bien. —Todd se ahoga un poco—. Todo bien.

El hombre espera un segundo, y luego regresa al interior del cuarto.

—¿Teniente? —repito en voz más baja.

Todd se ha inclinado hacia delante, con las manos en las rodillas, mirando al suelo.

—No fui yo, ¿verdad? —dice, también en voz baja—. No... —Vuelve a señalar la cinta sin levantar la mirada—. No te la puse sin saber que eras tú, ¿verdad?

—No —contesto, leyendo tantas cosas en su ruido, leyendo su insensibilidad al hacerlo, leyendo todo el horror subyacente y que tanto le cuesta ignorar—. Fue la Respuesta.

Levanta rápidamente la mirada, llena de signos de interrogación.

—Era el único modo de poder venir a buscarte. El único modo de pasar desapercibida entre los soldados que pululan por la ciudad era hacerles creer que ya estaba marcada.

Al entenderlo, su expresión vuelve a cambiar.

—Oh, Viola.

Respiro con dificultad.

—Todd —digo—. Por favor, ven conmigo.

Tiene los ojos húmedos, pero ahora lo veo, lo veo por fin, en su rostro y en su ruido y en sus brazos, que deja caer contra los costados en señal de derrota.

—Es demasiado tarde —dice, y su voz es tan triste que mis ojos se humedecen también—. He muerto, Viola. He muerto.

—No es cierto. —Me acerco un poco más a él—. Corren muy malos tiempos.

Ahora mira al suelo, sin enfocar los ojos en nada.

*Sin sentir nada*, dice su ruido. *Sin inmutarme.*

*Yo soy el círculo y el círculo soy yo.*

—¿Todd? —digo, tan cerca de él que le doy la mano—. Todd, mírame.

Alza la vista, y la pérdida en su ruido es tan grande que siento que estoy al borde de un abismo, que estoy a punto de caer en él, en una oscuridad tan vacía y solitaria que es posible que no exista jamás una salida.

—Todd —repito con la voz cogida—. En la cornisa, bajo la cascada, ¿recuerdas lo que me dijiste? ¿Recuerdas lo que dijiste para salvarme?

Sacude lentamente la cabeza.

—He hecho cosas horribles, Viola. Cosas horribles...

—«Todos caemos», dijiste. —Le agarro la mano con fuerza—. Todos caemos, pero no es eso lo que importa. Lo que importa es volver a levantarse.

Pero él se suelta.

—No —dice, girándose—. No, era más fácil cuando no estabas aquí. Era más fácil cuando no podías ver...

—Todd, he venido a salvarte...

—No. No tenía que pensar en nada...

—No es demasiado tarde.

—Es demasiado tarde —insiste, sacudiendo la cabeza—. ¡Lo es!

Y se aleja de mí.

Se aleja.

Le estoy perdiendo...

Y se me ocurre una idea.

Una idea muy muy peligrosa.

—El ataque será mañana al anochecer —digo.

Vuelve a parpadear, sorprendido.

—¿Cómo?

—Va a ser mañana. —Trago saliva y doy un paso adelante, intentando mantener la voz firme—. Se supone que conozco el plan falso, pero he descubierto el verdadero. La Respuesta va a atacar desde la colina que tiene una muesca, al sur de donde nos encontramos, al sur de esta catedral, Todd. Vienen hacia aquí y estoy segura de que van a ir directos a por el alcalde.

Mira nervioso a la puerta lateral, pero estoy hablando en voz muy baja.

—Son solo doscientos, pero van armados hasta los dientes. Tienen armas y bombas, un plan y una líder temeraria que no va a parar hasta derrocar a Prentiss.

—Viola...

—Vienen hacia aquí —continúo, acercándome otra vez—. Y ahora sabes cuándo y desde dónde, y si esa información llega al alcalde...

—No deberías habérmelo dicho —dice sin mirarme a los ojos—. Yo escondo cosas, pero él las descubre. ¡No deberías habérmelo dicho!

Sigo avanzando.

—Entonces tendrás que venir conmigo, ¿no es así? Tendrás que hacerlo, o él vencerá para siempre y será quien gobierne este planeta y quien reciba a los nuevos colonos...

—Con la mano tendida —dice Todd, con una voz repentinamente suave.

—¿Cómo?

Tiende la mano en el aire vacío, y se la queda mirando.

—Los recibirá junto a su hijo.

—Bueno, eso tampoco queremos que pase. —Miro nerviosa a la puerta principal. Lee asoma la cabeza, intenta no parecer demasiado fuera de lugar, pero por delante pasan unos soldados—. No tenemos mucho tiempo.

La mano de Todd sigue tendida.

—Yo también he hecho cosas malas —digo—. Desearía que todo fuera distinto, pero no lo es. Solo existe el ahora y el aquí, y tienes que venir conmigo si queremos que haya una oportunidad de que todo salga bien.

Él no responde, pero sigue mirando su mano tendida, de modo que me acerco un paso más y se la tomo.

—Podemos salvar el mundo —digo con un amago de sonrisa—. Tú y yo juntos.

Me mira a los ojos, buscando, intentando leerme, intentando ver si efectivamente estoy ahí, si esto es verdad, si las cosas que digo son reales, busca y busca...

Pero no me encuentra.

Oh, Todd...

—¿Vais a alguna parte? —dice una voz desde la otra punta de la habitación.

La voz de un hombre que apunta con un arma.

Es un hombre distinto al que nos ha dejado entrar, un hombre al que no he visto nunca.

Excepto una vez, en el ruido de Todd.

—¿Cómo ha podido salir? —pregunta Todd, absolutamente desconcertado.

—No querrás irte sin esto, ¿verdad? —dice. En la mano que no empuña la pistola, sostiene el diario de su madre.

—¡Démelo!

El hombre no lo ignora y hace un gesto a Lee.

—Entra, deprisa —dice—. O con mucho gusto dispararé contra nuestro querido amigo Todd.

Miro atrás. Lee tiene el ruido al rojo vivo, pero al ver la pistola que apunta a Todd, y también la expresión de mi cara, da un paso al frente. Su ruido dice con tanta potencia que no piensa dejarme aquí que casi me distrae del arma.

—Tíralo —dice el hombre, refiriéndose al rifle de Lee. Él lo lanza al suelo con gran estrépito.

—Mentiroso —le dice Todd—. Cobarde.

—Por el bien de la ciudad —responde el hombre.

—Tanto quejarse —continúa Todd, con rabia en el ruido y en la voz—. Tanto lloriquear y plañirse de que el alcalde lo estaba estropeando todo, y resulta que no es usted más que otro espía.

—Al principio no lo era —dice, acercándose al grupo—. Al principio era tal como me veías, un antiguo alcalde caído en desgracia y mantenido con vida con todas sus desventajas. —Pasa por delante de Todd y se acerca a mí, colocándose el libro bajo el brazo—. Dame la mochila.

—¿Cómo? —digo.

—Dámela.

Balancea el brazo y apunta con la pistola a la cabeza de Todd. Me quito la mochila de la espalda y se la doy. Ni siquiera la abre como sería natural, sino que palpa la parte inferior, buscando directamente la funda secreta, donde, si palpas de una determinada manera, puedes notar el arma.

Sonríe.

—Aquí está —dice—. La Respuesta no cambia, ¿verdad?

—Si le tocas un pelo, te mataré —le advierte Todd.

—Y yo —añade Lee.

El hombre sigue sonriendo.

—Creo que te ha salido un competidor, teniente.

—¿Quién es usted? —pregunto, porque la irritación que me causa tanta protección me arma de valor.

—Ledger, alcalde de Puerto, a tu servicio, Viola. —Hace una pequeña inclinación—. Porque tú debes ser Viola, ¿no es así? —Da una vuelta alrededor de Todd—. Ah, al presidente le interesaba mucho el ruido de tus sueños, chico. Le interesaba mucho lo que pensabas mientras dormías. Lo

mucho que echabas de menos a Viola, y saber que harías cualquier cosa por encontrarla.

El rostro de Todd se ha puesto rojo como un tomate.

—Y entonces se volvió mucho más afable conmigo, me pidió que te pasara cierta información, para ver si conseguíamos que hicieras lo que él quería. —El alcalde Ledger tiene un aspecto ridículo, cargado con tantas cosas: una pistola en una mano, la mochila en la otra, el libro bajo el brazo, y aun así sigue esforzándose por parecer amenazador—. Debo reconocer que funcionó de maravilla. —Me guiña el ojo—. Ahora que sé cuándo y por dónde va a atacar la Respuesta.

El ruido de Lee aumenta y da un paso furioso hacia delante.

Pero se detiene cuando el alcalde Ledger le apunta con la pistola.

—¿Te gusta? —pregunta el alcalde—. El presidente me la dio cuando me entregó mi propia llave.

Sonríe una vez más y enseguida se da cuenta de cómo lo estamos mirando.

—Por favor, ya basta —dice—. Si el presidente derrota a la Respuesta, todo esto terminará. Los bombardeos, las restricciones, los toques de queda. —Ahora la sonrisa es un poco más débil—. Es preciso aprender a trabajar dentro del sistema, para cambiarlo. Cuando yo sea su ayudante, trabajaré duro para mejorar las condiciones de vida de todo el mundo. —Ladea la cabeza hacia mí—. También para las mujeres.

—Le aconsejo que me mate —dice Todd, y el ruido que sale de él es como una llama—. Porque es imposible que su vida esté segura cuando haya dejado el arma.

El alcalde Ledger suspira.

—No voy a matar a nadie, Todd, a no ser que...

Se abre la puerta lateral y el hombre que nos dejó entrar sale de la habitación, con la expresión y el rostro humeantes de sorpresa.

—Pero ¿qué...?

El alcalde Ledger le apunta con el arma y aprieta tres veces el gatillo. El hombre se desploma y queda tendido en el suelo con apenas los pies asomando por el umbral de la puerta.

Todos nos quedamos petrificados, con el eco de los disparos resonando todavía contra los suelos de mármol.

El ruido del alcalde Ledger muestra una imagen muy clara, él mismo con un ojo morado y el labio partido, y el hombre que yace en el suelo dándole una paliza.

Desvía la mirada hacia nosotros, que no le quitamos la vista de encima.

—¿Qué?

—Al alcalde Prentiss no le va a hacer ninguna gracia —dice Todd—. Conocía al señor Collins del viejo Prentisstown.

—Estoy convencido de que el premio de Viola y los detalles del ataque de la Respuesta compensarán cualquier otro malentendido.

Mira a su alrededor, busca un lugar para dejar las cosas y liberar sus manos, pero al final le lanza a Todd el libro, como si ya no lo quisiera, y él consigue cogerlo.

—Tu madre no era gran cosa como escritora —dice el alcalde Ledger, inclinándose hacia delante y abriendo la cremallera de la mochila con la mano libre—. A duras penas sabía

escribir.

—Pagará por lo que ha dicho.

Todd se me queda mirando y me doy cuenta de que soy yo quien acaba de hablar.

Ledger rebusca en el interior de la mochila.

—¡Comida! —dice, y se le ilumina la cara. Saca una manzana de la parte superior e inmediatamente se la lleva a la boca. Rebusca un poco más, encuentra pan y más fruta, y va dando bocados aquí y allá.

—¿Cuánto tiempo tenías pensado quedarte? —me pregunta con la boca llena.

Veo que Todd se echa hacia delante.

—No creas que no te oigo —le advierte el alcalde Ledger, amenazándolo de nuevo con el arma, mientras revuelve en el fondo de la bolsa. Se detiene, con la mano hundida, y levanta la vista—. ¿Qué es esto?

Palpa un poco más y empieza a sacar de la mochila un objeto bastante más grande. Al principio doy por sentado que se trata de la pistola, pero entonces lo saca del todo de la bolsa.

Se levanta.

Y observa con curiosidad la bomba Thrace que tiene en la mano.

Por un segundo pienso que no puede ser verdad. Un segundo durante el cual mis ojos se niegan a ver lo que están viendo, a creer que a estas alturas ya sé el aspecto que tiene una bomba. Un segundo durante el cual el alcalde Ledger sostiene esa bomba en la mano, pero no significa nada, no significa nada en absoluto.

Pero entonces Lee resopla a mi lado y todo cobra sentido; el peor sentido posible.

—No —digo.

Todd da media vuelta.

—¿Qué pasa? ¿Qué es?

El tiempo se ralentiza hasta la nada. El alcalde Ledger gira el objeto en la mano y se inicia un pitido, un pitido rápido, un pitido programado evidentemente para dispararse en cuanto alguien registre la mochila y saque la bomba, pues el pulso de la mano es lo que la activa, una bomba que sabes que te va a matar en cuanto la sueltes.

—Esto no es... —dice el alcalde Ledger, alzando la vista...

Pero Lee ya estira el brazo...



Quiere agarrarme para huir escopetados por la puerta principal...

—¡Corre! —me grita.

Pero yo salto hacia delante, no hacia atrás...

Y empujo a Todd a un lado.

Tropiezo en dirección a la habitación donde cayó muerto el otro hombre.

El alcalde Ledger no hace ademán de dispararnos.

No hace nada.

Se ha quedado allí plantado, al darse cuenta...

Y mientras tanto nosotros nos abalanzamos hacia el umbral de la puerta.

Arrollamos al hombre muerto.

Y nos enroscamos el uno contra el otro para protegernos.

El alcalde Ledger intenta alejar la bomba de su cuerpo.

Y la suelta...

Y...

# ***BUM***

... lo revienta en mil pedazos, derrumba las paredes de detrás y la mayor parte de la habitación donde estamos se derrumba. El calor de la explosión nos chamusca la ropa y el pelo y los escombros lo invaden todo. Nos metemos como podemos debajo de una mesa, pero algún objeto golpea con fuerza a Todd en la nuca y una viga larga cae sobre mis tobillos. Noto cómo se rompen y lo único que soy capaz de pensar mientras grito por el dolor inexpresable es «la enfermera Coyle me ha traicionado me ha traicionado me ha traicionado». La misión no era para salvar a Todd, la misión era para matarlo, y para matar también al alcalde, con un poco de suerte...

Me ha traicionado...

Me ha traicionado otra vez...  
Y luego la oscuridad.

Al cabo de un rato, oigo voces, voces entre el polvo y los escombros, voces que penetran en mi cabeza, desconcertada por el dolor.

Una voz.

Su voz.

Encima de mí.

—Vaya, vaya —dice el alcalde—. Mirad a quién tenemos aquí.



SEXTA  
PARTE

LA PREGUNTA  
Y LA RESPUESTA

## PREGUNTAS PARA VIOLA

[TODD]

—¡Suéltela!

Golpeo con los puños el cristal, pero por muy fuerte que lo intente, sigue sin romperse.

—¡¡¡Suéltela!!!

Se me rompe la voz de tanto esfuerzo, pero sigo y sigo hasta quedarme totalmente afónico.

—¡¡¡Si le pone una dedo encima, le mataré!!!

Viola está amarrada a la estructura en el anfiteatro de la Pregunta, con los brazos levantados hacia atrás, la piel enrojecida alrededor de la cinta metálica, la cabeza colocada entre las pequeñas barras zumbadoras que le impiden oír ningún ruido.

El recipiente de agua está debajo, la mesa con las herramientas afiladas a un lado.

El señor Hammar permanece en espera, con los brazos cruzados, y Davy le acompaña. Observa nervioso desde la puerta más alejada, al otro lado de la habitación.

El alcalde está dando vueltas tranquilamente a su alrededor.

Lo único que recuerdo es el BUM y al alcalde Ledger desapareciendo en una nube de fuego y humo.

Me desperté aquí, con la cabeza dolorida, el cuerpo asqueroso de suciedad y escombros y sangre seca.

Y me puse en pie.

Y ahí estaba ella.

Al otro lado del espejo.

Siendo interrogada.

Vuelvo a pulsar el botón del altavoz de la habitación.

—¡¡¡Suéltela!!!

Pero da la sensación de que nadie me esté escuchando.

—Lo hago con la mayor reticencia, Viola —dice el alcalde, que sigue caminando en círculos lentos. Yo le oigo con toda claridad—. Pensaba que tú y yo podríamos ser amigos. Pensaba que habíamos llegado a un acuerdo. —Se detiene ante ella—. Pero entonces volaste mi casa.

—Yo no sabía que había una bomba —dice, y percibo el dolor de su rostro. Ella también está recubierta de sangre seca, cortes y rasguños causados por la explosión.

Pero sus pies son lo que tiene peor aspecto. No lleva zapatos y tiene los tobillos hinchados, torcidos y negros, y el alcalde no le ha suministrado nada para aplacar el dolor.

Lo sé por la expresión de su cara.

Veo el daño que le hace.

Intento levantar el banco que tengo detrás de mí para destrozar la ventana, pero está clavado en el cemento.

—Te creo, Viola —dice el alcalde, y reanuda su paseo. El señor Hammar luce una sonrisa de suficiencia, y de vez en cuando mira al espejo tras el cual sabe

que estoy yo, y sonrío un poco más—. Creo en tu consternación ante la traición de la enfermera Coyle. Aunque no me sorprende en absoluto.

Viola, con la cabeza colgando, no responde.

—No le haga daño —susurro—. Por favor, por favor, por favor.

—Si eso te sirve de ayuda —continúa el alcalde—, yo no me lo tomaría de un modo personal. La enfermera Coyle vio la ocasión de introducir una bomba en el corazón de mi catedral, de destruirla, y tal vez de destruirme a mí de paso.

Echa un vistazo al espejo. Yo vuelvo a aporrearlo. Es imposible que no lo oigan, pero no me hacen ningún caso.

Davy, en cambio, sí que se da cuenta, y me observa con la expresión más seria que le he visto nunca.

E incluso desde aquí puedo oír la inquietud en su ruido.

—Le ofreciste una oportunidad que no podía dejar pasar —sigue diciendo el alcalde—. Tu extrema lealtad hacia Todd podía hacerte llegar a lugares inaccesibles para otros dinamiteros. Probablemente, no deseaba matarte, pero era una gran ocasión para eliminarme, y al sospesar la situación llegó a la conclusión de que eras prescindible.

Ahora la miro a ella.

Está demudada, triste, derrotada.

Y vuelvo a notar su silencio, siento el anhelo y la pérdida que noté por primera vez en el pantano hace una eternidad. Lo noto con tal intensidad que se me humedecen los ojos y se me encoge el estómago y se me hace un nudo en la garganta.

—Viola —digo—. Por favor, Viola.

Pero ella ni siquiera levanta la vista.

—Ahora ya sabes lo que significas para ella —el alcalde se inclina ante ella y la mira a la cara—, así que tal vez estés descubriendo por fin quién es tu verdadero enemigo. —Hace una pausa—. Y quiénes son tus verdaderos amigos.

Viola responde en voz muy baja.

—¿Qué has dicho? —pregunta el alcalde.

Ella se aclara la garganta y lo repite.

—Solo he venido a buscar a Todd.

—Lo sé. —El alcalde se levanta y reanuda el paseíllo—. Yo también le he tomado afecto. Se ha convertido en un segundo hijo para mí. —Mira a Davy, que se sonroja—. Es leal y trabajador y está haciendo una buena contribución al futuro de nuestra ciudad.

Me pongo a aporrear la ventana una vez más.

—¡¡¡Cállese!!! —grito—. ¡¡¡Cállese!!!

—Si él está con nosotros, Viola —continúa el alcalde—, y la enfermera Coyle está en tu contra, entonces está claro que tienes vía libre.

Ella ya niega con la cabeza.

—No le diré nada —dice—. No le diré nada.

—Pero Coyle te ha traicionado. —El alcalde vuelve a ponerse delante de ella—. Ha intentado matarte.

Al oír eso, Viola levanta la cabeza.

Lo mira a los ojos.

Y dice:

—No, ha intentado matarle a usted.

Oh, buena chica.

Mi ruido rezuma de orgullo.

Esa es mi chica.

El alcalde hace una seña al señor Hammar.

Que agarra la estructura y sumerge a Viola en el agua.

—¡¡¡No!!! —grito y vuelvo a aporrear el vidrio—. ¡¡¡No, maldita sea!!! — Voy hacia la puerta de la pequeña habitación y la golpeo con todas mis fuerzas—. ¡¡¡Viola!!! ¡¡¡Viola!!!

Oigo un jadeo y corro de nuevo hacia el espejo...

La han sacado del agua, tose líquido y escupe con fuerza.

—Se nos acaba el tiempo —dice el alcalde, quitándose una pelusa de la solapa del abrigo—, de modo que tal vez deberíamos ir al grano.

Sigo aporreando el espejo y gritando mientras él habla. Da media vuelta y me mira. Desde el otro lado no puede verme, pero sus ojos están clavados en los míos.

—¡Viola! —grito, golpeando el vidrio una vez más.

Él frunce un poco el ceño...

—¡Viola!

Me golpea con su ruido.

Con mucha más fuerza que antes.

Es como si un millón de personas gritaran NO ERES NADA NO ERES NADA NO ERES NADA en el centro de mi cerebro, y es un grito tan profundo que no puedo llegar a él para acallarlo y protegerme. Parece que me hierva la sangre y que los ojos me salgan de las órbitas. Soy incapaz de tenerme en pie, me tambaleo y me desplomo sobre el banco. El golpetazo suena y suena y suena, como si no fuera a detenerse jamás...

Cuando consigo abrir los ojos, veo que el alcalde impide a Davy que abandone el anfiteatro y él vuelve a mirar al espejo.

Hay preocupación en su ruido.

Está preocupado por mí.

—Dime cuándo va a atacar la Respuesta —dice el alcalde a Viola con una voz más fría, más dura—. Y desde dónde.

Ella sacude la cabeza, y lo salpica todo de gotas de agua.

—No lo haré.

—Lo harás —replica él—. Me temo mucho que lo harás.

—No. Nunca.

Y sigue sacudiendo la cabeza.

Él mira al espejo, vuelve a encontrar mis ojos, a pesar de no poder verme.

—Por desgracia —dice—, no tenemos tiempo para tus negativas.



Hace un gesto al señor Hammar.  
Que vuelve a sumergirla en el agua.

—¡¡¡Basta!!! —grito y golpeo el cristal—. ¡¡¡Basta!!!

Él la mantiene dentro del agua...

Y la mantiene...

Mis golpes son tan fuertes que me salen hematomas...

—¡Sacadla! ¡Sacadla! ¡Sacadla!

Y ella se remueve dentro del agua.

Pero él todavía la mantiene sumergida.

Sigue bajo el agua.

—¡Viola!

Sus manos forcejean en las ataduras.

El forcejeo hace que el agua salpique por todas partes.

Dios mío dios mío dios mío dios mío viola viola viola viola.

No puedo...

No puedo...

Perdóname...

Perdóname, por favor...

—¡¡¡Será esta noche!!! —grito—. ¡¡¡Al anochecer!!! ¡Por la muesca de la colina, al sur de la catedral! ¡¡¡Esta noche!!!

Y pulso el botón y grito una y otra vez.

—¡Esta noche!

Mientras ella se revuelve bajo el agua.

Pero nadie me oye.

Han apagado el sonido...

Han apagado el maldito sonido.

Vuelvo al cristal y lo aporreo.

Nadie se mueve.

Y ella sigue bajo el agua.

Por muy fuerte que golpee el cristal con los puños...

¿Por qué no se rompe?

¿Por qué no se rompe, maldita sea?

El alcalde hace una señal al señor Hammar para que suba la estructura. Viola traga aire en enormes bocanadas, con el pelo (más largo de lo que yo recordaba) pegado a la cara, enrollado en las orejas, y el agua cayendo como una cortina.

—Tú puedes hacer que esto acabe, Viola —dice el alcalde—, basta con que me digas cuándo va a atacar la Respuesta.

—¡Esta noche! —grito, tan fuerte que mi voz se agrieta como el barro seco—. ¡Por el sur!

Pero ella sacude la cabeza.

Y nadie me oye.

—La enfermera Coyle te ha traicionado, Viola. —El alcalde usa su voz de falsa sorpresa—. ¿Por qué la proteges? ¿Por qué...?

Se detiene, como si se le hubiera ocurrido algo.

—En la Respuesta hay personas a las que aprecias.

Ella deja de sacudir la cabeza. No alza la mirada, pero deja de sacudir la cabeza.

Él se arrodilla ante ella.

—Razón de más para decirme dónde atacarán. Razón de más para hacerme saber dónde puedo encontrar a vuestra comandante. —Acerca la mano y retira unas mechas de pelo mojado de la cara de Viola—. Si me ayudas, te garantizo que no sufrirán daño alguno. Solo quiero a la enfermera Coyle. El resto de las sanadoras permanecerán en prisión, y todos los otros, sin duda víctimas inocentes de una retórica exacerbada, serán liberados cuando hayamos podido

hablar con ellos.

Hace una seña al señor Hammar para que le pase una toalla y seca con ella la cara de Viola. Ella sigue sin mirarlo.

—Si me lo dices, salvarás muchas vidas —le asegura, retirando con suavidad el agua—. Te doy mi palabra.

Por fin ella levanta la cabeza.

—Su palabra —dice, mirando directamente al señor Hammar.

Y hay tanta rabia en su expresión que incluso él parece sorprendido.

—Ah, sí —dice el alcalde, que se pone de pie y devuelve la toalla al señor Hammar—. Puedes considerar al capitán Hammar un ejemplo de mi compasión, Viola. Le perdoné la vida. —Vuelve a echar a andar, pero cuando pasa por detrás de ella me mira a mí—. Del mismo modo que perdonaré la vida de tus amigos y seres queridos.

—Será esta noche —digo con la voz ronca.

¿Cómo es posible que no me oiga?

—En cualquier caso —continúa—, si tú no lo sabes, tal vez tu buen amigo Lee nos lo pueda decir.

Ella levanta rápidamente la cabeza, con los ojos muy abiertos, respirando con dificultad.

—Él no sabe nada —dice muy deprisa—. No sabe cuándo ni dónde.

—Aunque te creyera —dice el alcalde—, no dejaría de interrogarlo holgadamente para asegurarnos.

—¡Déjenlo en paz! —dice ella, intentando girar la cabeza para seguirlo.

Él se detiene justo delante del espejo, dando la espalda a Viola y mirándome a mí.

—O tal vez deberíamos preguntárselo a Todd.

Aporreo el cristal en su cara. No se inmuta.

Y entonces ella dice:

—Todd nunca se lo diría. Nunca.

Y entonces el alcalde me mira.

Y sonrío.

Mi estómago se encoge, mi corazón se derrumba, mi cabeza da tantas vueltas que siento que voy a caer al suelo.

Oh, Viola.

Viola, por favor...

Perdóname.

—Capitán Hammar —dice el alcalde, y vuelven a sumergir a Viola en el agua, sin dejar siquiera que grite de terror.

—¡No! —grito, pegado al espejo.

Pero el alcalde no la mira.

Me mira directamente a mí, como si pudiera verme incluso aunque estuviera detrás de un muro de ladrillos.

—¡Basta! —grito mientras ella vuelve a forcejear.

Más...

Y más...

—¡Viola!

Sigo golpeando, a pesar de que casi se me rompen las manos.

El señor Hammar sonrío y la mantiene sumergida.

—¡Viola!

Sus muñecas empiezan a sangrar por lo mucho que estira...

—¡Le mataré! —grito a la cara del alcalde...

Con todo mi ruido...

—¡Le mataré!

El señor Hammar sigue manteniéndola dentro del agua.

—¡Viola! ¡Viola!

Finalmente, es Davy, ni más ni menos, quien interviene.

—¡Basta! —grita de pronto, acercándose desde la esquina—. ¡Por Dios, vais a matarla!

Agarra la estructura y saca a Viola del agua. El alcalde hace una seña al señor Hammar para que se lo permita y un rugido sale de la garganta de ella cuando toma aire, para a continuación empezar a toser al expulsarlo junto a un montón de agua.

Ahora nadie dice nada. El alcalde observa a su hijo como si fuera una nueva especie de pez.

—¿Cómo va a ayudarnos si muere? —dice Davy con la voz temblorosa, sin mirar a nadie—. ¿Eh, cómo?

El alcalde permanece en silencio y Davy se aleja de la estructura, volviendo a su lugar junto a la puerta.

Viola tose y cuelga de las ataduras. Yo estoy tan pegado a la ventana que parece que intentara atravesarla para llegar a ella.

—Bueno —dice el alcalde, uniendo las manos detrás de la espalda y mirando a su hijo—. Creo que tal vez sepamos ya lo que queríamos saber.

Pulsa un botón que hay en la pared.

—¿Puedes hacer el favor de repetir lo que has dicho antes, Todd?

Viola levanta la mirada al oír mi nombre.

El alcalde se acerca a la estructura, retira las varillas amortiguadoras de ruido de los laterales de la cara de la chica y ella mira alrededor al notar mi ruido.

—¿Todd? —dice—. ¿Estás ahí?

—¡Estoy aquí! —grito, y ahora mi voz retumba por el anfiteatro, y todos me oyen.

—Por favor, repite lo que has dicho hace unos momentos, Todd. —El alcalde vuelve a mirarme—. Algo sobre esta noche cuando se ponga el sol.

Viola, con una expresión de sorpresa y conmoción, mira hacia el punto al que Prentiss está mirando.

—No —susurra, y parece un grito.

—Viola merece oírtelo decir una vez más, Todd —dice el alcalde.

Lo sabía. Durante todo el tiempo podía oír mi ruido, claro que sí, podía oír mis gritos, aunque ella no pudiera.

—¿Viola? —digo, y suena como una súplica.

Ella mira al espejo, buscándome.

—¡No se lo digas! —me suplica—. Por favor, Todd, no...

—Una vez más, Todd —insiste el alcalde, apoyándose en la mortífera estructura— o volverá al agua.

—¡No, Todd! —grita Viola.

—¡Hijo de puta! Le mataré. ¡¡¡Juro que le mataré!!!

—No lo harás. Y ambos lo sabemos.

—Todd, por favor, no...

—Dilo, vamos. ¿Dónde y cuándo?

Y empieza a bajar la estructura.

Viola intenta no desmoronarse y se retuerce para mantener cualquier parte de su cuerpo fuera del agua.

—¡No! —sigue gritando—. ¡¡¡No!!!

Por favor por favor por favor...

—¡No!

Viola...

—Esta noche, cuando se ponga el sol —digo, y mi voz amplificadora ahoga los gritos de Viola, ahoga el ruido de Davy y el mío propio. Mis palabras lo inundan todo—. Por la muesca del valle, al sur de la catedral.

—¡No! —grita Viola...

La expresión de su cara...

La expresión de su cara cuando mira hacia mí...

Mi pecho se parte en dos.

El alcalde retira la estructura, la levanta del agua y la suelta.

—No —susurra ella.

Solo entonces que se echa a llorar.

—Gracias, Todd —dice el alcalde. Se vuelve hacia el señor Hammar—. Ahora ya sabe dónde y cuándo, capitán. Pase las órdenes a los capitanes Morgan, Tate y O'Hare.

El señor Hammar se pone firme.

—Sí, señor —responde, como si acabara de ganar un premio—. Me llevaré hasta el último hombre, señor. Los aplastaremos.

—Llévese a mi hijo —dice el alcalde, señalando a Davy—. Que vea toda la batalla que pueda soportar.

Davy, nervioso, se muestra orgulloso y emocionado a la vez, y no se da cuenta del extraño gesto que ha adoptado la sonrisa del señor Hammar.

—Adelante —dice el alcalde—. No dejen a nadie con vida.

—Sí, señor —contesta el señor Hammar mientras Viola emite un débil gemido.

Davy saluda a su padre, intentando insuflar coraje a su ruido. Me dirige una mirada a través del espejo, una mirada de simpatía, con el ruido rebosante de miedo y emoción, aunque es mayor el miedo.

Luego sigue al señor Hammar hacia la puerta.

Y nos quedamos solos Viola, el alcalde y yo.

Solo tengo ojos para ella. Cuelga de la estructura, con la cabeza gacha. Está llorando, todavía atada y empapada, y emana tanto dolor que casi lo siento en mi piel.

—Ocúpate de tu amiga —me dice el alcalde desde el otro lado del cristal, con la cara pegada a él—. Vuelvo a mi casa incendiada para prepararme para el nuevo amanecer.

No parpadea, actúa como si no hubiera pasado nada.

No es humano.

—Soy demasiado humano, Todd —dice—. Luego los guardias os escoltarán hasta la catedral. —Arquea las cejas—. Tenemos mucho que hablar sobre vuestro futuro.

## DERROTA

## {VIOLA}

Oigo a Todd entrar en la habitación, su ruido entra primero, pero no puedo mirar.

—¿Viola? —dice.

Sigo sin levantar la mirada.

Se acabó.

Hemos perdido.

Siento cómo sus manos tiran de las ataduras de mis muñecas, liberan por fin una de ellas, pero tengo el brazo tan rígido por el tiempo que ha pasado tensado que me duele más ahora, cuando lo suelta, que cuando lo tenía atado.

El alcalde Prentiss ha vencido. La enfermera Coyle intentó sacrificarme. Lee está preso, suponiendo que no sea mentira y esté ya muerto. Maddy murió para nada. Corinne murió para nada.

Y Todd...

Pasa por delante de mí para quitarme la segunda atadura, y cuando me desprendo de la estructura, me recoge y me coloca suavemente de rodillas sobre el suelo.

—¿Viola? —dice, apoyándose contra su cuerpo, con la cabeza sobre su pecho, y el agua que me cubre le empapa el uniforme polvoriento, yo alargo los brazos, incapaz de asirme a nada, y noto que la cinta de metal sigue palpitando.

Observo la P reluciente y plateada que Todd lleva en el hombro.

—Suéltame —digo.

Pero él sigue abrazándome.

—Suéltame —repito más fuerte.

—No —dice.

Intento quitármelo de encima, pero tengo los brazos muy débiles y estoy agotada... Todo ha terminado. Todo ha terminado.

Y, sin embargo, él sigue abrazándome.



Vuelvo a echarme a llorar y él me abraza más fuerte, y entonces lloro más todavía. Cuando veo que puedo mover un poco los brazos, lo abrazo y lloro aún más fuerte al notar su sensación, su olor, el sonido de su ruido, su modo de abrazarme, su inquietud, su sufrimiento, sus cuidados y su suavidad...

Me doy cuenta de cuánto lo había echado de menos.

Pero se lo ha dicho al alcalde.

Se lo ha dicho.

He de intentar separarme de nuevo de él, aunque a duras penas pueda soportarlo.

—Se lo has dicho —digo con la voz ahogada.

—Lo siento —responde, con los ojos abiertos y aterrorizados—. Te estaban ahogando, y no he podido, no he podido...

Le miro y estoy en su ruido, sumergiéndome en el agua con él aporreando el otro lado del espejo, y aun peor, veo lo que sentía, veo su ira desesperada, lo veo incapaz de salvarme...

Y su expresión tan preocupada.

—Viola, por favor —dice, suplicante—. Por favor.

—Los matará. Los matará a todos. Y Wilf está con ellos, Todd. Wilf.

Parece aterrorizado.

—¿Wilf?

—Y también Jane —continúo—. Y muchos más. Los aniquilará a todos y será el final. Será el final de todo.

Su ruido se vuelve negro y estéril, y finalmente se derrumba a mi lado, chapoteando en el pequeño charco que se ha formado a nuestro alrededor.

—No —dice—. Oh, no...

Aunque no quiera hacerlo, oigo que mi voz lo dice de todos modos.

—Hiciste exactamente lo que él quería. Sabía exactamente cómo sacarte la información.

Se me queda mirando.

—¿Qué otra opción tenía?

—¡Deberías haber dejado que me matara!

Me mira y veo que su ruido intenta encontrarme, encontrar a la verdadera Viola que se esconde en lo más hondo de tanto desastre y de tanto dolor. Veo cómo busca...

Y por un instante no quiero que me encuentre.

—Deberías haber dejado que me matara —repito en voz baja.

Pero no podía, ¿verdad?

No podía hacerlo y seguir siendo él mismo.

No podía hacerlo y seguir siendo Todd Hewitt.

El chico incapaz de matar.

El chico incapaz de matar a nadie.

Somos las decisiones que tomamos.

—Debemos avisarlos —digo avergonzada, sin mirarlo a los ojos—, si podemos.

Me agarro al borde del barreño para alzarme. El dolor me sube por las piernas desde los tobillos. Grito y vuelvo a caer hacia delante.

Y, una vez más, él me recoge.

—Los pies —señalo. Voy descalza y veo que tengo los pies muy hinchados y que han adoptado una desagradable tonalidad azul y negra.

—Te tiene que ver una sanadora.

Me rodea con el brazo para levantarme.

—No —digo, deteniéndolo—. Tenemos que advertir a la Respuesta—. Eso es lo más importante.

—Viola...

—Sus vidas son más importantes que mis...

—La enfermera Coyle ha intentado matarte. Ha intentado volarte en pedazos.

Respiro con dificultad e intento contener el dolor de mis piernas.

—No le debes nada —dice.

Sin embargo, sintiendo el calor de sus brazos, tengo la sensación de que las cosas no parecen tan imposibles. Noto que Todd me toca y la rabia que me invade el estómago no va contra él. Intento incorporarme de nuevo, apoyándome en él mientras me levanto entre gemidos.

—Sí que le debo algo —replico—. Le debo la expresión de su cara cuando me vea viva.

Trato de dar un paso, pero es demasiado. Vuelvo a gemir.

—Tengo una yegua —dice él—. Te llevaré en ella.

—No va a dejarnos marchar. Ha dicho que los guardias nos escoltarán hasta la catedral.

—Sí. Pero eso está por ver.

Me rodea con el brazo y se agacha para pasar el otro brazo bajo mis rodillas y levantarme.

El tirón en los tobillos hace que me salten las lágrimas, pero él me carga y me transporta como hizo en la montaña cuando descendíamos hacia Puerto.

Me lleva en sus brazos.

Él también se acuerda. Lo puedo ver en su ruido.

Le paso el brazo alrededor del cuello y él intenta sonreír.

Y lo consigue.

—Siempre estamos salvándonos el uno al otro —dice—. ¿Alguna vez estaremos en paces?

—Espero que no —digo.

Vuelve a fruncir el ceño y veo las nubes que avanzan en su ruido.

—Lo siento —dice en voz baja.

Le agarro la tela de la pechera de la camisa y tiro con fuerza.

—Yo también lo siento.

—Entonces, ¿nos perdonamos? —La sonrisa torcida vuelve a aparecer—. ¿Otra vez?

Le miro a los ojos, hasta donde puedo llegar, porque quiero que me oiga, quiero que me oiga

decir todo lo que digo y siento.

—Siempre —le digo—. Todas las veces que sea necesario.

Me sienta en una silla y luego se acerca a la puerta y empieza a aporrearla.

—¡Dejadnos salir! —grita.

—Esto significa algo, Todd —digo, conteniendo al máximo el aliento, porque me palpitan los pies—. Algo que tenemos que recordar.

—¿A qué te refieres?

Vuelve a golpear la puerta y lanza un gemido atenuado porque se ha lastimado las manos.

—El alcalde sabe que soy tu punto flaco. Solo tiene que amenazarme para conseguir que hagas lo que él quiere.

—Sí —dice Todd, sin mirar atrás—. Sí, ya lo sabía.

—Seguiré intentándolo.

Se vuelve hacia mí, con los puños cerrados en los costados.

—No volverá a ponerte los ojos encima. Nunca más.

—No. —Sacudo la cabeza y hago una mueca de dolor—. Así no puede ser, Todd. Hay que detenerlo.

—¿Y por qué tenemos que ser nosotros quienes lo hagamos?

—Alguien debe hacerlo. —Arqueo la espalda para retirar de los pies el peso de mi cuerpo—. No puede vencer.

Él pateo la puerta.

—Entonces, que lo haga tu comandante. Iremos a donde esté, la advertiremos si es posible y luego nos largaremos.

—¿Nos largaremos a dónde?

—No lo sé. —Busca algo con lo que echar la puerta abajo—. Iremos a una de las colonias abandonadas. Nos esconderemos hasta que lleguen las naves.

—Vencerá a la enfermera Coyle y luego irá a por las naves. —Resoplo un poco al girar la cabeza—. Cuando aterricen, apenas habrá un pequeño número de personas despiertas, Todd. El alcalde puede neutralizarlas y dejar que las demás duerman durante el tiempo que él quiera. Ni siquiera tiene que despertarlas nunca, si no lo desea.

Todd deja de buscar.

—¿Es verdad eso?

Asiento.

—Cuando haya destruido a la Respuesta, ¿quién quedará para detenerlo?

Vuelve a cerrar y abrir los puños.

—Tenemos que detenerlo.

—Primero encontremos a la Respuesta —digo, intentando incorporarme—. Los advertiremos...

—Y les diremos exactamente qué clase de comandante tienen.

Suspiro.

—Habrá que detenerlos a los dos,  no?

—Bueno, no va a ser fácil,  verdad? —dice Todd—. Explicaremos a la Respuesta lo que sabemos de su líder, y entonces otra persona tomar  el mando —Se me queda mirando—. Tal vez seas t .

—O tal vez tú. —Me tomo un segundo para recuperar el aliento. Cada vez me cuesta más—. En cualquier caso, tenemos que salir de aquí.

Y entonces la puerta se abre de pronto.

Hay un soldado plantado con un rifle.

—Tengo  rdenes de llevarlos a la catedral —nos informa.

Creo que lo reconozco.

—Ivan —dice Todd.

—Teniente —le saluda el soldado—. He recibido  rdenes.

—Tú eres de Farbranch —intervengo, pero él mira a Todd sin pestañear. Oigo algo en su ruido, algo...

—Teniente —repite como si fuera una especie de señal.

Miro a Todd.

— Qu  est  haciendo?

—Ha recibido órdenes —dice Todd, concentrándose en Ivan. Percibo cosas que vuelan entre sus ruidos, veloces y borrosas—. Soldado Farrow.

—S , señor —dice Ivan en posición de firmes—.  rdenes de mi superior.

Todd me mira. Oigo que est  pensando.

— Qu  pasa? —pregunto.

Veo cómo Lee se alza en el ruido de Todd. Se gira hacia Ivan.

— Hay otro prisionero?  Un chico?  Con el pelo rubio y enmarañado?

—En efecto, señor —contesta Ivan.

—Y si yo le ordenara que me llevara donde se encuentra,  lo haría?

—Usted es mi superior, teniente. —Ahora Ivan escruta con mayor intensidad a Todd—. Mi obligación es obedecer cualquiera de sus órdenes.

— Todd? —digo, pero ya empiezo a comprender.

—Hace ya tiempo que intento decírselo, teniente —dice Ivan con una voz llena de impaciencia.

— Hay algún oficial de rango superior al mío en el recinto? —pregunta Todd.

—No, señor. Solo los guardias y yo. Todos los demás se han ido a la guerra.

— Cu ntos guardias?

—Somos dieciseis, señor.

Todd se pasa la lengua por los labios, pensativo.

— Ellos también me verían como su superior, soldado?

Ivan desvía la mirada por primera vez, lanza un rápido vistazo a su espalda y continúa

hablando en voz más baja.

—Hay cierta preocupación respecto a nuestros mandos actuales, señor. Tal vez se les podría persuadir.

Todd endereza el cuerpo y tira del dobladillo del uniforme. Vuelvo a fijarme en lo alto que es, mucho más alto que la última vez que lo vi. Las facciones de su rostro ya no son aniñadas y su voz es más grave y más profunda.

Me lo quedo mirando y empiezo a ver a un hombre.

Se aclara la garganta y se pone firme ante Ivan.

—En ese caso, le ordeno que me lleve a ver a un prisionero llamado Lee, soldado.

—A pesar de que tengo instrucciones de llevarlo directamente al presidente —responde Ivan con voz oficial—, siento que no puedo desobedecer su orden directa, señor.

Da un paso atrás y espera al otro lado de la puerta. Todd se acerca a mi silla y se arrodilla ante mí.

—¿Qué estás tramando? —pregunto, intentando leer su ruido, pero este gira tan rápido que no puedo comprenderlo.

—Dices que somos nosotros quienes debemos detener a Prentiss porque nadie más lo hará —contesta, con la sonrisa torcida un centímetro más alta—. Pues bien, tal vez exista un modo de conseguirlo.

## EL TENIENTE

[TODD]

Noto que Viola me mira cuando salgo para seguir a Ivan por el pasillo. Se pregunta si podemos confiar en él.

Yo también me lo pregunto.

La respuesta más previsible es no, ¿no es así? Ivan se alistó en el ejército como voluntario, para salvar el pellejo en Farbranch, y recuerdo que meses atrás se escabullía de mí antes incluso de que todo esto sucediera y me decía que estaba a favor de Prentisstown. Es probable que estuviera ansioso por unirse al ejército al llegar a la ciudad, y luego comandó tropas hasta aquí y llegó incluso a cabo.

Hasta que el alcalde Prentiss le pegó un tiro en la pierna.

«Hay que ir donde esté el poder», me dijo una vez. «Es el único modo de sobrevivir.»

Tal vez piense que ha encontrado el nuevo poder.

—Es exactamente lo que estoy pensando, señor —dice Ivan, que se ha detenido ante una puerta—. Está aquí dentro.

—¿Puede caminar? —pregunto mientras Ivan abre el cerrojo y...

Lee aparece de repente gritando como un loco y derriba a Ivan propinándole un puñetazo en la cara y luego otro. Tengo que agarrarlo por los hombros para

separarlo, pero él se vuelve con los puños alzados hasta que ve que se trata de mí.

—¡Todd! —dice, sorprendido.

—Necesitamos... —comienzo.

—¿Dónde está Viola? —grita, mirando a su alrededor, mientras yo me interpongo para evitar que Ivan descargue la culata de su rifle contra su cabeza.

—Está herida —respondo—. Necesita vendajes y tablillas. —Me vuelvo hacia Ivan—. ¿Tienen algo de eso aquí?

—Tenemos un botiquín de primeros auxilios —contesta.

—Algo es algo. Dárselo a Lee. Él atenderá a Viola. Luego diga a los hombres que quiero hablar con ellos en el patio principal.

Ivan mira indignado a Lee, con el ruido atronando.

—Es una orden, soldado —digo.

—Sí, señor —dice Ivan, con rencor, pero enseguida desaparece por el pasillo.

Lee se me queda mirando con incredulidad.

—¿Sí, señor?

—Viola te lo explicará. —Le empujo tras Ivan—. Ve a buscar las vendas. ¡Está malherida!

Eso lo pone en marcha. Doy media vuelta y me dirijo al vestíbulo. Dos guardias le ven pasar.

—¿Qué está pasando? —pregunta uno de ellos.

—Qué está pasando, señor —le grito sin girarme. Atravieso la puerta principal del Departamento de la Pregunta, bajo por el camino y salgo por la verja.

Reina la calma.

Aquí está Angharrad.

La debe de haber traído Davy.

—Hola, chica —la saludo, acercándome con lentitud. Mientras le froto el morro su ruido dice: **¿Chico potro? ¿Todd?**

—Todo va bien, chica —susurro—. Todo va bien.

**Daño**, dice ella, husmeando la sangre seca que sigue cubriendo mi rostro. Saca la gran lengua húmeda y me da un lametazo en la boca y la mejilla.

Me río un poco y vuelvo a frotarle el morro.

—Estoy bien, chica, estoy bien.

Su ruido sigue diciendo mi nombre: **Todd Todd**, y yo me acerco a la bolsa amarrada a la silla. Mi rifle sigue ahí.

Y también el libro de mi madre.

Apuesto a que también los ha traído Davy.

Desato las riendas de Angharrad del poste y avanzamos un trecho por la carretera, hasta la verja que luce la gran P plateada.

—Voy a dar un pequeño discurso —le explico, sujetando la silla—. Será mejor que lo haga encima de ti.

**Chico potro**, dice. **Todd**.

—Angharrad —respondo.

Meto el pie en el estribo, me alzo y paso la pierna por encima de su lomo hasta quedar sentado en la silla. Miro al cielo. Todavía no ha oscurecido, pero el sol baja hacia las cascadas. Es el final de la tarde.

No queda mucho tiempo.

—Deséame suerte —digo.

Adelante, relincha Angharrad. Adelante.

Los guardias me ven llegar a lomos del caballo y luego miran a Ivan, que les insta a dejar de hablar, cosa que solo serviría de algo si cesara también el estrépito de su ruido, porque aúllan como ovejas entre las llamas.

—Es teniente —les está diciendo Ivan.

—Es un niño —responde otro guardia, que tiene el pelo de color zanahoria.

—Es el niño del presidente —responde Ivan.

—Sí, y tú tenías órdenes de llevarlo a la ciudad, soldado —replica uno que



luce una gran barriga y galones de cabo en la manga—. No me digas que vas a desobedecer una orden directa.

—El teniente me ha dado una orden directa distinta —responde Ivan.

—¿Y eso prevalece sobre la orden del presidente? —se pregunta el cabo Barrigón.

—¡Por favor! —grita Ivan—. ¿A cuántos de vosotros os asignaron este puesto como castigo por algo que hicisteis?

Esto los hace callar un poco.

—Eres un idiota, si crees que voy a seguir a un niño para enfrentarme al presidente —dice el cabo Barrigón.

—Prentiss sabe cosas —dice Pelo Zanahoria—. Cosas que no debería saber.

—Nos mandará fusilar —dice otro soldado, más alto, de piel cetrina.

—¿Y quién nos fusilará? —pregunta Ivan—. Todo el ejército ha partido hacia la guerra mientras el presidente espera sentado en su catedral destrozada a que me presente ante él con Todd.

—¿Qué hace en la catedral? —pregunta Pelo Zanahoria—. ¿Por qué no está con el ejército?

—No es su estilo —respondo yo. Todos vuelven a mirarme—. El alcalde no combate. Gobierna, lidera, pero no aprieta el gatillo ni se ensucia las manos. —Angharrad siente mi nerviosismo y se echa un poco a un lado—. Otras personas se las ensucian por él.

«Además», intento esconder en mi ruido, «quiere hablar conmigo».

Cosa que, en cierto modo, parece mejor opción que una guerra.

—Y tú vas a derrotarlo, ¿verdad? —pregunta el cabo, cruzando los brazos.

—No es más que un hombre —digo—. Un hombre puede ser derrotado.

—Es más que un hombre —replica Pelo Zanahoria—. Dicen que es capaz de usar su ruido como un arma.

—Y si te acercas demasiado a él, es capaz de controlar tu mente —añade Piel Cetrina.

Ivan suelta un bufido burlón.

—Todo eso son cuentos de la abuela. No puede hacer nada parecido...

—Sí que puede —digo, y una vez más, todos los ojos se vuelven hacia mí—. Puede golpearte con su ruido y duele como un demonio. Puede penetrar en tu mente y obligarte a hacer o a decir lo que él quiera. Sí, es capaz de todo eso.

Ahora me miran fijamente, se preguntan cuándo voy a llegar a la parte que les pueda resultar útil.

—Pero creo que para conseguirlo necesita establecer contacto ocular...

—¿Eso crees? —dice Pelo Zanahoria.

—Por otra parte, el impacto del ruido no es mortal y solo es capaz de infligirlo a una persona, no a un grupo. No puede vencernos a todos, si llegamos juntos.

Pero también escondo en mi ruido la fuerza mucho mayor con la que me impactó hace poco en el anfiteatro.

Ha trabajado en ello, ha afilado sus armas.

—Da igual —dice Piel Cetrina—. Tendrá sus propios guardias. Será nuestra perdición.

—Creerá que sois mi escolta —respondo—. Pasaremos ante los guardias hasta el lugar donde me espera.

—¿Y qué ganamos siguiéndolo a usted, teniente? —pregunta el cabo, pronunciando con cierto sarcasmo la palabra «teniente»—. ¿Qué vamos a sacar de todo esto?

—¡Libertad ante la tiranía! —exclama Ivan.

El cabo pone los ojos en blanco. No es el único.

Ivan lo vuelve a intentar.

—Y cuando lo hayamos derrocado, nosotros tomaremos el mando.

Esta vez hay menos ojos en blanco, pero Piel Cetrina contraataca:

—¿Alguien quiere ser gobernado por el presidente Ivan Farrow?

Lo dice para provocar unas risas, pero no lo consigue.

—¿Y por qué no por el presidente Hewitt? —dice Ivan, mirándome con un extraño destello en los ojos.

El cabo Barrigón suelta un bufido y repite:

—Es un niño.

—No lo soy —digo—. Ya no.

—Solo él está dispuesto a enfrentarse al presidente —dice Ivan—. Eso demuestra algo.

Los guardias se miran entre sí. Oigo todas las preguntas de su ruido, todas las dudas que repiquetean, todos los miedos que se confirman, y en ese ruido escucho la idea de ser derrotados.

Pero en su ruido oigo también cuál podría ser la solución.

—Si me ayudáis —digo—, os conseguiré la cura.

Todos callan de inmediato.

—¿Puedes hacerlo? —pregunta Pelo Zanahoria.

—No —dice el cabo—. Se está marcando un farol.

—Se encuentra almacenada en los sótanos de la catedral —digo—. Vi con mis propios ojos cómo el alcalde la guardaba allí.

—¿Por qué sigues llamándolo «el alcalde»? —pregunta Piel Cetrina.

—Venid conmigo —digo—. Ayudadme a hacerlo prisionero y cada uno de vosotros saldrá con toda la cura que pueda acarrear. —Ahora me escuchan con atención—. Ya es hora de que Puerto vuelva a ser Puerto.

—Todo el ejército se ha quedado sin cura —añade Ivan—. Si derrocamos al presidente y damos la cura a los soldados, ¿a quién creéis que van a escuchar?

—No va a ser a ti, Ivan.

—No —reconoce, lanzándome otra vez aquella mirada—. Pero tal vez lo escuchen a él.

Los hombres me miran de nuevo, a lomos de Angharrad, con el rifle y el uniforme polvoriento y mis ideas y mis promesas, y en el ruido de cada uno de ellos se escucha un susurro. Todos se preguntan si están lo bastante desesperados para correr el riesgo.

Pienso en Viola, sentada en el anfiteatro, y ella es lo único que me importa salvar, por ella haría cualquier cosa.

Pienso en ella y se me ocurre el modo perfecto de convencerlos.

—Todas las mujeres han sido clasificadas con cintas metálicas —digo—. ¿Quiénes creéis que van ser los próximos?

Cuando regreso, Lee está colocando los últimos vendajes en los pies de Viola, y por la expresión de su cara comprendo que siente menos dolor.

—¿Puedes levantarte? —pregunto.

—Solo un poco.

—No importa. Angharrad está fuera. Os llevará a ti y a Lee a buscar a la Respuesta.

—¿Y tú? —pregunta, incorporándose.

—Me enfrentaré a él —contesto—. Voy a liquidarlo.

Ahora sí que se incorpora de verdad.

—Iré contigo —dice Lee al instante.

—Ni hablar —respondo—. Tenéis que advertir a la Respuesta para que suspenda el ataque y explicar a todos cuáles son los métodos de actuación de la enfermera Coyle.

Lee aprieta los dientes, pero su ruido está lleno de ira por la bomba. Él también hubiera muerto.

—Viola dice que eres incapaz de matar.

La miro con rabia. Hace bien en desviar la mirada.

—Yo lo mataré —dice Lee—. Lo mataré por lo que le hizo a mi hermana y a mi madre.

—Si no adviertes a la Respuesta —insisto—, tendrá que pagar por muchas más muertes.

—Me da igual si se carga a la enfermera Coyle —contesta Lee, pero otras personas aparecen ya en su ruido: Wilf y Jane, y otros hombres y mujeres, y Viola y Viola y Viola y Viola.

—¿Qué vas a hacer, Todd? —pregunta ella—. No puedes enfrentarte a él tú solo.

—No estaré solo. Me acompañarán unos guardias.

—¿Cómo?

Tiene los ojos abiertos como platos.

Sonrío.

—He provocado un pequeño motín.

—¿Cuántos? —pregunta Lee, todavía serio.

Dudo.

—Siete. No he podido convencerlos a todos.

Viola está demudada.

—¿Vas a enfrentarte al alcalde con siete hombres?

—Es la ocasión de hacerlo —respondo—. La mayor parte del ejército ha salido hacia la batalla final. El alcalde me está esperando. Nunca va a estar tan mal protegido.

Ella me observa durante un instante, luego coloca una mano sobre el hombro de Lee y otra sobre el mío y se levanta. Veo que se retuerce de dolor pero Lee ha atado con fuerza los vendajes y puede mantenerse en pie durante un par de segundos.

—Iré contigo —dice.

—Claro que no —contesto, al mismo tiempo que Lee grita:

—¡Ni hablar!

Ella aprieta los dientes.

—¿Y quién os ha dicho que tenéis algo que decir al respecto?

—No puedes caminar —le recuerdo.

—Tienes un caballo —replica ella.

—Es tu ocasión para salvarte —insisto.

—Nos espera a los dos, Todd. Si te presentas sin mí, tu plan habrá terminado antes de que puedas abrir la boca.

Llevo las manos sobre las caderas.

—Tú misma has dicho que el alcalde te utilizará en mi contra a la menor ocasión.

Aprieta los labios mientras comprueba si sus tobillos pueden soportar su propio peso.

—Entonces será mejor que tu plan funcione, ¿no crees?

—Viola... —trata de decir Lee, pero ella lo detiene con una mirada.

—Encuentra a la Respuesta, Lee. Adviértelos. No tienes demasiado tiempo.

—Pero...

—Ve —repite ella con mayor firmeza.

Ambos vemos cómo Viola se alza en su ruido, ambos sentimos hasta qué punto no quiere abandonarla. Es un sentimiento tan fuerte que tengo que desviar la mirada.

Pero también me entran ganas de darle un puñetazo.

—No voy a abandonar a Todd —dice ella—. Ahora que por fin lo he vuelto a encontrar. Lo siento, Lee, pero las cosas son así.

Él da un paso atrás, incapaz de ocultar el dolor de su ruido. Viola suaviza el tono:

—Lo siento.

—Viola... —dice Lee.

Pero ella niega con la cabeza.

—El alcalde cree que lo sabe todo. Cree que sabe lo que le espera. Está esperando a que Todd y yo aparezcamos y le pongamos las cosas difíciles.

Lee intenta interrumpirla, pero ella no le deja.

—Pero lo que olvida... Lo que olvida es que Todd y yo recorrimos la mitad de este planeta juntos, los dos solos. Derrotamos a su predicador más enloquecido. Superamos a todo un ejército y sobrevivimos a pesar de que nos tirotearon y nos pegaron y nos persiguieron. Y seguimos vivos. No hemos perecido a causa de ninguna bomba o tortura, ni en ninguna la batalla.

Retira la mano de Lee, de modo que ahora se apoya solo en mí.

—¿Todd y yo juntos contra el alcalde? —Sonríe—. No tiene ninguna posibilidad.

## CAMINO DE LA CATEDRAL

## {VIOLA}

—¿Iba en serio lo que has dicho ahí dentro? —me pregunta Todd, mientras ajusta la correa de la silla. Habla en voz baja y está concentrado en la preparación del caballo—. ¿Eso de que contra nosotros dos juntos el alcalde no tiene ninguna posibilidad?

Me encojo de hombros.

—Ha funcionado, ¿no?

Sonríe para sí mismo.

—Tengo que hablar con los hombres. —Hace una seña hacia Lee, que se ha alejado de nosotros, con las manos en los bolsillos, y observa cómo charlamos—. Intenta ponérselo fácil, ¿de acuerdo?

Saluda a Lee con la mano y se dirige al lugar donde nuestros siete escoltas esperan apiñados junto a la gran puerta de piedra. Lee se acerca.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —pregunta.

—No —respondo—. Pero estoy segura de Todd.

Respira por la nariz, mira al suelo e intenta contener el ruido.

—Le amas —dice. No es una pregunta, es una afirmación.

—Sí —contesto. Es un hecho.

Los dos miramos a Todd. Está gesticulando mientras explica a los hombres lo que hemos planeado y lo que tienen que hacer.

Parece un líder.

—¿Viola? —pregunta Lee.

Me vuelvo hacia él.

—Debes encontrar a la Respuesta antes de que lo haga el ejército, Lee, si es que puedes hacerlo.

Frunce el ceño.

—Tal vez no me crean cuando les cuente lo de la enfermera Coyle. Mucha gente necesita

confiar en ella.

—Bueno —digo, tirando con suavidad de las riendas de Angharrad. *¿Chico potro?*, piensa la yegua, observando también a Todd—. Piensa una cosa. Si tú los encuentras y nosotros conseguimos deshacernos del alcalde, todo esto podría terminar hoy mismo.

Lee entorna los ojos hacia el sol.

—¿Y si no lo conseguís?

Intento sonreír.

—Bueno, entonces tendrás que venir a rescatarnos, ¿verdad?

Él intenta devolverme la sonrisa.

—Estamos listos —anuncia Todd, que camina hacia nosotros.

—Ha llegado el momento —digo yo.

Todd tiende la mano hacia Lee.

—Buena suerte.

Lee le da la mano.

—Para ti también —contesta.

Pero me está mirando a mí.

Cuando Lee desaparece en el interior del bosque, corriendo a escalar las montañas e interceptar a la Respuesta antes de que lo haga el ejército, el resto de nosotros empezamos a marchar por la carretera. Todd conduce a Angharrad, que no para de decir *Chico Potro* en su ruido, nerviosa de tener a otra persona montada en su lomo. Él le murmura cosas para tranquilizarla, le frota el morro y le acaricia el flanco mientras vamos avanzando.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta al acercarnos al primer conjunto de residencias.

—Me duelen los pies. Y la cabeza también. —Me froto la cara con la manga donde escondo la cinta—. Y el brazo.

—¿Y aparte de eso?

Sonríe.

Miro a los guardias que nos rodean marchando en formación, como si realmente nos estuvieran conduciendo ante el alcalde, tal como este les había ordenado. Ivan y otro hombre van delante, dos cabalgan detrás, otros dos a mi derecha y el último a mi izquierda.

—¿Crees que podremos derrotarlo? —pregunta Todd.

—Bueno —dice, y se ríe por lo bajo—. Estamos de camino, ¿no?

Estamos de camino.

Por la carretera a Nueva Prentiss.

—Un poco más deprisa —dice Todd en voz alta.

Los hombres responden y los caballos aceleran el paso.

—La ciudad está desierta —susurra el guardia de pelo rojo y llameante cuando pasamos por



unas zonas cada vez más pobladas de edificios.

Hay edificios, pero no hay gente.

—No está desierta —responde otro guardia, uno que luce una barriga enorme y protuberante—. La gente está escondida.

—Es raro no ver al ejército —continúa el pelirrojo—. No ver soldados desfilando calle arriba y calle abajo.

—Nosotros desfilamos, soldado —le recuerda Ivan—. Y también somos soldados.

Pasamos por delante de casas con los postigos cerrados, carreteras donde no hay carros ni motos a fisión ni personas caminando. El **RUGIDO** del ruido llega de detrás de las puertas cerradas, pero a la mitad de volumen.

Y es un ruido aterrizado.

—Sabes que es inminente —dice Todd—. Sabes que esta podría ser la guerra que estaban esperando.

Miro a mi alrededor desde lo alto de Angharrad. Ninguna casa tiene la luz encendida, ningún rostro espía por la ventana, nadie siente curiosidad por un grupo de guardias que escoltan a un caballo que transporta a una chica con los pies vendados.

Y entonces doblamos un recodo de la carretera y vemos la catedral.

—¡Santo cielo! —dice el guardia pelirrojo, mientras todos se detienen.

—¿Sobrevivisteis a eso? —pregunta el barrigón a Todd. Silba de admiración—. Tal vez sí que sois personas con suerte.

El campanario sigue en pie, aunque sea difícil de distinguir, pues prácticamente se balancea en lo alto de una escalera desigual de ladrillos. Dos paredes del edificio original también se mantienen, incluida la que tiene un círculo de cristal de colores.

Pero el resto.

El resto no es más que un montón de piedra y polvo.

Incluso desde la zona trasera se ve que la mayor parte del tejado ha cedido y grandes porciones de las dos paredes se han derrumbado sobre la calle y sobre la plaza. Los arcos se inclinan peligrosamente desequilibrados, las puertas se han salido de los goznes y casi todo el interior está abierto al mundo y recibe los últimos rayos de un sol que desciende hacia el horizonte.

No hay ni un solo soldado montando guardia.

—¿No tiene protección? —pregunta el pelirrojo.

—Parece muy propio de él —contesta Todd, mirando fijamente a la catedral como si pudiera ver al alcalde a través de los muros.

—Si es que está ahí —dice Ivan.

—Lo está —responde Todd—, creedme.

El soldado pelirrojo empieza a retroceder por el camino.

—Yo no voy —dice—. Vamos a morir ahí dentro, chicos. Yo no voy.

Tras lanzar una última mirada llena de terror, echa a correr por donde había venido.

Todd suspira.

—¿Alguien más?

Los hombres se miran entre ellos, y en sus ruidos se preguntan qué demonios están haciendo ahí.

—Os colocará la cinta —les recuerda Ivan. Me hace una seña. Yo me alzo la manga para enseñarla. La piel todavía está enrojecida y caliente al tacto. «Está infectada», pienso. No parece que las cremas de primeros auxilios estén funcionando.

—Y luego os esclavizará —continúa—. No sé vosotros, pero yo no me alisté en el ejército para esto.

—¿Y por qué lo hiciste? —pregunta otro guardia, aunque parece claro que no quiere saber la respuesta.

—Nos lo cargaremos —les asegura Ivan—. Y nos convertiremos en héroes.

—Héroes con la cura —dice el barrigón, asintiendo—. Y quien controla la cura...

—Basta de charla —les interrumpe Todd, y oigo en su ruido una gran incomodidad ante el derrotero que está tomando la conversación—. ¿Vamos a hacerlo, sí o no?

Los hombres se miran entre ellos.

Y Todd alza la voz.

De tal manera que incluso yo me quedo hipnotizada.

—He dicho: ¿estamos listos?

—Sí, señor —responden los hombres, algo sorprendidos de pronunciar estas palabras.

—Entonces vamos allá —ordena Todd.

Los hombres vuelven a desfilar, paso paso, y las botas crujen sobre la gravilla esparcida por la carretera. Bajamos por una pequeña pendiente y atravesamos la ciudad en dirección a la catedral, cada vez más grande a medida que nos vamos acercando.

Dejamos unos árboles atrás y miro a la izquierda, al sur, hacia las montañas del horizonte.

—Dios mío —exclama Barrigón.

A pesar de la distancia, se ve perfectamente el avance del ejército, un único brazo que serpentea por un camino demasiado estrecho, que asciende hacia la cima de la colina de la muesca, donde se enfrentará a la Respuesta.

Miro al sol poniente.

—Tal vez una hora —dice Todd, al ver que calculo el tiempo—. Seguramente menos.

—Lee no los alcanzará a tiempo —me lamento.

—Tal vez sí pueda hacerlo. Seguro que hay algún atajo.

La serpiente del ejército culebrea colina arriba. Hay tantos soldados que es imposible que la Respuesta pueda derrotarlos en una batalla abierta.

—No podemos fallar —digo.

—No lo haremos —responde Todd.

Y llegamos a la catedral.

Avanzamos hacia el lateral del edificio. Aquí es donde los daños son mayores y toda la pared

norte se ha desplomado sobre la carretera.

—Recordad —murmura Todd a los hombres, mientras nos encaramamos a los escombros—. Vais a entregar a dos prisioneros al presidente, tal como os habían ordenado. Nadie tiene que pensar nada distinto.

Seguimos bajando por la carretera. La montaña de piedras es tan alta que no se ve el interior de la catedral. El alcalde podría estar en cualquier parte.

Doblamos la esquina por el lugar donde se encontraba la fachada, reducido ahora a un gran boquete que da al enorme vestíbulo y al santuario, vigilado todavía por el campanario y el círculo de cristal de colores. El sol, detrás de nosotros, lo atraviesa con sus rayos. Salas abiertas cuelgan de los muros superiores, con los suelos en proceso de derrumbe. Media docena de cardenales rojos picotean los restos de comida y de basura entre las piedras. Lo que queda de la estructura se apoya sobre sí misma, como si se hubiera cansado de pronto y estuviera a punto de caer y reposar para siempre.

Y dentro del cascarón...

—Aquí no hay nadie —informa Ivan.

—Por eso no hay ningún guardia —dice Barrigón—. Se ha ido con el ejército.

—No —insiste Todd, mirando a su alrededor con el ceño fruncido.

—¿Todd? —pregunto, notando algo...

—El presidente nos dijo que trajéramos a Todd —dice Ivan.

—Entonces, ¿dónde está? —pregunta Barrigón.

—Estoy aquí —dice el alcalde, surgiendo de una sombra que en principio no podría haberlo ocultado, casi como si saliera directamente del ladrillo, de un fognazo invisible.

—¿Qué demonios...? —dice Barrigón, echándose atrás.

—No soy el demonio —contesta el alcalde, dando los primeros pasos entre los escombros hacia nosotros, con las manos abiertas en los costados. Todos los guardias le apuntan con los rifles. Ni siquiera parece que vaya armado.

Pero ahí viene.

—No, no soy el demonio —dice sonriendo—. Soy algo mucho peor.

—No se mueva —le advierte Todd—. Estos hombres le dispararían con sumo gusto.

—Lo sé —dice el alcalde, deteniéndose en el peldaño inferior de la escalinata de la catedral y descansando el pie sobre una gran piedra que ha ido a parar ahí—. El soldado Farrow, por ejemplo. —Hace un gesto hacia Ivan—. Sigue furioso por haber sido castigado por su propia incompetencia.

—Cierre el pico —le espeta Ivan, mirando por la mirilla del rifle.

—No le mires a los ojos —le advierte Todd rápidamente—. Que nadie le mire a los ojos.

El alcalde levanta lentamente los brazos.

—¿Voy a ser vuestro prisionero entonces? —Echa un vistazo a los soldados, a las armas que apuntan hacia él—. Ah, sí, ya comprendo. Tenéis un plan: devolver la cura a la gente y

aprovechar su rencor para instalaros en el poder. Sí, muy inteligentes.

—Así será —dice Todd—. Usted detendrá al ejército. Liberará a los presos.

El alcalde se lleva una mano a la barbilla como si lo estuviera meditando.

—El problema, Todd, es que la gente en realidad no quiere la libertad, por mucho que se quejen cuando no la tienen. No, yo diría que lo que va a pasar es que el ejército aplastará a la Respuesta, que los soldados que te acompañan serán ejecutados por traición y que Viola, tú y yo tendremos esa pequeña charla sobre vuestro futuro de la que os hablé.

Se oye un fuerte chasquido. Es Ivan amartillando el rifle.

—Eso cree, ¿verdad?

—Es nuestro prisionero y no hay más que hablar —interviene Todd, sacando una cuerda de las alforjas de Angharrad—. Ya veremos cómo reacciona el ejército.

—Muy bien —dice el alcalde con un tono casi alegre—. Pero yo enviaría a uno de tus hombres al sótano para que podáis empezar a tomar la cura de inmediato. Leo todos vuestros planes de una manera muy clara, y os aseguro que no os conviene.

Barrigón mira atrás. Todd le hace un gesto con la cabeza y Barrigón sube las escaleras y pasa por delante del alcalde.

—En la parte de atrás, bajando a la derecha —le indica este—. El camino está bastante claro.

Todd agarra la cuerda y se acerca a Prentiss, pasando junto a las armas que lo apuntan. Me sudan las manos en las riendas.

No puede ser tan fácil.

No puede...

Entonces el alcalde extiende las muñecas y Todd duda, reticente a acercarse a él.

—Si intenta algo raro, matadlo —ordena a sus hombres sin mirarlos.

—Con mucho gusto —responde Ivan.

Todd da un paso adelante y procede a rodear con la cuerda las muñecas del alcalde.

Oímos pasos en el interior de la catedral. Barrigón vuelve corriendo, sin aliento, con un ruido tempestuoso.

—Dijo que la cura estaba en el sótano, teniente.

—Y así es —dice Todd—. Yo la vi allí.

Barrigón sacude la cabeza.

—El sótano está vacío. Totalmente vacío.

Todd mira al alcalde.

—Entonces la ha cambiado de sitio. ¿Dónde está?

—¿Qué pasará si no os lo digo? ¿Me mataréis? —le desafía el alcalde.

—De hecho, yo preferiría esa opción —dice Ivan.

—¿Dónde la ha puesto? —repite Todd, esta vez con una voz fuerte y airada.

El alcalde se lo queda mirando, luego mira a cada uno de los hombres, y por fin me mira a mí, a lomos de Angharrad.

—Eras tú quien me inquietaba —dice—. Pero apenas puedes andar, ¿no es así?

—No la mire —escupe Todd, acercándose más a él—. Mantenga sus asquerosos ojos alejados

de ella.

El alcalde vuelve a sonreír, con las manos todavía extendidas, a medio atar.

—Muy bien —dice—. Os lo diré.

Vuelve a mirar a su alrededor sin dejar de sonreír.

—La quemé —anuncia—. Cuando, desgraciadamente, los zulaques nos dejaron, pensé que ya no era necesaria, de modo que quemé hasta la última píldora, hasta la última planta con la que se fabricaban las píldoras, y de inmediato hice volar el laboratorio donde las procesaban y eché la culpa a la Respuesta.

Se produce un silencio de estupefacción. Oímos el RUGIDO del ejército a lo lejos, subiendo la montaña impertérrito hacia el objetivo.

—Es un mentiroso —dice Ivan por fin, dando un paso adelante, con el arma todavía alzada—. Un mentiroso muy estúpido, por cierto.

—No oímos su ruido —dice Todd—. No puede haberla quemado toda.

—Por favor, hijo mío —dice el alcalde, moviendo la cabeza—. Yo nunca he tomado la cura.

Otro silencio. Oigo las sospechas que surgen en el ruido de los soldados. Veo incluso que algunos retroceden, temiendo el poder del alcalde, temiendo lo que es capaz de hacer. Tal vez pueda controlar su ruido. Y si es capaz de eso...

—Miente —digo, recordando las palabras de la enfermera Coyle—. Es el presidente de la mentira.

—Bueno, por lo menos me has llamado presidente, por fin —se burla Prentiss.

Todd lo empuja.

—Díganos dónde ha escondido la cura.

El alcalde retrocede, tambaleándose, pero enseguida recupera el equilibrio y vuelve a mirarnos uno por uno. El ruido de todos los hombres va en aumento, sobre todo el de Todd, rojo y sonoro.

—Yo no digo mentiras, caballeros —se defiende el alcalde—. Con la disciplina adecuada, el ruido puede controlarse. Puede silenciarse. —Nos mira de nuevo a cada uno de nosotros y su sonrisa reaparece—. Puede utilizarse.

YO SOY EL CÍRCULO Y EL CÍRCULO SOY YO, oigo.

Pero no sé si procede de su ruido...

O del de Todd.

—¡Ya he tenido suficiente! —grita Ivan.

—¿Sabe una cosa, soldado Farrow? —dice el alcalde—. Yo también.

Y entonces ataca.

## TU PEOR ENEMIGO

[TODD]

Noto una primera ráfaga de ruido que pasa volando, un zumbido de palabras, sonidos e imágenes que me pasa por encima del hombro y va en dirección a los hombres de los rifles. Me encojo de pánico y me tiro al suelo...

Porque los hombres empiezan a disparar...

Y yo estoy justo en medio...

—¡Todd! —oigo gritar a Viola.

Los rifles disparan y los hombres gritan. Ruedo sobre los escombros, rasgándome el codo, y cuando me giro velozmente, veo al cabo Barrigón arrodillado delante de Angharrad. Está de espaldas, con las manos a los lados de la cabeza, gritando incoherencias al suelo. Viola lo mira sin alcanzar a entender qué está sucediendo. Otro guardia ha caído de espaldas y se ha llevado los dedos a los ojos, como si tratara de arrancárselos, y un tercero yace inconsciente boca abajo. Otros dos huyen a todo correr hacia la ciudad.

El ruido que sale volando del alcalde es más fuerte y potente que nada que yo haya visto jamás.

Mucho más fuerte que en el Departamento de la Pregunta.

Suficiente para desactivar a cinco hombres a la vez.

Solo Ivan continúa en pie, con una mano en el oído y otra intentando apuntar

al alcalde con el rifle, pero lo mueve en círculos de un modo peligroso...

BANG.

Una bala impacta contra el suelo ante mis ojos, y me los llena de polvo y de tierra.

BANG.

Otra hace rebotar las piedras contra la pared de la catedral...

BANG.

—¡Ivan! —grito.

BANG.

—¡No dispaes! ¡Nos vas a matar!

BANG.

El disparo pasa rozando la cabeza de Angharrad. La yegua recula y veo que Viola agarra las riendas, desconcertada, e intenta mantener el equilibrio.

Y entonces veo que el alcalde camina hacia delante...

Con los ojos fijos en los hombres a los que está atacando.

Pasa por mi lado.

Y yo no lo pienso dos veces.

Me lanzo desde el suelo para detenerlo.

Y él se gira y me lanza todo su ruido...

El mundo se vuelve brillante, terrible y dolorosamente brillante, para que todos puedan ver el dolor que sientes. Todo el mundo te mira y se ríe y no hay lugar donde esconderse. NO ERES NADA NO ERES NADA NO ERES NADA. Es como una bala que te atraviesa, que te dice cuál es tu problema, que te dice todas las cosas malas que has hecho en la vida, y que eres un inútil, un mierda. NO ERES NADA, tu vida no tiene sentido ni razón ni propósito. Deberías derribar tus propios muros, acabar con la persona que eres y morir o renunciar y regalar tu vida a aquel que pueda salvarte, al hombre capaz de controlarte, capaz de quitártelo

todo, capaz de hacer que todo esté bien bien bien...

Pero ni siquiera el ruido puede detener a un cuerpo cuando está en movimiento.

Siento todas estas cosas, pero sigo volando hacia el alcalde y sigo pegándole y lo derribo contra los peldaños de la catedral.

Gruñe al quedarse sin aire y el ataque de ruido se detiene un instante. El cabo Barrigón grita y se derrumba e Ivan intenta recuperar el aliento. Viola grita: «¡Todd!», y entonces una mano me agarra por el cuello y tira de mi cabeza. El alcalde me mira directamente a los ojos...

Y esta vez me golpea con todas sus fuerzas.

—¡Dame el rifle! —grita el alcalde, cerniéndose sobre Ivan, que está agachado en el suelo, cerca de él, tapándose de nuevo el oído con la mano, pero apuntándole aún con el rifle—. ¡Dámelo!

Parpadeo, con los ojos llenos de gravilla y de polvo, y por un segundo me pregunto dónde estoy...

NO ERES NADA NO ERES NADA NO ERES NADA NO ERES NADA.

—¡Dame el rifle, soldado!

El alcalde grita de nuevo a Ivan, lo golpea una y otra vez con sus ráfagas de ruido y él se hunde en el suelo...

Pero sigue apuntándole...

—¡Todd!

Veo las patas de un caballo junto a mi cabeza. Viola sigue montada en Angharrad.

—¡Todd, despierta! —grita. Levanto la vista hacia ella—. ¡Gracias a Dios! — Su rostro es la viva imagen de la frustración—. ¡Malditos pies! ¡No puedo bajar del caballo!



—Estoy bien —digo, aunque no sé si eso es verdad, y me levanto con dificultad, mareado.

NO ERES NADA NO ERES NADA NO ERES NADA NO ERES NADA

—Todd, ¿qué está pasando? —pregunta Viola mientras yo me agarro a las riendas para ayudarme a ponerme en pie—. Oigo ruido, pero...

—¡El rifle! —grita el alcalde, acercándose más a Ivan—. ¡Ahora!

—¡Tenemos que ayudarlo! —exclamo.

Pero me encojo al recibir el impacto de la ráfaga más fuerte hasta el momento.

Es un fulgor de ruido tan blanco que parece que el aire se dobla entre el alcalde e Ivan.

Este aúlla de dolor y se muerde la lengua.

Le sangra la boca.

Grita como un niño y cae de espaldas, soltando el rifle...

En las manos del alcalde.

Este lo levanta, lo amartilla y nos apunta con un gesto fácil y fluido. Ivan se retuerce en el suelo.

—¿Qué acaba de pasar? —dice Viola, demasiado furiosa como para preocuparse por el rifle.

Yo levanto las manos, sin soltar las riendas.

—Sabe utilizar el ruido —respondo, mirando fijamente al alcalde—. Lo usa como un arma.

—Yo solo he oído gritos —dice ella, mirando a los hombres que yacen en el suelo, respirando todavía, pero inconscientes—. ¿A qué te refieres al decir que lo utiliza como un arma?

—A que es exactamente eso, un arma, Viola —responde el alcalde—. El ruido es la mejor arma que existe. Dile a un hombre la verdad sobre sí mismo, y bueno... —aparta a Ivan con la bota—, simplemente descubrirá que le cuesta aceptarla —frunce el ceño—, pero eso no es suficiente para matarlo. —Vuelve a

mirarnos—. Por lo menos de momento.

—Pero... —Ella se resiste a creerlo—. ¿Cómo? ¿Cómo puede...?

—Existen dos máximas en las que creo, querida —continúa él, acercándose lentamente a nosotros—. La primera es: si puedes controlarte a ti mismo, puedes controlar a los demás. —Sonríe con ojos centelleantes—. Es una filosofía que me ha funcionado bastante bien.

Pienso en el señor Hammar y en el señor Collins. En los cánticos que solía oír procedentes de la casa del alcalde en mi antigua ciudad.

—Enseñó a los otros —digo—. A los hombres de Prentisstown, los enseñó a controlar el ruido.

—Con diversos grados de éxito —dice—, pero sí, ninguno de mis oficiales ha tomado nunca la cura. ¿Por qué habrían de hacerlo? Depender de una droga es una debilidad.

Ahora ya está casi encima de nosotros.

—Yo soy el círculo y el círculo soy yo —digo.

—Sí, es cierto que estabas haciendo grandes progresos, ¿verdad que sí, Todd? Te controlabas mientras cometías aquellos actos innombrables contra las mujeres.

Mi ruido se vuelve rojo.

—No hable de eso —digo—. Yo solo hice lo que usted me dijo...

—Solo obedecía órdenes —se burla—. El refugio de los canallas desde el principio de los tiempos. —Se detiene a dos metros de nosotros, con el rifle firmemente apuntado contra mi pecho—. Ayúdala a bajar del caballo, por favor, Todd.

—¿Qué? —digo.

—Creo que tiene mal los tobillos, ¿no? Necesitará que la ayudes a caminar.

Todavía tengo las riendas en la mano. Se me ocurre una idea que intento enterrar.

*¿Chico potro?*, pregunta Angharrad.

—Te lo aseguro, Viola —le dice el alcalde—. Si piensas en huir en este bello animal, Todd recibirá más de una bala. —Vuelve la mirada hacia mí—. Por mucho que me duela.

—Déjela marchar —le pido—. Haré todo lo que quiera.

—Vaya, ¿dónde he oído eso antes? —se burla—. Ayúdala a bajar.

Dudo, preguntándome si no debería golpear de todos modos el flanco de Angharrad, preguntándome si no sería mejor provocar la huida de Viola, preguntándome si podría salvarla...

—No —dice Viola, y ya pasa la pierna por encima de la silla—. Ni hablar. No voy a separarme de ti.

La tomo en brazos y la ayudo a bajar. Tiene que apoyarse en mí para tenerse en pie, pero yo la mantengo derecha.

—Espléndido —dice el alcalde—. Y ahora, entremos a mantener esa conversación.

—Comencemos por lo que yo sé.

Nos ha llevado a lo que solía ser la sala del cristal redondo coloreado, un espacio que ahora se encuentra abierto por dos de los lados y por el techo, aunque la vidriera permanece y tiñe los escombros de colores.

Y también una pequeña zona limpia de ruinas en la que hay una mesa rota y dos sillas.

Donde Viola y yo nos sentamos.

—Sé, por ejemplo —continúa el alcalde—, que Todd no mató a Aaron. Todd nunca dio el paso final para convertirse en un hombre, fuiste tú, Viola, quien le clavó la hoja.

Ella me toma del brazo y lo aprieta con fuerza, para dejar claro que no le importa que él lo sepa.

—Sé que Viola te contó que la Respuesta se escondía en la costa cuando te dejé escapar para que hablaras con ella.

Mi ruido rebosa de rabia y vergüenza. Viola me aprieta el brazo aún más fuerte.

—Sé que has enviado al chico llamado Lee a advertir a la Respuesta. —Se inclina sobre la mesa rota—. Y por supuesto también conozco el momento y el lugar exacto del ataque.

—Es usted un monstruo —digo.

—No —contesta—. Solo soy un líder. Un líder capaz de leer cada uno de tus pensamientos, sobre ti mismo, sobre Viola, sobre mí, sobre esta ciudad, sobre los secretos que crees que guardas. Soy capaz de leerlo todo, Todd. No escuchas lo que estoy diciendo. —Con el rifle todavía a punto, nos observa allí sentados—. Supe los detalles sobre el ataque de la Respuesta esta misma mañana, antes de que abrieras la boca.

Me incorporo en la silla.

—¿Cómo?

—Mandé preparar al ejército antes incluso de empezar a interrogar a Viola.

Me levanto.

—¿La torturó sin motivo alguno?

—Siéntate —me ordena, y una pequeña ráfaga de ruido me debilita las rodillas y me obliga a tomar asiento de inmediato—. Sin motivo alguno, no, Todd. A estas alturas deberías conocerme lo suficientemente bien como para saber que no hago nada sin motivo alguno.

Se levanta de la mesa rota, y vuelve a demostrar que le gusta caminar mientras habla.

—Para mí eres totalmente transparente, Todd. Desde que nos vimos por primera vez en esta misma habitación, hasta ahora que estás sentado delante de mí. Lo he sabido todo. Siempre.

Mira a Viola.

—A diferencia de tu buena amiga, que es algo más dura de lo que había pensado.

Viola frunce el ceño. Si tuviera ruido, estoy seguro de que le daría un buen

bofetón.

Se me ocurre una idea...

—No lo intentes, Todd —me advierte el alcalde—. Todavía no estás tan avanzado. Ni siquiera el capitán Hammar lo tiene dominado todavía. Acabarías haciéndote daño a ti mismo. —Me vuelve a mirar—. Pero podrías aprender, Todd. Podrías llegar lejos, más lejos que ninguno de los pobres imbéciles que me siguieron desde Prentisstown. El señor Collins, que apenas servía como mayordomo, o el capitán Hammar, un sádico de poca monta. En cambio tú, Todd, tú... —Sus ojos centellean—. Tú podrías comandar ejércitos.

—No quiero comandar ejércitos —digo.

Sonríe.

—Es posible que no tengas elección.

—Siempre hay elección —dice Viola, a mi lado.

—Sí, a la gente le gusta decir eso. Se sienten mejor. —Se acerca a mí, me mira a los ojos—. Pero te he estado observando, Todd. El chico incapaz de matar a otro hombre. El chico que arriesgaría su propia vida para salvar a su querida Viola. El chico que se sentía tan culpable por las cosas horribles que estaba cometiendo que intentó suprimir todos sus sentimientos. El chico que aun así sentía cada brizna de dolor, cada pizca de sufrimiento que veía en el rostro de las mujeres a las que marcaba.

Se acerca más a mi cara.

—El chico que no quería perder el alma.

Lo noto. Ahora está dentro de mi ruido, hurgando en él, girándolo todo, volcando la habitación dentro de mi cabeza.

—He hecho cosas malas —digo, sin querer.

—Y sufres por ellas, Todd. —Ahora su voz es más suave, casi tierna—. Eres tu peor enemigo, te castigas mucho más de lo que yo sería capaz. Los hombres tienen ruido y el modo en que lo manejan los mata poco a poco, pero tú, aunque quisieras hacer lo mismo que ellos, no puedes. Porque tú sientes más que ningún hombre al que yo haya conocido, Todd.

—Cállese —digo, intentando desviar la mirada, pero no puedo.

—Y eso te hace poderoso, Todd Hewitt. En este mundo de entumecimiento y de sobrecarga de información, la capacidad de sentir, hijo mío, es un don raro.

Me tapo los oídos con las manos, pero sigo oyéndolo en mi cabeza.

—Tú eres aquel a quien no he podido derrotar. El que no cae. El que conserva la inocencia, a pesar de tener las manos manchadas de sangre. El que todavía me llama alcalde en su ruido.

—¡No soy inocente! —grito, sin destaparme los oídos.

—Podrías gobernar a mi lado. Podrías ser mi segundo de a bordo. Y cuando aprendieras a controlar tu ruido, podrías incluso arrebatarme el poder.

Y entonces las palabras retumban dentro de mi cuerpo.

YO SOY EL CÍRCULO Y EL CÍRCULO SOY YO.

—¡Basta! —oigo que grita Viola, pero está a muchos kilómetros de distancia.

El alcalde me pone la mano sobre el hombro.

—Podrías ser mi hijo, Todd Hewitt —dice—. Mi verdadero heredero. Siempre he querido a alguien que no fuera...

—¿Papá? —oímos todos, cortando el aire como una bala a través de la niebla.

El ruido de mi cabeza se detiene, el alcalde retrocede bruscamente y noto que vuelvo a respirar.

Davy ha aparecido de repente, con un rifle en la mano. Ha subido los peldaños a caballo y nos mira a los tres desde el otro lado de los escombros.

—¿Qué está pasando? ¿Quiénes son esos hombres que están en el suelo?

—¿Qué haces aquí? —le escupe el alcalde con el ceño fruncido—. ¿La batalla ya está ganada?

—No, papá. —Atraviesa los escombros hacia nosotros—. Era una trampa. —Planta los pies junto a mi silla—. Hola, Todd —me saluda, haciendo un gesto con la mano. Echa un vistazo a Viola, pero no le sostiene la mirada.

—¿Una trampa? —El alcalde está bastante contrariado.

—La Respuesta no llega por la montaña —dice Davy—. Nos hemos

adentrado mucho en el bosque, pero no hay rastro de los terroristas, por ninguna parte.

Oigo que a Viola se le escapa un pequeño gemido de sorpresa y satisfacción, pese a que intenta reprimirlo.

El alcalde se la queda mirando, con los ojos feroces y el rostro pensativo.

La apunta con el rifle.

—¿Hay algo que tengas que decirnos, Viola?

40

## NADA CAMBIA, TODO CAMBIA

{VIOLA}

Todd ya se levanta de la silla y me protege colocándose entre el alcalde y yo, con un ruido tan iracundo e intenso que Prentiss da un paso atrás.

—¿Ves el poder que tienes en tu interior, chico? —dice—. Por eso mirabas cuando la interrogábamos. El sufrimiento te da fuerzas. Yo te enseñaré a controlarlo y los dos juntos...

—Si le hace daño, le arrancaré cada miembro de su cuerpo —le advierte Todd, pronunciando lento y claro cada palabra.

El alcalde sonríe.

—Te creo. —Levanta el rifle—. Sin embargo...

—Todd —digo.

Se vuelve hacia mí.

—Recuerda —me dice— que, como tú mencionaste, su manera de vencernos es enfrentarnos el uno al otro. Pero esto se termina aquí...

—Todd...

Intento ponerme en pie, pero mis tobillos malheridos no aguantan y tropiezo. Todd trata de sujetarme...

Pero es Davy quien lo hace...

Me toma por el brazo y consigue detener mi caída, y luego me ayuda para que me siente de nuevo en la silla. No me mira a los ojos. Ni a los de Todd. Ni a los de su padre. Tiene el ruido amarillo de vergüenza cuando me suelta y da un paso atrás.

—Vaya, gracias, Davy —dice el alcalde, sin poder disimular la sorpresa—. Bien —continúa, volviéndose hacia mí—. Si eres tan amable de informarme del verdadero plan de ataque de la Respuesta.

—No le digas nada —dice Todd.

—No sé nada —respondo—. Lee debe de haber llegado...

—No ha tenido tiempo suficiente, y lo sabes —me interrumpe el alcalde—. Lo que ha sucedido



es bastante evidente, ¿no es así, Viola? Vuestra comandante te ha engañado una vez más. Si la bomba hubiera estallado como se suponía, no habría importado que tuvieras la información equivocada porque tú y, según esperaba ella, yo estaríamos muertos. En cambio, si te capturábamos... Bueno, el mejor mentiroso es el que cree que su mentira es verdad.

No respondo, porque es imposible que me engañara, porque fue algo que Lee oyó por casualidad...

Pero entonces pienso...

Ella quería que lo oyera.

Sabía que no podría resistirse a decírmelo.

—Su plan funcionó a la perfección, ¿no es así, Viola? —La sombra del sol poniente alcanza el rostro del alcalde y lo cubre de negro—. Un giro tras otro, mentiras basadas en mentiras. Te utilizó tal como deseaba, ¿verdad?

Lo miro con odio.

—Le derrotará —digo—. Es tan implacable como usted.

Sonríe.

—Más, diría yo.

—Papá... —dice Davy.

El alcalde parpadea, como si hubiera olvidado la presencia de su hijo.

—¿Sí?

—Esto... El ejército... —Su ruido está lleno de desconcierto y exasperación. Intenta entender lo que su padre está haciendo, pero no lo consigue—. ¿Qué tenemos que hacer ahora? ¿Dónde tenemos que ir? El capitán Hammar espera tus órdenes.

A nuestro alrededor, el **RUGIDO** aterrorizado de Nueva Prentiss se filtra desde las casas, pero sigue sin haber rostros en las ventanas, y desde la montaña con la muesca en la cima llega el zumbido negro y revuelto del ejército. Todavía se ven los soldados en la ladera, brillantes como una hilera de escarabajos negros que se deslizan por encima de sus propios caparazones.

Nosotros seguimos aquí sentados, con el alcalde y su hijo, entre las ruinas de la catedral, como si fuéramos las únicas personas del planeta.

Prentiss se vuelve hacia mí.

—Sí, Viola, cuéntanoslo. ¿Qué tenemos que hacer ahora?

—Tenéis que caer —digo, mirándolo fijamente, sin parpadear—. Tenéis que perder.

Me sonrío.

—¿Por dónde vendrán, Viola? Eres una chica lista. Debes de haber oído algo, debes de tener alguna pista sobre sus verdaderas intenciones.

—No te lo va a decir —dice Todd.

—No puedo decírselo porque no lo sé.

Y pienso que, en efecto, no lo sé...

A no ser que lo que dijo sobre la carretera del este...

—Estoy esperando, Viola. —El alcalde apunta con el rifle a la cabeza de Todd—. Su vida peligra.

—Papá, ¿qué estás haciendo? —dice Davy, con una gran conmoción en el ruido.

—No te preocupes, hijo. Monta a tu caballo. Pronto tendré un mensaje para que se lo transmitas al capitán Hammar.

—Estás apuntando a Todd, papá.

Todd se gira para mirarlo. Yo también. El alcalde también.

—No vas a dispararle —dice Davy—. No puedes. —Tiene las mejillas rojas, tan oscuras que casi pueden verse al anochecer—. Dijiste que era tu segundo hijo.

Se produce un silencio incómodo, porque Davy intenta esconder el ruido.

—¿Ves lo que quiero decir cuando hablo de poder, Todd? —pregunta el alcalde—. Mira cómo has influido en mi hijo. Ya te has ganado un seguidor.

Davy me mira a los ojos.

—Dile dónde están. —Hay preocupación en su ruido, ansiedad ante el estado de las cosas—. Vamos, díselo.

Miro a Todd.

Él mira al rifle de Davy.

—Sí, Viola, ¿por qué no me lo dices? —insiste el alcalde—. Piénsalo bien. ¿Van a venir del oeste?

Mira hacia las cascadas, el punto más alto del horizonte, donde el sol ya desaparece tras la carretera zigzagueante grabada en la colina, una colina que solo he bajado una vez y nunca más he vuelto a subir. El alcalde se gira.

—¿Del norte, quizá? Aunque entonces deberían cruzar el río. ¿O vendrán por una colina al este? Tal vez incluso por la montaña donde tu comandante voló la torre y de paso cualquier opción que tenías de comunicarte con los tuyos.

Vuelvo a apretar los dientes.

—¿Le sigues siendo leal después de aquello?

No respondo.

—Papá, podríamos dispersar las tropas —sugiere Davy—. De algún sitio vendrán.

El alcalde espera unos segundos, se nos queda mirando. Por fin se gira hacia Davy y dice:

—Ve a decir al capitán Hammar...

Le interrumpe un BUM en la lejanía.

—Parece que viene del este —dice Davy, cuando todos alzamos la vista, a pesar de que una pared de la catedral se interpone en esa dirección.

Viene del este.

Exactamente por la carretera que ella me dijo.

Me hizo pensar que la verdad era mentira y que la mentira era verdad.

Si salgo de esta, vamos a tener una larga conversación.

—El Departamento de la Pregunta —dice el alcalde—. Por supuesto. ¿Dónde, si no, iban a...?

Se vuelve a detener y ladea la cabeza, como para oír mejor. Lo oímos varios segundos después

que él. Es el ruido de alguien que corre a toda velocidad hacia la catedral por la parte posterior, sube por la misma carretera que tomamos nosotros, rodea el lateral del edificio hasta llegar a la parte frontal y se abalanza sobre nosotros, jadeando.

Es el guardia pelirrojo, el que había salido huyendo. Es evidente que apenas se da cuenta de a quién está viendo al llegar tambaleante a la catedral en ruinas.

—¡Ya viene! —grita—. ¡Ya viene la Respuesta!

Una ráfaga de ruido surge del alcalde y el soldado pelirrojo cae de espaldas al suelo.

—Cálmese, soldado —le ordena con una voz seseante, como si fuera una serpiente—. Explíquelo con claridad.

El hombre resuella, incapaz de acompasar la respiración.

—Han tomado el Departamento de la Pregunta. —Mira al alcalde, hipnotizado por sus ojos—. Han matado a todos los guardias.

—Naturalmente —confirma Prentiss, sin dejar de mirar fijamente al soldado pelirrojo—. ¿Cuántos son?

—Doscientos. —Ahora el soldado pelirrojo no pestañea—. Pero están liberando a los prisioneros.

—¿Armas? —pregunta el alcalde.

—Rifles. Balas trazadoras. Lanzagranadas. Armas de asedio transportadas en carros. —Sigue mirando fijamente al alcalde.

—¿Cómo transcurre la batalla?

—Es una lucha feroz.

El alcalde arquea la ceja, sin parar de mirarlo.

—Es una lucha feroz, señor —repite el soldado, que sigue sin pestañear, como si no pudiera desviar la mirada de Prentiss, aunque quisiera hacerlo. Se oye otro estallido en la lejanía y todos, menos el alcalde y el soldado, nos encogemos de miedo.

—Esto es la guerra, señor —dice el soldado.

El alcalde le sostiene la mirada.

—Entonces usted debería intentar detenerlos, ¿no es así?

—¿Señor?

—Debería coger su rifle y evitar que la Respuesta arrase su ciudad.

El soldado parece desconcertado, pero sigue sin pestañear.

—Debería...

—Debería estar en la línea del frente, soldado. Esta es la hora de la verdad.

—Esta es la hora de la verdad —murmura el joven, como si no se oyera a sí mismo.

—¿Papá? —dice Davy, pero el alcalde le hace caso omiso.

—¿A qué está esperando, soldado? —pregunta el alcalde—. Es hora de luchar.

—Es hora de luchar —repite el soldado.

—¡Vamos! —ladra súbitamente Prentiss, y el joven pelirrojo desaparece a toda prisa por la carretera en dirección a la Respuesta, con el rifle levantado, gritando de manera incoherente, corriendo hacia su enemigo tan deprisa como antes había huido de él.

Lo vemos marchar en silencio, asombrados.

El alcalde ve que Todd lo mira con la boca abierta.

—Sí, querido chico, en esto también soy mejor.

—Lo ha enviado a la muerte —digo—. Lo que ha hecho...

—Lo que he hecho es hacerle cumplir con su deber —me interrumpe él—. Ni más ni menos. Y ahora, por muy fascinante que sea esta discusión, tendremos que dejarla para más tarde. Me temo que tendré que pedir a David que os ate a los dos.

—¿Papá? —repite su hijo de nuevo, desconcertado.

El alcalde lo mira.

—Después cabalgarás hasta la posición del capitán Hammar y le ordenarás que conduzca al ejército carretera abajo con la máxima furia y presteza. —Contempla la ladera lejana donde espera el ejército—. Ya es hora de acabar con esto.

—No puedo atarle, papá. Es Todd.

El alcalde ni siquiera le mira.

—Ya me estoy hartando, David. Cuando te doy una orden directa...

¡BUM!

Se interrumpe y todos miramos hacia arriba.

Esta vez el sonido es distinto. Oímos un zumbido grave y un murmullo que empieza a invadir el aire, más y más fuerte a cada segundo que pasa.

Todd me mira, confundido.

Yo me encojo de hombros.

—Nunca había oído algo parecido.

El rugido va en aumento e inunda el cielo cada vez más oscuro.

—No parece ninguna bomba —dice Davy.

El alcalde me mira.

—Viola, ¿hay...?

Se detiene y luego vuelve la cabeza.

Y todos nos damos cuenta...

De que no viene del este.

—Por ahí —señala Davy, alzando la mano hacia las cascadas, hacia el lugar donde el cielo ha adoptado un brillante tono rosáceo a causa de la puesta de sol.

El alcalde me mira de nuevo.

—Es demasiado fuerte para ser una simple bala trazadora. —Se le endurece la cara—. ¿Tienen misiles? —Da un paso tan largo que casi se sitúa encima de mí—. ¿Han fabricado misiles?

—¡Atrás! —chilla Todd, intentando interponerse de nuevo entre los dos.

—¡Sabré de qué se trata, Viola! —dice el alcalde—. ¡Me lo vas a decir!

—¡No sé qué es! —respondo.

Todd sigue gritando y amenazando al alcalde.

—Si le pone un dedo encima...

—¡Cada vez es más fuerte! —grita Davy, que se tapa los oídos con ambas manos. Todos nos giramos y contemplamos el horizonte occidental. Vemos un punto que se eleva, se pierde en el último rayo de sol y reaparece, creciendo a medida que se aproxima.

A medida que se dirige sin remisión hacia la ciudad.

—¡Viola! —grita el alcalde, con los dientes apretados, disparándome parte de su ruido, pero en mí el impacto es distinto que en los hombres.

—¡¡¡No lo sé!!! —grito.

Y entonces Davy, que sigue escrutando el cielo, dice por fin:

—Es una nave.

## EL MOMENTO DE DAVY PRENTISS

[TODD]

Es una nave.

Es una maldita nave.

—Tu gente —digo a Viola.

Pero ella sacude la cabeza, aunque no para negarlo, y se limita a observar fijamente el punto que se eleva por encima de las cascadas.

—Es demasiado pequeña para ser una nave de colonos —dice Davy.

—Y llega demasiado pronto —señala el alcalde, que apunta con el rifle como si pudiera alcanzarla desde tanta distancia—. No iban a llegar hasta dentro de dos meses como mínimo.

Pero no parece que Viola esté oyendo esta conversación, y la esperanza crece en su rostro de una manera tan dolorosa que me golpea el corazón solo de verlo.

—Una nave de reconocimiento —susurra tan bajo que solo la oigo yo—. Otra nave de reconocimiento. La envían a buscarme.

Vuelvo a contemplar la nave.

Deja atrás la cima de las cascadas y sobrevuela el río.

Una nave de reconocimiento, como la que se estrelló con ella dentro en el pantano, en el accidente en el que murieron sus padres, tras el cual ella se quedó sola hace tantos meses y vidas atrás. Sigue pareciendo tan grande como una casa

y sus alas regordetas parecen demasiado cortas para mantenerla en el aire. Veo las llamas que surgen por la cola mientras vuela vuela río abajo, usando el río como una carretera centenares de metros por debajo.

Se está acercando.

—David, trae mi caballo —dice el alcalde, sin apartar la vista de la nave.

Pero su hijo sigue mirando al cielo, y su ruido se abre maravillado y asombrado.

Sé perfectamente cómo se siente.

En el Nuevo Mundo no hay nada que vuele, excepto los pájaros. Tenemos máquinas que circulan por carreteras, motos a fisión, algunos coches a fisión, pero principalmente tenemos caballos, bueyes, carros y nuestros pies.

No tenemos alas.

La nave baja por el río, se acerca a la catedral y vuela casi por encima de nosotros, sin detenerse, tan cerca que se distinguen las luces de la parte inferior y del cielo por encima del tubo de escape que centellea con el calor. Vuela y pasa de largo, río abajo.

Hacia el este, hacia la Respuesta.

—¡David! —grita el alcalde de repente.

—Ayúdame a levantarme —susurra Viola—. Tengo que alcanzarlos. Tengo que ir.

Tiene los ojos asilvestrados y el aliento pesado. Me mira con tanta fuerza que siento una cosa sólida.

—Por supuesto que te ayudará a levantarte —dice el alcalde, apuntándonos con el arma—. Porque vas a venir conmigo.

—¿Qué? —dice ella.

—Son tu gente, Viola. Querrán saber dónde estás. Puedo llevarte con ellos de inmediato. —Me mira—. O puedo comunicarles que, desafortunadamente, moriste en el accidente. ¿Qué prefieres?

—No voy a ir con usted —se revela ella—. Es un mentiroso y un asesino y...

Él la interrumpe.

—David, vigila a Todd mientras yo llevo a Viola a la nave. —Vuelve a mirar a la chica—. Creo que conoces de primera mano la facilidad con la que mi hijo puede apretar el gatillo si no cooperáis.

Viola lanza una mirada furiosa a Davy. Yo también lo miro. Él permanece inmóvil, con el rifle en la mano, mirándome primero a mí y luego a su padre.

Con el ruido en pleno estado de agitación.

Mostrando en su ruido que en ningún caso va a disparar contra mí.

—Papá —dice.

—Ya basta, David —le ordena el alcalde con el ceño fruncido, intentando captar su mirada...

Y consiguiéndolo.

—Harás lo que yo diga. Atarás a Todd con la cuerda que tuvo la gentileza de traer y lo vigilarás, y cuando yo regrese con nuestros invitados recién llegados, empezaremos a vivir felices y en paz. El nuevo mundo comenzará.

—El nuevo mundo —murmura Davy con los ojos vidriosos, como los del soldado pelirrojo, al notar que los interrogantes y las dudas son expulsadas de su ruido.

Al inclinarse ante la voluntad del otro.

Se me ocurre una idea.

Perdóname, Davy.

—¿Vas a permitir que te hable así, Davy?

Parpadea.

—¿Cómo?

Aparta la mirada de su padre.

—¿Vas a dejar que nos amenace a Viola y a mí con un arma?

—Todd... —me advierte el alcalde.

—Usted dice que oye todo ese ruido. —Ahora me dirijo al alcalde, pero sigo aguantando la mirada de Davy—. Dice que lo sabe todo, pero en cambio no conoce demasiado bien a su hijo, ¿verdad?

—David... —lo llama su padre.



Ahora tengo yo la atención plena de su hijo.

—¿Vas a dejar que se vuelva a salir con la suya? —le pregunto—. ¿Vas a dejar que te dé órdenes sin recompensa alguna?

Davy me mira nervioso, intenta ahuyentar el embrollo que su padre le ha metido en la cabeza.

—Esa nave lo cambia todo —digo—. Un grupo de personas totalmente nuevas. Nuevos habitantes capaces de hacer que esta ciudad sea algo mejor que el cagadero apestoso en el que se ha convertido.

—David —insiste su padre. Lanza una ráfaga de ruido y Davy hace una mueca de dolor.

—Basta, papá —le pide.

—¿Quién quieres que llegue antes a la nave, Davy? —continúo—. ¿Viola y yo para pedir ayuda? ¿O tu padre para someterlos a ellos también?

—¡Cállate! —grita el alcalde—. ¿Te olvidas de quién tiene el arma?

—Davy también tiene una —le recuerdo.

Hay una pequeña pausa y todos nos damos cuenta de que Davy acaba de recordar que tiene un rifle entre las manos.

Se oye otro destello de ruido procedente del alcalde y Davy vuelve a retorcerse de dolor.

—¡Por Dios, papá, déjame en paz de una vez!

Pero al decirlo mira a su padre.

Y este vuelve a captar su mirada.

—Ata a Todd y ve a por mi caballo, David —le ordena el alcalde de nuevo, aguantándole la mirada.

—¿Papá? —dice Davy en voz más baja.

—Mi caballo. Está en la parte de atrás.

—Ponte en medio de los dos —me susurra Viola—. ¡Interrumpe el contacto ocular!

Me dispongo a hacerlo, pero el alcalde desvía el arma hacia ella sin apartar los ojos de Davy.

—Un solo movimiento, Todd...

Me detengo.

—Trae mi caballo, hijo —repite el alcalde—, y recibiremos a los nuevos colonos los dos juntos. —Le sonrío—. Serás mi príncipe.

—Eso me lo ha prometido antes a mí —le hago saber a Davy.

—Te está controlando —grita Viola—. Está utilizando su ruido para...

—Por favor, dile a Viola que se calle —me dice el alcalde Prentiss.

—Cállate, Viola —dice Davy con una voz suave, sin pestañear.

—¡Davy! —grito.

—Todd intenta controlarte, hijo —dice el alcalde, alzando cada vez más el tono de voz—. Es lo que ha hecho desde el principio.

—¿Qué? —digo.

—Desde el principio —murmura Davy.

—¿Quién crees que ha impedido tus ascensos? —continúa el alcalde, que habla justo en el centro del cerebro de su hijo—. ¿Quién crees que me cuenta todas las cosas que haces mal?

—¿Todd? —pregunta con un hilo de voz.

—Miente —me defiendo—. ¡Mírame!

Pero Davy está sobrepasado. Paralizado, incapaz de moverse, mira a su padre. Este suspira pesadamente.

—Veo que tendré que hacerlo yo mismo.

Da un paso adelante, haciéndonos retroceder con un gesto del rifle. Agarra a Viola y la levanta. Ella grita por el dolor en los tobillos. Me activo automáticamente para ayudarla, pero Prentiss la empuja hasta situarla delante de su cuerpo, con el rifle a sus espaldas.

Quiero gritar, amenazarlo, maldecirlo...

Pero es Davy quien habla primero.

—Está aterrizando —dice en voz baja.

Todos nos giramos hacia el este. La nave traza un círculo lento, alrededor de la cima de una colina al este de la ciudad...

Tal vez sea la que albergaba la torre.

Vuelve a girar y se cierne sobre las copas de los árboles.

Luego empieza a descender con lentitud hasta salir de nuestro campo de visión.

Me vuelvo hacia Davy, y veo que tiene los ojos nublados y confundidos...

Pero ya no mira a su padre.

Mira a la nave.

Y luego gira la cabeza y me mira a mí.

—¿Todd? —dice, como si estuviera despertando.

Y ahí está el rifle, colgando de su mano.

Una vez más...

Perdóname.

Me lanzo hacia delante y se lo arrebato. Él no opone resistencia, simplemente lo suelta en mis dedos y yo lo alzo, lo amartillo y apunto al alcalde.

Está sonriendo y todavía mantiene el arma contra la espalda de Viola.

—Entonces, esto es un duelo, ¿no? —pregunta, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Suéltela —le ordeno.

—Por favor, quítale el arma a Todd, David —dice el alcalde, pero no puede dejar de mirarme, de vigilarme, porque el rifle lo tengo yo.

—No lo hagas, Davy.

—¡Basta! —dice él, con la voz espesa y el ruido en aumento. Noto que se coloca las manos en los laterales de la cabeza—. ¿Podéis parar los dos de una maldita vez?

El alcalde sigue mirándome y yo sigo mirándole a él.

El estruendo del aterrizaje de la nave inunda la ciudad, silenciando el ruido del ejército que regresa colina abajo, silenciando el ruido de las explosiones lejanas de la Respuesta, que avanza por la carretera, silenciando el RUGIDO oculto de Nueva Prentiss, la ciudad que ignora que todo su futuro depende de este momento, de este mismo segundo, del duelo entre el alcalde y yo con nuestros rifles.

—Suéltela —repito.

—Me temo que no lo voy a hacer, Todd.

Oigo un murmullo de ruido procedente de él.

—Tengo el dedo en el gatillo —digo—. Si intenta golpearme con su ruido, es hombre muerto.

Sonríe.

—Me parece justo —dice—. Pero lo que deberías preguntarte, mi querido amigo Todd, cuando por fin decidas apretar el gatillo, es si lo harás lo bastante rápido para impedir que yo apriete el mío. ¿Matarme matará también a tu querida Viola? —Baja la barbilla—. ¿Podrás sobrevivir a eso?

—Usted habría muerto —digo.

—Y ella también.

—Hazlo, Todd —dice Viola—. No dejes que venza.

—No vencerá —afirmo.

—¿Vas a permitir que amenace con un arma a tu propio padre, David? —pregunta el alcalde.

Pero sigue mirándome a mí.

—Los tiempos están cambiando, Davy —digo, con los ojos clavados todavía en su padre—. Ahora es cuando todos debemos decidir. Incluido tú.

—¿Por qué tiene que ser así? —pregunta él—. Podríamos ir todos juntos. Podríamos ir todos a caballo y...

—No, David —le interrumpe su padre—. Eso es imposible.

—Baje el arma —digo—. Bájela y terminemos con esto.

Los ojos del alcalde centellean y sé lo que me espera...

—No lo haga —le advierto, parpadeando con furia y mirándolo por encima del hombro.

—No puedes vencer —responde él, y oigo su voz dos veces, tres veces, legiones de sí mismo dentro de mi cabeza—. No puedes disparar y garantizar la vida de Viola, Todd. Todos sabemos que nunca te arriesgarías a hacerlo.

Da un paso adelante, empujándola y ella grita de dolor.

Retrocedo un paso.

—No le mires a los ojos —me advierte ella.

—Lo intento —digo, pero el sonido de su voz está penetrando en mi interior.

—Esto no es una derrota, Todd —sigue diciendo el alcalde, tan fuerte en mi cabeza que parece que me vibre el cerebro—. No deseo tu muerte más que la mía propia. Todo lo que dije antes es verdad. Te quiero a mi lado. Quiero que formes parte del futuro que vamos a crear con quienquiera que baje de esa nave.

—Cállese —digo.

Pero sigue avanzando.

Y yo sigo retrocediendo.

Hasta que estoy incluso detrás de Davy.

—Tampoco quiero que Viola sufra ningún daño —dice—. Siempre os he prometido un futuro a los dos. Y esa promesa sigue en pie.

Aun sin mirarlo, su voz zumba en mi cabeza, me asfixia, me hace sentir que tal vez sea más fácil...

—¡No le hagas caso! —grita Viola—. Es un mentiroso.

—Todd —dice él—, te considero hijo mío. De verdad.

Y Davy se vuelve hacia mí, con el ruido esperanzado, y dice:

—Ya lo ves, Todd, ¿has oído eso?

Su ruido también me alcanza. Su ansiedad y su inquietud avanzan como si fueran dedos y manos. Me piden, me suplican que suelte el arma y hagamos las paces, que todo esto termine por fin...

Y dice:

—Podríamos ser hermanos...

Lo miro a los ojos...

Y me veo reflejado en ellos, me veo en su ruido, veo al alcalde como un padre, a él como un hermano y a Viola como una hermana...

Veo la sonrisa de esperanza que surge en los labios de Davy...

Y, por tercera vez, debo decir...

Perdóname.

Apunto a Davy con el rifle.

—Suéltela —ordeno al alcalde, incapaz de mirar a Davy a la cara.

—¿Todd? —pregunta él, arrugando la frente.

—¡Hágalo! —grito.

—¿O qué? —me provoca el alcalde—. ¿Dispararás contra mi hijo?

El ruido de Davy rebosa de interrogantes, de sorpresa y conmoción...

De una traición que va en aumento...

—Contéstame, Todd —dice el alcalde—. ¿Qué harás?

—¿Todd? —repite Davy, esta vez en un tono de voz mucho más bajo.

—O mataré a Davy —digo—. Mataré a su hijo.

El ruido de Davy está repleto de decepción, una decepción tan espesa que se desprende como si fuera barro. No aprecio ninguna ira en su ruido, lo que empeora todavía más las cosas. Ni siquiera piensa en lanzarse sobre mí o darme un puñetazo o arrebatarme el rifle.

Lo único que hay en su ruido soy yo apuntando con un arma.

Su único amigo, apuntándolo con un arma.

—Lo siento —susurro.

Pero no parece que me esté oyendo.

—Te di el libro —me recuerda—. Te devolví el libro.

—¡Suelte a Viola! —grito, apartando la mirada de Davy, y la rabia hacia mí mismo hace que grite cada vez más fuerte—. O juro por Dios...

—Adelante, pues —me interrumpe el alcalde—. Mátalo.

Davy mira a su padre.

—¿Papá?

—De todos modos, mi hijo siempre ha sido un inútil —dice el alcalde, que sigue empujando a Viola con el rifle—. ¿Por qué crees que lo mandé a la línea del frente? Esperaba que al menos muriera como un héroe.

El rostro de Viola está lleno de dolor, pero no es exclusivamente por sus tobillos.

—Nunca consiguió controlar su ruido —continúa Prentiss, mirando a su hijo, cuyo ruido...

No puedo expresar en qué estado se encuentra el ruido de Davy.

—Nunca obedeció una orden de la cual no pudiera escabullirse. No consiguió capturarte. No consiguió ocuparse de Viola. Solo mostró algún avance gracias a tu influencia, Todd.

—Papá... —comienza Davy.

Pero su padre lo ignora.

—Tú eres el hijo que deseo, Todd. Siempre lo fuiste. Nunca quise a este desperdicio.

El ruido de Davy...

Dios mío, el ruido de Davy...

—¡¡¡Suéltela!!! —grito, para no tener que oírlo—. ¡Voy a matarlo! ¡Lo haré!

—No lo harás —se regodea él, sonriendo de nuevo—. Todo el mundo sabe que no eres un asesino, Todd.

Vuelve a empujar a Viola.

Ella grita de dolor.

«Viola», pienso.

«Viola...»

Aprieto los dientes, levanto el rifle, lo amartillo...

Y digo una certeza...

—Mataría para salvarla —digo.

El alcalde se detiene. Me mira a mí, luego mira a Davy y, finalmente, me mira de nuevo a mí.

—¿Papá? —dice Davy. Tiene el rostro retorcido y arrugado.

El alcalde me mira de nuevo, lee mi ruido.

—Lo harías, ¿verdad? —dice casi sin aliento—. Lo matarías por ella.

Davy me mira con lágrimas en los ojos, pero ahora también hay un atisbo de ira en su ruido.

—No, Todd. No lo hagas.

—Suéltela ahora mismo —repito.

El alcalde Prentiss sigue alternando la mirada entre su hijo y yo, ve que hablo en serio, que estoy dispuesto a matarlo.

—Suelte el arma —gruño, sin mirar a los ojos de Davy, sin mirar su ruido—.

Todo ha terminado.

El alcalde respira hondo y lo suelta.

—Muy bien, Todd —dice—. Como quieras.

Se aleja de Viola.

Mis músculos se relajan.

Dispara.



‡2

## SE ACABA EL JUEGO

{VIOLA}

—¡Todd! —grito, porque el sonido del disparo pasa aullando junto a mi oído, borrándolo todo menos a él. El mundo entero queda reducido a no saber si está bien o no, si está herido, si está...

Pero no es él...

Él sigue sujetando el arma.

No ha disparado.

Permanece junto a Davy, que cae de rodillas...

Y levanta dos pequeñas nubes de polvo al impactar contra los escombros...

—¿Papá? —dice con voz suplicante, como si fuera un gatito...

Luego tose y sus labios se llenan de sangre...

—¿Davy? —El ruido de Todd es cada vez más fuerte, como si le hubieran disparado a él.

Y veo...

Un agujero en lo alto del pecho de Davy, en la tela de su uniforme, justo por debajo de la base de su garganta.

Todd corre hacia él y se arrodilla a su lado.

—¡¡Davy!! —grita.

El ruido de Davy se dirige hacia su padre.

Emite signos de interrogación en todas direcciones.

Tiene una expresión conmocionada.

Se lleva la mano a la herida.

Vuelve a toser.

Y se ahoga.

Todd también mira al alcalde con el ruido revuelto.

—¿Qué ha hecho? —grita...

[TODD]

—¿Qué ha hecho?! —grito.

—Eliminarlo de la ecuación —contesta el alcalde tranquilamente.

—¿Papá? —pregunta de nuevo Davy, tendiendo hacia él una mano ensangrentada...

Pero su padre solo me mira a mí.

—Tú has sido siempre mi verdadero hijo, Todd —insiste el alcalde—. El que tiene potencial, el que tiene poder. Me llenaría de orgullo tenerte a mi lado.

*¿Papá?*, dice el ruido de Davy.

Lo está oyendo todo.

—Maldito monstruo —digo—. Lo mataré...

—Te unirás a mí —continúa él—. Sabes que lo harás. Es solo cuestión de tiempo. David era débil, una vergüenza...

—¡¡¡Cállese!!! —grito.

*¿Todd?*, oigo.

Miro hacia abajo.

Davy me está mirando.

El ruido le da vueltas.

Vueltas llenas de preguntas y confusión y miedo.

*¿Todd?*

*¿Todd?*

*Lo siento...*

*Lo siento...*

—No, David —empiezo a decir.

Su ruido sigue girando.

Y veo...

Veo... la verdad.

Aquí, por fin.

Me está mostrando la verdad de lo que ocurrió.

Lo que me había estado ocultando... sobre Ben.  
Todo en una ráfaga confusa.  
Imágenes de Ben corriendo por la carretera hacia Davy.  
Imágenes del caballo de Davy retrocediendo.  
Imágenes de Davy disparando su arma al caer.  
Imágenes de la bala que impacta contra el pecho de Ben.  
Imágenes de Ben tambaleándose hacia los arbustos.  
Davy demasiado asustado para ir tras él.  
Davy demasiado asustado para decirme la verdad después de...  
Después de que me convirtiera en su único amigo...  
*No quería hacerlo, dice su ruido.*  
—Davy —digo yo.  
*Lo siento, piensa.*  
Y es la verdad.  
Lo siente...  
Por todo.  
Por Prentisstown.  
Por Viola.  
Por Ben.  
Por cada fracaso y cada equivocación.  
Por fallar a su padre.  
Me mira.  
Me suplica.  
Como si fuera el único que pudiera perdonarlo.  
Como si únicamente yo tuviera el poder de hacerlo.  
*¿Todd?*  
*Por favor...*  
—Davy... —es lo único que puedo decir.  
El miedo y el terror de su ruido es demasiado...

Demasiado...

Y entonces se detiene.

Davy se desploma, con los ojos abiertos todavía clavados en mí, pidiéndome (lo juro) que le perdone.

Yace inmóvil.

Davy Prentiss está muerto.

{VIOLA}

—Está loco —le digo al alcalde, que está detrás de mí.

—No —responde—. Teníais razón los dos. No ames nunca a alguien que pueda ser utilizado para controlarte.

Ahora el sol se ha puesto, pero el cielo conserva un color rosado. El ruido de la ciudad **RUGE** todavía y se oye otro estallido a lo lejos. La Respuesta se aproxima y la nave ya debe de haber aterrizado. Las puertas se estarán abriendo. Alguien, probablemente Simone Watkin o Bradley Tench, personas que conozco, personas que me conocen, deben de estar mirando al exterior, preguntándose en qué clase de lugar han aterrizado.

Todd se arrodilla al lado del cadáver de Davy Prentiss.

Y entonces alza la vista.

El ruido le hierve y le arde. Oigo perfectamente el dolor que surge de él, la vergüenza y la ira.

Se pone en pie y levanta el rifle.

Me veo a mí misma en su ruido, y veo también al alcalde, detrás de mí, apuntando con el rifle, con los ojos brillantes y triunfantes.

Sé perfectamente lo que va a hacer Todd.

—Hazlo —digo, y se me encoge el estómago, pero está bien bien bien...

Él apunta con el rifle...

—¡Hazlo!

Cuando el alcalde me empuja con fuerza, mis piernas estallan de dolor y, no puedo evitarlo, grito y caigo hacia delante, hacia Todd, hacia el suelo...

Prentiss lo vuelve a hacer.

Me utiliza para controlar a Todd.

Y Todd tampoco puede evitarlo.

Salta para cogerme, para salvarme de la caída...

Y el alcalde ataca.

[TODD]

Me estalla el cerebro, me arde y noto que se propaga por él todo lo que el alcalde

me dispara. Es como una maza metálica lanzada al centro de mi ser, nada que ver con una simple bofetada. Al saltar para coger a Viola, me golpea con tal fuerza que lanzo mi cabeza hacia atrás y todo vuelve a empezar. La voz del alcalde, pero de algún modo también mi voz, y también la de ella, y todas dicen al unísono: NO ERES NADA NO ERES NADA NO ERES NADA NO ERES NADA...

Nuestros cuerpos se mueven y noto que tropezamos el uno contra el otro, que la parte superior de su cráneo me golpea la boca, y NO ERES NADA NO ERES NADA NO ERES NADA ella cae contra mi pecho, y mis brazos la buscan a tientas y nos derrumbamos juntos sobre los escombros. Una sirena me arranca la tapa de los sesos NO ERES NADA NO ERES NADA NO ERES NADA y noto que se me cae el rifle y va a parar lejos de mí. Noto el peso de Viola y la oigo como si viniera del otro lado de las lunas. Grita mi nombre. NO ERES NADA. Dice «Todd». NO ERES NADA NO ERES NADA. Dice «¡Todd!», y es como si la estuviera mirando desde debajo del agua. Veo que intenta levantarse para protegerme, pero el alcalde se cierne sobre ella, balancea el cañón de su rifle y la golpea en la nuca. Viola cae hacia un costado...

El cerebro me hierve.

El cerebro me hierve.

El cerebro me hierve.

NO ERES NADA NO ERES NADA NO ERES NADA NO ERES NADA...

Y veo sus ojos que se cierran.

Y la siento contra mí.

Y pienso: «Viola...».

Pienso: ¡*VIOLA!*

Pienso: ¡¡*VIOLA!!!*

El alcalde se aleja de mí como si le hubieran pinchado.

—Uuuh —dice, sacudiendo la cabeza mientras yo trato de ahuyentar el zumbido que sigue estallando dentro de mi cerebro, mientras mis ojos vuelven a enfocarse y mis pensamientos me vuelven a pertenecer—. Todd, tienes un gran

poder en tu interior.

Tiene los ojos abiertos, brillantes y ansiosos.

Vuelve a golpearme con su ruido.

Me llevo las manos a los oídos (no sostengo el arma, no sostengo el arma) como si eso pudiera detenerlo, pero el ruido no entra por los oídos. Está ahí, dentro de mi cabeza, dentro de mí, me invade como si careciera de yo NO ERES NADA NO ERES NADA NO ERES NADA mi propio ruido barrido y proyectado contra mí, como si me golpeara con mis propios puños NO ERES NADA NO ERES NADA NO ERES NADA...

«Viola», pienso, pero estoy desapareciendo, me hundo cada vez más, estoy más débil y mi cerebro repiquetea.

«Viola...»

{VIOLA}

*Viola*, oigo, como desde el fondo de un desfiladero. Me duele y me sangra la cabeza por el golpe del alcalde y tengo la cara polvorienta y los ojos medio abiertos, pero no veo nada...

*Viola*, vuelvo a oír.

Abro los ojos del todo.

Todd se revuelve entre las piedras, se tapa los oídos con las manos, tiene los ojos cerrados.

El alcalde se cierne sobre él y oigo los mismos gritos de antes, el mismo tipo de ruido metálico de láser brillante disparado contra él y...

*Viola*, oigo por encima del estrépito.

Y abro la boca.

Y grito.

[TODD]

—¡Todd! —la oigo gritar desde algún lugar.

Es ella.

Es ella.

Es ella.

Y está viva.

Su voz viene de mi interior...

Viola.

Viola.

**VIOLA...**

Oigo un gruñido, y el ruido de mi cabeza se detiene de nuevo. Abro los ojos y el alcalde se tambalea, llevándose una mano en el oído, el mismo acto reflejo que hace todo el mundo...

Al oír un ataque de ruido.

**VIOLA**, vuelvo a pensar, contra él, pero agacha la cabeza y me apunta con el rifle. Vuelvo a pensarlo.

**VIOLA.**

Y otra vez.

**VIOLA.**

El alcalde retrocede y tropieza con el cuerpo de Davy, cae de espaldas y se desmorona sobre los escombros.

Me pongo en pie y corro hacia ella.

{VIOLA}

Corre hacia mí con las manos abiertas, extiende los brazos y me toma por los hombros. Me ayuda a sentarme y dice:

—¿Estás herida, estás herida, estás herida?

Y yo respondo:

—Todavía tiene el arma...

Y Todd se gira...

[TODD]

Me giro. El alcalde se está poniendo de pie y me mira. Ahí llega su ruido otra vez. Echo a rodar para apartarme y oigo que me sigue mientras avanzo como puedo por encima de las piedras, gateo hacia el lugar donde solté el rifle y...

Se oye un disparo.

El polvo se levanta delante de mis manos a punto de coger el rifle.

Me detengo.

Alzo la mirada.

Me está mirando.

Oigo que Viola vuelve a gritar mi nombre.

Ha entendido que... necesito que diga mi nombre... para poder utilizar el suyo como arma...

—No lo intentes, Todd —me advierte el alcalde, apuntándome con el cañón del rifle.

Escucho su voz dentro de mi cabeza.

No es un ataque.

Es esa voz seseante y retorcida.

Esa voz que se apodera de mis decisiones.

Esa voz con la que transforma mis decisiones en las suyas...

—No lucharás más —dice.

Da un paso más hacia mí.

—No lucharás más. Aquí termina todo.

Le doy la espalda...

Pero tengo que girarme de nuevo.

Tengo que mirarle a los ojos.

—Escúchame, Todd.

Su voz silba en mis oídos.

Sería tan fácil...

Solo he de rendirme.

Rendirme y obedecerle.

—¡No! —grito.

Aprieto los dientes.

Él sigue dentro de mi cabeza.

Sigue intentando que...

Intentando hacer que yo...

Lo haré.



Sí, lo haré.

NO ERES NADA...

No soy nada...

—Eso es, Todd —sisea el alcalde, dando un paso adelante, apuntándome con el rifle—. No eres nada.

—No soy nada...

—Pero... —sigue diciendo, y su voz es un susurro que me araña la parte más profunda...—. Pero... yo te convertiré en algo.

Le miro directamente a los ojos...

Son un abismo en el que estoy cayendo.

Caigo hacia la oscuridad...

Y, entonces, con el rabillo del ojo...

{VIOLA}

Lanzo la piedra tan fuerte como puedo, y rezo, cuando sale de mi mano, para que mi puntería sea tan buena como decía Lee.

Rezo. Por favor, Dios...

Si estás ahí...

Por favor...

Y ¡bam!

Golpea al alcalde en toda la sien.

[TODD]

Noto una sensación terrible de desgarre, como si me hubieran arrancado parte de mi ruido.

El abismo ha desaparecido.

Doy la vuelta...

Y veo que el alcalde se tambalea, sujetándose la sien, y que está sangrando.

—¡Todd! —grita Viola.

La miro.

Miro el brazo extendido que ha lanzado la piedra.

Y la veo a ella.  
Mi Viola.  
Me pongo en pie.

{VIOLA}

Se pone en pie.  
Alto como una torre.  
Y grito su nombre otra vez.  
—¡Todd!  
Porque de alguna forma le ayuda.  
Le ayuda que yo grite su nombre.  
Sí, le ayuda...  
El alcalde se equivoca.  
Siempre se ha equivocado.  
No es cierto que no debas amar a alguien hasta el punto de que pueda controlarte.  
La verdad es que necesitas amar a alguien hasta el punto de no poder nunca ser controlado.  
Amar no es una flaqueza.  
Es tu mayor fuerza.  
—¡Todd! —vuelvo a gritar.  
Me mira.  
Oigo mi nombre en su ruido.  
Y entonces lo sé.  
Lo sé en lo más hondo de mí misma.  
En este preciso instante.  
Todd Hewitt...  
No hay nada que no podamos hacer si estamos juntos.  
Vamos a ganar.

[TODD]

El alcalde levanta la vista, medio agachado. Tiene sangre entre los dedos, que mantiene pegados al lateral de la cabeza.

Se vuelve hacia mí con el ceño fruncido.

Ahí viene su ruido.

Pero...

**VIOLA**

Lo rechazo...

Hace una mueca de dolor.

Pero lo vuelve a intentar y...

**VIOLA**

—No puede vencernos —digo.

—Sí que puedo —contesta apretando los dientes—. Y lo haré.

**VIOLA**

Vuelve a retorcerse de dolor.

Intenta levantar el rifle.

Y entonces golpeo con más fuerza todavía.

**VIOLA**

Suelta el rifle y se tambalea hacia atrás.

Oigo el ruido que zumba contra mí, que intenta entrar en mí del modo más retorcido.

Pero le duele la cabeza.

A causa de mis ataques.

A causa de una piedra bien lanzada.

—¿Qué crees exactamente que demuestra esto? —escupe—. Tienes poder, pero no sabes qué hacer con él.

**VIOLA**

—Pues yo creo que lo estoy haciendo bastante bien —respondo.

Sonríe, apretando todavía los dientes.

—¿En serio?

Me doy cuenta de que me tiemblan las manos.

Me doy cuenta de que mi ruido vuela y crepita como un objeto brillante.

No siento mis pies.

—Requiere práctica —dice el alcalde—. Si no lo dominas bien, puede explotarte la cabeza. —Se endereza un poco e intenta captar mi mirada otra vez—. Yo podría enseñarte.

Pero entonces, justo a tiempo, Viola grita:

—¡**TODD!**

Y golpeo al alcalde con todas mis fuerzas.

Con todo el poder que me da Viola, justo detrás de mí.

Con toda mi rabia, con toda mi frustración y vacío.

Con cada instante que no pude verla.

Con cada instante de inquietud.

Todo...

Con cada pequeña cosa que sé sobre ella.

Envío todo eso junto directamente contra él...

## **VIOLA**

El alcalde cae hacia atrás...

Atrás y atrás y atrás...

Con los ojos en blanco.

La cabeza le da vueltas.

Le fallan las piernas.

Cae cae cae...

Al suelo...

Y yace inmóvil.

{VIOLA}

—¿Todd? —digo.

Le tiembla todo el cuerpo, casi hasta el punto de no ser capaz de tenerse en pie, y oigo un *gemido* enfermizo que traspasa su ruido. Se tambalea un poco al dar un paso.

—¿Todd?

Intento levantarme, pero mis tobillos...

—Caramba —exclama, sentándose a mi lado—. Realmente te quedas sin energía.

Respira con dificultad y tiene los ojos desenfocados.

—¿Te encuentras bien? —Le pongo una mano sobre el brazo.

—Me parece que sí.

Miramos al alcalde.

—Lo has conseguido.

—Lo hemos conseguido —dice él, y su ruido se aclara un poco.

Se incorpora ligeramente, pero todavía le tiemblan las manos.

—Pobre Davy —dice.

Le aprieto el brazo.

—La nave —le recuerdo en voz baja—. La enfermera Coyle llegará antes.

—No, si puedo evitarlo —dice él. Se levanta y parece que vaya a desmayarse, pero oigo que su ruido llama a *Bellota*.

*Chico potro*, oigo claramente, y el caballo de Davy se libera del poste donde está atado y atraviesa los escombros, *chico potro, chico potro, chico potro*.

*Todd*, oigo desde más lejos, y repiquetean otros cascos. Angharrad aparece detrás de *Bellota* y se coloca a su lado. Adelante, relincha. Adelante, relincha *Bellota*.

—Adelante —les dice Todd.

Coloca el brazo bajo mis hombros para levantarme. *Bellota* lee su ruido y se arrodilla para que yo pueda montar con mayor facilidad. Una vez subida a la silla, Todd le da una palmada en el flanco y el caballo se incorpora.

Angharrad se acerca a él y se dispone también a arrodillarse, pero él le dice:

—No, chica. —Y le acaricia el morro.

—¿Qué pasa? —digo, alarmada—. ¿Y tú?

Hace un gesto hacia el alcalde.

—Tengo que ocuparme de él —contesta sin mirarme a los ojos.

—¿A qué te refieres?

Echa la vista atrás. Me giro. La marcha de escarabajo del ejército ha revertido el curso y se dirige a la base de la montaña.

Luego vendrá hacia aquí.

—Ve —me dice—. Ve a la nave.

—Todd, no puedes matarlo.

Me mira y su ruido es un embrollo y todavía lucha por mantenerse en pie.

—Lo merece.

—Lo merece, pero...

Hace un gesto de asentimiento con la cabeza y dice:

—Somos las decisiones que tomamos.

Yo imito el gesto. Nos entendemos.

—Dejarías de ser Todd Hewitt —digo—. Y no pienso perderte otra vez.

[TODD]

Suelto un leve bufido al oír sus palabras.

—No creo que les disguste demasiado verlo derrotado —respondo—. Supongo que buscarán a un nuevo líder.

Ella sonrío.

—¿Y vas a ser tú?

—¿Qué vas a hacer tú si encuentras a la Respuesta? —le pregunto, devolviéndole la sonrisa.

Se retira el pelo de la cara.

—Creo que también necesitarán a una nueva líder.

Avanzo y coloco la mano cerca de la suya, sobre el costado de Bellota. Viola no me mira, pero desliza la mano hasta que nuestros dedos se tocan.

—Que tú te vayas y yo me quede aquí —digo— no significa que nos estemos separando.

—No —dice ella, y sé que lo comprende—. Está claro que no significa eso.

—No voy a separarme nunca más de ti —le aseguro, sin dejar de mirar nuestros dedos—. Ni siquiera mentalmente.

Ella entrelaza sus dedos con los míos, y entonces ambos nos miramos.

—Tengo que irme, Todd —dice.

—Lo sé.

Miro en lo más profundo del ruido de Bellota y le muestro dónde está la carretera, dónde ha aterrizado la nave, y lo rápido rápido rápido que tiene que cabalgar. Adelante, relincha, fuerte y claro.

—Adelante —repito.

Miro de nuevo a Viola.

—Estoy lista.

—Yo también —respondo.

—Venceremos.

—Estoy convencido de ello.

Una última mirada.

Una última mirada en la que nos reconocemos.

En lo más profundo de nuestra alma.

Y doy una fuerte palmada en el flanco de Bellota.

Y ahí van, por encima de los escombros, carretera abajo, galopando hacia las personas que (espero espero espero) podrán ayudarnos.

Miro al alcalde, que yace todavía en el suelo.

Escucho al ejército, que baja por la montaña, a tres kilómetros de distancia, como máximo.

Busco la cuerda.

La veo, pero antes de recogerla, me detengo un segundo para cerrarle los ojos a Davy.

### {VIOLA}

Volamos por la carretera, y yo trato de no caerme y romperme la crisma.

—¡Cuidado con los soldados! —grito en el espacio que queda entre las orejas planas de Bellota.

No tengo ni idea de hasta dónde habrá conseguido adentrarse la Respuesta en la ciudad, ni si esperarán a ver quién soy antes de sacarme a tiros de la carretera.

Tampoco sé cuál va a ser la reacción de la enfermera Coyle al verme.

Cuando me vea...

Cuando le diga a ella y a los demás las cosas que tengo que decirles...

—¡Más deprisa! —grito. Bellota da una sacudida como si llevara un motor incorporado, y corre todavía más rápido.

La enfermera Coyle se dirigirá a la nave. De eso no hay ninguna duda. La habrá visto aterrizar e irá directa hacia ella. Y si llega antes, les dirá lo mucho que lamenta que yo haya muerto tan trágicamente, que haya caído tan cruelmente en las garras del tirano al que la Respuesta intenta derrocar. Les preguntará si la nave de reconocimiento cuenta con armas que puedan utilizarse desde el aire...

Y efectivamente las tiene.

Me inclino un poco más sobre la silla, aprieto los dientes para reducir el dolor de los tobillos, para ir todavía más rápido.

Dejamos atrás la catedral, recorremos las hileras de tiendas cerradas y casas atrancadas. El sol ha descendido del todo y se dibujan siluetas contra la oscuridad del cielo.

Trato de imaginar qué hará la Respuesta cuando descubra que el alcalde ha caído.

Al descubrir que Todd lo ha conseguido...

Y pienso en él.

Pienso en él.

Pienso en él.

**Todd**, piensa Bellota.

Seguimos volando por la carretera.

Entonces, una explosión se levanta a lo lejos y a punto estoy de caerme del caballo.

Bellota se detiene en seco y se revuelve para mantenerme sobre su lomo.

Hay casas en llamas.

Y almacenes.

Y graneros.

Hay personas que corren hacia nosotros en medio del humo, no son soldados, solo personas que corren en la oscuridad.

Pasan tan deprisa que ni siquiera se detienen a mirarnos.

Huyen de la Respuesta.

—¿Qué ocurre? —digo en voz alta.

**Fuego**, piensa Bellota, y repiquetea nervioso los cascos.

—Lo están quemando todo —digo—. Lo están quemando todo.

¿Por qué?

¿Por qué?

—Bellota... —empiezo a decir.

De pronto, la llamada profunda y larga de un cuerno resuena por todo el valle.

Bellota emite un relincho agudo, sin palabras en su ruido, solo un destello de miedo. Su terror es tan agudo que mi corazón da un brinco, mientras oigo los gemidos incrédulos de las personas que pasan corriendo junto a mí. Muchas gritan y se detienen para mirar hacia atrás, hacia la ciudad y más allá.

Me giro, pero el cielo está demasiado oscuro para ver gran cosa.

Hay luces a lo lejos, luces que bajan por la carretera zigzagueante que pasa junto a las cascadas...

No por la carretera por la que transcurre el ejército.

—¿Qué es? —pregunto a nadie en particular, a cualquiera—. ¿Qué son esas luces? ¿Qué es ese sonido?

Y entonces un hombre, parado a mi lado, con el ruido brillante y dando círculos de asombro, de incredulidad, con un terror claro como un cuchillo, susurra:

—No... No puede ser.

—¿Qué está pasando? ¿Qué? —grito.

El sonido largo y profundo del cuerno vuelve a resonar por todo el valle.

Es un sonido que recuerda al del fin del mundo.



EL PRINCIPIO

El alcalde se despierta antes de que termine de atarle las manos.

Gimotea. Su ruido, puro y real, se intensifica por momentos; es lo primero que oigo salir de su mente desde que está con la guardia baja.

Desde que ha sido derrotado.

—No estoy derrotado —murmura—. Solo temporalmente incapacitado.

—Cállese —le ordeno, sujetando con fuerza las cuerdas.

Doy la vuelta hasta colocarme frente a él. Todavía tiene los ojos nublados a causa de mi ataque, pero se las arregla para esbozar una sonrisa.

Le golpeo la cara con la culata del rifle.

—Si oigo un gramo de ruido saliendo de usted... —le advierto, encañonándolo.

—Lo sé —dice con la sonrisa todavía en el boca ensangrentada—. Lo harías, ¿verdad?

No respondo.

Y esa es mi respuesta.

Suspira y echa la cabeza atrás como si intentara alargar el cuello. Alza la vista hacia la ventana de cristal coloreado, que increíblemente todavía permanece intacto en una pared donde no hay nada más. Las lunas se alzan detrás de ella e iluminan con suavidad las versiones dibujadas en el vidrio.

—Volvemos a estar aquí, Todd —dice—. En la habitación donde hablamos por primera vez. —Mira a su alrededor, comprueba que ahora es él quien está atado a la silla y yo soy quien está libre—. Las cosas cambian, pero continúan igual.

—No necesito escucharle mientras esperamos.

—¿Esperar a qué?

Ahora está más alerta.

Su ruido está desapareciendo.

—A ti también te gustaría poder hacerlo, ¿verdad? —dice—. Te gustaría, por una vez, que nadie supiera lo que estás pensando.

—He dicho que se calle.

—Ahora mismo piensas en el ejército.

—Cállese.

—Te preguntas si realmente van a escucharte. Te preguntas si la gente de Viola podrá ayudarte...

—Volveré a golpearlo con el maldito rifle.

—Te preguntas si de verdad has vencido.

—He vencido —digo—. Y lo sabe.

Oímos un BUM en la lejanía y luego otro.

—La enfermera Coyle lo está destruyendo todo —dice el alcalde, mirando en dirección al sonido—. Interesante... No conoces a la enfermera Coyle, ¿verdad?

—Aprieta un hombro y luego otro contra las ataduras—. Una mujer notable, una oponente notable. Podría haberme vencido, ¿sabes? Podría haberlo conseguido.

—Vuelve a sonreír—. Pero tú te has adelantado, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir con que lo está destruyendo todo?

—Como siempre —responde—, quiero decir lo que digo.

—¿Por qué querría hacerlo? ¿De qué le sirve volarlo todo?

—Por dos razones. En primer lugar, provoca el caos para que sea más difícil combatirla como un enemigo organizado. Y en segundo lugar, elimina la sensación de seguridad en aquellos que no quieren luchar y les hace creer que es invencible, para que todos sean mucho más fáciles de gobernar cuando todo haya terminado. —Se encoge de hombros—. Para la gente como ella, todo forma parte de la guerra.

—Para la gente como ella y como usted —puntualizo.

—Intercambiarás a un tirano por otro, Todd. Siento tener que ser yo quien te lo diga.

—No intercambiaré nada. Y le he dicho que se calle.

Sin dejar de apuntarlo con el rifle, me acerco a Angharrad, que nos observa desde un espacio estrecho entre los escombros. **Todd**, piensa. **Sed**.

—¿Sigue habiendo un abrevadero en la parte de delante? —pregunto al alcalde—. ¿O explotó también?

—Explotó. Pero hay uno en la parte de atrás, donde mi caballo está atado. Puede beber allí.

«Morpeth», digo a Angharrad con el pensamiento. Al oír el nombre del caballo del alcalde, un sentimiento crece en su interior.

**Morpeth**, piensa. **Ríndete**.

—Buena chica —digo, frotándole el morro—. Por supuesto que se rendirá.

Me da un par de empujones de broma y se aleja repiqueteando por encima de los escombros, dirigiéndose al abrevadero de atrás.

Se produce otra explosión. Muestro un leve destello de preocupación por Viola. Me pregunto dónde estará ahora. Se estará acercando al lugar donde se halla la Respuesta, estará...

Me llega un pequeño movimiento de ruido procedente del alcalde.

Amartillo el arma.

—He dicho que no lo intente.

—¿Sabes una cosa, Todd? —dice, como si estuviéramos compartiendo un agradable almuerzo—. Atacar con el ruido es bastante fácil. Te preparas y golpeas con todas tus fuerzas. De acuerdo, tienes que estar concentrado, muy concentrado, pero cuando lo dominas, puedes hacer cualquier cosa que desees. —Escupe un poco de sangre que se le acumula en el labio—. Como habéis hecho tú y Viola.

—No pronuncie su nombre.

—Pero controlar el ruido de otro —continúa—, bueno, eso es mucho más

complicado, mucho más difícil. Es como intentar subir y bajar mil palancas diferentes al mismo tiempo. Por supuesto, con algunas personas, las personas simples, resulta más fácil. Y es sorprendentemente sencillo con las multitudes. De todas formas, llevo años intentando utilizarlo como una herramienta útil y solo recientemente he tenido algo de éxito.

Reflexiono.

—El alcalde Ledger.

—No, no —dice, alegremente—. Él estaba ansioso por ayudar. No confíes nunca en un político, Todd. No tienen un centro fijo, por lo que nunca puedes creerlos. Vino a verme, ¿sabes?, para contarme tus sueños y las cosas que decías. No, eso no es control, es solo una vulgar debilidad.

Suspiro.

—¿Puede callarse de una vez?

—Lo que quiero decir, Todd —continúa— es que hasta hoy no había conseguido aproximarme siquiera a obligarte a hacer algo. —Me mira, para ver si lo entiendo—. Hasta hoy.

Otro BUM en la lejanía. La Respuesta ha vuelto a destruir algo sin razón aparente. Está demasiado oscuro para ver al ejército, pero a estas horas ya estarán entrando en la ciudad, se estarán acercando por la carretera.

Y cae la noche.

—Sé a qué se refiere —digo—. Soy consciente de lo que he hecho.

—Lo hiciste todo tú, Todd. —Mantiene los ojos fijos en mí—. Los zulaques. Las mujeres. Fueron tus propios actos. Sin necesidad de control.

—Soy consciente de lo que he hecho —repito, en voz baja, con un chisporroteo de advertencia en el ruido.

—La oferta sigue en pie —dice también en voz baja—. Hablo muy en serio. Tú tienes poder y yo podría enseñarte a utilizarlo. A mi lado, podrías gobernar esta tierra.

YO SOY EL CÍRCULO Y EL CÍRCULO SOY YO, oigo.

—Esa es la fuente. Controla tu ruido y te controlarás a ti mismo. Contrólate —baja la barbilla—, y podrás controlar el mundo.

—Usted mató a Davy —digo, acercándome a él sin dejar de apuntarle con el arma—. Es usted quien no tiene un centro fijo. Y ahora se va a callar de una maldita vez.

Entonces, un sonido grave y poderoso retumba en el cielo. Es como un cuerno gigantesco.

El sonido que Dios elegiría para captar la atención del universo.

Oigo los relinchos de los caballos en la parte de atrás. Oigo un filamento de conmoción que recorre el ruido todavía oculto de la gente de Nueva Prentiss. Oigo la marcha firme de los pies del ejército que se colapsa de pronto y se llena de confusión.

Oigo que el ruido del alcalde repunta y se encoge de nuevo.

—¿Qué diablos ha sido eso? —pregunto mirando a mi alrededor.

—No —jadea el alcalde.

Es un jadeo lleno de júbilo.

—¿Qué ocurre? —repito, hincándole el rifle—. ¿Qué está pasando?

Él se limita a sonreír y a volver la cabeza.

Hacia las colinas de las cascadas, hacia la carretera zigzagueante que desciende hasta la ciudad.

Yo también miro hacia allí.

Hay luces en la cima.

Luces que bajan en zigzag.

—Oh, Todd —dice el alcalde con la voz llena de asombro y, en efecto, también de alegría—. Oh, Todd, mi chico, ¿qué has hecho?

—¿Qué es? —digo, parpadeando en la oscuridad, como si eso me ayudara a ver mejor—. ¿Qué hace ese...?

Resuena una segunda llamada del cuerno, tan fuerte que parece que el cielo se

esté partiendo en dos.

Oigo cómo aumenta el RUGIDO de la ciudad y emite tantos interrogantes que podrías ahogarte en ellos.

—Cuéntame, Todd —dice el alcalde con la voz cada vez más alegre—. ¿Qué habías planeado para cuando llegara el ejército?

—¿Cómo? —exclamo con el ceño fruncido, intentando todavía distinguir qué es lo que baja por el zigzag por la carretera, pero está demasiado lejos y demasiado oscuro para verlo. Solo veo luces, puntos que descienden por la montaña.

—¿Ibas a pedir que pagaran un rescate? —continúa, feliz—. ¿Ibas a entregarme para que me ejecutaran?

—¿Qué son esos estallidos? —pregunto, agarrándolo por la pechera de la camisa—. ¿Son los colonos que aterrizan? ¿Nos están invadiendo o algo parecido?

Se me queda mirando a los ojos. Los suyos centellean.

—¿Pensabas que te elegirían como nuevo líder y que inaugurarías una nueva era de paz?

—Yo seré ese líder —silbo en su cara—. Ya lo verá.

Lo suelto y me encaramo a uno de los montones más altos de escombros. Ahora la gente asoma las cabezas de las casas, oigo voces que se llaman, veo a personas que corren de aquí para allá.

Sea lo que sea, ha servido para que la gente de Nueva Prentiss salga de sus escondrijos.

Noto un zumbido de ruido en la nuca.

Me doy la vuelta y apunto de nuevo al alcalde con el arma mientras bajo corriendo de los escombros.

—¡Le dije que se dejara de trucos!

—Solo quería continuar nuestra conversación, Todd —dice, fingiendo falsa inocencia—. Siento una gran curiosidad por conocer tu plan de liderazgo, ahora

que serás el comandante del ejército y el presidente del planeta.

Me entran ganas de arrancarle la sonrisa de un puñetazo.

—¿Qué está pasando? —le grito—. ¿Qué es lo que baja por la montaña?

Se produce una tercera llamada del cuerno, más fuerte si cabe, tan fuerte que me retumba por todo el cuerpo.

—Mete la mano en el bolsillo de mi camisa, Todd. Creo que encontrarás algo que te pertenecía.

Me lo quedo mirando, esperando alguna treta, pero solo encuentro una sonrisa estúpida.

Como si estuviera ganando otra vez.

Le empujo con el rifle y uso la mano libre para escarbar en su bolsillo. Mis dedos dan con un objeto metálico y compacto. Lo saco.

Los prismáticos de Viola.

—Son realmente notables —dice el alcalde—. Ya tengo ganas de que aterrice el resto de los colonos, a ver qué nuevas sorpresas nos traen.

Sin hacerle caso, me encaramo de nuevo a los escombros y me llevo los prismáticos a los ojos con la mano libre. Intento torpemente accionar la visión nocturna. Hace mucho que no...

Pulso el botón adecuado.

El valle aparece, en sombras verdes y blancas, y en la oscuridad distingo la ciudad.

Enfoco los prismáticos hacia la carretera, hacia el río, hacia el zigzag de la colina, hacia los puntos de luz que descienden por ella...

Y...

Y...

Y, oh, Dios mío.

Oigo al alcalde que se ríe a mis espaldas, atado todavía a la silla.

—Oh, sí, Todd. No lo estás imaginando.

Por un segundo soy incapaz de decir nada.

No hay palabras.



¿Cómo?

¿Cómo es posible?

Un ejército de zulaques se dirige a la ciudad.

Algunos de ellos, los de delante, van montados a lomos de unas criaturas enormes y corpulentas cubiertas con una especie de armadura y un único cuerno que les sale del extremo de hocico. Les siguen las tropas, porque esta no es una marcha pacífica, no, señor, no tiene nada de pacífica. Son tropas que descienden por la carretera zigzagueante, tropas que coronan la cima de la montaña en lo alto de las cascadas.

Tropas que vienen a librar una batalla.

Y son miles.

—Pero.... —digo, respirando con dificultad, casi sin poder articular palabra—. Pero los mataron a todos. ¡Los mataron a todos durante la guerra de los zulaques!

—¿A todos, Todd? —pregunta el alcalde—. ¿A todos los del planeta, cuando nosotros apenas ocupamos una franja? ¿Te parece lógico?

Las luces que veía eran las antorchas que llevan los zulaques montados en las criaturas. Son antorchas llameantes que comandan el ejército, antorchas llameantes que iluminan las armas que llevan las tropas, las lanzas, los arcos y flechas, y los garrotes.

Todos llevan armas.

—Claro que los vencimos —dice el alcalde—. Los matamos a miles, es cierto, los exterminamos en un diámetro de muchos kilómetros. A pesar de que nos superaban en número por un margen considerable, nosotros teníamos mejores armas, y una motivación mayor. Los ahuyentamos de este territorio pensando que no regresarían jamás, que no se entrometerían en nuestro camino. Conservamos a algunos de ellos como esclavos, por supuesto, para reconstruir nuestra ciudad después de la guerra. Era lo más justo.

Ahora la ciudad **RUGE**. La marcha del ejército se ha detenido y oigo que la gente corre y grita cosas sin sentido, presa de la incredulidad y del miedo.

Bajo de la montaña de escombros hacia el lugar donde se encuentra el alcalde y le clavo el arma contra las costillas.

—¿Por qué han vuelto? ¿Por qué ahora?

Sigue sonriendo.

—Supongo que habrán tenido tiempo para pensar en cómo deshacerse de nosotros de una vez por todas, ¿no crees? ¿Tantos años? Supongo que solo necesitaban una razón.

—¡¿Qué razón?! —le grito—. ¿Por qué...?

Me interrumpo.

El genocidio.

La muerte de todos los esclavos.

Los cadáveres apilados como si fueran basura.

—Exactamente, Todd —dice, asintiendo como si estuviéramos hablando del tiempo—. Sospecho que tiene que ser eso, ¿no crees?

Me lo quedo mirando. Ahora lo entiendo todo. Pero, como siempre, ya es demasiado tarde.

—Fue usted —digo—. Por supuesto que fue usted. Mató a los zulaques, a todos y cada uno de ellos, e hizo que pareciera cosa de la Respuesta. —Le clavo el rifle en el pecho—. Esperaba que regresaran.

Se encoge de hombros.

—Esperaba tener la ocasión de vencerlos de una vez por todas, sí. —Levanta el labio—. Pero debo darte las gracias a ti por acelerar el plan.

—¿A mí?

—Por supuesto, Todd, a ti. Yo preparé el escenario. Pero tú enviaste al mensajero.

—¿Al mensa...?

No.

No.

Me giro a toda prisa y me encaramo de nuevo a los escombros, vuelvo a colocarme los prismáticos y miro y miro y miro.

Son demasiados y están demasiado lejos.

Pero él está ahí, ¿verdad?

En algún lugar entre la multitud.

1017.

Oh, no.

—Debo reconocer que «Oh, no» es la expresión más adecuada, Todd —me grita el alcalde—. Lo dejé vivo para que lo encontraras, pero a pesar de vuestra «relación especial», no te tenía demasiado aprecio, ¿verdad? Por mucho que intentaras ayudarlo. Tú eres el rostro de sus torturadores, el rostro que se llevó con él para mostrarlo a sus hermanos y hermanas. —Oigo una risa grave—. Ahora mismo no me gustaría estar en tu pellejo, Todd Hewitt.

Doy una vuelta completa, oteo el horizonte por todos los lados. Vuelvo a girarme. Hay un ejército al sur, uno al este y ahora otro que se acerca desde el oeste.

—Y aquí estamos nosotros —dice el alcalde, que conserva la calma—. En medio de todo. —Se rasca la nariz en el hombro—. Me pregunto qué estará pensando esa pobre gente de la nave de reconocimiento.

No.

No.

Vuelvo a dar la vuelta completa, como si intentara verlos venir. Venir a por mí.

La mente me funciona a toda velocidad.

¿Qué hago?

¿Qué hago?

El alcalde se pone a silbar, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Y Viola está ahí...

Oh, Dios mío, está ahí fuera, en...

—El ejército —digo—. El ejército tendrá que combatirlos.

—¿En su tiempo libre? —ironiza el alcalde, arqueando las cejas—. ¿Cuando se tomen unos minutos de descanso de la guerra contra la Respuesta?

—La Respuesta tendrá que unirse a nosotros.

—¿Nosotros? —dice el alcalde.

—Tendrán que combatir junto al ejército. Tendrán que hacerlo.

—¿De veras crees que esa va a ser la elección de la enfermera Coyle? — Sonríe y empieza a agitar enérgicamente las piernas—. Se dará cuenta de que tienen un enemigo común, ¿no es así? Recuerda mis palabras. Intentará negociar con los zulaques. —Vuelve a captar mi mirada—. Y tú, ¿en qué posición vas a quedar, Todd?

Respiro con dificultad. No sé qué responder.

—Y Viola está allí —me recuerda—, sola.

Lo está.

Está allí sola.

Y ni siquiera puede caminar.

Oh, Viola, ¿qué he hecho?

—En estas circunstancias, mi querido chico, ¿de veras crees que el ejército va a aceptarte como líder? —Se echa a reír como si fuera la idea más disparatada del mundo—. ¿Crees que confiarán en ti cuando los llesves a la batalla?

Vuelvo a dar una vuelta completa con los prismáticos en los ojos. Nueva Prentiss está inmersa en el caos. Al este, los edificios arden. La gente corre por las calles, huye de la Respuesta, huye del ejército del alcalde y ahora huye también de los zulaques. Corren en todas direcciones, sin ningún lugar a donde ir.

Vuelve a retumbar el cuerno y hace temblar los cristales de las ventanas.

Lo veo por los prismáticos.

Es un cuerno largo, más largo que cuatro zulaques juntos, transportado a lomos de dos de las criaturas cornudas, y quien la sopla es el zulaque más grande que he visto nunca.

Han llegado a la falda de la montaña.

—Creo que ya es hora de que me desates, Todd —dice el alcalde, y su voz es como un zumbido grave transportado por el aire.

Me vuelvo hacia él, apuntándolo una vez más con el rifle.

—No me controlará nunca más.

—No intento hacerlo. Pero creo que ambos sabemos que es una buena idea, ¿no es así?

Vacilo, respiro pesadamente.

—He vencido antes a los zulaques, ¿sabes? —continúa—. La ciudad lo sabe. El ejército lo sabe. No creo que estén tan ansiosos por eliminarme y seguirte ahora que saben a lo que nos enfrentamos.

Continúo sin decir nada.

—Y a pesar de que me hayas traicionado, Todd —añade, mirándome fijamente—, todavía te quiero a mi lado. Todavía quiero que luches junto a mí. —Hace una pausa—. Podemos vencerlos si estamos juntos.

—No quiero ganar esta guerra junto a usted —digo, encañonándolo—. Yo le he vencido.

Asiente y repite:

—Las cosas cambian, pero permanecen igual.

Oigo ruido de pasos que se acercan a la iglesia. Una de las patrullas del ejército se ha atrevido por fin a entrar en la ciudad. Oigo que avanzan por una calle lateral, hacia la plaza.

No queda mucho tiempo.

—Te perdono el que me hayas atado, Todd —dice el alcalde—, pero ahora tienes que soltarme. Soy el único que puede vencerlos.

Viola...

¿Qué he hecho, Viola?

—Sí, Viola —dice con voz furtiva y cálida—. Viola está entre ellos, sola. — Espera a que le mire a los ojos—. La matarán, Todd. Lo harán. Y sabes que soy el único que puede salvarla.

El cuerno vuelve a sonar.

Se produce otra explosión al este.

Los pasos de los soldados del alcalde se aproximan.

Lo miro.

—Le he vencido —repito—. Recuérdelo. Le he vencido y lo volveré a hacer.

—No tengo la menor duda —dice.

Pero sonrío.

VIOLA, le lanzo. Él hace una mueca de dolor.

—Sálvela y sobrevivirá—digo—. Si ella muere, usted morirá también.

—De acuerdo —asiente.

—Si intenta controlarme, dispararé. Si intenta atacarme, dispararé.

¿Entendido?

—Entendido.

Espero un segundo más, pero ya no quedan segundos.

Ya no queda tiempo para decidir nada.

El mundo está avanzando para encontrarse, ahora y aquí.

Y Viola está ahí fuera.

Nunca más voy a separarme de ella, ni siquiera cuando no estamos juntos.

«Perdóname», pienso.

Me coloco tras el alcalde y lo desato.

Se levanta con lentitud frotándose las muñecas.

Alza la vista ante el estallido del cuerno.

—Por fin —dice—. Ya basta de lucha subterránea y secreta, ya basta de escabullirse entre las sombras, ya basta de intrigas y tonterías. —Se vuelve hacia mí, me mira a los ojos y tras su sonrisa percibo el verdadero brillo de la locura—. Por fin llega la hora de la verdad, de aquello que convierte a los hombres en hombres, de aquello para lo que hemos nacido, Todd. —Se frota las manos y sus ojos centellean—. Esto es la guerra.

**LA HISTORIA CONTINÚA EN...**

DE  
HOMBRES  
A  
MONSTRUOS

CHAOS WALKING

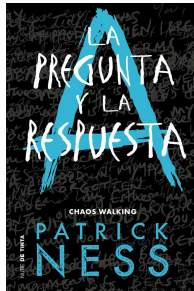
PATRICK  
NESS

NUBE DE TINTA



## El comienzo de la aclamada trilogía en que se basa la superproducción *Chaos Walking*.

### Del novelista de *Un monstruo viene a verme*.



Prentisstown no es como el resto de ciudades. Desde que sus habitantes se infectaron con el germen pueden escuchar los pensamientos de la gente de su alrededor en un Ruido constante y abrumador. No existe la privacidad. No hay secretos.

Todd Hewitt es el único adolescente en esta ciudad de hombres. Este nunca ha sido su lugar. Jamás ha encajado. Hasta que por casualidad encuentra un sitio en completo silencio. Algo imposible. Un terrible secreto. Y ahora va a tener que escapar antes de que sea demasiado tarde.

**PATRICK NESS**, novelista ganador de numerosos premios, ha escrito para England's Radio 4 y *Sunday Telegraph*, y colabora como crítico literario en *The Guardian*. Es el autor de *Un monstruo viene a verme*, la novela *best seller* ganadora de la Carnegie Medal —el mayor premio de literatura juvenil del Reino Unido—, en la que se inspira la aclamada película de J. A. Bayona. Entre sus últimas obras se encuentran *Los demás seguimos aquí* o *Libre*.

*La pregunta y la respuesta* es el segundo título de la trilogía Chaos Walking.

Título original: *The Ask and The Answer*

Publicado originalmente en 2009 por Walker Books Ltd 87 Wauxhall Walk, London SE11 5HJ

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2009, Patrick Ness

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Ricard Gil Giner, por la traducción

Diseño e ilustración de portada: adaptación a partir del diseño original de Walker Books

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16588-93-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

La pregunta y la respuesta

EL FINAL

PRIMERA PARTE. Todd en la torre

1. El antiguo alcalde
2. El pie en el pescuezo
3. Una vida nueva
4. La construcción de un nuevo mundo

SEGUNDA PARTE. El sanatorio

5. Viola despierta
6. Versiones de la historia
7. La enfermera Coyle
8. La nueva aprendiz
9. La guerra ha terminado
10. En la casa de Dios
11. Te he salvado la vida

TERCERA PARTE. La guerra ha terminado

12. Traición
13. Astillas
14. La segunda bomba

15. Encerrado

16. Quién eres

17. Trabajos forzados

18. Vivir es luchar

#### CUARTA PARTE. Cae la noche

19. Lo que tú no sabes

20. Escombros

21. La Mina

22. 1017

23. Algo se acerca

24. Los muros de la prisión

25. La noche en que sucede

26. La respuesta

#### QUINTA PARTE. El departamento de la pregunta

27. Ahora vivimos así

28. Soldado

29. Los interrogatorios

30. La cinta

31. Cifras y letras

32. Preparativos finales

33. Padres e hijos

34. La última oportunidad

## SEXTA PARTE. La pregunta y la respuesta

35. Preguntas para Viola

36. Derrota

37. El teniente

38. Camino de la catedral

39. Tu peor enemigo

40. Nada cambia, todo cambia

41. El momento de Davy Prentiss

42. Se acaba el juego

## EL PRINCIPIO

Sobre este libro

Sobre Patrick Ness

Créditos